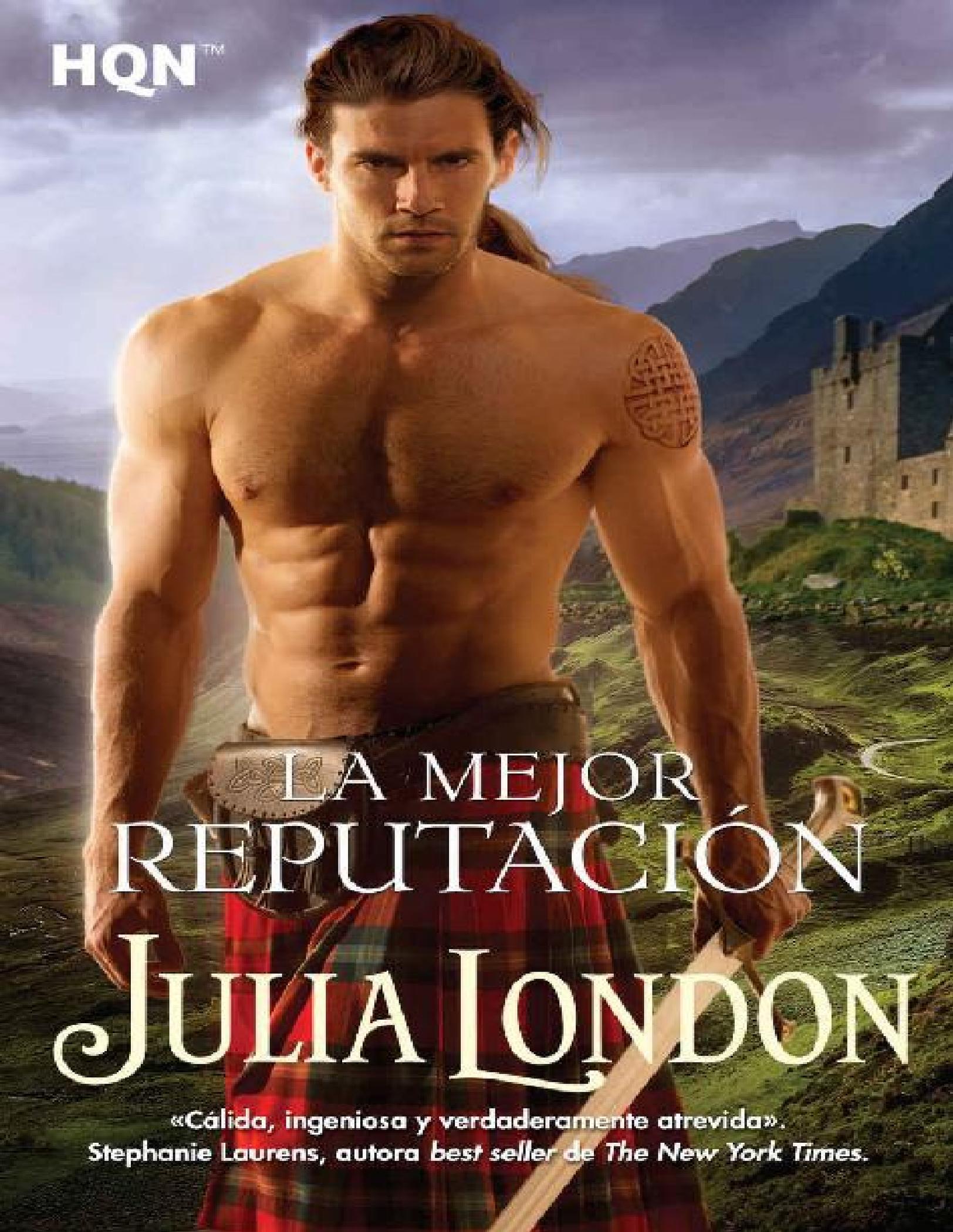


HQN™



LA MEJOR
REPUTACIÓN
JULIA LONDON

«Cálida, ingeniosa y verdaderamente atrevida».
Stephanie Laurens, autora *best seller* de *The New York Times*.

JULIA LONDON
LA MEJOR
REPUTACIÓN

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2018 Dinah Dinwiddie

2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

La mejor reputación, n.º 206 - enero 2020

Título original: Tempting the Laird

Publicada originalmente por HQN™ Books

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.

Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1348-134-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Glosario](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

Kishorn Lodge, Highlands de Escocia, 1755

Los Mackenzie de Balhaire habían mantenido un encendido debate sobre la cuestión de dónde enterrar a la venerable Griselda Mackenzie. Arran Mackenzie, su adorada prima, quería que la enterraran en la casa solariega de la familia, junto a los antepasados de los Mackenzie de los últimos doscientos años. Sin embargo, Catriona, la hija menor de Arran, que estaba tan unida a su tía Zelda como a su propia madre, quería enterrarla allí, en Kishorn Lodge, donde Griselda había pasado la mayor parte de su extraordinaria vida.

Al final, llegaron a un acuerdo. La tía Zelda recibió sepultura en la cripta familiar de Balhaire, pero un mes más tarde se celebró un festival en su honor, una *fèille*, en Kishorn. Aquello sí satisfizo a Catriona, porque era la celebración que quería para una mujer que había vivido a su manera.

Por desgracia, el tiempo empeoró mucho la noche de su festival. Kishorn estaba muy lejos, en las Highlands, y solo podía llegarse en barco. Así pues, solo pudieron asistir los familiares más cercanos, que acudieron remando desde Balhaire, más allá de Arrandale y Auchenard, las tierras de los Mackenzie, cruzando Loch Kishorn hasta el lugar donde el río desembocaba en el lago.

Allí, en el interior de las Highlands, no había casi nadie, ni casi nada. Antiguamente había un pueblo junto al río, porque las tierras eran abundantes en caza, pero se había quedado deshabitado hacía mucho tiempo, y un antepasado de la familia Mackenzie había erigido la casa solariega sobre las ruinas de la población. Zelda siempre había preferido la libertad a un matrimonio que la tuviera atrapada, y su padre había permitido que siguiera soltera y tomara posesión de la casa abandonada. Ella, de joven, la había convertido en su hogar, reparándola y manteniéndola durante su vida.

Lo único que quedaba de aquel antiguo pueblo eran las ruinas de la abadía, construida en una colina que dominaba la cañada del río. Zelda había reconstruido la mitad de la antigua estructura y la había hecho habitable. La otra mitad, lo que una vez fue el santuario, no tenía muros, y de su tejado solo quedaban unos cuantos arcos y vigas. No tenía mucha utilidad, salvo la de proporcionar refugio y descanso a las vacas que entraban en el recinto de vez en cuando.

Ojalá ellos hubieran tenido un descanso de la lluvia helada que había golpeado sin cesar las ventanas el día de la *fèille*.

Catriona se quedó triste, puesto que había planeado que la celebración fuera recordada por todos muchos años.

—Hoy estoy enfadada con Dios —les dijo a las otras mujeres que se habían reunido alrededor del fuego.

Entre ellas estaban su madre, la señora de Balhaire, y su hermana, Vivienne. También estaban

presentes sus cuñadas, Daisy, Bernadette y Lottie.

–Llovió el día que la enterramos y hoy vuelve a llover. Ella se merecía algo mejor –dijo mientras alzaba la copa para que se la rellenaran de vino.

–A Zelda no le habría importado que lloviera, Cat –le dijo su madre–. A ella solo le habría importado que celebraras la *fèille*. ¿No oyes su risa? Te diría: «¿Acaso esperabas que los querubines y los azulejos cantaran y trinaran para anunciar mi llegada? No, niña, el cielo llora cuando llamo a la puerta».

–Mamá –dijo Catriona. Sin embargo, sonrió sin poder evitarlo. Era cierto; su tía Zelda habría dicho algo parecido a eso.

–La echo de menos –dijo su madre, con afecto, y alzó su copa–. Era incomparable.

Aquello, en boca de Margot Mackenzie, era toda una alabanza. Zelda y ella siempre habían tenido una relación tensa, aunque Catriona no entendía completamente los motivos. Sabía que Zelda no podía perdonarle a su madre que fuera inglesa, lo cual, en realidad, era un pecado para muchos Highlanders. Sin embargo, Zelda también había creído siempre, con empeño, que su madre era una espía. En una ocasión, ella le había preguntado a su padre por qué pensaba la tía Zelda que su madre era una espía, y él la había mirado de una manera extraña.

–Hay cosas que es mejor dejar atrás, ¿de acuerdo? –le dijo él–. Además, no puedes creerte todo lo que dice Zelda, niña.

Pero ella se había dado cuenta de que su padre no había negado la acusación.

A pesar de aquella antigua enemistad entre las dos mujeres, durante los últimos meses de vida de Zelda, cuando ella no se encontraba bien, la madre de Catriona había ido una vez a la semana desde Balhaire para cuidarla. Las dos discutían sobre cosas que habían sucedido en el pasado, pero también se reían de algunos secretos.

Una de las sirvientas vertió vino en la copa de Catriona, y ella se lo bebió como si fuera agua.

Todos los Mackenzie estaban metidos en la casa, así que no había espacio suficiente para los juegos que había planeado Catriona, y pocas cosas para mantenerlos ocupados. Además, para ser sincera, tenía que reconocer que se estaba emborrachando. Se le escaparon unas cuantas risitas.

–Debería haber baile –dijo Lottie, y se movió con cierta incomodidad bajo el peso del niño que tenía en brazos. Otro niño–. O algo.

–¿A qué te refieres? –le preguntó Vivienne–. No puedes bailar, Lottie –le dijo, señalando al niño con la cabeza. Lottie acababa de tener a Carbrey, y el nacimiento de un segundo varón tenía a Aulay, el hermano de Catriona, paseándose por Balhaire como un pavo.

–Bueno, pero tú, sí –dijo Lottie, dándole un codazo a Vivienne–, y a mí me gustaría mirar.

–¿Yo? Yo soy demasiado vieja y estoy demasiado gorda para bailar –dijo Vivienne, y se puso una mano sobre el vientre. Los embarazos y partos de sus cuatro hijos le habían dejado una figura regordeta–. Bernadette puede bailar.

–¿Yo sola? –preguntó Bernadette, la mujer de su hermano Rabbie, que estaba agachada atizando los troncos del hogar–. ¿Y canturreo yo la música, también?

–¿Y yo? –preguntó Daisy, la mujer de Dailean, su hermano mayor–. Yo no estoy demasiado vieja para un bailecito.

–Ni demasiado gorda –añadió Lottie.

–No, pero tu marido sí es demasiado viejo –dijo Vivienne, asintiendo hacia Cailean. Él estaba sentado junto al brasero con su padre, y tenía las piernas estiradas y una jarra de cerveza en la mano.

–Es una pena que Ivor MacDonald no esté aquí para bailar con nuestra Cat –dijo la madre de

Catriona, y sonrió con malicia a su hija.

Con la cantidad de vino que había bebido, Catriona había perdido las inhibiciones, y gruñó de frustración.

–¡Nunca descansarás hasta que me veas casada!

–¿Y qué tiene de malo eso, si puede saberse? –le preguntó su madre.

–Sí, ¿qué tiene de malo? –inquirió Daisy–. ¿Por qué no aceptas el cortejo del señor MacDonald, Cat? Parece muy agradable, y está completamente embobado contigo.

Ivor era un hombre gordo, de su misma estatura, con el pelo lacio y caído alrededor de la cara. Desde que había muerto Zelda, le había dado el pésame tantas veces que ella había perdido la cuenta.

–Puede estar todo lo embobado que quiera, pero yo soy demasiado inquieta como para unir mi vida a la de un constructor de barcos –dijo Catriona con vehemencia, yapuró la copa de vino. En realidad, su profesión no tenía nada que ver. El principal impedimento era que no tuviera cuello.

–Yo creo que eso no es correcto –dijo Lottie, mirando a Catriona con asombro, puesto que ella había alzado la copa para que volvieran a rellenársela–. Lo que ocurre es que él no te ha embobado a ti, eres tú la que ha hecho todo el embobamiento, ¿a que sí?

Catriona se rio.

–Tú entiendes muy bien lo que quiero decir, ¿verdad?

–Sí, lo entiendo perfectamente –dijo Lottie–. Pero ya tienes treinta y tres años, Cat. Más tarde o más temprano tendrás que aceptar a un pretendiente, o te quedarás para vestir santos.

–¡Lottie! –exclamó Bernadette–. ¡Eso no está bien!

Catriona movió la mano con desdén.

–No es lo más agradable del mundo, pero es cierto. Tengo los pies bien plantados en el terreno de la soltería. He aceptado que voy a pasarme la vida sin marido ni hijos. Es lo mismo que hizo Zelda, y por elección propia. Sé cuál es mi camino: continuar con la labor de la tía Zelda.

–Yo preferiría pensar que tu destino es otro que vivir en Kishorn, apartada de la sociedad –dijo su madre–. Tú no eres Zelda, después de todo.

Ahí, precisamente, estaba el quid de la cuestión: no había una sociedad para ella. No tenía nada en lo que poder ocuparse, salvo aquella abadía que estaba en mitad de ningún sitio.

–¿Qué sociedad, mamá? ¿Te refieres a los Mackenzie y a todos sus hombres casados? O, tal vez, ¿te refieres a los MacDonald y a su representante, Ivor?

–Si no te gusta el señor MacDonald, hay más círculos sociales que podrías explorar –le dijo su madre–. Pero, como te pasas todo el día en Kishorn, te has aislado del mundo.

–Umm... –murmuró Catriona con escepticismo–. Creo que puedo decir que he conocido a toda la sociedad de las Highlands, y que no hay nada interesante para mí, como le ocurrió a mi querida y difunta tía. Además, las mujeres y los niños de la abadía me necesitan, mamá. A mí, eso me parece un gran objetivo en la vida. Aprendí todo lo que pude de Zelda. Las mujeres de la abadía no tienen otro sitio al que ir, y yo estoy decidida a continuar la labor de Zelda. No intentes convencerme de lo contrario, mamá –dijo. Se incorporó en la silla y miró a su alrededor–. ¿Dónde está esa sirvienta?

–Catriona, hija. Por favor –le suplicó su madre.

Pero ella no estaba de humor para hablar de sus planes para el futuro.

–Que *Diah* me ayude –dijo, y se puso de pie.

Al hacerlo, empezó a tambalearse, y tuvo que agarrarse al respaldo de la silla para no caer. Estaba agotada de hablar de la situación.

–Vaya, creo que me gustaría bailar. ¿No está Malcolm Mackenzie por ahí? Estoy segura de que ha traído las gaitas.

–Por el amor de Dios, siéntate, Cat –le dijo Bernadette. La tomó de la mano y trató de que volviera a sentarse–. Estás borracha...

–¡Si casi no he bebido! –exclamó Catriona–. Es la inglesa que hay en ti, Bernie –le dijo ella, moviendo un dedo delante de su cuñada–. Los escoceses bailamos mejor si hemos bebido un poco de vino.

–Puedes hacerle daño a alguien –respondió Bernadette, y volvió a tirarle de la mano.

–No deberías beber tanto –le dijo Vivienne con desaprobación.

–Debo beber y debo bailar –repuso Catriona.

Tiró de la mano para zafarse de Bernadette y, al instante, perdió el equilibrio y se tambaleó hacia atrás. Chocó de espaldas con alguien, se giró y se echó a reír con deleite al ver quién la había sujetado. Rhona MacFarlane era la abadesa de Kishorn. Rhona no era una verdadera abadesa; tenía un corazón de oro, pero no era monja. Sin embargo, todo el mundo se refería a ella como «la abadesa», porque había estado trabajando doce años con Zelda.

–¡Pues mira quién va a bailar conmigo, al final! Gracias, Rhona, querida mía. Me has salvado de una regañina, y me encantaría bailar –dijo Catriona, y le hizo una reverencia, inclinándose tanto, que estuvo a punto de caer de bruces.

–No tenemos música –dijo Rhona.

–Es cierto –dijo Catriona. Agarró a Rhona por los brazos e intentó hacer que girara para empezar a bailar–. ¡Necesitamos música!

–¡Señorita Catriona! –exclamó Rhona, y se liberó de ella.

–Está bien, está bien, voy a buscar a Malcolm –dijo Catriona, con algo de petulancia.

–Señorita Catriona, tenemos visita –dijo Rhona.

A Catriona se le escapó una exclamación de alegría.

–¡Visita! ¿Quién ha venido? –preguntó.

Se giró hacia la puerta, porque esperaba ver a los MacDonald de la isla de Skye, que conocían bien a Zelda. Sin embargo, los hombres que había allí no eran MacDonald. Por su aspecto, estaba claro que no eran amigos de los Mackenzie. De repente, se acordó de las dos cartas que había recibido Zelda durante aquellos últimos meses de vida. Las misivas eran de grueso pergamino y estaban selladas con un lacre oficial. Zelda, sin embargo, las había despreciado como si no tuvieran ningún valor.

Catriona se enfureció. ¿Cómo se atrevían a presentarse allí, en la *fèille* en honor de Griselda Mackenzie? Si pensaban que iba a resultarles fácil apropiarse de la abadía ahora que Zelda había muerto, ella misma iba a demostrarles que no era así, que estaba dispuesta a morir antes de permitirles que lo hicieran.

–¿De quién se trata? –preguntó su madre, poniéndose en pie.

–Son unos canallas, eso es lo que son –dijo Catriona, y echó a andar hacia la puerta sin que su madre pudiera detenerla. Cuando se acercó a los dos hombres, el que estaba en primer puesto inclinó la cabeza.

–¿Quiénes son? –inquirió ella.

–Ah. Usted debe de ser la señorita Catriona Mackenzie –dijo el hombre, con un marcado acento inglés. Se quitó el sombrero y echó el agua del ala al suelo y sobre uno de los perros de Kishorn, que se sacudió el pelaje.

–¿Cómo es que sabe mi nombre? ¿Y cómo han llegado hasta aquí?

–Mi deber es conocer su nombre, y un hombre de Balhaire ha sido tan amable como para traernos –dijo, mientras se quitaba la capa empapada y se la entregaba al caballero que estaba detrás de él. Tenía empapados el abrigo y el chaleco, y olía a lana húmeda–. Soy el señor Stephen Whitson, agente de la Corona. ¿Tendría la amabilidad de informar a su señor que he venido a tratar un asunto urgente con él?

–¿A mi señor?

El hombre la miró con calma.

–Como he dicho, es un asunto urgente.

–¿Es el mismo asunto urgente por el que estuvieron importunando con sus cartas a mi tía enferma en su lecho de muerte?

–Disculpe, señorita Mackenzie, pero este es un asunto de hombres...

–No, es una cuestión de decencia –respondió ella.

Al notar que alguien la tomaba con fuerza del hombro con una mano, se sobresaltó. Cailean apareció a su lado y la miró con la advertencia de que mantuviera la boca cerrada.

–Le ruego que me perdone, pero, entonces, ¿de qué se trata? –preguntó él con calma.

–Milord, soy el señor Stephen Whitson, a su servicio –le dijo el hombre, inclinándose sobre la pierna que había estirado.

–Quiere quedarse con la abadía, de eso se trata –dijo Catriona con furia.

–Cat –dijo Aulay, que se acercó y se colocó al otro lado. Le tomó la mano y se la colocó en el antebrazo, y se la apretó con tanta fuerza que ella se estremeció–. Deja que este hombre hable, ¿de acuerdo?

–Ciertamente, esta abadía es una preocupación para la Corona –dijo Whitson–. Vengo de parte del gabinete de lord Advocate, el abogado de Su Majestad.

–¿La Corona? –repitió Cailean con escepticismo. Dio un paso hacia delante y se colocó delante de Catriona–. Perdón, señor, pero estamos en mitad del funeral de Griselda Mackenzie.

–Mi más sentido pésame –dijo Whitson–. Lamento que mi llegada sea inoportuna, pero nuestra correspondencia anterior no obtuvo respuesta. Como he intentado explicarle a la señorita Mackenzie, he venido a tratar un asunto urgente con el señor de la casa.

–Tráelos aquí, Cailean –dijo el padre de Catriona, desde el otro extremo de la habitación.

Whitson no esperó más invitación. Rodeó a Cailean y atravesó la estancia sin prestar atención a quienes lo rodeaban. Todos se habían quedado en silencio y miraban con los ojos entrecerrados al recién llegado.

Cailean siguió a Whitson, pero, cuando Catriona intentó moverse, Aulay la sujetó.

–Quédate aquí.

–¡No, Aulay! Ahora esta es mi abadía.

Sin embargo, Aulay no le permitió que se zafara de él.

–Pues entonces, si quieres conservarla, cierra la boca, Cat. Ya sabes cómo eres, ¿no? Especialmente, cuando has bebido más de la cuenta.

–¿Y qué pasa si he bebido? Zelda ha muerto y he ahogado mis penas –le dijo.

Se sacudió sus manos y siguió apresuradamente a los demás.

Su padre se había puesto en pie.

Necesitaba un bastón para apoyarse, pero todavía tenía una figura imponente y le sacaba una cabeza de estatura al señor Whitson. Su padre tenía mucha inteligencia a la hora de juzgar a los demás, y al señor Whitson debió de juzgarlo enseguida, porque no le ofreció comida ni bebida. Dijo, con sequedad:

–Entonces, ¿cuál es su mensaje?

El señor Whitson alzó la barbilla ligeramente.

–Como usted va al grano, milord, yo lo haré también. La abadía de Kishorn se utilizó de manera ilícita para ayudar y secundar a traidores jacobitas que querían destronar a nuestro rey en la rebelión del cuarenta y cinco y, por esa traición, la propiedad ha sido requisada.

Toda la familia dio un jadeo de incredulidad, salvo su padre, Arran Mackenzie, que se echó a reír.

–¿Disculpe? La abadía de Kishorn está en unas tierras que han sido propiedad de los Mackenzie durante más de doscientos años. Nadie ha ayudado ni secundado a ningún traidor. Hemos sido súbditos leales.

–La señorita Griselda Mackenzie era una simpatizante de los jacobitas y dio refugio a rebeldes que huían después de la batalla de Culloden. No se moleste en negarlo, milord. Tenemos el testimonio de dos de los simpatizantes. Y, como la propiedad se utilizó para proteger a traidores, el rey ha dado la orden de su requisamiento.

–¿El rey? –preguntó Cailean con incredulidad–. Pero si ya han pasado diez años desde la revuelta.

El señor Whitson se encogió de hombros.

–Fue un delito entonces y sigue siéndolo ahora.

–¿Qué interés tiene la Corona en una vieja abadía? –preguntó Rabbie–. Se está cayendo, y está demasiado alejada de la civilización como para poder ser útil.

–Sí tiene interés –dijo el señor Whitson–. Hay algunas personas que piensas que se puede utilizar para cosas mejores que darles residencia a mujeres de mala reputación.

Catriona mostró su indignación.

–¿Cómo se atreve! ¿Es que no tiene compasión?

Whitson se giró tan rápidamente que ella se sobresaltó.

–Hay muchos en estas colinas que no quieren aquí a las mujeres a las que usted acoge, señorita Mackenzie. Algunos están completamente en contra.

–Lo que hagamos con nuestra propiedad no es asunto de nadie –replicó Catriona. Notaba que Rhona estaba a su espalda, temblando nerviosamente, y notaba aún más que se le estaban enrojeciendo las mejillas de ira.

–Voy a pasar por alto su falta de cortesía, Whitson, porque no es usted de esta parte del mundo –dijo su padre–. Pero si vuelve a hablarle así a mi *nighean*, tendrá que enfrentarse a la justicia de las Highlands.

Whitson enarcó una de sus gruesas cejas.

–¿Está amenazando a un enviado del rey, milord?

–Amenazaré a cualquier hombre que se atreva a hablarle a mi familia de ese modo –le espetó su padre–. Entonces, ¿habéis traído un decreto oficial, o tenemos que aceptar la palabra de un *Sassenach*?

Whitson entrecerró los ojos.

–Pensaba que era un hombre razonable, Mackenzie, puesto que tiene una buena reputación. Sin embargo, será mejor para todos que no opongan demasiada resistencia. Se le envió un decreto oficial a la señorita Griselda Mackenzie. No tengo una copia del documento en este momento, pero puedo encargarme de una copia, si es lo que prefiere.

–Griselda Mackenzie ha muerto –respondió su padre–. Hasta que yo no haya visto una comunicación oficial, no tengo motivos para creer lo que dice.

El señor Whitson se agarró las manos por detrás de la espalda.

–Haré que se lo envíen inmediatamente. Pero, para adelantar el proceso, permítame que le informe de que el decreto les concede a su familia y a usted seis meses para desalojar la propiedad. Cumplido ese plazo, la propiedad se tomará por la fuerza. Las tierras han sido requisadas, milord. Las órdenes del rey son claras.

A Catriona empezó a darle vueltas la cabeza. Tuvo ganas de vomitar. Había veintitrés personas en la abadía. Todas ellas, menos uno, eran mujeres y niños pequeños que habían sido expulsados de la sociedad. ¿Adónde iban a ir?

–Bien. Usted tiene un cuarto de hora para salir de nuestras tierras, o también será expulsado por la fuerza –respondió su padre. Después, les dio la espalda a aquellos extraños.

–Recibirá el decreto a finales de semana –dijo el señor Whitson con frialdad. Después, se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

–¿Es que no tiene conciencia? –le espetó Catriona, cuando pasó a su lado.

Él se detuvo y la miró fijamente, y Catriona notó un escalofrío por la espalda.

–Señorita, le aconsejo que dedique sus obras de caridad a mujeres decentes.

–Salga de aquí –le dijo Rabbie en voz muy baja.

Whitson salió de la estancia. Su ayudante lo siguió llevando su capa empapada.

Todos se quedaron callados durante unos instantes después de que los intrusos se hubieran marchado. A Catriona le daba vueltas la cabeza. Pensó en las mujeres que vivían en la abadía. Molly Malone, a quien su marido había pegado tan brutalmente, que había perdido el niño que estaba esperando. Ella se había escapado de casa en medio de la noche, con sus otros dos niños pequeños y una sola corona en el bolsillo. Y Anne Kincaid, a quien su padre había echado de casa cuando era una muchacha porque no la quería. Se había visto obligada a ejercer la prostitución para poder sobrevivir. Y Rhona, la querida Rhona, una bendición para Kishorn. Cuando su marido había muerto, nadie la había acogido en su casa, y había trabajado a destajo durante un año, pero no había podido pagar la renta de su casa y el casero le había ofrecido un trato: su cuerpo a cambio de un techo. Rhona había resistido durante tres meses antes de rechazarlo y, entonces, él la había echado a la calle sin titubear.

Había más mujeres, la mayoría con hijos pequeños, y Catriona no podía soportar pensar qué iba a ser de ellas. Se hundió en una silla, con el estómago encogido, el corazón acelerado por el miedo y un terrible dolor de cabeza.

–Bien... –dijo la madre de Catriona.

–*Airson gradh Dhè*, ¿qué vamos a hacer ahora? –preguntó Aulay.

–¿Qué podemos hacer, que no se haya intentado antes? –preguntó su padre, con suavidad, mientras volvía a su asiento–. Los MacDonald ya intentaron que les devolvieran a sus herederos las tierras que les habían requisado, y no lo consiguieron.

–Sí, pero las tierras que querían recuperar eran cultivables –dijo Cailean–. Más valiosas que estas –añadió, y señaló vagamente hacia la ventana.

–Sí, esto no vale para plantar nada –dijo su padre–. Pero sí tiene valor como pasto para las ovejas de algún *Sassenach*.

–¿Y no podrían poner a pastar a las ovejas en la cañada y dejarnos la abadía? –preguntó Catriona.

Vivienne soltó un resoplido.

–No quieren la abadía ni a las mujeres que viven aquí –dijo, y miró con timidez a Rhona–. Discúlpame, Rhona.

–No es necesario –dijo Rhona–. Sabemos muy bien quiénes somos.

–Tengo una sugerencia –dijo la madre de Catriona–. Creo que Catriona debería enviarle enseguida a mi hermano la carta que le escribió Zelda.

Su padre miró a su madre con curiosidad.

–¿Qué carta?

–Zelda le escribió a mi hermano una carta que todavía no ha sido enviada. Tú conoces a Knox tan bien como yo, Arran. Si hay alguien que puede ayudarnos, es él. Conoce a mucha gente de las altas esferas, y da la casualidad de que está pasando el verano en Escocia.

Todos los hermanos de Catriona emitieron un gruñido.

Para todos ellos, la cuestión del veraneo del duque de Norwood siempre había sido un trago amargo. Era uno de los ingleses ricos que se había beneficiado comprando una de las propiedades requisadas a los escoceses después de la rebelión. Le había comprado a la Corona una finca pequeña cerca de Crieff y, en una ocasión, había alardeado que le había costado lo mismo que un caballo.

–La carta de Zelda no tenía nada que ver con esto –dijo Catriona, mientras buscaba con la mirada su copa de vino.

–De todos modos, tú le prometiste a Zelda que ibas a llevársela en persona a mi hermano, ¿no, cariño? Por eso debes ir a verlo y, ya que lo haces, pedirle que te ayude con la abadía.

–¡Ir a verlo! –exclamó Catriona–. No puedo alejarme de la abadía ahora, mamá. ¡*Diah*, acabamos de perder a Zelda!

–Tienen a Rhona –dijo su madre, y le quitó a Catriona la copa que acababa de tomar de una mesa–. Rhona es perfectamente capaz de cuidarlas.

Catriona cabeceó.

–No es lo mismo.

–Mamá tiene razón –dijo Vivienne–. La tía Zelda habría ido directamente a ver al tío Knox, si hubiera sido necesario. Tú eres la única esperanza para la abadía, y el tío Knox es tu única esperanza. Además... te vendría bien poner un poco de distancia, ¿no?

–¿Distancia? –repitió Catriona, con desconcierto, mientras intentaba arrebatarse la copa a su madre–. ¿Distancia de qué?

–De Balhaire. De Kishorn –dijo su padre.

–¿Perdón? –dijo ella.

De repente, el nudo del estómago se le tensó aún más. Algo no marchaba bien, pero le estaba costando pensar con claridad.

–Has sido una bendición para mi prima –dijo él–. Pero has estado muchos meses cuidándola en su lecho de muerte, y ya es hora de que te ocupes de tu propia vida.

Catriona pestañeó. De repente, lo entendió todo: habían estado hablando de ella. ¡Su propia familia hablando de ella a sus espaldas! Lo vio en las caras de sus padres, hermanos y cuñadas. La habían rodeado y la observaban con caras de decisión y comprensión.

–¿Qué ocurre? ¿Habéis estado hablando de mi vida y habéis decidido lo que tengo que hacer? No sé cómo os atrevéis a hablar mal de mí a mis espaldas.

–*Criosd*, Cat, ¡nadie ha hablado mal de ti! –respondió Rabbie–. Pero estos últimos meses has estado deprimida y has bebido vino y brandy todas las noches, ¿no? Ni siquiera has intentado relacionarte demasiado en sociedad.

–¿En qué sociedad? –gritó ella–. ¿Dónde está, Rabbie? Señálamela y, de paso, dime algo que tenga que hacer.

Él frunció el ceño.

—¿No ves lo que vemos todos? Estás dejando que se te escape la vida entre los dedos.

Catriona se sintió expuesta e incómoda. No estaba enfadada, pero no le gustaba nada aquello. ¿Qué esperaban de ella? Ninguno había sido nunca una solterona que no tenía nada que esperar, porque ya no tenía esperanza de ser esposa ni madre.

—¿Y qué haríais vosotros? No tengo ocupación, nada que hacer, salvo deprimirme y tomar vino y brandy todas las noches.

Estaba a punto de echarse a llorar. Estaba molesta, se sentía traicionada, como si la hubieran dejado atrás. Todos tenían familia, amor y ocupaciones, y un propósito vital, por el amor de Dios. Sin embargo, ella había nacido mujer en un tiempo en el que había pocos hombres adecuados, y no podía hacer nada salvo ir de una reunión a la siguiente, mientras buscaba algo en lo que ocupar sus días.

Lo único que tenía sentido era la abadía. Zelda le había dejado un objetivo en la vida y, ahora, ¿se lo iban a arrebatar?

Demonios... Empezaron a caérsele las lágrimas de nuevo.

—*Diah*, no te lo he dicho para hacerte llorar —le dijo Rabbie con la voz ronca.

La madre de Catriona se acercó a ella y la abrazó.

—Ve a ver a tu tío Knox, deja que él te ayude y, por favor, cariño, tómate un poco de tiempo para cuidar de ti misma.

—No puedo dejarlas —respondió Catriona entre lágrimas, y tomó el pañuelo que le ofrecía Daisy para sonarse la nariz.

—Sí, señorita Catriona, sí puede.

Catriona se quedó inmóvil.

—¿Tú también, Rhona? —preguntó.

Rhona enrojeció ligeramente.

—Este verano vamos a estar bien, ¿no? Su señora madre... bueno, tiene razón. Usted se merece ser feliz, señorita Catriona, y en Kishorn no ha tenido felicidad.

Catriona quería decir que sí, que era feliz, pero no era cierto. Estaba muy infeliz con su situación, y parecía que, aunque había hecho un gran esfuerzo por disimularlo, todos se habían dado cuenta.

—Rhona y yo hemos estado hablando —dijo su madre—. Estamos de acuerdo en que todo el mundo debe cuidar de sí mismo. Pero yo he hecho mucho de menos la alegría de mi hija.

La alegría de su hija había ido desvaneciéndose poco a poco, y su lugar lo había ocupado el sentimiento de soledad.

—Yo ayudaré en la abadía mientras tú estás de viaje —dijo Lottie.

—Y yo —dijo Bernadette.

—¡Yo, también! —exclamó Daisy—. Todos.

—Pero si no vais a saber lo que hay que hacer —respondió Catriona con petulancia—. Lo vais a dejar todo hecho un lío.

—Puede ser —le dijo Aulay, mientras se inclinaba para darle un beso en la coronilla—, pero ya lo arreglarás tú todo cuando vuelvas, ¿no?

Catriona puso los ojos en blanco.

—No he dicho que vaya a ir —les advirtió.

Sin embargo, a finales de semana, Catriona estaba en uno de los carruajes de Balhaire, de camino a Crieff, a ver a su tío Knox.

Capítulo 2

El viaje de Balhaire a Crieff fue fatigoso, porque las carreteras eran de un único sentido y se usaban tan poco que el cochero tuvo que parar más de una vez para apartar obstáculos y escombros del camino. Cada día se alojaban en una posada de mala muerte, se despertaban y comenzaban el viaje de nuevo.

Al contrario de lo que deseaba su familia, el ánimo de Catriona no mejoró durante el trayecto.

Cuando, por fin, el coche entró en la calle central de Crieff, tenía la sensación de que habían pasado semanas, y no días. Se detuvieron en la posada de La espada roja y el escudo. A pesar de que era mediodía, ella estaba tan cansada que al bajar del carruaje estuvo a punto de caer, y el joven cochero de los Mackenzie tuvo que sujetarla.

–Bueno, ya está aquí, señorita Mackenzie –le dijo–. Volveremos a buscarla dentro de quince días o tres semanas, ¿de acuerdo?

En aquel momento, no le importó si alguien volvía a buscarla o no, porque no se imaginaba subiéndose en un carruaje nunca más.

–¡Ahí está! –exclamó alguien con una voz muy familiar.

Se giró y sonrió a su tío Knox, que atravesó el patio hacia ella.

–¡Mi querida niña, por fin has llegado!

Su tío la abrazó con entusiasmo contra su pecho, con tanta fuerza, que a ella se le cayó el sombrero. Después, le dio varios besos en la mejilla y retrocedió para verla bien, mientras el cochero trataba de entregarle el sombrero.

–Todavía eres una belleza, pequeña –le dijo él con orgullo.

¿Todavía? Seguramente, como ya tenía treinta y tres años, su tío pensaba que su aspecto había empezado a marchitarse.

–Me alegro mucho de verte, tío Knox –dijo ella–. No te haces una idea.

Su tío estaba un poco más gordo que la última vez que lo había visto, hacía un año. Él había ido a visitar a su hermana, la madre de Catriona, desde Inglaterra, y también había pasado a hacerle una visita a Kishorn a la tía Zelda. Sí, había engordado, pero era muy guapo. Tenía los ojos de color verde claro y el pelo canoso, atado con un lazo de terciopelo negro. Llevaba un abrigo de buena lana y un chaleco bordado con hilo de oro, y un pañuelo al cuello, blanco como la nieve y con un nudo muy elaborado. Catriona se sintió muy sosa en comparación con él.

–Vamos, vamos, debes de tener mucha sed y hambre. Tomad, mis muchachos, para el alojamiento de esta noche y todo el vino y las mujeres que queráis –les dijo, y le entregó una bolsa de monedas al cochero–. No os deis prisa en volver. Quiero pasar una temporada con mi sobrina favorita.

Le pasó un brazo por los hombros a Catriona e hizo que se diera la vuelta.

–El viaje desde Balhaire es terrible, ¿eh? Siempre le he dicho a Margot que tiene que haber una

manera más fácil de llegar hasta ella, pero, ¡ay! Siempre ha querido a tu padre y se niega a dejarlo.

—¿A dejarlo?

—Has venido sola, ¿no? ¿Sin doncella? ¿Solo con esos brutos que te han traído y han bajado tu equipaje? —le preguntó, sin dejar de caminar apresuradamente por el patio empedrado hacia la entrada del salón público de la posada. En las ventanas había jardineras llenas de amapolas y habían colocado mesas y sillas fuera, pero no había nadie disfrutando del sol.

—Tengo una chica para que te atienda si tú no has traído a nadie, aunque no sé si será muy habilidosa. A mí me parece que lo hace bastante bien, pero mi invitada, la señorita Chasity Wilke-Smythe, dice que es horrorosa, pero a estos ojos de viejo, la muchacha parece bastante guapa.

¡Invitados! Tenía que haberlo pensado. Su tío Knox estaba siempre rodeado de amigos y conocidos que acudían desde todas las partes del mundo y de clases no siempre recomendables. Catriona se azoró más y más a medida que él la obligaba a avanzar. Sabía que olía mal y se sentía desaliñada con aquella ropa de viaje, y solo quería darse un baño y tomarse un brandy.

—Entre tú y yo, cariño, los Wilke-Smythe son un poco exigentes —dijo su tío, en voz baja—. Y demasiado del ala Whig, demasiado liberales para mi gusto, no sé si me entiendes —añadió, moviendo las cejas.

No, no lo entendía.

—Pero son muy amenos y te divertirás con ellos, estoy seguro. Y, si no, siempre están la condesa Orlov y su primo, Vasily Orlov. Son un par de lo más pintoresco —dijo él. Se inclinó hacia ella y susurró con teatralidad—: Rusos...

—Disculpa, tío, pero cuando me contestaste a mi petición de venir a visitarte no me dijiste nada de que ya tuvieras invitados.

—¡Bueno, es que no tengo casi ninguno! Además, no me importaría echar de casa a toda una caterva de huéspedes si con eso pudiera pasar el verano entero con mi adorada sobrina.

—No, tío, el verano entero, no. Quince días...

—¡Aquí estamos! —declaró él, haciéndole caso omiso, y la rodeó con un brazo—. ¡Aquí está mi sobrina!

El pequeño grupo de gente que estaba sentada a la mesa que había en el centro de la habitación la miró. Su tío la llevó hacia la mesa y le presentó a los señores Wilke-Smythe y a su hija, la señorita Chasity Wilke-Smythe, que era exactamente igual que su madre. Ambas llevaban el pelo empolvado y el mismo abrigo.

Después, fue presentada a la condesa Orlov, una mujer elegante de aspecto educado, y a su primo, un hombre guapo aunque algo petimetre, el señor Vasily Orlov.

—Llámeme Vasily —le dijo él mientras se inclinaba para hacerle una reverencia.

También estaba presente la señora Marianne Templeton. Catriona sabía que era la hermana viuda del vecino del tío Knox en Inglaterra. Su madre la había mencionado una vez y le había explicado que estaba ansiosa por convertir al tío Knox en su siguiente marido. Parecía un poco mayor que él, y la examinó de pies a cabeza sin disimulo.

Por último, su tío le presentó a lord Furness, un viejo amigo, que era un anciano caballero con unas cejas anchas y espesas y que apenas la miró.

El tío Knox se sentó entre lord Furness y la señorita Chasity Wilke-Smythe y pidió whisky para todos ellos.

—En honor a mi sobrina. A los escoceses les gusta el whisky, ¿no, Cat?

—Eh... A muchos, sí —respondió ella.

–Pues, allí donde fueres, haz lo que vieres –dijo su tío Knox, y alzó su copa–. ¡Por Escocia!

–¡Por Escocia! –repetieron sus invitados.

Catriona toleraba bien el whisky, pero aquel día estaba tan sedienta que apuró la copita y la dejó con firmeza sobre la mesa. Entonces, se dio cuenta de que todo el mundo la estaba mirando.

–Era una copa pequeña –dijo, a la defensiva. Todavía se sentía mal por la reprimenda que había recibido por parte de su familia aquella tarde lluviosa en Kishorn.

–¡Otra ronda! –gritó el tío Knox–. ¡Otra ronda para todos!

El whisky hizo efecto y todo el grupo se volvió más alegre. Empezaron a reírse y a hablar entre ellos, corrigiéndose unos a otros durante la narración de lo que había sucedido la noche anterior, que, al parecer, había sido una partida de Whist que había salido muy mal. Catriona escuchó y sonrió y asintió cuando pensaba que debía hacerlo, pero estaba muy fatigada. Se apoyó en el respaldo de la silla para que lord Furness pudiera hablar con la señorita Wilke-Smythe. La posada estaba empezando a llenarse; ojalá eso significara que el tío Knox iba a llevarlos pronto a Dunggotty, la finca que había comprado, supuestamente, por una cantidad irrisoria. Por desgracia, no parecía que tuviera ganas de marcharse, porque pidió empanadillas de riñones para todo el mundo y pasó del whisky a la cerveza cuando la señora Templeton empezó a reírse demasiado alto.

Pasó otra hora. Catriona empezó a deslizarse hacia abajo por el asiento y miró el reloj que llevaba prendido al vestido. Cuando alzó la vista, con cansancio, vio la espalda de un hombre. Era bastante alto y llevaba una capa que parecía de la mejor lana. El cuello de la camisa, blanco como la nieve, cubría su nuca. Tenía el pelo negro como el carbón y lo llevaba atado con un lazo verde. No lo había visto entrar. Él se había sentado junto a la ventana, solo, y tenía las piernas cruzadas y un brazo extendido y colgado del respaldo de una silla vacía. Estaba mirando por la ventana.

Catriona notó un codazo repentino.

–No puedo creer que haya venido –susurró la señorita Wilke-Smythe.

–¿Disculpe?

La joven señaló al hombre con un movimiento de la cabeza.

–Es el duque de Montrose –susurró con emoción–. Mire, ahí está el carruaje de Blackthorn.

Catriona volvió a mirar al hombre.

–Me imagino que habrá oído hablar de él, ¿no?

Catriona hizo un gesto negativo.

–No. ¿Debería haber oído hablar de él?

–¡Sí! –exclamó la señorita Wilke-Smythe con un gritito–. Tiene muy mala fama.

–¿Por qué?

La señorita Wilke-Smythe se inclinó hacia ella con los ojos marrones muy brillantes, y susurró:

–Dicen que mató a su mujer.

–¿Qué? –preguntó Catriona, con asombro, y se giró para mirar a la muchacha–. Debe de estar bromeando.

–¡En absoluto! Todo el mundo lo dice. Dicen que desapareció sin dejar rastro. Una noche dio una cena con tanta porcelana y tanta plata que había guardias armados en la puerta de la mansión. Y, al día siguiente, desapareció como por arte de magia –dijo la muchacha, chasqueando los dedos–. Se desvaneció, y nadie ha vuelto a verla.

Catriona observó las anchas espaldas del hombre que estaba en la ventana.

–Eso es imposible.

–¡Pregúnteselo a lord Norwood! –respondió la señorita Wilke-Smythe, refiriéndose a su tío Knox, que era el conde de Norwood–. Él fue quien me lo contó a mí.

–Bueno, yo creo que ya es suficiente –dijo su tío, de repente, y se puso en pie tambaleándose un poco–. Ya es hora de llevar a mi querida sobrina a casa. ¿Dónde están sus baúles? ¿Quién se ha hecho cargo de ellos?

–Pues yo no los tengo –dijo lord Furness, que también se puso en pie tambaleándose.

De hecho, hubo mucho zarandeo cuando se levantaron todos y empezaron a buscar las capas, los bolsos, los sombreros y las capotas. En medio del ajetreo, Catriona trató de ver la cara del duque, pero él seguía de espaldas a la puerta, y Vasily Orlov eligió aquel momento para acercarse a ella con una sonrisa lasciva.

–Norwood no mencionó lo bella que es su sobrina –le dijo, ronroneando.

Catriona se apartó de él y siguió a su tío y al resto del grupo hacia la calle. El sol brillaba con fuerza.

El carruaje de Balhaire se había marchado y, en su lugar, había un carruaje muy grande. En cada una de las esquinas lucía unas plumas rojas y en las puertas llevaba el blasón de los Montrose. Era muy parecido al carruaje que ella había visto en Norwood Park cuando era pequeña.

–Demonios, ¿ha aparecido Montrose en el pueblo? –preguntó su tío Knox, tomándola del brazo y enlazándoselo en el suyo.

–Pues sí –dijo lord Furness, mientras admiraban la calesa–. ¿No has visto al caballero en la posada? No puede ser otro, porque llevaba ese anillo de sello tan estridente e inconfundible.

–¿En la posada? No, no lo he visto –dijo el tío Knox–. Pues ha tenido mucho valor al aparecer. Vamos, querida Cat, tú vienes conmigo. Tengo un carruaje nuevo, un cabriolé. De Francia –añadió, como si eso fuera una gran satisfacción para él.

–¿Y mi equipaje? –preguntó ella, buscando sus baúles con la mirada.

–Ya nos los llevará alguien –dijo su tío.

–Tío, yo...

–Vamos, vamos, nena, no te preocupes. Estoy seguro de que tus baúles ya están en tu habitación de Dungotty. Los escoceses son sorprendentemente eficientes.

Catriona se preguntó si no debería sentirse ofendida porque eso sorprendiera a su tío, pero la nueva calesa acaparó toda su atención. Solo tenía dos asientos, una capota y dos caballos.

Su tío Knox la ayudó a subir. Después, debido a que estaba un poco inestable a causa del whisky y la cerveza, tuvo que hacer dos intentos para subir a su asiento.

–¿Vas a conducir tú? –le preguntó ella, alarmada.

–Pues sí. ¡No te asustes tanto! ¿Es que no te fías de tu tío Knox?

–¡No!

Él se echó a reír.

–Bueno, pues si lo prefieres, puedes conducir tú –dijo su tío con cortesía.

–Sí, lo prefiero.

Él chasqueó la lengua.

–Te pareces tanto a Zelda, que es inquietante –comentó, y le entregó las riendas–. ¡Mirad, mirad! –les gritó a sus amigos–. ¡Mi sobrina quiere conducir! Así son las cosas en Escocia, las mujeres son de hierro.

–¡Tío!

–Lo digo en serio, es un halago –dijo él, mientras se recostaba en el respaldo de cuero del asiento–. Mi propia hermana es ya más escocesa que inglesa. ¡Con lo que luchó para que no la

enviaran a Escocia a casarse con tu padre! –exclamó, y se echó a reír. Después, le señaló el camino–. Toma la carretera del norte.

Catriona puso al trote a los caballos, y el tío Knox tuvo que agarrarse al lateral para no salir volando y acabar en el suelo.

Durante el camino, él le fue señalando las cosas más interesantes, pero Catriona apenas se fijó en ellas porque estaba agotada. Sin embargo, al dejar atrás una curva de la carretera bordeada con un seto, sí se fijó en una mansión que estaba situada en la falda de una colina. Era tan grande que debía de ser del rey.

Era de piedra gris oscuro y tenía filas de ventanas que brillaban al sol. También tenía tantas chimeneas que era imposible contarlas.

–¿Qué es eso? –preguntó con asombro.

–Eso, mi querida niña, es Blackthorn Hall, la residencia del duque de Montrose.

La casa desapareció detrás de otros matorrales. Al ascender por la colina se veía de nuevo Blackthorn Hall y el jardín trasero, con el césped perfectamente mantenido y un lago en el centro. El jardín era tan grande que las rosas parecían lacitos a lo lejos. Los establos eran tan grandes como los de Auchenard, la casa de caza propiedad del sobrino de Catriona, lord Chatwick, que estaba muy cerca de Balhaire.

–Es grandiosa, ¿verdad? –comentó el tío Knox.

Catriona volvió a concentrarse en la carretera.

–¿De verdad mató a su mujer?

–¡Ya te has enterado! Eso es lo que dice la gente de por aquí, pero yo no lo creo. Puede que la enviara a un convento. Fuera como fuera, lo cierto es que una noche desapareció y nadie ha vuelto a verla.

–¿Y nadie la ha buscado? –preguntó Catriona.

–Supongo que sí. Era una mujer bellísima, pelirroja, a la que adoraban todos los arrendatarios. He oído decir que era una luz brillante entre las sombras de un hombre triste. Él debía de guardarle mucho resentimiento.

–¿Por qué?

El tío Knox se echó a reír.

–¿No lo sabes, Cat? A algunos caballeros no les gusta que les haga sombra una mujer.

–Pero... ¿matarla?

–Bueno, es que algunos hombres se vuelven ciegos de pasión por la mujer de su vida –le dijo su tío, y le dio una palmadita en la mano–. Que no se te olvide.

Catriona puso los ojos en blanco.

–¿Y tú conoces al duque?

–¿Cómo? No, no.

–Si yo viviera aquí, intentaría conocerlo –dijo ella–. No creería esos rumores sin conocer al hombre en cuestión.

–Lo dicho, igual que tu tía Zelda –dijo él, cabeceando–. Ella habría ido a Blackthorn, habría aporreado la puerta y le habría preguntado al duque si mató a su mujer.

Catriona sonrió.

De repente, su tío se incorporó.

–¡Ahí está Dungotty! –exclamó. Se quitó el sombrero y lo usó para señalar la casa.

Dungotty era una casa maravillosa. Tenía la mitad de tamaño que Blackthorn Hall, pero era más grande de lo que esperaba Catriona, y bastante elegante. Era tan grande como Norwood Park, la

residencia de su tío y hogar de infancia de su madre. Dungotty estaba en el claro de un bosque. En el camino de entrada se abría una rotonda que acogía, en el centro, una fuente muy grande que echaba el agua por la boca de tres sirenas que se abrazaban, y cuyas caras estaban inclinadas hacia el sol, como si estuvieran cantando.

Cuando Catriona guiaba a los caballos hacia la entrada, de la mansión salieron dos criados con librea y peluca y tomaron el control del coche. Después, ayudaron a bajar a Catriona y a su tío.

–Tengo la suite perfecta para ti, querida –le dijo el tío Knox, mientras le pasaba el brazo por los hombros–. Una vez fue la habitación de la viuda de Dungotty.

–¿Quién era la familia, por cierto? –preguntó Catriona, mientras miraba el friso que había sobre la gran entrada de la casa.

–¿Qué familia?

–La familia a la que se le confiscó la casa.

–¡Ah, claro! Todavía sientes resquemor por eso. Lo entiendo. Creo que eran los Hay. O los Hayne, tal vez. Bueno, no importa. Fue hace mucho tiempo, y lo pasado, pasado está.

–Claro, eso lo dice un inglés –murmuró ella.

El tío Knox se echó a reír.

–A lo mejor cambias de opinión cuando veas las habitaciones que te he reservado.

Bien, su tío tenía razón. La suite era hermosa; un dormitorio, una sala de estar y un vestidor enorme. Estaba decorada en colores rosas y crema, con seda y una alfombra de lana gruesa que vestía un suelo de laminas de madera. La cama tenía dosel. Y había tres ventanales de suelo a techo que tenían vistas al impecable jardín y a una pintoresca cañada rodeada de colinas. En la sala de estar había una chimenea encendida, butacas tapizadas, una mesita para comer y una *chaise longue*. Sin embargo, tal vez lo mejor de todo fuese la bañera del vestidor.

–¿Qué te parece?

–Es preciosa, tío –dijo Catriona, mientras admiraba el fresco de angelitos del techo–. Gracias.

Él sonrió con agrado.

–Ahora, descansa, mi amor. Te enviaré a una muchacha para que te ayude a bañarte antes de la cena. ¡Tenemos jamón guisado para celebrar tu llegada!

Catriona se alegraba más de poder dormir un poco y darse un baño que de cenar jamón.

–Antes de que te vayas, tío –le dijo–. Tengo una carta para ti –añadió, y sacó un sobre de su bolsillo.

–Mi hermana está empeñada en dirigirme la vida –respondió él, y se echó a reír–. Esta es la tercera carta que me envía en tres semanas. ¿Qué quiere ahora?

–No es de mamá –dijo Catriona–. Es de Zelda.

Al tío Knox se le suavizó la expresión. Miró la carta y dijo en un tono maravillado:

–Me escribió.

–Sí, lo hizo. Me dejó tres cartas: una para mi padre. Otra para el reverendo. Y esta, para ti.

El tío Knox tomó la carta y pasó los dedos por la tinta con la que estaba escrito su nombre.

–Gracias, mi querida Cat –le dijo a su sobrina, y la abrazó.

De repente, Catriona se emocionó.

–Me vas a ayudar, ¿no, tío Knox? –le preguntó contra el cuello de la camisa–. ¿Me vas a ayudar a conservar lo que Zelda construyó con tanto esfuerzo?

–Por supuesto que sí, hija. Pero vamos a dejar esta conversación para después, ¿de acuerdo? Tú necesitas descansar del viaje, y de tu pérdida.

–Pero... yo...

–Tenemos mucho tiempo –dijo él, y le dio un beso en la sien–. Ahora, descansa, cariño.

Entonces, salió de la habitación con la mirada fija en la carta.

Catriona cerró la puerta y se tendió sobre la cama con un suspiro de cansancio. Mientras se quedaba dormida, vio una espalda ancha, una coleta de pelo negro con un lazo verde y un brazo extendido posesivamente sobre el respaldo de una silla vacía.

Era imposible entender que un hombre que parecía tan viril como aquel encontrara necesario matar a su mujer. ¿No podía haberla seducido? Por supuesto que habría podido; era duque. Ella no había conocido a ninguna mujer a quien no sedujera la idea de ser duquesa.

Entonces... ¿qué habría sido de la duquesa de Montrose?

Capítulo 3

Hamlin Graham, el duque de Montrose, conde de Kincardine, señor de Graham, estaba cepillándole el pelo a una niña de diez años. No era su fuerte, ni su deseo.

Aquellos eran los verdaderos problemas de un duque de mala reputación.

–Me tiras mucho –se quejó la niña, su pupila.

–¿Y cómo voy a hacerlo, si no? –preguntó él. Se sentía molesto por su propia torpeza haciendo algo que parecía tan sencillo–. Tienes un nido en la cabeza.

La niña, Eula, la señorita Eula Guinne, para ser exactos, soltó una risita.

–¿Por qué no le pides a tu doncella que te peine? –le preguntó Hamlin–. Seguro que lo hace mejor que yo.

–No me cae bien –respondió Eula.

–Vaya, y ¿por qué?

–Porque es muy vieja. Y huele a ajo.

Hamlin no podía contradecir eso. Él mismo había notado cierto olor a ajo alguna vez que otra cada vez que veía a la señora Weaver.

–Me gustaría tener otra doncella.

Hamlin puso los ojos en blanco.

–No voy a despedir a la señora Weaver, Eula. Vino desde Inglaterra para servir en mi casa, y lleva muchos años siendo mi empleada. ¿Entendido?

Además, también existía el ligero problema de encontrar a una sustituta adecuada si se quedara sin la señora Weaver, debido a la mala fama que él mismo tenía.

–Pero es que, en realidad, no es una doncella, sino un ama de llaves. Yo quiero una doncella.

Eula se parecía mucho a su prima, Glenna Guinne, la mujer a la que él había llamado una vez «su esposa». Glenna también quería cosas. Muchas cosas, siempre más y más. Complacerla siempre había sido un esfuerzo ímprobo.

Tomó una horquilla de una cajita de laca y le sujetó el pelo a Eula para apartárselo de la cara. Hizo lo mismo en el otro lado de la cabeza.

–Ni siquiera están igualados –dijo Eula con petulancia, mientras se miraba al espejo.

Hamlin tuvo que repetirlo dos veces hasta que ella estuvo conforme. Después, la niña se dio la vuelta y lo miró de arriba abajo.

–No vas vestido adecuadamente, Montrose.

–Ya te he dicho que una jovencita no debe dirigirse a un duque con su título –dijo él. Se miró los pantalones de ante, la camisa de batista y el par de botas, que necesitaban una buena limpieza–. Y voy vestido adecuadamente para arreglar un tejado.

–¿Qué tejado?

–El de uno de los cobertizos.

–¿Qué le ha pasado?

–Se le ha formado un agujero.

–¿Y por qué tienes que hacerlo tú? Pueden hacerlo los mozos de la finca.

Hamlin se cruzó de brazos y ladeó la cabeza.

–Disculpa, pero ¿ahora resulta que eres la señora de Blackthorn Hall?

Ella se encogió de hombros.

–La prima Glenna decía que los duques no pueden hacer trabajos manuales, que solo deben dedicarse a pensar en asuntos importantes.

–Pues resulta que a este duque le gusta trabajar con las manos –repuso Hamlin. Después, le señaló la puerta–. Ya es hora de que te vayas a estudiar.

–Siempre es hora de que me vaya a estudiar –dijo Eula, con el mismo cansancio que un anciano erudito.

–Pues, entonces, vete, niña.

Antes de que Eula saliera por la puerta, Hamlin la detuvo.

–¿No se te olvida algo?

Ella se detuvo a medio camino y volvió a su tocador, de donde tomó la pizarra, y se marchó.

Hamlin salió y se encaminó en dirección opuesta. Recorrió un pasillo cuyas paredes estaban adornadas con cuadros de los duques de Montrose y sus esposas. Bajó las escaleras curvas y atravesó el vestíbulo de mármol. Un lacayo le abrió la puerta de la casa, y salió al pórtico.

Cuando bajó al camino de gravilla, se detuvo para mirar el cielo. Estaba muy azul. El verano había sido muy seco por el momento, y había muchos días despejados como aquel.

Se dirigió hacia el cobertizo donde se guardaban las herramientas y los arreos de los caballos. Los hombres ya lo estaban esperando para arreglar el tejado de un almacén en el que una tormenta de finales de primavera había causado desperfectos.

–Excelencia –dijo su carpintero, inclinando la cabeza.

–Señor Watson –respondió Hamlin–. Qué buen día, ¿verdad?

–Sí, señor –dijo el hombre, y le entregó un martillo.

Hamlin lo tomó y subió por la escalera que habían apoyado en la pared. Antiguamente, los sirvientes de Blackthorn le hablaban como si fuera una persona, y no alguien temible. «Buenos días, Excelencia. ¿Ha estado en el río? Las truchas saltan hacia las redes como locas».

Cuando hubo subido al tejado, se inclinó hacia abajo.

–Un tablón, Watson.

–Sí, milord.

Con apoyo de un mozo, Watson subió por la escalera con un tablón y ayudó a Hamlin a colocarlo en su sitio. Hamlin extendió el brazo, y le dieron clavos. Él se los colocó entre los labios y comenzó a clavetear uno de ellos.

No había sido claro con Eula. Lo que le gustaba no era el trabajo, sino dar martillazos. Le gustaba golpear la cabeza de un martillo con todas sus fuerzas. Le gustaba sentir la vibración de aquel golpe por todo el cuerpo, y lo poderoso que se sentía. Como si tuviera todo el control. Como si fuera capaz de mover montañas y desviar ríos. No siempre se había sentido así. No siempre había sido capaz de desahogarse a golpes de su frustración y volver a ser él mismo.

–Excelencia –dijo Watson.

–Ummm –gruñó él, mientras seguía sujetando los clavos con los labios.

–Excelencia, se acerca alguien.

Hamlin dejó de martillar. Vio una calesa que se acercaba a la casa y se sorprendió, porque ya

nadie iba de visita a Blackthorn. Escupió los clavos en la palma de la mano.

–¿Quién es? –preguntó.

–No los reconozco –dijo Watson.

Hamlin suspiró con irritación. Quería poner clavos, arreglar el agujero y sentir que aquel día había hecho algo útil. Quería sentir su propia fuerza y, después, el cansancio. Sin embargo, se lo entregó todo a Watson y bajó de la escalera. Tocó el suelo justo cuando el carruaje frenaba frente a él. Estuvo a punto de atropellarlo, y, mientras se quitaba el polvo de la cara, Hamlin miró a las dos personas que iban en la calesa. Quien llevaba las riendas era una mujer.

Bajó un caballero que debía de tener veinticinco años más que él, y ayudó a bajar a la mujer. Al verla, algo le pareció raro. Tal vez fuera su manera de caminar, con seguridad, con convencimiento, moviendo los brazos al ritmo de las piernas. Él estaba acostumbrado a que las mujeres caminaran lentamente, meciendo las caderas para atraer las miradas masculinas. Aquella mujer se movía como si tuviera que ir a un sitio muy importante y no pudiera perder ni un segundo.

El otro detalle que le llamó la atención fue que lo mirara directamente a los ojos, sin ningún recato y, por lo general, cuando alguien lo miraba así, era para pedirle algo o para acusarle de algo.

–¿Cómo está, señor? –le preguntó el hombre mayor.

Hamlin lo miró.

–Si es tan amable, háganos el favor de enviar a alguien a que avise al duque de que hemos venido a verlo. Soy Knox Armstrong, conde de Norwood –dijo él, e inclinó la cabeza.

Hamlin se quedó mirándolo. Norwood. Era inglés, obviamente. ¿Debería conocerlo? No recordaba aquel nombre, y se preguntó de qué iban a acusarlo ahora.

La mujer carraspeó.

–Ah. Y ella es mi sobrina, la señorita Catriona Mackenzie de Balhaire –añadió.

Él miró de nuevo a la mujer. Ella sonrió de una forma muy bonita. Entonces, ella enarcó una ceja, en silencio, como si quisiera recordarle que tenía que ir a buscar al duque.

–Entonces, si pudiera hacernos el favor de decirle al duque que hemos venido...

Tenía acento escocés, y una voz preciosa, lírica. Se la imaginó leyéndoles cuentos a los niños para que se durmieran.

–Pueden decírselo ustedes mismos –respondió Hamlin.

Norwood abrió unos ojos como platos y miró a su sobrina con sorpresa. Los dos se echaron a reír, y Hamlin y sus hombres se quedaron asombrados.

–Dios Santo, bueno hombre, no podemos entrar en la casa y anunciarnos, ¿no cree? Las cosas no se hacen así. Alguien debe avisar al duque de que hemos venido, y él decidirá si nos recibe.

–Entonces, ¿así es como debe hacerse? –preguntó Hamlin, que era consciente de que ella lo estaba observando con una mirada de diversión.

–Bueno –dijo el conde, sonriendo con jovialidad–, tal vez debería decir que así es como lo hacemos nosotros.

Sí, claro. Los ingleses se creían superiores en todo. Hamlin se cruzó de brazos.

–Yo soy el duque.

La sobrina se quedó asombrada, pero pareció que la situación divertía a Norwood, como si estuvieran jugando.

–¿Es usted Montrose?

–Sí.

–¡Vaya, vaya! –exclamó con una sonrisa–. Pues es un placer conocerlo, Excelencia –dijo, y se

inclinó ante él—. Perdona que no lo haya reconocido, pero podrá entender mi confusión al verlo clavando clavos.

—¿Y por qué iba a confundirse?

Norwood pestañeó.

—Porque nunca hemos conocido a un duque que hiciera más que levantar una taza, ¿verdad, tío? —dijo la sobrina, y se echó a reír.

Hamlin la miró. Aquella mujer no tenía dobleces. Ni tampoco tenía buenas maneras, tal y como podría esperarse de la sobrina de un conde inglés.

—Bien, pues a este duque no le asustan los martillos ni las tazas.

—Eso parece —dijo ella, sonriendo. Tenía los ojos de color azul grisáceo, y le brillaban como la superficie de un lago bajo el sol. Hamlin se quedó momentáneamente cegado por aquel brillo... hasta que se dio cuenta de que estaban esperando a que hablara.

Se giró hacia Watson.

—Por favor, ve a avisar a Stuart de que tenemos visita —le dijo en voz baja. Después, se volvió de nuevo hacia ellos—: Si son tan amables, continúen hacia la entrada. Mi mayordomo los recibirá. Yo me reuniré enseguida con ustedes.

—Gracias, Excelencia —dijo Norwood, y le hizo un gesto a su sobrina para que lo acompañara.

Hamlin la observó mientras ella subía al asiento del conductor. Se apartó del camino de la calesa, lo cual resultó ser muy sabio, porque la sobrina puso en marcha a los caballos con tal entusiasmo que los caballos salieron disparados y el pequeño carruaje voló tras ellos.

Hamlin miró a sus hombres. Ellos lo estaban mirando a él, como si hubieran visto un cometa.

—Sí —dijo él, asintiendo de manera taciturna.

No necesitaba decir más palabras. Todos entendían que acababan de ver algo que no era demasiado corriente.

Capítulo 4

Stuart era un mayordomo muy correcto y formal, era un hombre muy delgado y llevaba el nudo del pañuelo del cuello tan tenso como un garrote. Guio a Catriona y a su tío hasta un pequeño gabinete con cortinas brocadas, muebles tapizados en seda y una pared entera cubierta de estanterías con libros. Sobre la repisa de la chimenea había un reloj que hacía tictac a medida que pasaban los minutos.

–Así que nos está haciendo esperar –dijo Catriona, cuando dio la tercera vuelta a la habitación.

El tío Knox se había puesto cómodo en uno de los sofás y estaba examinando una figurita de porcelana. Era un violinista de las Highlands.

–Bueno, cariño, es que hemos cometido un error al no darnos cuenta de que era el duque.

–¿Y quién puede culparnos? Parecía un carpintero.

Un carpintero fuerte, gallardo y guapo. Tenía los ojos tan negros como el pelo, y las pestañas, tan negras como los ojos. Tenía los hombros tan anchos como un caballo, y las caderas, tan firmes como...

–No deberíamos juzgar a ningún hombre por su aspecto –dijo su tío, distraídamente.

Ya era demasiado tarde. Ella lo había juzgado por su aspecto, y el duque le parecía muy atractivo.

–No –dijo–. Pero... ¿no podríamos juzgarlo un poco? No parece un asesino, ¿verdad?

–No lo sé, cariño. No conozco a ningún asesino. No sabría qué buscar en concreto.

Ella tampoco conocía a ningún asesino, pero estaba convencida de que el duque no lo parecía. Parecía una persona que debería llevar una corona, o dirigir un ejército de soldados de las Highlands, o domar caballos. Tenía una presencia imponente. En ningún momento le había parecido un asesino. Si descubriese que sí lo era, iba a llevarse una amarga desilusión.

Dio la cuarta vuelta a la habitación. Las esperas nunca habían sido su fuerte. De hecho, había convencido a su tío para que fueran aquel mismo día a Blackthorn Hall porque estaba impaciente por hablar de la abadía, aunque el tío Knox todavía tuviera ciertas reticencias. Él prefería que olvidara aquel tema por el momento y disfrutara de la visita, pero ella no podía quitárselo de la cabeza.

Se detuvo delante de una de las estanterías para examinar los libros. El duque tenía una colección de historia, astronomía y filosofía. No había obras de teatro ni poesía. Así pues, era un hombre serio. Daisy le llevaba a ella novelas de Inglaterra, cuentos de caballería y amor y aventuras en el mar. ¿Acaso el duque no leía nada por placer? ¿Acaso no se permitía ni la más sencilla de las distracciones?

–Siéntate, Catriona, mi amor. Me estás poniendo nervioso.

–No puedo –dijo ella, quejosamente.

En aquel preciso instante, se abrió la puerta, lentamente. El tío Knox se puso de pie y vio a una

niña que se asomaba a la habitación.

–Buenos días –le dijo.

La niña avanzó un poco.

–Soy Eula –dijo–. ¿Quiénes son ustedes?

–Buenos días, señorita Eula –dijo el tío Knox–. Yo soy Norwood, y ella es mi sobrina, la señorita Mackenzie.

Catriona hizo una reverencia.

La niña miró a Catriona y se fijó en el bajo de su vestido, que tenía un bordado de hojas y pájaros.

–¿Han venido a ver a Montrose?

El tío Knox miró a Catriona.

–Es el duque –dijo la niña–. Él también vive aquí.

–Sí, hemos venido a visitarlo –le dijo Catriona.

–¿Son amigos suyos?

–Todavía no –respondió el tío Knox–, pero queremos remediarlo.

Entonces, la niña entró en la sala, aunque no se separó de la pared.

–Él no tiene amigos –les dijo, mirándolos con desconfianza.

El tío Knox disimuló la carcajada con una tos.

–Sí, ya lo hemos oído –dijo Catriona.

La niña se acercó a ella mirándola fijamente, estudiando su vestido, su cara y su pelo.

–Es muy guapa.

–Muchas gracias –dijo Catriona–. Usted, también, señorita Eula. ¿Vive aquí, con su Excelencia? Ella asintió.

–Tengo una suite para mí sola.

–Qué maravilla. Seguro que las habitaciones son preciosas.

–Sí –dijo la niña, mientras tocaba con un dedo la misma figurita que había estado examinando el tío Knox–. Tengo dos habitaciones, una sala de estar y un dormitorio. Así es como debe ser para las señoras decentes.

–Ah, ya entiendo –dijo Catriona.

–Eula.

Aquella voz masculina y grave tenía calma, pero también firmeza, y Eula se sobresaltó tanto que tiró la figurita al suelo. Catriona se agachó y la recogió. Sonrió y le guiñó un ojo a la niña antes de levantarse, y volvió a colocar la figurita en la mesa. Miró al duque por encima de la cabeza de Eula. Él se había puesto una chaqueta adecuada para recibir a las visitas, pero no llevaba pañuelo al cuello. Tampoco se había peinado.

–Deberías estar estudiando –dijo él con frialdad.

–Pero si tenemos visitas –replicó Eula.

–Más bien, yo tengo visitas. Tú tienes que estudiar. Vamos, ve.

–Está bien –dijo Eula de mala gana. Cuando pasó junto a el duque para salir por la puerta, él le acarició el brazo afectuosamente. Así pues, sentía cariño por la niña. Eso significaba que no podía ser tan malo.

El duque cerró la puerta y miró a Catriona y al tío Knox con expectación.

–Es usted muy amable por recibarnos, Excelencia –dijo el tío Knox–. Debería haber enviado a un mensajero...

–Sí –dijo el duque con sequedad.

Catriona enarcó una ceja. ¿Acaso todavía estaba enfadado, o era así de desagradable?

–Bien, entonces, estamos de acuerdo. En nuestra defensa, diré que acabamos de llegar a Dungotty.

El duque no dijo nada.

–Ahora es nuestra, ¿sabe? –dijo el tío Knox.

Nada.

–Fue una inversión muy ventajosa –dijo el tío Knox, aunque no hiciera falta. Catriona carraspeó suavemente, algo que llamó la atención de su tío.

–Eh... sí, bien, yo he venido a pasar el verano, y por eso estamos aquí hoy, Excelencia. Me gustaría invitarle a cenar a Dungotty. He invitado a mis vecinos del norte, los MacLaren. ¿Los conoce?

El duque miró al tío Knox durante un largo instante antes de responder.

–Sí.

–¡Espléndido! Va a ser una velada muy agradable. He traído un cocinero de Francia, y le aseguro que es magnífico. No quedará decepcionado, Excelencia.

El duque se cruzó de brazos como si supiera que el tío Knox iba a decir más cosas. Sus ojos, tan negros como el carbón, se desviaron hacia Catriona y la examinaron.

–No tiene que contestar inmediatamente, por supuesto –continuó el tío Knox–. Necesitará tiempo para consultar su agenda. Nos gustaría celebrar la cena el jueves por la noche, si le parece bien, así que, si fuera tan amable de enviarnos su respuesta antes del miércoles, se lo agradeceríamos mucho.

El duque miró al tío Knox con la mandíbula apretada. Era curioso que se pusiera tan tenso por una invitación. Curioso que fuera tan maleducado. El tío Knox, que no estaba acostumbrado a aquella actitud tan taciturna, miró a Catriona sin saber qué hacer.

Ella dio un paso hacia delante y tomó a su tío del brazo.

–En otro momento nos habría encantado quedarnos a tomar el té, Excelencia, pero tenemos muchas visitas que hacer hoy.

Él entrecerró los ojos.

–No les he invitado a tomar el té.

–¿No? –preguntó ella–. En ese caso, le ruego que nos perdone. Yo pensaba que lo haría, dado que es lo más cortés.

–Oh –musitó su tío, y le apretó la mano–. Oh, no. No, Cat –añadió en voz baja.

Pero al duque no debió de molestarle mucho el comentario, porque respondió:

–Estoy de acuerdo –dijo.

No obstante, se hizo a un lado y abrió la puerta para que salieran.

–Gracias –dijo Catriona, e hizo una marcada reverencia–. Estamos deseando una respuesta favorable por su parte, a pesar de lo mucho que le ha desagradado la invitación.

–Oh, Dios Santo –dijo el tío Knox–. Excelencia –añadió, y asintió a modo de despedida.

Catriona no volvió a mirar al duque. Stuart apareció en el pasillo y los condujo hacia la salida. Cuando llegaron al vestíbulo, uno de los lacayos abrió la puerta de antemano para que no tuvieran que detenerse ni un momento. Y, en cuanto salieron al pórtico, la puerta se cerró tan rápidamente que Catriona tuvo que darse la vuelta para cerciorarse de que no le había enganchado la parte trasera de la falda del vestido.

–Pero bueno –dijo su tío Knox, tirándose de las mangas–. Nunca había conocido a un hombre más grosero.

–Es diabólico, ¿a que sí? –preguntó Catriona, mientras bajaban los escalones–. Esto me ha decidido por completo a averiguar si es verdaderamente un asesino.

–Te recomiendo que tengas cuidado, querida, porque, si lo es, él puede decidir por completo que debería asesinarte.

–Cierto –respondió ella.

–Te he acompañado en esta visita, pero he hecho todo lo que he podido por ti, querida. Tenías que haber oído a la señora Templeton cuando dije que iba a invitarlo a cenar. Cualquiera pensaría que la estaban asesinando a ella en aquel momento. En mi opinión, no deberías preocuparte más por él. Tiene una pésima reputación. Dicen que es candidato a un escaño en la Cámara de los Lores, pero no creo que sea posible, teniendo en cuenta su manera de comportarse y su tendencia a acabar con las esposas rebeldes.

–Entonces, ¡tú también lo crees! –exclamó Catriona, triunfalmente–. Crees que le ha hecho algo espantoso a su mujer. ¡Lo crees, tío Knox!

Él le dio unas palmaditas en la mano.

–Todavía no lo he decidido, pero, después de la entrevista de esta tarde, me inclino por la respuesta afirmativa. Espero que acepte nuestra invitación a cenar, para que podamos deducir algo de su visita.

Catriona se echó a reír.

Subieron a la calesa, y un mozo guio a los caballos para que dieran la vuelta y se encaminaran a la salida de la finca. Ella tuvo la tentación de mirar hacia atrás para ver la enorme casa, pero no lo hizo. Sin embargo, tuvo la sensación de que los estaban observando. Tal vez él estuviera analizando su espalda para saber dónde debía hundir la daga. O, tal vez, fuera el fantasma de la duquesa quien los estaba mirando.

Seguidamente, fueron a visitar a los MacLaren. El tío Knox acababa de conocer al terrateniente, un hombre con influencias, y se había quedado encantado con él. Catriona entendió el motivo en cuanto se lo presentaron. MacLaren era un poco corpulento, como su tío, tenía más o menos la misma edad y se reía frecuentemente a carcajadas.

–Se va a quedar asombrado con mi colección americana de productos del tabaco –dijo, con emoción, mientras su esposa y él los llevaban hacia el salón de las visitas.

–Ah, tabaco americano. Nunca he fumado mejores puros –dijo el tío Knox, mientras se sentaba. Catriona lo miró con curiosidad.

–¿Y cómo has conseguido puros americanos?

–Querida mía, tengo amistades por todo el mundo –dijo él, dibujando un gran círculo en el aire. El señor MacLaren se echó a reír.

–Entonces, tiene que echar un vistazo a mi tabaco americano, ¿no cree? Puede estar seguro de que no va a probar uno mejor que este.

Entonces, se llevó al tío Knox a alguna sala a admirar el tabaco.

La señora MacLaren pidió el té para ellas dos. Era alegre, como su esposo, y el salón en el que estaban también desprendía esa alegría.

–Entonces, ¿cuánto tiempo nos va a acompañar en Dungotty? –le preguntó a Catriona, mientras servía las tazas de té.

–No mucho –dijo Catriona–. Tal vez quince días, pero no más. Tengo asuntos muy importantes esperándome en casa.

La señora MacLaren no le preguntó cuáles eran esos asuntos, tal y como esperaba Catriona. Ella agradecía cualquier ocasión para hablar de Kishorn.

—¿No se va a quedar todo el verano? Dungotty está tan precioso en esta época del año, con tantas peonías... Los Hay, los anteriores residentes, se enorgullecían de sus jardines.

Sin duda, se enorgullecían antes de que los echaran sumariamente de su hogar.

—Sí, son preciosas —dijo y tomó su taza—. A propósito, hemos invitado al duque de Montrose a cenar el jueves por la noche.

La señora MacLaren se quedó sorprendida. Enarcó tanto las cejas que le llegaron al pelo empolvado.

—¿De verdad? —preguntó, y dejó la copa en el plato, como si no fuera capaz de sujetar la delicada porcelana y asimilar aquella noticia al mismo tiempo—. Es... sorprendente. Él casi nunca sale de Blackthorn.

—¿Ah, no? —preguntó Catriona, haciéndose pasar por ingenua—. Bueno, pero, de todos modos, es nuestro vecino, y sería de mala educación no invitarlo, ¿no? —le dio un sorbito a su taza de té y dijo—: He oído lo que se dice de él.

La señora MacLaren se quedó un poco perpleja.

—Sí, se chismorrea mucho sobre él. Creo que no queda nadie en estas colinas que no sepa lo que se dice.

—¿Y usted lo cree?

La señora MacLaren frunció el ceño.

—No sé lo que creo, en realidad. Lady Montrose era muy querida dentro y fuera de Blackthorn.

—Resulta imposible creer que alguien haya podido desvanecerse como por arte de magia, y menos una duquesa, ¿no?

La señora MacLaren asintió.

—Además, era una mujer bellísima. Estaba llena de luz y de amor, y era más joven que el duque. Muy joven, en realidad. Y él es tan inquietante... —dijo con un escalofrío.

—¿Sí? —preguntó Catriona. A ella le había parecido grosero, pero ¿inquietante?

—Es muy distante. Pero, claro, supongo que eso es lo que puede esperarse de un duque.

Catriona no suponía nada de eso, pero se reservó su opinión.

—¿Cómo era la duquesa? —preguntó.

—Oh, tenía el pelo rubio rojizo y los ojos verdes y brillantes —dijo la señora MacLaren, a quien parecía que le hacía feliz hablar de la duquesa—. Era una verdadera belleza. Él también debía de pensarlo, porque hizo que la retrataran y colgó el cuadro en el salón principal de Blackthorn.

—¿Y por qué pensó todo el mundo que la mató él? —preguntó Catriona.

—No sé cómo funciona una mente anormal. Lo que sé es que la pasión puede llegar a ser algo muy peligroso entre dos personas. Pero no quiero hablar mal del duque —dijo la señora MacLaren—. Después de todo, a él no le han acusado formalmente del crimen, ¿no? Especular así no es más que manchar su reputación y, pese a todo, él ha hecho muchas cosas buenas por sus arrendatarios. Aunque no ha hecho muchos amigos, eso sí es cierto. Y además...

—¿Además? —la urgió, suavemente, Catriona.

—Bueno, no es ningún secreto que en Blackthorn había una gran infelicidad.

—¿En qué sentido?

—No lo sé. Solo sé lo que se decía —respondió la señora MacLaren, y le dio un sorbito a su taza de té—. Ah, pero era una mujer bellísima y dedicada a los arrendatarios y a sus familias. Y él... bueno, no se le veía demasiado. Es un hombre muy frío. Será curioso verlo desenvolverse en

sociedad.

–Yo lo vi en el salón de la posada de La espada roja y el escudo el primer día que llegué –dijo Catriona.

–¿Ah, sí? Bueno, tal vez haya cambiado de costumbres. Ciertamente, lo necesitaba. Bueno, bueno –dijo la señora MacLaren, y dejó su taza en la mesa–. Ya está bien de hablar del duque. ¿Es cierto que su tío ha invitado a unos rusos a Dungotty? –preguntó.

Catriona dijo que sí y, mientras la señora MacLaren empezaba a contarle que había tenido la oportunidad de conocer a un conde ruso hacía varios años, Catriona se distrajo pensando en el hombre de ojos negros y actitud severa que tenía en el salón principal de su mansión un retrato de su esposa desaparecida. Esperaba que asistiera a la cena.

Por suerte para ella, el miércoles recibieron una respuesta afirmativa del duque.

Capítulo 5

–¿Estás segura? –preguntó Hamlin.

–Sí –dijo Eula.

La niña estaba de pie en una silla, delante de él, arreglándole el nudo del pañuelo, con la frente arrugada de concentración.

–Estaba hablando con el señor Bain –dijo Hamlin, y le tocó la nariz con la punta de un dedo.

–Sí, Excelencia, estoy seguro –dijo el señor Bain, que estaba a su espalda.

Hamlin miró el reflejo de su secretario, Nichol Bain, en el espejo. Estaba apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, observando las acciones de Eula. Era un hombre pelirrojo de ojos verdes, con la ambición que tenían los jóvenes. No le importaban los rumores que corrían sobre él, solo le importaba hacer bien su trabajo y valerse de su servicio a un duque para alcanzar una posición mejor en la vida. ¿Hasta dónde llegaría? ¿Llegaría a estar al servicio del rey?

Bain había llegado a casa de Hamlin por recomendación del duque de Perth, el mejor amigo de su difunto padre. Como Hamlin era muy joven cuando había heredado el ducado, Perth lo había tomado bajo su protección y, doce años después, como había hecho su padre, él consideraba a Perth su principal consejero. Perth le había enviado a Bain y había respondido por sus credenciales que, a Hamlin, le habían parecido un poco vagas.

Bain permaneció impertérrito mientras le devolvía la mirada en el espejo. Era imposible saber lo que pensaba, y nunca daba su parecer sobre ninguna situación a menos que se le preguntara. Pero había tomado una decisión al instante cuando Hamlin le había preguntado si debía asistir a la cena de aquella noche. No se lo había pensado: «Sí, debe asistir».

Hamlin se miró al espejo y revisó su vestimenta. No había vuelto a buscar otro ayuda de cámara desde que el anterior había dejado su puesto después del fiasco con Glenna. Él siempre había sido cortés y decente con el hombre, pero el ayudante había optado por creer lo que se rumoreaba de su señor. Por suerte, él era perfectamente capaz de ponerse el traje para las ocasiones formales. Se había puesto un chaleco de seda plateada, una chaqueta y unos pantalones negros y, en aquel momento, Eula estaba intentando hacerle el nudo del pañuelo blanco del cuello, aunque no había tenido demasiado éxito.

–A mí me parece que es una pérdida de tiempo –le dijo a Bain–. No creo que vaya a sacar nada provechoso.

–Es bien sabido que el conde de Caithness se deja influir demasiado por la opinión de MacLaren. Y el voto favorable de Caithness sería decisivo –respondió Bain–. Podría ser el voto que le facilitara un lugar en la Cámara de los Lores. Cuanto más familiarizado esté con el sustituto de Caithness, más posibilidades tendrá.

Hamlin dio un gruñido. Si conseguía el escaño en la Cámara de los Lores, sería un milagro. Escocia tenía asignados seis escaños, y sus ocupantes eran elegidos por el voto de los nobles

escoceses. Su nombre había sido propuesto por su título, pero su nombramiento, que antes era prácticamente un hecho consumado, ahora era mucho más dudoso. A nadie le gustaba que lo representara alguien a quien los rumores tildaban de asesino.

–Usted ve esto como una oportunidad para entablar amistad con MacLaren. Yo lo veo como una oportunidad para que los chismosos inventen muchos escándalos.

–¿Qué significa «chismoso»? –preguntó Eula.

–Significa que a esa cena también han invitado a gente muy cotilla.

Ella se encogió de hombros y bajó de la silla. Había terminado su tarea.

–¿Va a ir la señorita?

–¿Qué señorita? –preguntó él, distraídamente, mientras intentaba arreglar el nudo que le había hecho en el pañuelo.

–La señorita guapa del pelo dorado.

Y de los ojos azul grisáceo. No podía olvidar aquellos ojos que brillaban con tanto deleite. Era una descarada.

Últimamente, las mujeres siempre lo miraban con una mezcla de curiosidad, horror y miedo. Sin embargo, la señorita Mackenzie lo había mirado como si quisiera retarlo a un duelo o invitarlo a bailar. Obviamente, no era una jovencita, sino una mujer bella y segura, casi de su misma edad. ¿Por qué no estaría ya casada una mujer tan bella y de familia rica?

–Creo que sí va a estar –le dijo a Eula.

–Me cae muy bien.

Lógico. Eula también era un poco descarada y, como allí no había ninguna mujer para darle ejemplo, se estaba convirtiendo en una pillina.

–¿Dónde está tu doncella? Me parece que es hora de que te acuestes.

–¿Ya? –preguntó Eula, quejumbrosamente.

–Sí, ya –respondió él. Se inclinó y le dio un beso en la coronilla.

–Estás muy guapo, Montrose –le dijo ella, mirándolo con atención.

–Excelencia –le recordó él.

–Excelencia Montrose –dijo ella con una sonrisita. En el espejo, él vio que Bain tenía cara de diversión.

–Bueno, márchate ya. Nos vemos mañana por la mañana, ¿de acuerdo?

–Buenas noches –dijo ella. Cuando salía por la puerta, le dio un golpecito intencionado a Bain en el estómago.

Cuando estuvieron a solas, Hamlin se deshizo el nudo del pañuelo y comenzó de nuevo.

–¿Usted piensa que, después de todo lo que ha ocurrido, todavía tengo posibilidades de conseguir un escaño? –preguntó sin rodeos.

–No, Excelencia –dijo Bain–. Pero, si hay alguien que puede cambiar de opinión, es MacLaren. Tendría un representante muy cercano a su casa y a sus intereses, y no iba a renunciar a eso por una cuestión de principios.

A Hamlin no le sorprendió que MacLaren pudiera apoyar su candidatura por interés propio. Después de todo, un miembro de la Cámara de los Lores tenía mucho poder en Escocia y, si él conseguía aquel puesto, quienes lo hubieran apoyado esperarían que les devolviera el favor. Sin embargo, aunque MacLaren estuviera dispuesto a pasar por encima de sus principios, podría tener a otro candidato en la manga.

No obstante, no servía de nada darle tantas vueltas a las cosas. Había aceptado la invitación de Norwood por recomendación de Bain y tenía que asistir a la cena.

Su mayordomo apareció en la puerta y se quedó junto a Bain.

—¿Aviso de que le preparen el caballo, Excelencia?

Hacía una espléndida noche para montar. Había luna llena y el camino entre Blackthorn y Dungotty, que atravesaba el bosque, era agradable y fresco. Sin embargo, antes de que pudiera responder, Bain estiró un dedo.

—Si me lo permite, Excelencia...

Hamlin asintió.

—Llegar a caballo a una cena tan importante podría dar la impresión de que su estatus ha disminuido. Le sugiero que vaya en el carruaje.

Hamlin suspiró con irritación. ¿Era eso lo que decían de él ahora? Le molestaba tener que presentarse de nuevo ante una sociedad que antes dominaba y que le había dado la espalda rápidamente. Antes de que se casara, esperaban invitaciones a Blackthorn Hall por toda Escocia e incluso en Inglaterra. La posibilidad de casarse con un futuro duque, especialmente con el venerado apellido Montrose, había atraído a muchachas de todas partes. Sin embargo, Hamlin había aceptado casarse con la mujer a la que su padre había considerado más adecuada para llevar el nombre de los Montrose y tener a sus herederos.

Después de casarse, Glenna y él habían dado cenas y bailes para la elite del país en la residencia de su padre, ya enfermo, porque eso era lo que se esperaba del heredero. Y, cuando su padre murió, él había ocupado su puesto. Glenna y él aparecían en sociedad cuando era de esperar. Él abrió una escuela y dotó de fondos a un grupo de teatro. Formaba parte de consejos, iba de caza y se reunía con otros hombres en su club de Edimburgo para quejarse del gobierno.

Había cumplido con sus deberes de duque del mismo modo distante que su padre. No porque él fuera tan frío como su padre; le gustaba pensar que era mucho más cercano, sino porque ya estaba teniendo problemas con Glenna y no quería que nadie lo supiera.

Aquellos problemas con Glenna no eran conocidos por nadie más antes de que ocurriera el desastre que había destrozado su vida y su espíritu, y que lo había dejado hundido, cuestionándose todo lo que siempre había pensado sobre sí mismo y sobre el mundo. Lo que había sucedido en Blackthorn Hall era una desgracia para cualquier hombre.

Aquella increíble caída en desgracia era el motivo por el que había contratado a Nichol Bain. Lo primero que le había dicho Bain cuando se habían conocido era: «Yo soy el hombre que puede limpiar su reputación».

En circunstancias normales, él se habría sentido ofendido por eso. Sin embargo, le había llamado la atención la seguridad con la que Bain había afirmado aquello, y sabía perfectamente que había que limpiar su reputación con urgencia. De hecho, aquella era la primera invitación que recibía desde hacía muchos meses.

—De acuerdo. Stuart, haz lo que ha dicho él —respondió—. Sé que al cochero y a los caballos no les va a gustar tener que esperar a que cenén un montón de ingleses gordos, pero es la suerte que les ha tocado en la vida. Así es.

El carruaje con el escudo de los Montrose se detuvo en la glorieta delantera de Dungotty y, rápidamente, dos lacayos acudieron a abrirle la puerta y poner un escalón para que pudiera bajar. Antes de que Hamlin pudiera llegar a la puerta principal, ya se había abierto de par en par, y un hombre con una peluca empolvada y una chaqueta llena de bordados dio un paso hacia delante, se inclinó y le dijo:

–Bienvenido a Dungotty, Excelencia.

–Gracias –respondió.

Le entregó el sombrero y entró al vestíbulo. Habían hecho reformas en aquella espléndida casa desde la última vez que él había estado allí, hacía más de diez años, cuando aún no se había casado. El suelo ya no era de entarimado de madera, sino de mármol, y del techo colgaba una enorme araña de cristal y bronce que lo iluminaba todo con la luz de doce enormes velas. Las escaleras que ascendían al primer piso estaban vestidas con carísimas alfombras, Aubusson, y la barandilla era de cerezo.

Hamlin se quitó la capa, se la entregó a otro de los lacayos y se preguntó cuántos criados necesitaba un inglés para veranear en Escocia. Aquella noche estaba viendo a más sirvientes de los que él tenía en Blackthorn Hall, que era el doble de grande que Dungotty.

De repente, oyó unas carcajadas que emergían de una habitación al fondo de un largo pasillo. Inmediatamente, se puso tenso. Parecía que había más gente que las cuatro personas que él esperaba, que eran los MacLaren, Norwood y su sobrina.

–Por aquí, si es tan amable, Excelencia –le dijo el mayordomo, y empezó a caminar con brío hacia la sala en cuestión.

El mayordomo pasó primero y carraspeó sonoramente. Hamlin vio varias cabezas volverse hacia la puerta. Demonios, aquel inglés lo había engañado. En aquella habitación había una multitud.

El mayordomo se inclinó y dijo:

–Mi señor Norwood, permítame presentar a su excelencia, el duque de Montrose.

Hamlin iba a dar un paso hacia delante, pero el mayordomo no había terminado.

–Y conde de Kincardine –añadió en el mismo tono de importancia.

Él esperó un momento para asegurarse de que ya podía pasar, pero el mayordomo añadió, con una reverencia:

–Y señor de Graham.

Bien, aquello sí era el final, porque él ya no tenía más títulos. Sin embargo, enarcó una ceja para preguntarle en silencio al mayordomo si había terminado. El mayordomo le hizo una reverencia y retrocedió.

Hamlin entró en la sala y miró a su alrededor. Había unas doce personas. Inclinó la cabeza a modo de saludo; las mujeres le hicieron una reverencia, y los hombres también se inclinaron para corresponderle.

–¡Bienvenido, bienvenido, Excelencia! –dijo Norwood.

Se acercó a él con un brazo extendido y una copa de oporto en la otra mano. Llevaba un traje de una espléndida tela, con un chaleco que le llegaba casi hasta las rodillas y con tantos bordados como el de su mayordomo. Parecía que tenían el mismo sastre.

–Estamos encantados de que haya venido. ¿Puedo presentarle a mis invitados? –le preguntó Norwood, y señaló a los MacLaren–. El señor y la señora MacLaren, a quien estoy seguro de que ya conoce.

–Excelencia –dijo la señora MacLaren, y se inclinó, de modo que su altísima peluca empolvada se tambaleó peligrosamente hacia él.

–Montrose, me alegro de verlo –dijo MacLaren, mirando a Hamlin con astucia, mientras le estrechaba la mano y se la sacudía con fuerza.

–Gracias –dijo Hamlin.

Cuando MacLaren lo hubo visto bien, miró a Norwood, y entre los dos hombres fluyó algo que

a él no le agradó. Aquel era el motivo por el que no quería asistir a aquella cena. El escrutinio, las hipótesis sobre lo que había ocurrido en Blackthorn.

—Mi querida amiga, la condesa Orlov, y su primo, el señor Vasily Orlov —prosiguió Norwood, mientras le presentaba a una mujer de mediana edad, con el pelo oscuro y las mejillas pintadas, y su primo, que iba ataviado con una banda atravesada en el pecho y varias medallas prendidas a ella.

Después, le presentaron a una familia inglesa, los Wilke-Smythe, cuya relación con Norwood no estaba clara. Lord Furness, un hombre corpulento que, por lo que pudo deducir, era un viejo amigo de Norwood, y que estaba ya casi embriagado. A su lado estaba la señora Templeton, una mujer con un busto prominente que se abanicaba vigorosamente el escote.

—Y, por último, mi querida sobrina, la señorita Mackenzie, que ya ha tenido el gran placer de conocerlo.

Según recordaba Hamlin, ella había dejado bien claro que conocerlo no había sido ningún placer. La señorita Mackenzie se levantó con elegancia de su asiento, el brazo de una butaca.

—Fue un gran placer, Excelencia —dijo ella con una sonrisa divertida. Parecía que le estaba tomando el pelo.

Llevaba un vestido de seda plateada con un escote muy atrevido. Cuando se puso en pie, él tuvo una buena vista de la parte superior de sus pechos blancos y carnosos. Tenía los ojos muy brillantes, con una mirada de curiosidad y alegría. Llevaba un moño alto con un adorno de dos pajaritos, y le caían un par de tirabuzones hasta las clavículas.

Él inclinó la cabeza.

—Señorita Mackenzie...

Ella le hizo una reverencia y le ofreció una mano, y él la tomó de mala gana, inclinándose hacia delante para besarle ligeramente los nudillos. Le pareció incongruente que aquella mujer tan audaz tuviera una mano tan grácil que olía a flores.

Hizo que se levantara y la soltó.

—Bien, bien, pues ya han acabado las presentaciones —dijo Norwood—. ¿Le apetecería un whisky, Excelencia? Sé que un escocés como usted sabe disfrutar de una copita de vez en cuando. A mí me aprovisiona mi hermana, lady Mackenzie de Balhaire, y ella se asegura de que sea destilado con el mayor de los cuidados.

—No, gracias —dijo Hamlin. Prefería tener la cabeza clara durante aquella velada.

La señorita Mackenzie enarcó una ceja.

—¿Acaso duda de la calidad de nuestro whisky, Excelencia? Lo he traído yo, personalmente, desde nuestros almacenes secretos de Balhaire.

—No tengo ninguna opinión sobre su whisky. No me agrada el whisky —dijo. Sin embargo, la realidad era que el whisky no le sentaba bien. La peor discusión que había tenido con Glenna se produjo una noche después de beber whisky y, después de aquella noche, Hamlin había renunciado a él para siempre. Nunca había pensado que él sería quien iba a sufrir los efectos devastadores de aquel licor, pero un matrimonio desgraciado podía empujar a un hombre por aquel camino.

La muchacha sonrió, y dijo:

—Bueno, pues ahí lo tienes, tío. Ya somos dos los escoceses a quienes no les gusta el whisky.

—¿Cómo dices? Te he visto disfrutando de algo más que de un sorbito de whisky, hija mía —le dijo el conde, y se echó a reír con ganas.

Ella se encogió de hombros sin dejar de sonreír.

—¿Le apetece un vino? —le preguntó Norwood a Hamlin.

–Sí, gracias.

–¡Rumpel! ¿Dónde estás, Rumpel? –preguntó Nor-wood, y se alejó en busca de alguien que sirviera una copa de vino.

Sin embargo, su sobrina fue más resolutiva. Se acercó a una consola y le sirvió una copa de vino. Volvió a su lado y se la entregó.

Él tomó la copa y la miró con escepticismo.

–Gracias –dijo.

–Es un placer, Excelencia. A mí, cuando estoy en un lugar desconocido, me relaja mucho tomar un poco de vino. Me suelta la lengua –dijo, y sonrió.

¿Acaso pensaba que él estaba nervioso? Ella estaba ante él, con las manos agarradas a la espalda. Ni hizo ademán de alejarse, ni tampoco dijo nada más. No se le acercó nadie, pero eso no le sorprendió en absoluto. Llevaba casi un año convertido en unapestado, y sabía bien cuál era su papel.

–Si le digo que no pensaba que fuese a aceptar nuestra invitación a cenar, ¿le sorprendería? –le preguntó ella.

Él lo pensó un instante.

–No.

–Bueno, pues no lo creía. Pero me alegro mucho de que haya venido.

Él enarcó una ceja con incredulidad.

–¿Por qué?

Ella pestañeó y, después, se echó a reír. Se inclinó ligeramente hacia él y susurró:

–Porque, por lo que se dice, Excelencia, es usted un hombre muy interesante.

Eso sí sorprendió a Hamlin. ¿Estaba la señorita Mackenzie refiriéndose a los rumores que corrían sobre él?

–No debería hacer caso de los chismorreos del pueblo, señorita Mackenzie.

–¿Qué chismorreos? ¿Qué pueblo? –preguntó ella, con aquella sonrisa de picardía.

–¡Aquí estamos! –exclamó Norwood, que acababa de volver. Iba acompañado por el mayordomo, que llevaba una bandeja de plata con una copa de vino. Al ver que Hamlin ya tenía otra copa, murmuró desconcertado–: Oh. Bueno, no importa, Rumpel. Puedes llevártela. Le pido disculpas, Montrose, si mi sobrina ha estado cotorreando. ¿Lo has hecho, querida? –le preguntó, sonriendo a Catriona con afecto. Seguramente, la mimaba demasiado, y esa era la explicación de que ella fuera tan descarada. Seguramente, le habían permitido que se comportara siempre como le diese la gana.

–¿Qué quieres decir, tío? –preguntó la señorita Mackenzie, riéndose.

–Solo que eres muy apasionada con respecto a muchas cosas, amor mío, y, si tienes la oportunidad, las expones con un gran entusiasmo.

La señorita Mackenzie no se ofendió, sino que volvió a reírse con ganas.

–¿Y te atreves a decir eso de mí, tío? ¿No fuiste tú el que hiciste que todos tus invitados se retiraran a la vez anoche, con tu larga exposición sobre el último sermón del pobre reverendo?

–Eso es completamente distinto –dijo Norwood, con indignación–. ¡Eso era un asunto muy importante, porque la teología había sido vapuleada!

–Milord –dijo el mayordomo, que había vuelto sin la bandeja de vino–. La cena está servida.

–Ajá, muy bien –respondió Norwood. Se colocó en medio de la sala y pidió la atención de los presentes–. Amigos, vayamos al comedor. En Dungotty no entramos en fila india. Entraremos todos como iguales, y vamos a cenar a nuestro ritmo, sin prisas. No voy a pedir que cenemos a

toda velocidad, como la emperatriz María Teresa de Austria; sé por experiencia que es muy severa con sus normas para las comidas. La condesa Orlov me ha ayudado amablemente a decidir el lugar para cada uno, así que encontrarán una tarjeta con su nombre en cada sitio. Catriona, querida, ¿acompañas tú al duque, por favor?

Y, con esas palabras, se giró y le ofreció el brazo a la joven Wilke-Smythe.

La señorita Mackenzie alzó una mano.

—Ya ha oído a mi tío. Yo tengo que acompañar a nuestro estimado visitante, porque no debe de ser igual a nosotros, después de todo, sino que está por encima de los demás mortales y necesita una acompañante especial.

Aquella mujer era tan descarada como Eula.

Ella sonrió con picardía al ver que él titubeaba.

—Por favor, no le dé un motivo para que me reprenda.

Hamlin suspiró, la tomó del brazo y entró con ella en el comedor, por delante de todos los demás, salvo de Norwood.

El comedor estaba cubierto de pan de oro y decorado con retratos de hombres y mujeres. La vajilla era de porcelana, la cristalería brillaba y los cubiertos y candelabros eran de plata. Había centros de peonías. Cuando Hamlin se sentó, se dio cuenta de que tenía que inclinarse hacia la derecha o hacia la izquierda para poder ver alrededor de las flores.

A su derecha estaba la señorita Wilke-Smythe y, a su izquierda, la señora MacLaren. A causa de las flores, no estaba del todo seguro de quién estaba enfrente de él. Norwood estaba sentado en la cabecera de la mesa, naturalmente, y el otro extremo lo ocupaba la señorita Mackenzie, flanqueada por el señor Orlov, a la derecha, y por lord Furness, a la izquierda.

La cena comenzó con una sopa de zanahoria y continuó con carne asada, patatas y manzanas cocidas. Hamlin tuvo que admitir que todo estaba muy bien hecho. El conde no había exagerado con respecto a su cocinero.

Durante la cena, la señora MacLaren le preguntó por sus cosechas. Él le explicó que iban muy bien, a pesar de la sequía de aquel verano. Y, sí, sus ovejas también estaban pastando muy bien.

Cuando se giró hacia la derecha, la señorita Wilke-Smythe se puso a hablar del buen tiempo y de lo mucho que deseaba que se celebrara un baile en Dungotty.

—Echo tanto de menos Inglaterra —dijo con un suspiro—. Allí me invitan a todos los bailes. Algunas noches, tengo el coche esperando para poder ir de uno a otro. Pero, aquí, en Dungotty, no hay ninguno planeado —añadió, e hizo un bonito mohín.

Hamlin supuso que debía lamentar aquel triste suceso y, en su nombre, pedirle a Norwood que organizara uno. Sin embargo, a él no podía importarle menos que hubiera cien bailes previstos en Dungotty aquel verano, o ninguno.

Pareció que su falta de respuesta disgustaba a la señorita Wilke-Smythe, porque, de repente, se inclinó para mirar a su anfitrión.

—Lord Norwood, ¿por qué no se va a celebrar ningún baile en Dungotty este verano?

—¿Disculpe? —preguntó el conde, a quien había interrumpido en medio de su conversación con la condesa Orlov—. ¿Un baile? Querida, en los Trossachs no hay gente suficiente como para celebrar un baile en condiciones.

Aquella respuesta disgustó aún más a la señorita Wilke-Smythe, que emitió un pequeño bufido. Entonces, se giró hacia la sobrina de Norwood.

—¿No cree usted, señorita Mackenzie, que necesitamos alguna diversión este verano?

La señorita Mackenzie estaba en mitad de una animada conversación con el señor Orlov. Alzó

la vista y miró por la mesa, como si no supiera lo que se había perdido. Tenía las mejillas sonrojadas de reírse y le brillaban los ojos.

—¿Disculpe?

—Estaba diciendo que Dungotty es un lugar precioso —explicó la señorita Wilke-Smythe—, pero que hay muy pocas distracciones. ¿Cómo vamos a sobrevivir a un verano sin un solo baile?

—Yo creo que muy bien —dijo la señorita Mackenzie—. Nosotros sobrevivimos sin bailes todo el tiempo, ¿verdad, señora MacLaren? Yo tengo intención de sobrevivir volviendo a mi casa —añadió—. El viaje a Balhaire es lo suficientemente entretenido como para una docena de veranos.

Aquel anuncio disgustó aún más a la señorita Wilke-Smythe.

—¿Cómo? —gritó, y se irguió en el asiento al tiempo que se agarraba al borde de la mesa—. ¿Va a dejarnos? Pero... pero... ¿cuándo?

Aquello llamó la atención de todo el mundo. Se volvieron hacia la señorita Mackenzie a la espera de una contestación.

—Dentro de quince días —respondió ella. Sonrió y volvió a mirar al ruso para continuar con su conversación, pero la señorita Wilke-Smythe insistió.

—Pero... ¿es imprescindible que se vaya?

—Sí, ¿por qué tiene que marcharse? —preguntó el señor Orlov, y le tocó el pulgar con los dedos—. No estará pensando en privarnos de su encantadora compañía. Tiene que quedarse durante todo el verano, porque me ofenderé mucho si no lo hace.

La señorita Mackenzie se echó a reír.

—Pues puede ofenderse todo lo que quiera, señor, pero no tengo duda de que encontrará compañía más adecuada, ¿no?

—Oh, claro que quiere quedarse —dijo Norwood, sin darle importancia—. Lleva demasiado tiempo en las Highlands.

—¡Nunca es demasiado tiempo en las Highlands! —protestó la señorita Mackenzie—. Sabes perfectamente que tengo que atender la abadía, tío Knox. Voy a marcharme dentro de quince días.

—¡Una abadía! —exclamó la señora Templeton, y dio un resoplido—. No pensaba que fuera usted monja.

La señorita Mackenzie no se ofendió. Volvió a reírse por aquel comentario.

—Nunca me habían acusado de ser monja, señora Templeton. Pero tengo pupilos a los que cuidar, ¿sabe?

—Es usted demasiado joven para tener pupilos, señorita Mackenzie —comentó la señorita Wilke-Smythe.

—Es demasiado joven, ciertamente, pero lo que dice es cierto —dijo Norwood—. Mi sobrina y su difunta tía llevan varios años proporcionándoles refugio a mujeres y niños.

Hamlin miró con curiosidad a la señorita Mackenzie. Él también tenía una pupila, y el hecho de que ella tuviera varios protegidos le intrigaba.

Todos estaban mirándola y, de repente, su risa tuvo algo de azoramiento.

—¿Por qué me miran así? ¿Es que ninguno de ustedes ha hecho alguna obra de caridad alguna vez?

—Es más que caridad, querida mía —dijo Norwood.

—¿Qué mujeres? —preguntó la señora Templeton—. ¿Qué niños?

—Mujeres y niños que no tienen adónde ir —dijo la señorita Mackenzie—. Viven en una abadía abandonada que está en una finca de mi familia.

—¿Y por qué no tienen adónde ir? —preguntó la señorita Wilke-Smythe, con la ingenuidad propia

de su edad.

–Esa pregunta... no tiene una respuesta fácil –dijo la señorita Mackenzie, y se movió con incomodidad en su silla.

Por primera vez, desde que la había conocido, Hamlin se dio cuenta de que no encontraba las palabras adecuadas, y de que miraba a su tío pidiéndole ayuda.

–La sociedad ya no las acepta, ni sus familias, por... varios motivos.

–Dios Santo –dijo Furness–. ¿Se refiere a...?

–Sí, precisamente, milord –dijo ella, antes de que él pudiera decir lo que eran aquellas mujeres–. Son mujeres y niños repudiados.

Se hizo el silencio durante un largo instante. La señora Wilke-Smythe miró a su marido, pero él se había quedado mirando fijamente a la señorita Mackenzie.

Hamlin se maravilló de aquella revelación. Aquel tipo de obras de caridad estaban reservadas para los samaritanos y los líderes de la iglesia presbiteriana escocesa. Las damas de la clase social de la señorita Mackenzie podían bordar cojines o recaudar limosnas, pero, por lo general, no participaban en actos en los que tuvieran que relacionarse de ningún modo con los marginados de la sociedad. O, por lo menos, no los acogían en su casa. Parecía que la señorita Mackenzie era algo más que una frívola mujer de la alta sociedad.

–¿Qué opina usted, Montrose? –le preguntó MacLaren, bruscamente–. Este es el tipo de asuntos que uno se encuentra constantemente en la Cámara de los Lores, ¿no es así? Lacras sociales, inmoralidad y cosas por el estilo, ¿no?

–No son inmorales –dijo la señorita Mackenzie, en un tono mucho más frío–. O, si lo son, es porque se vieron obligadas a serlo.

MacLaren la ignoró y siguió mirando fijamente a Hamlin.

–¿Y bien? ¿Qué le diría a alguien con la misma pasión que muestra la señorita Mackenzie por las depravadas?

–¡No son depravadas! –dijo ella, alzando la voz.

–Sí, Excelencia, ¿qué le diría? –le preguntó la condesa.

Uno de los motivos por los que Hamlin quería entrar a formar parte de la Cámara de los Lores era remediar la injusticia social, conseguir que Escocia avanzara y dejara atrás las revueltas del pasado. Había necesidad de un cambio. La rebelión había desplazado a mucha gente, lo sabía perfectamente, pero incluso él se sentía asombrado por aquello. ¿Mujeres y niños viviendo en una abadía abandonada? Miró a la señorita Mackenzie, que lo estaba observando, aunque no de una manera expectante. Se dio cuenta de que no le importaba lo que él pensara al respecto, y eso también le provocó curiosidad.

–Nadie puede imponerle a otro ningún tipo de intención caritativa, ¿no?

–Sí, se puede, si el acto caritativo es un error –dijo MacLaren.

La señorita Mackenzie entrecerró los ojos ligeramente y apartó la vista.

–Por el amor de Dios, Rumpel, quita esas flores de en medio. No veo a Cat desde aquí –dijo Norwood.

Al instante, el mayordomo se llevó el centro de peonías.

–Catriona es una filántropa –continuó Norwood, mirándolos a todos.

–¡Filantropía! –exclamó la condesa Orlov, y se echó a reír–. Eso lo explica todo. Había entendido algo distinto, pero ahora lo comprendo perfectamente. En la familia Orlov hay grandes filántropos, los más importantes de Rusia.

La señorita Mackenzie se había ruborizado ligeramente.

–Esto no es filantropía –dijo en voz baja–. Mi familia es muy generosa con sus recursos, sin duda, pero para mí, esto es un poco diferente. Yo quiero ayudarlas, y no entiendo cómo puede haber alguien que no quiera lo mismo. Han sufrido mucho en la vida, y no por su culpa. La vida puede ser muy cruel con las mujeres.

–Oh Dios mío –murmuró la señora MacLaren–. ¿Acaso la vida ha sido cruel con usted?

–¿Conmigo? –preguntó la señorita Mackenzie, y chasqueó la lengua–. No, conmigo, no. Yo he tenido todos los privilegios. Sin embargo, hay mujeres que nacen en circunstancias mucho menos afortunadas. A mí nunca me ha faltado ni lo más mínimo, pero a estas mujeres siempre les ha faltado todo, empezando por la compasión y el amor. No tienen un hogar, ni comida para sus hijos, ni calzado. Algunas de ellas han llegado con heno metido en los zapatos para intentar que no se les mojaran. ¿Se imaginan cómo es eso?

Hablar de aquellos asuntos en la mesa era una falta de delicadeza, pero a Hamlin le gustó su respuesta. Le pareció que tenía razón. Todo el mundo tenía que saber que aquellas desigualdades existían en el mundo.

–Yo no sé nada de eso, pero la vida sí que ha sido cruel conmigo –dijo la señora Templeton con amargura, pasando por alto el hecho de que iba vestida con seda y ataviada con joyas de valor incalculable. Claramente, aquella mujer no comprendía el significado de la palabra «cruel».

–Pero... ¿qué locura es esta? –le preguntó Furness a Norwood–. ¿Cómo es que su familia ha permitido que una de las suyas se relacione con semejantes mujeres, y de manera pública y notoria?

–Disculpe, señor, pero mi tío no habla en mi lugar –dijo la señorita Mackenzie, con calma, aunque las mejillas ya se le habían teñido de rojo, y se estaba agarrando al borde de la mesa con tanta fuerza que tenía blancos los nudillos–. Griselda Mackenzie, a quien Dios tenga en su gloria, convirtió la abadía en un refugio para personas desahuciadas y necesitadas. No sé en qué circunstancias llegaron la mayoría de ellas a Kishorn, pero a ella no le importó nunca. Lo que le importaba era que habían perdido a sus maridos, a sus padres y hermanos, y que no tenían a nadie que las protegiera ni mantuviera, o que habían escapado de situaciones en las que sus cuerpos estaban siendo utilizados para el placer de los hombres.

La señora Wilke-Smythe dio un jadeo de alarma. Su hija abrió unos ojos como platos.

–Ninguna tenía adónde ir hasta que Zelda acondicionó la abadía para ellas.

–Pero eso... eso es una indecencia –dijo la señora Wilke-Smythe.

–La indecencia sería dejarlas en la calle, en el frío, sin esperanza –replicó la señorita Mackenzie.

–Pero ¿qué hace usted? –preguntó la señorita Wilke-Smythe, que se había quedado fascinada con aquella nueva faceta de la señorita Mackenzie, mientras su madre se encogía en su asiento sin poder asimilar lo que había en el mundo, más allá de las tapias cubiertas de hiedra de los jardines–. ¿Usted se relaciona con ellas? ¿Está con ellas?

–Sí. Me ocupo de ellas –dijo la señorita Mackenzie, encogiéndose de hombros–. Me ocupo de que tengan todo lo que necesitan.

–Mi sobrina es digna de elogio –dijo Norwood con firmeza. Sin embargo, Hamlin vio con claridad que muy pocos de los presentes, tal vez solo Vasily Orlov, compartían su parecer–. Sinceramente, que haya personas que estén dispuestas a echar a esas mujeres y a esos niños de una vieja abadía y de la seguridad que les proporciona me parece terrible. Es una falta de escrúpulos –añadió.

–¿Y quién los va a echar? –preguntó MacLaren.

–Los terratenientes de las Highlands –dijo la señorita Mackenzie–. No les gusta que estén tan cerca. No tienen compasión, no creen que esa gente valga nada. Para ellos no son mejores que el ganado.

–¿Y por qué sabe usted lo que hay en el corazón de los terratenientes? –preguntó lord Furness.

–Y los ingleses, igual –continuó ella, ignorando al amigo de su tío–. Quieren las tierras para sus ovejas. Van a confiscar la propiedad. Lo ha dictaminado la Corona.

–¿Por qué motivo? –preguntó MacLaren con la voz enronquecida.

–Yo le explicaré el motivo –dijo Norwood–. Mi sobrina no contaría toda la historia, estoy seguro. Su tía, que era la mujer más valiente a la que he conocido y, si me lo permiten, una belleza –añadió con melancolía–, a su manera, ayudó a los rebeldes jacobitas que lucharon para derrocar a nuestro rey. Los escondió cuando huían del ejército inglés.

Hubo jadeos por toda la mesa, algo que, claramente, deleitó a Norwood.

–¡Traición! –balbuceó MacLaren.

–Tío, tal vez no debas...

–Tal vez ellos deban saber toda la verdad, querida.

La curiosidad de Hamlin por la historia de aquella abadía cada vez era mayor. Él no estaba del lado de los jacobitas, sino que había sido leal al rey. Sin embargo, como muchos otros escoceses, no les tenía demasiado cariño a los ingleses ni aprobaba su manera de hacer las cosas.

–La tía de esta mujer era una traidora al rey y a la Corona –dijo Furness, con ira, señalando a la señorita Mackenzie.

–Furness, por el amor de Dios, hombre... Ella lo hizo por benevolencia –dijo Norwood en un tono de impaciencia–. Cuando la rebelión fue aplastada, y aquellos hombres se enfrentaban a una muerte segura, ella los ayudó a escapar con vida en vez de permitir que fueran masacrados. Si quieres, puedes pensar mal, pero a mí me parece que es algo noble hacer eso por tus compatriotas.

Nadie contradijo a Norwood en su apasionada defensa de Zelda, pero Hamlin se preguntó si el hecho de ayudar a unos traidores era algo noble, por muy compatriotas que fuesen.

–Y... ¿quieren que les cuente más? –preguntó Norwood, inclinándose hacia delante, con un codo en la mesa.

–¡No, tío Knox! –exclamó la señorita Mackenzie, un poco frenética.

Sin embargo, Norwood tenía a todo el mundo absorto en su historia, y Hamlin sabía que no iba a desaprovechar toda aquella atención. Incluso los sirvientes se habían inclinado un poco, disimuladamente, para escuchar su respuesta.

–Nuestra Catriona ayudó a su tía.

–*Airson gràdh Dhè* –murmuró la señorita Mackenzie, algo que no entendió casi nadie de aquel grupo–. ¡Por favor, tío Knox, no digas nada más!

–Ella también es una valiente –dijo Norwood–. Su padre le prohibió expresamente que tuviera nada que ver con ningún jacobita, pero mi bella y compasiva sobrina no podía dejar que murieran todos aquellos hombres. Guio a muchos hacia Kishorn –explicó. Después, se apoyó en el respaldo de la silla y asintió. Parecía que la señorita Mackenzie quería meterse debajo de la mesa–. ¿Qué te ocurre, cariño? No te avergüenzas, ¿no?

–¡No! –respondió ella–. Pero estás angustiando innecesariamente a nuestros invitados, tío.

–¡No tienen por qué angustiarse! –afirmó él–. Todos deben saber que yo quiero ayudarla. ¿Qué clase de hombres están dispuestos a castigar a una mujer por ser compasiva? ¿No es eso lo que todos buscamos en el bello sexo? El abogado de Su Majestad ha decretado que se confisque la finca por dar refugio a los traidores hace una década, pero Dios sabe que yo voy a decir muchas

cosas al respecto.

La señorita Mackenzie gruñó suavemente y bajó la cabeza.

–¿Y qué dice usted con respecto a esto, Montrose? –le preguntó MacLaren, retadoramente–. ¿Le parece bien que confisquen esa finca?

–Yo no voy a dar mi opinión sobre hechos que no conozco a fondo, señor, y menos aquí, para entretenimiento suyo.

MacLaren sonrió casi imperceptiblemente. Si quería hallar motivos para negarle su voto, que lo hiciera. Sin embargo, él no iba a permitir que le obligaran a pronunciarse sobre las buenas intenciones de la señorita Mackenzie.

–Disculpe, lord Norwood, pero ¿qué tienen que ver esas mujeres con los rebeldes? –preguntó la señorita Wilke-Smythe.

–Una vez que los rebeldes se marcharon, querida niña, era lógico que las mujeres y niños que habían perdido a sus protectores necesitaran un refugio. Y, cuando ellas se marcharon, otras ocuparon su lugar, otras que no tenían dónde ir ni forma de alimentar a sus hijos. Fue un acto noble por parte de Catriona y Zelda.

–Yo no estoy de acuerdo con eso –dijo Furness con desprecio–. Me parece una estupidez, una falta de sentido común. Es lo que cabe esperar cuando alguien deja a las tías y a las hijas sin la adecuada supervisión de un marido.

Hamlin se dio cuenta, como el resto de los presentes, que la opinión misógina de Furness molestaba a la señorita Mackenzie, porque ella alzó la cabeza y miró al anciano con los ojos muy brillantes, como si fueran lanzas de fuego. A Hamlin no le sorprendió lo que opinaba Furness, puesto que no creía que aquel inglés gordinflón hubiera arriesgado nunca ni un pelo de su peluca por una causa en la que creyera.

De repente, la señorita Mackenzie tomó su copa y tomó una buena parte del vino. Después, dejó la copa en la mesa, se apoyó en el respaldo de la silla y apartó la mirada, como si quisiera estar en cualquier parte, menos allí.

La señora Templeton también aprovechó la oportunidad para atacar.

–Seguro que a la señorita Wilke-Smythe nunca la sorprenderían ayudando a unos rebeldes –dijo con altivez–. Ella es una jovencita con todas las cualidades que debería tener una debutante.

–Y es una lástima, porque parece de las que se conforman con ello –respondió Norwood, riéndose.

Los padres de la muchacha dieron un jadeo de indignación, pero Norwood siguió hablando sin inmutarse.

–Aunque sabe cantar muy bien. ¿No quieres entretenernos un poco al pianoforte, Chasity?

–Sí, por favor –dijo la señorita Mackenzie, y se puso en pie tan de repente, que todos los señores tuvieron que apresurarse en imitarla–. Así pues, vamos a retirarnos, señoras, para que los caballeros puedan tomarse su oportuno y fumar sus puros y emitir sus juicios sobre nosotras. Pero no nos dejen solas demasiado tiempo, señores, porque estaremos sin una supervisión adecuada.

Los hombres la miraron con asombro, pero Norwood sonrió ampliamente.

–¿Lo ves? –le dijo a Furness–. Ayer te lo dije. Mi sobrina tiene un genio muy vivo.

Furness debió de responder algo, pero nadie lo oyó, porque las mujeres estaban saliendo encabezadas por la señorita Mackenzie. Cuando salieron al pasillo, él oyó su risa.

Aquella mujer no tenía el genio vivo. Lo que tenía era mucha agudeza. Y no parecía que los tontos pudieran consternarla más de un momento.

Para él, aquello era admirable en una persona.

Capítulo 6

Catriona ya sospechaba que Furness era un viejo estúpido, y aquella noche había tenido la confirmación. Sin embargo, ahora que ya lo sabía, no iba a perder ni un minuto más enfadándose por su culpa. Esa era otra de las cosas que había aprendido de Zelda: que no había que perder ni un momento de sol por personas como él.

Cuando las otras señoras y ella entraron en el salón, Catriona se sentó en el sofá. Las Wilke-Smythe se marcharon al otro extremo de la sala y fingieron que examinaban unas partituras. Seguramente, estaban escandalizadas y preocupadas por si Chasity se corrompía al estar en la misma habitación que ella. Sabía muy bien cómo pensaban los ingleses. Su propia madre era inglesa.

La señora Templeton se puso a hojear libros de las estanterías. Desde el primer momento había dejado claro que no le agradaba la llegada de Catriona a Dungotty, sin duda, porque eso le quitaba parte de la atención que, aparentemente, le había estado dedicando su tío Knox. La señora MacLaren se sentó en una butaca cercana a la chimenea y tomó el atizador para reavivar las brasas.

La condesa Orlov fue la única que se atrevió a hablar con Catriona. Se sentó a su lado y comentó:

—Qué valor tiene, señorita Mackenzie. Yo nunca hubiera pensado que usted era una persona que se arriesgara tanto.

Catriona la observó con cautela.

—Estoy impresionada —dijo la condesa—. ¿Pasó miedo?

—¿Miedo de qué?

—Con los rebeldes. ¿Eran muy horribles? —le preguntó con los ojos brillantes de expectación.

—Ah, no. No me asusté. Todo era muy emocionante.

Por supuesto que había pasado miedo. Había tenido que desafiar a su familia y arriesgar la vida. Pero había querido ayudar a su tía Zelda, que sentía una feroz lealtad por las Highlands.

Su respuesta satisfizo a la condesa Orlov. La dama se inclinó hacia ella y le susurró:

—Entonces, ¿también disfrutó?

Catriona se ruborizó y se irguió.

—Fue hace mucho tiempo.

—¿Y esos rebeldes eran muy guapos?

Dios, aquellos hombres estaban tan asustados como ella. Estaban huyendo para salvar la vida.

—Discúlpeme, pero, en aquellas circunstancias, no se me ocurrió ponerme a examinar sus caras.

—Ah —dijo la condesa, decepcionada—. Claro, supongo que no. Sin embargo, admiro lo que hizo. Y me compadezco de esas pobres mujeres. Una vez, yo tuve que despedir a una criada a la que había dejado embarazada mi marido —le contó a Catriona, y se encogió un poco de hombros—. No

sé adónde iría.

Catriona se quedó mirando fijamente a la condesa. Aquello era algo muy cruel, pero ella se lo había contado sin la menor señal de emoción. ¿Cuántas mujeres habían ido a Kishorn después de que sus amos las hubieran echado a patadas cuando ya no les servían?

–Bueno, espero que llegara a Kishorn Abbey –dijo.

La condesa Orlov sonrió un poco.

–Yo me imagino que no sobrevivió al invierno ruso –dijo.

Se puso de pie y se alejó.

Si Catriona hubiera podido salir de aquella habitación sin decepcionar a su tío, lo habría hecho. No quería estar cerca de aquella gente. Se puso en pie y se paseó por la sala con inquietud, y se detuvo cuando la señorita Wilke-Smythe susurró:

–No puedo pasar un minuto más sin preguntárselo: ¿Qué opinan del duque?

Cuatro cabezas con peluca se volvieron hacia la muchacha.

–¡Chasity! Acabas de conocerlo. Y ninguna de nosotras lo conocemos tan bien como para emitir un juicio sobre él.

–Bueno, pues a mí me cae bien –dijo la señorita Wilke-Smythe–. Y me parece muy guapo.

–Es mucho mayor que usted –le dijo la condesa Orlov–. A mí también me parece atractivo, pero debe de tener casi cuarenta años. ¿Tendrá algún heredero? Si no lo tiene, debe de estar desesperado por conseguir una nueva esposa.

–¡Condesa! –dijo con severidad la señora Wilke-Smythe.

La condesa Orlov se encogió de hombros.

–Entonces, ustedes no creen que matara a su esposa, ¿no? –preguntó Catriona, distraídamente.

–Yo, sí –respondió la señora Templeton, sin dudar–. Se puede ver en sus ojos. Son demasiado oscuros.

Como si el duque pudiera controlar lo oscuros que eran sus ojos. Catriona volvió la cabeza para que nadie la viera mirar al cielo con resignación.

–Y es muy frío –continuó la señora Templeton–. Casi no ha dicho ni una palabra.

–Bueno, era imposible hablar –dijo la señora Wilke-Smythe–. La señorita Mackenzie ha monopolizado casi toda la conversación.

Al oír aquella pulla, Catriona se echó a reír.

–No fui yo, señora. Fue su curiosidad.

La señora Wilke-Smythe alzó la barbilla y apretó los labios, pero no lo negó.

–Tengo intención de averiguar la verdad sobre el duque –dijo Catriona–. Me parece muy extraño que la esposa de un hombre desaparezca y no se haga nada al respecto. ¿Y la familia de la esposa? ¿Ellos no dijeron nada?

–Sus padres murieron en un trágico incendio, y su otra única familia, una prima, murió al dar a luz. Lady Montrose no tenía a nadie salvo al duque –le dijo la señora MacLaren–. Y, de todos modos, ¿qué habrían podido hacer? ¿Quién se atrevería a poner en cuestión a un duque? Podría decir lo que quisiera sobre la ausencia de su mujer, y nadie podría desafiarlo. Así pues, no sé cómo piensa averiguar la verdad, señorita Mackenzie, sin ponerse en peligro. Además, ¿en quince días? Porque usted misma ha dicho que ese es el tiempo que va a estar en Dungotty.

–No sé cómo –reconoció Catriona–, pero tengo tiempo libre y, si no lo intento, me moriré de curiosidad. Creo que el duque no parece un asesino, pero una duquesa no desaparece así como por arte de magia, ¿no? Y, si es un asesino, tiene que responder por ello.

–¿Acaso es experta en traidores y asesinos? –inquirió la señora Templeton–. ¿Es otro de sus

dones?

–Solo en traidores –dijo Catriona–. Pero voy a convertirme también en experta en asesinos.

–Es usted una marimacho, eso es lo que es –dijo la señora Templeton–. Su tío le ha permitido que tuviera esos pensamientos fantasiosos y su familia le ha permitido que vaya correteando por el campo como una peregrina.

Catriona se echó a reír al imaginarse a sí misma con un báculo y una túnica tosca, vagando por las Highlands.

Aquella risa enfureció aún más a la señora Templeton.

–¿Qué edad tiene, señorita Mackenzie? –le preguntó–. Me parece curioso que una mujer de tantos años no esté casada todavía. Si fuera mi hija, le habría concertado un matrimonio decente hace mucho tiempo.

Aquel comentario dejó en silencio a todo el mundo, salvo a Catriona.

–*Diah*, señora Templeton, cuánto la enfado sin hacer ningún esfuerzo –dijo, alegremente. Pero, en realidad, a Catriona le había sorprendido un poco que la señora Templeton dijera lo evidente de una forma tan clara.

Aquella pregunta la perseguía adonde quiera que fuese. ¿Por qué no estaba casada la hija de un poderoso terrateniente, hermana de nobles e hija de una heredera inglesa? No tenía importancia todo lo que había conseguido sin tener marido a sus treinta y tres años, lo importante para todo el mundo era que no estaba casada. Lo que se esperaba de ella era que tuviera marido, que le diera un heredero, que preparara su mesa y le cosiera las camisas. Tenía que apoyar al cabeza de familia y someterse a sus deseos. No podía tener aventuras propias, ni deseos propios, ni sueños, ni ideas, ni gustos ni disgustos propios.

Y, si lo hacía, la alta sociedad la consideraría una persona de segunda.

–Sí, me enfada –dijo la señora Templeton–. Es como si le pareciera que tiene derecho a no cumplir con su deber.

–Si tanto le importa verme casada, señora Templeton, yo no voy a poner objeción a sus intentos –dijo Catriona.

Lo irónico era que la señora Templeton pensara que ella se negaba a casarse, cuando, en realidad, ella quería estar casada. Quería tener un marido a quien amar, formar una familia. Quería la misma felicidad que habían encontrado sus hermanos con sus cónyuges y sus hijos. Pero, por algún motivo, el destino no le había deparado la felicidad marital y, ahora ya, francamente, era demasiado tarde.

Por suerte, Zelda le había enseñado a Catriona a mirar más allá de lo que la gente esperaba de ella.

–Aunque tu vida no haya sido tal y como pensabas, puedes tener toda la alegría que quieras. El mundo es tuyo, tanto como de cualquier otra persona. Tienes mucha suerte, porque tu familia te permite vivir como quieres. No hay muchas mujeres que tengan esa oportunidad, ¿no? Pero elige sabiamente tu camino, por favor. No cometas los mismos errores que yo.

Cuando Catriona le había preguntado a qué errores se refería, Zelda había cabeceado.

–*Och*, demasiados errores como para contarlos. Ya se me han olvidado.

Ella había elegido su camino, ciertamente. Había seguido a su tía en algunas de las experiencias más increíbles que pudiera imaginar hombre o mujer. Le agradecía a su tía Zelda que le hubiera enseñado que se podía vivir así y, aunque le preocupaba la responsabilidad que le había dejado en herencia, también le agradecía que fuera solo su responsabilidad, y no de alguno de sus hermanos.

Aquello le parecía una obra mucho más importante que el matrimonio.

—¿No va a poner objeciones? —repitió la señora Templeton con malicia, y se echó a reír—. Tal vez el duque acabe por parecerle un buen candidato, señorita Mackenzie, dado que no piensa que haya hecho daño a nadie. Y, tal y como ha observado la condesa Orlov, no tiene esposa.

—¡Señora Templeton! —exclamó la señora MacLaren.

Sin embargo, Catriona volvió a reírse. Dios Santo, aquella mujer era igual de descarada que ella misma, y estaba claro que quería mucho al tío Knox, porque no había otra explicación para el desprecio que sentía por ella.

—Puede ser —dijo con jovialidad.

Por suerte, la conversación terminó en aquel punto, porque el tío Knox entró en el salón tambaleándose un poco, de muy buen humor, gracias a lo que había bebido aquella noche. Los demás caballeros entraron tras él. El duque llegó en última posición y permaneció al fondo de la habitación, sin decir una palabra, observando la sala con sus ojos oscuros. Cuando aquella mirada se cruzó con la de Catriona, ella tuvo un escalofrío extraño. Fue una sensación que no había tenido en toda su vida. Fue algo intenso y cálido que le puso el vello de punta.

Se preguntó, mientras se daba la vuelta y miraba a la madre y a la hija, que estaban junto al pianoforte, si el duque habría mirado así a su mujer alguna vez. Se preguntó si la habría mirado así mientras la estrangulaba hasta su último suspiro.

Y sintió otro escalofrío, mucho más intenso, que le recorrió la espalda.

—Chasity querida, ¿nos cantarías una canción? —le pidió el tío Knox a la señorita Wilke-Smythe.

—Será un placer —respondió ella.

Mientras las dos se sentaban ante el teclado, Catriona se movió por la sala para poder mirar disimuladamente al duque.

Él estaba observando fijamente a las intérpretes.

La señorita Wilke-Smythe carraspeó y empezó a cantar con el acompañamiento de su madre. Catriona se detuvo al fondo de la sala, fingiendo que escuchaba; la señorita Wilke-Smythe cantaba aceptablemente, con una voz ligera y pura. Catriona estudió disimuladamente al duque durante la canción. Su expresión era inescrutable, pero parecía que estaba muy atento, y no apartó los ojos de la cantante.

Después de que terminara la segunda canción, los presentes aplaudieron cortésmente, y lady Orlov propuso algo más animado. Sustituyó a las inglesas ante el teclado y habló en ruso con su primo, que debía de estar en desacuerdo con su elección. En medio de aquella discusión familiar, Montrose se acercó a Catriona, miró a los rusos y le dijo, susurrando:

—Me parece que usted no es el tipo de mujer que reduzca sus logros a una canción.

Aquel comentario sorprendió a Catriona.

—No —dijo ella—. Mis logros son más del tipo masculino.

Él la miró un instante.

—¿Masculinos? Vaya, dígame cuáles son esos logros, aparte de rescatar viudas y prostitutas.

Catriona sonrió con frescura.

—El tipo de logros de un duque.

—¿Tan elevados? —preguntó él, mientras la condesa colocaba las partituras en el atril.

—Yo no he dicho que los logros de un duque sean elevados —respondió ella, y se alejó. Se sentó cuando la condesa Orlov empezaba a tocar con tanta fuerza que las llamas de las velas empezaron a temblar.

A mitad de la interpretación, Catriona miró hacia atrás, pero el duque no estaba en la

habitación. Tampoco estaba el señor MacLaren. Ambos habían salido.

Qué hombre tan extraño y curioso era aquel duque. ¿Qué habría hecho con la belleza de Blackthorn Hall?

Catriona no sabía cómo iba a descubrir la verdad. Tal vez tuviera que preguntárselo directamente a su excelencia. «¿Qué ha hecho con su esposa, milord?».

Sintió un calor en el pecho al imaginarse cómo serían sus ojos negros si alguna vez ella reunía valor suficiente como para preguntárselo.

Capítulo 7

Para que MacLaren convenciera a Caithness de que le concediera su voto, Hamlin tendría que dar su apoyo para que el banco de Escocia siguiera bajo el control de Escocia.

Eso era lo que le había dicho, de manera sucinta, MacLaren, hacía un par de noches, cuando él se disponía a marcharse de Dungotty.

–El conde no va a tolerar que la Corona ahogue a los bancos escoceses como ahoga a los ingleses –dijo con tanta virulencia que Hamlin se preguntó qué tipo de desencuentro habían tenido MacLaren o Caithness con un banco inglés–. Nuestra regulación nos sirve muy bien y no necesitamos que se entrometa el tesoro público ni el Parlamento, ¿no le parece?

–Sí –dijo Hamlin.

–Yo estoy dispuesto a darle mi apoyo a un candidato que se comprometa a preservar en lo posible nuestra independencia –dijo MacLaren.

Miró con astucia y desconfianza a Hamlin, como si esperara encontrar algo sospechoso en la expresión de su cara.

Sin embargo, durante los años de su matrimonio, él había aprendido a ocultar sus pensamientos y sus emociones. Le mantuvo la mirada a su interlocutor y dijo:

–Mi objetivo es salvaguardar Escocia para los escoceses y dejar atrás las disputas del pasado. No quiero que Inglaterra someta más a Escocia, si eso es lo que teme.

MacLaren sonrió lentamente.

–Bien. En ese caso, tendrá el voto de Caithness. Hablaré con él.

Aquella mañana, Hamlin le relató aquella conversación a Bain, que estaba al otro lado de su escritorio de marquetería. Había sido un regalo de los padres de Glenna por la boda. A él le agradaban mucho los padres de Glenna, y se había quedado destrozado al saber que el vizconde, su esposa y una de las criadas habían muerto en un incendio de su mansión. Una vela había provocado un fuego que había devorado la mitad de la casa.

Aquel escritorio le recordaba constantemente la tragedia, pero le parecía que sería un desprecio a sus suegros el hecho de retirarlo. Una vez le había pedido su opinión a Glenna. Ella había mirado el escritorio distraídamente y se había encogido de hombros.

–No me importa lo que hagas con él –le dijo.

¿Sería la tristeza lo que la había convertido en alguien tan duro? Sabía que la pena afectaba a las personas de maneras muy diferentes. Algunos se volvían frívolos para protegerse del dolor, y otros dejaban que les apretara la garganta hasta que los ahogaba. Él pertenecía al segundo grupo.

Se había quedado con el escritorio.

El despacho era su habitación favorita de la residencia ducal. Estaba lleno de libros y de mapas, y de alfombras que les había comprado a los tejedores flamencos. La estancia tenía ventanales muy grandes y unas vistas espléndidas al jardín.

Bain estaba mirando por la ventana mientras Hamlin le contó cómo había sido la cena en Dungotty y lo que le había dicho MacLaren.

–Entonces, ¿se comprometió con usted? –le preguntó cuando él terminó de hablar.

–Dijo que iba a hablar con él.

Bain dio un golpecito en uno de los cristales, distraídamente.

–Creo que deberíamos investigar un poco, ¿no le parece?

–¿El qué?

–El tipo de negocio bancario que MacLaren desea mantener oculto, eso. Si no se comprometió en firme a darle su voto, tal vez le convendría a usted tener un as en la manga para convencerlo.

Bain se giró. Tenía una mirada intensa y oscura en los ojos verdes.

Hamlin lo entendió. La sugerencia de Bain era desagradable, pero él entendía por qué la hacía.

–El Banco de Escocia apoyó a los jacobitas, ¿no es así? –preguntó Hamlin.

Bain sonrió.

–Sí, Excelencia, así es.

Hamlin asintió y se quedó pensativo.

–Entonces, ¿sería difícil recabar información sobre los negocios de MacLaren?

–Tengo un conocido, un banquero escocés.

Hamlin se echó a reír.

–Qué oportuno, ¿no le parece?

Se levantó y caminó hasta la ventana, junto a Bain. Se fijó en un rosal que estaba cuajado de flores rojas como un rubí y, de repente, recordó otro día como aquel, precioso, cuando los rosales también estaban en su plenitud. Estaba en el jardín con Glenna, y ella lloraba. Siempre estaba llorando, porque cada vez tenía más quejas de él, más disgustos a cada semana que pasaba. Él no recordaba, por mucho que quisiera, qué era lo que la había entristecido tanto aquel día.

–El jueves que viene va a celebrarse una reunión de Los Caballeros de la Ciencia –dijo Bain–. Entre ellos están los agentes de algunos de nuestros compatriotas más ilustres, en concreto, de los duques de Argyll y Lennox. Y Caithness.

–¿Y cuál es el tema de la reunión?

–Puentes, Excelencia.

–Puentes –repitió él.

–Hace falta un puente en el extremo sur de Loch Ard, para facilitar el viaje.

–Entiendo. Entonces, ¿debo proponer que se construya un puente?

–Sería útil.

Hamlin asintió.

–¿Y qué más?

–El señor Palmer nos ha informado de que va a dejar su puesto a finales de mes.

Hamlin miró a Bain.

–¿Mi guardabosques?

Bain asintió.

–¿Por qué?

–Es un hombre de gran sensibilidad religiosa.

Hamlin frunció el ceño.

–¿De veras? ¿O es que no le parece bien seguir a mi servicio? Ha pasado un año, y ellos siguen echándose a temblar cuando ven a su señor.

–Según tengo entendido, un tal reverendo Kippen asistió a la feria de la parroquia y habló de la

batalla que libra el bien contra el mal en el mundo. Aconsejó a sus fieles que evitaran el mal a toda costa. En Mayfield House estaban buscando un buen guardabosques, y el señor Palmer se ofreció para el puesto.

–Esta noticia me toma por sorpresa, porque durante un día, se me había olvidado que soy el malvado duque de Montrose. En Mayfield House no le van a pagar tan bien como yo –gruñó Hamlin.

–No.

–Por el amor de Dios. Está bien, ya encontraré a otro. Y hay que buscar una doncella para Eula. Bain se sobresaltó.

–¿Disculpe, Excelencia?

–Necesita una supervisión adecuada, ¿no le parece?

Bain se quedó mirándolo fijamente.

–¿Qué pasa?

–Usted la supervisa adecuadamente, Excelencia.

–No, yo no. Alguien que sepa cosas sobre peinados y... vestidos, supongo. Cosas de mujeres. Pregúntele a la señora MacLaren.

–De acuerdo –dijo Bain, aliviado por no tener que hacer aquella búsqueda–. La visitaré hoy mismo. Y, hablando del rey de Roma... –dijo, y movió la cabeza hacia la ventana.

Eula apareció por el camino que seguía uno de los muros del jardín, tirando de las riendas de su pony y arrastrando por el suelo el extremo de un palo. Aubin, el cocinero de Hamlin y un gran jinete, iba a su lado, montando a caballo. Aquel francés tenía muchos talentos, y no demasiados escrúpulos a la hora de cobrar su salario de un asesino.

–¿Algo más?

–No, Excelencia.

Hamlin salió a la terraza y bajó los escalones de piedra hasta el jardín. Rodeó la casa y se encontró con Eula y su profesor de equitación.

–Buenas tardes –dijo.

–Buenas tardes –respondió ella. Le hizo una reverencia y lo señaló con el palo que llevaba en la mano.

–¿Por qué no montas?

–Ya no quiero montarlo más –dijo ella, mirando al pony–. Es demasiado pequeño.

–Pues a mí me parece que tiene el tamaño perfecto para ti –dijo él, y le acarició las crines al pony.

–Pues no. He visto a la señorita hoy, y ella tiene un caballo tan grande como el del señor Aubin.

–¿Qué señorita?

–La señorita Mackenzie.

–¿Y dónde la has visto?

De repente, Eula dio un jadeo.

–¡Y llevaba pantalones! –dijo con deleite.

–¿De verdad? –preguntó Hamlin.

–Creo que se llaman *trews*, Excelencia –dijo Aubin con su marcado acento francés–. Ella los llevaba debajo de la falda del vestido en lugar de las enaguas.

–Los lleva para montar –le explicó Eula, pacientemente–. Dice que una señora no puede montar bien si solo puede poner la mitad de las posaderas en la montura...

–¿Cómo?

–Dice que, para montar a caballo, hay que montar a horcajadas.

–Ah, ¿eso dice? –preguntó Hamlin cruzándose de brazos.

–Monta muy bien, Montrose. Deberías verla. Yo quiero montar como ella. ¿Puedo?

–No –dijo él, y miró a Aubin.

–¿Dónde ocurrió esto?

–En el río, Excelencia. La señorita Guinne y yo paramos para abreviar a los caballos y ella llegó galopando por el prado, a tanta velocidad, que era como si la estuvieran persiguiendo unos bandidos. Es muy buena amazona. Tal vez tenga algo de razón.

–Tal vez, pero en Blackthorn las cosas no se hacen así –dijo él. Tomó las riendas del pony y se las entregó a Aubin–. Vamos, Eula.

Le puso la mano en la espalda y la llevó hacia la terraza trasera.

–Llevaba el pelo suelto, y le caía por la espalda, como las crines del caballo del señor Aubin cuando se las cepilla –dijo Eula, moviendo las manitas para mostrarle lo largo que era el cabello de la señorita Mackenzie–. Dijo que las mujeres debemos aprender a montar bien y a disparar y a pescar, porque, algunas veces, no hay un hombre cerca que pueda hacerlo y, otras veces, una mujer no tiene por qué querer que un hombre haga todas esas cosas por ella.

Dios Santo.

–Parece que esa señorita tiene una opinión para cada cosa –murmuró él.

–Por favor, por favor, ¿puedo montar a horcajadas? Por favor... Ella es muy buena, y yo, no.

–No, no puedes montar a horcajadas. Eso no está bien visto en una dama, Eula.

–Pero ella monta así.

Sí, pero ella era una dama diferente. Una dama cuyos logros eran más del tipo masculino, según le había dicho.

–Lo que haga esa señorita es asunto suyo, no tuyo.

–No es justo –dijo Eula, quejumbrosamente–. A mí me cae muy bien. Y es muy guapa. ¿A ti no te lo parece? A mí me gusta su risa, y se ríe mucho.

–Sí, ya me he dado cuenta. Pero tú, por ahora, vas a quitarte de la cabeza ese deseo de montar como si fueras un forajido y te vas a dar un baño, ¿de acuerdo?

–Sí, de acuerdo –dijo la niña. Claramente, se quedó muy decepcionada cuando la envió a su habitación con la señora Weaver.

Se quedó en la puerta del despacho, observando el jardín de Blackthorn Hall. No quería pensar en la señorita Mackenzie y sus pantalones. Se había entrenado a sí mismo para no pensar en las mujeres, ni en su belleza, ni en el sexo. Después de la tragedia de su matrimonio, Hamlin estaba convencido de que nunca iba a conocer la felicidad. Aunque fuera un duque, estaba dañado, era un paria de la sociedad, y nunca iba a tener la relación íntima que deseaba. Lo mejor era no pensar en ello.

Y, sin embargo, aquella mujer de ojos azules y pelo dorado se le apareció en la mente sin que pudiera evitarlo. Le brillaban los ojos como si pensara que el mundo existía para su diversión. Era una viajera que recorría la vida disfrutando de las vistas, de los sabores y los olores. Y, de paso, les metía a las niñas en la cabeza ideas como montar a horcajadas.

Se la imaginaba montando como un hombre. Nítidamente. Con demasiada nitidez.

De repente, tuvo la necesidad de dar martillazos en algo. Necesitaba martillar durante una hora para gastar el vigor que su cuerpo había cobrado de repente.

El establo. Estaba seguro de que había algo que clavar en el establo.

Dos días después, Hamlin fue al pueblo de Aberfoyle para reunirse con su abogado. Aquel hombre, como muchos otros, no le tenía demasiada estima a Hamlin, a causa de los rumores, pero tampoco lo despreciaba tanto como para perder el dinero que recibía a cambio de administrar los asuntos ducales. Si hubiera otro abogado en aquella parte de Escocia, él habría acudido a su despacho, pero, por desgracia, el único abogado decente que había en varios kilómetros a la redonda era el malhumorado señor Peterboro.

Cuando salió del despacho, atravesó el parque del pueblo hacia el establo para recoger su caballo. No miró a derecha ni a izquierda, porque sabía que nadie iba a saludarlo. Nadie lo saludaba desde hacía meses. La gente de aquella zona adoraba a Glenna. Ella había sabido ganarse la simpatía de todo el mundo mostrando el afecto como solo podía hacerlo una duquesa. Hacía grandes compras en las tiendas del pueblo, daba trabajos y era benevolente con los menos afortunados. Y todo el mundo creía que él había hecho desaparecer a aquel ángel del modo más perverso. Nadie se lo decía a la cara porque temían su poder, que, tal y como le había dicho Bain, era considerable. Al ser duque, la acusación de asesinato tendría que ser investigada por el Parlamento. Y a él no le importaba que lo acusaran, en realidad; le importaba lo que pensarán de él.

Sí, él estaba al tanto de cómo recibían su presencia en el pueblo, y no buscó con la mirada ninguna cara amiga aquella tarde.

Así pues, se sorprendió mucho al oír que alguien lo llamaba. Se detuvo y se giró con curiosidad. La señorita Mackenzie caminaba apresuradamente hacia él por la hierba.

—*Madainn mhath!* —exclamó, alegremente.

Hamlin miró un poco más atrás por si aparecía todo el grupo de Dungotty, pero la señorita Mackenzie estaba sola. Tenía las mejillas rosadas de la carrerita y se le habían caído algunos mechones de pelo alrededor de la cara, por debajo del borde de su sombrero. Y tenía los ojos brillantes, llenos de vitalidad y felicidad. ¿Cómo podía ser tan feliz?

—*Madainn mhath!* —repitió ella—. Lo saludó en gaélico.

—Ya lo sé.

—Bueno, y ¿qué le trae por el pueblo en esta mañana tan bonita? —preguntó ella, y miró hacia arriba, como si él no se hubiera fijado en el cielo azul y el sol resplandeciente.

Sin darse cuenta, Hamlin se quedó mirando la falda de su vestido y preguntándose si llevaba los *trews* debajo. De repente, tenía la imperiosa necesidad de verle las piernas con aquellos pantalones. Tan imperiosa era su necesidad, que se le aceleró el corazón.

—¿Y su pupila? —le preguntó ella, al ver que él no respondía—. ¿Ha venido con usted?

¿Y ahora le preguntaba por Eula? No sabía qué pensar de aquella mujer. No confiaba en el interés que mostraba por él, pero no podía evitar sentirse atraído por ella.

—Tal vez yo esté mal informado, pero creía que una mera conocida no tiene por qué hacer esas preguntas personales.

—¡Una mera conocida! —exclamó ella, riéndose—. ¿Acaso ha olvidado que cenamos juntos? ¡Eso nos convierte prácticamente en amigos! Yo diría, incluso, que somos amigos. Debería aceptar mi amistad, porque su pupila me dijo que no tiene muchos amigos.

—¿Ella dijo eso?

—Sí. Discúlpeme si le he ofendido, Excelencia, pero me encontré a la señorita Guinne a principios de semana y quería saber de ella. Es una niña preciosa, y me cae muy bien.

—Pues sí, lo es —dijo él. Sin embargo, mientras hablaba la estaba mirando como si pensara que

la preciosa era ella—. A propósito —prosiguió—, me contó el consejo que le había dado.

—¿Se refiere al consejo de que aspire a una vida que merezca la pena? Es un consejo importante. Pero creo que usted debe de referirse al consejo de que se siente como es debido en la silla de montar —respondió Catriona con descaro—. No estoy equivocada en eso. ¿Cómo es posible que alguien piense que una mujer puede controlar algo tan grande como un caballo sentada de una manera precaria en la montura? Seguro que usted tampoco podría montar así. ¿Lo ha intentado?

—Por supuesto que no —dijo él.

—Por supuesto que no —repitió ella, agravando la voz y frunciendo el ceño.

—Le divierto —dijo él.

—Sí, me resulta divertido —respondió Catriona—. Y me intriga. Me parece raro que un duque no tenga amigos. Con su título y su enorme casa, debería tener muchos —dijo ella, y sonrió.

A Hamlin empezó a latirle el corazón con fuerza, como si quisiera recordarle que estaba presente y que deseaba trabajar como hiciera falta cuando estaban con aquella mujer.

—No está muy hablador, ¿eh? Bueno, entonces, lo dejo para que siga caminando por la pradera y resolviendo todos los asuntos misteriosos por los que ha venido a Aberfoyle. No voy a tener que preguntarme durante mucho tiempo de qué asuntos se trata, porque se sabrá por todos los Trossachs antes de que termine el día. He descubierto que no soy la única que siente curiosidad por usted, ¿sabe? —le dijo con una mirada de diversión.

Él no sonrió, pero se dio cuenta de que, por dentro, sí estaba sonriendo.

—Ya le dije que no hiciera caso de los chismorreos, ¿no?

—¿Chismorreos? Yo no soy chismosa, Excelencia. Solo quería decir que usted es un duque muy importante.

Él entrecerró los ojos.

—No quería decir eso en absoluto, señorita Mackenzie. Bueno, y ¿qué hace usted por aquí?

—Pues yo estoy encantada de decírselo —respondió ella—. Si mira por encima de mi hombro, verá a la señorita Wilke-Smythe. La he dejado amedrentada cerca de la sombrerería, porque no quería acercarse a usted sin invitación ni carabina.

Él tuvo que hacer un esfuerzo para poder apartar la vista de la deliciosa boca de la señorita Mackenzie y miró más allá. Vio a la joven, que estaba agarrando con fuerza su bolso y observándolos.

—Entonces, ha recibido una educación adecuada.

—Oh, sí. En realidad, yo también, pero a medida que pasaban los años, he ido dándome cuenta de que hay muchas normas que no sirven para nada —dijo ella—. Yo he venido a Aberfoyle para distraerme un poco del tedio de Dungotty —añadió—. Yo soy de Balhaire. ¿Ha oído hablar de ese lugar? Es una enorme fortaleza que hay en las Highlands, y mi familia lleva siglos gobernando allí. Todos los días hay mucho que hacer.

—¿Como, por ejemplo, esconder a los rebeldes?

Ella se echó a reír.

—*Mi Diah*, no creará usted que estamos todo el día escondiendo rebeldes, ¿no? Normalmente, solo los escondemos los viernes. Algunas veces, también, los sábados. Pero los domingos preferimos beber nuestro whisky malo, bailar nuestros escandalosos bailes y conspirar contra la Corona —le dijo, y le guiñó un ojo.

Tenía una sonrisa contagiosa, y Hamlin sonrió también, sin poder evitarlo. Se agarró las manos por detrás de la espalda y agachó la cabeza.

—Como hoy es miércoles, puedo estar tranquilo, entonces, porque no me voy a encontrar a

ningún rebelde escondido cuando vuelva a Blackthorn Hall.

–Creo que hoy, no. ¡Buenos días, Excelencia! –dijo ella–. Por favor, salude a Eula de mi parte, si no le importa.

–Lo pensaré –dijo él, e hizo una reverencia.

Se alejó mientras oía su risita. Cuando llegó al establo, miró hacia atrás. Ella había atravesado la pradera del parque y había vuelto con la señorita Wilke-Smythe, y estaban hablando con las cabezas muy juntas. Seguramente, chismorreando. ¿Qué diría de él la señorita Mackenzie? ¿Qué había querido demostrar con aquella conversación?

Prefería no saberlo. Su curiosidad por aquellos asuntos había quedado anulada, porque siempre se decían cosas malas sobre su persona.

Sin embargo, fue pensando en su descaro durante todo el camino de vuelta a Blackthorn Hall. A los rebeldes, solo los viernes. Vaya.

Cuando llegó a casa, estaba sonriendo. Notaba la sonrisa suavizando los duros planos de sus mejillas.

Capítulo 8

A Catriona le caía bien Chasity Wilke-Smythe, pero la joven tenía la costumbre de repetir todo lo que ella decía, y eso estaba empezando a cansarle.

Cuando llegaron a Dungotty, Chasity abrió de par en par las puertas del salón verde y les dijo, con dramatismo, a todas las mujeres allí reunidas:

–¡La señorita Mackenzie ha abordado al duque de Montrose en Aberfoyle, en plena calle! ¡Y le ha preguntado por qué motivo estaba allí!

–¿Y le dio alguna respuesta satisfactoria, o se limitó a lanzarle sus oscuras miradas de recelo, como de costumbre? –preguntó la condesa, distraídamente, desde su asiento cerca de la ventana.

Catriona dejó el sombrero en el sofá.

–Habló conmigo, pero no me dijo por qué había ido al pueblo, y me recordó que preguntar ese tipo de cosas no es de buena educación.

La señora Wilke-Smythe dejó la labor de costura sobre su regazo mientras daba un jadeo. Chasity soltó una risita de deleite. Sin embargo, en el pueblo, cuando ella le había dicho que iba a hablar con el duque, se había congestionado y se había puesto del color de la grana. En cuanto ella se había despedido del duque y había vuelto a su lado, le había exigido que le contara toda la conversación, y había escuchado hasta la última palabra con avidez.

–¡No se habrá atrevido a preguntarle por qué había ido al pueblo! –preguntó la señora Wilke-Smythe, en un tono de espanto y desaprobación.

–Pues sí –dijo Catriona–. Todo el mundo lo evita, pero yo quería desearle un buen día. Por desgracia, no se puede mantener una conversación haciendo solo comentarios sobre el buen tiempo sin que a una la tomen por tonta.

Chasity se ruborizó un poco, como si se diera cuenta de que ella siempre hacía demasiados comentarios sobre el tiempo.

–Es usted incorregible, Catriona –le dijo con admiración–. ¡Nunca había conocido a una mujer tan audaz como usted!

–Gracias a Dios –murmuró su madre.

Catriona se acercó a una consola y se sirvió un vaso de agua. En el pueblo, cuando había vuelto junto a Chasity, había mirado al duque. Él ya estaba montado a caballo, saliendo de Aberfoyle, pero había girado la cabeza, y ella habría podido jurar que la estaba mirando. Estaba segura.

–Tal vez estuviera en el pueblo para encontrar una doncella –dijo la señora Templeton, que estaba sentada en el escritorio.

–¿Por qué lo dice? –inquirió Chasity.

–Norwood y yo hemos ido a visitar a los MacLaren esta mañana, y ella me dijo que el secretario del duque había ido a preguntar si conocían a alguien adecuado para esa tarea. Supongo que tiene alguna dama en Blackthorn que necesita una doncella.

–¿Una dama? ¿Qué tipo de dama? –preguntó Chasity, sentándose lentamente junto a su madre.

–Bueno, eso es evidente, ¿no les parece? ¿Qué opina usted, señorita Mackenzie?

Catriona la ignoró.

La señora Wilke-Smythe retomó su labor con un resoplido.

–Nadie enviaría a su hija ni a su hermana a trabajar para él, después de todo lo que se ha dicho.

–Estoy de acuerdo –dijo la condesa–. Esa mansión tiene algo inquietante.

–Es para su pupila –dijo Catriona.

Aquello captó la atención de todas las mujeres.

–¿Su qué? –preguntó la señora Templeton.

–Su pupila. La niña que vive con él.

–¿Y cómo lo sabe? –preguntó la señora Templeton.

–Mi tío y yo la hemos conocido.

–Si yo fuera usted, señorita Mackenzie, no me acercaría a Blackthorn Hall. De allí no puede salir nada bueno.

–Entonces, ¿no debo pensar en casarme con él, después de todo? –le preguntó, con una sonrisa insolente, Catriona a la mujer.

La señora Templeton gruñó algo entre dientes.

–Si su delito es preguntar por una doncella –dijo Catriona–, a mí no me parece nada siniestro.

–Entonces –dijo la señora Templeton–, ayúdelo a encontrar una doncella para esa misteriosa pupila.

–¿Quién ha dicho que es misteriosa? Es una niña preciosa, nada más. ¿Ha visto alguien a mi tío?

–Está en su despacho –dijo la señora Wilke-Smythe–. Pero no quiere que lo molesten.

A Catriona no le importó. Salió de la habitación y fue al despacho. El tío Knox estaba sentado en su butaca favorita, que había hecho llevar desde Inglaterra. No le prohibió la entrada; al contrario, le pidió que pasara con un gesto. Tenía los anteojos apoyados en la punta de la nariz y las piernas estiradas. Estaba leyendo la carta de Zelda. Catriona reconoció la letra de su tía. Él la dobló cuidadosamente y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta cuando ella se le acercó.

El tío Knox se pasó una mano por la cara, pero consiguió sonreírle a su sobrina.

Catriona se arrodilló junto a su butaca y le puso la mano en la rodilla.

–¿Qué pasó entre la tía Zelda y tú?

Él sonrió.

–Fue hace mucho tiempo, cariño.

Zelda nunca le había hablado del tío Knox, pero Catriona sabía que había habido algo entre ellos. Le había preguntado a su tía varias veces por aquel asunto y, aquellos días, había visto a su tío leer la carta de Zelda más de una vez.

–¿Has encontrado algo divertido en el pueblo? –le preguntó él.

–No mucho, tío –dijo ella. Se levantó, se acercó a un sofá y se dejó caer en él–. Vi a Montrose.

–¿Sí?

–Sí, y fui a hablar con él. Le pregunté qué le había llevado a Aberfoyle.

Su tío enarcó las cejas.

–¿Y te lo contó?

Catriona se echó a reír.

–No. Me reprendió por hacer preguntas personales.

El tío Knox sonrió.

–Creo que no hay nadie en Escocia que fastidie tanto a ese hombre como tú, querida mía. Catriona intentó no sonreír, aunque aquel comentario le resultó agradable.

–¿Sabes dónde podría haber una doncella que necesite trabajo? Es para la pupila de Montrose.

–Ah. La señora Templeton estaba ansiosa por contarlo, ¿eh?

–Muy ansiosa –dijo Catriona–. Me gustaría presentarle a alguna.

El tío Knox ladeó la cabeza.

–¿Por qué?

Ella se encogió de hombros. En realidad, no sabía por qué, aparte de que necesitara alguna excusa para volver a verlo.

–Quiero averiguar lo que pasó con su mujer. Y tal vez consiga entrar en Blackthorn Hall si voy a presentarle una doncella para la señorita Eula.

–Ah, ya te entiendo –dijo su tío. Catriona evitó su mirada para que él no se diera cuenta de sus intenciones–. ¿Quieres ayudarlo, o causar algún problema?

–No lo sé, tío. Todavía no sé qué pensar de él. Ni de los Trossachs. Ni de Dungotty. Ni de ninguno de tus invitados –dijo ella. Suspiró y miró al techo–. Ya no sé lo que pienso de nadie, aparte de que tengo que pasar de alguna manera el tiempo que queda hasta que vuelva a Balhaire y a Kishorn, o me vuelvo loca.

–Vamos, vamos, hija mía, no te enfades –le dijo su tío en un tono suave.

–No, no estoy enfadada, tío. Lo que creo es que estoy... –murmuró, y se quedó callada. ¿Cómo estaba, en realidad? Cansada. Muy cansada. ¿Aburrida? ¿Aletargada? Pero nada de eso explicaba por qué había sido tan atrevida con el duque, y, francamente, también desvergonzada–. Todos piensan que estoy chalada, ¿no?

Su tío la miró con cariño.

–Es que estás un poco chalada, amor mío. Pero por eso eres una mujer tan llena de vida y tan interesante. Cualquiera tendría que estar un poco loco para hacer el buen trabajo que haces tú en Kishorn, ¿no crees? Siéntete orgullosa, Cat, porque estás ayudando a los que son menos afortunados que tú, y no permitas que un grupo de ingleses privilegiados te desanimen.

Catriona sonrió.

–Creo que deberías quedarte todo el verano en Dungotty –le dijo él.

–¿Quedarme aquí! ¡Pero si la señora Templeton está deseando perderme de vista! –dijo ella, cabeceando–. El conductor volverá a buscarme muy pronto. No puedo quedarme, tío. Me necesitan en Kishorn.

De repente, recordó lo que le había dicho Zelda en sus últimas horas de vida.

–Debes ser fuerte para los demás, *m'eudail*. Las mujeres y los niños de la abadía te van a necesitar más que nunca. Rhona es una buenísima abadesa, pero no tiene acceso al mundo en el que tú vives. Te va a necesitar».

–¿Cómo voy a seguir sin ti? –le había preguntado ella entre lágrimas.

–Lo harás muy bien. La vida no se va a terminar porque yo me vaya. Empezará cada nueva mañana, y ellos te necesitan, Cat. No llores por mí, ¿de acuerdo? Sigue cuidándolos por mí.

El tío Knox debió de adivinar lo que estaba pensando, porque dijo:

–Tu madre me dice en su carta que los residentes de la Abadía de Kishorn están muy bien en estos momentos, y que esa tal señora MacFarlane puede arreglárselas sin ti uno o dos meses.

Catriona puso los ojos en blanco.

–Mí madre está empeñada en sacarme de Kishorn.

–Está empeñada en que no pierdas de vista tu propio futuro, hija. Les has dado a esas pobres

gentes un sitio donde vivir, y no es necesario que les des toda tu vida.

–La tía Zelda lo hizo.

–Tú no eres tu tía Zelda, amor mío. Para ella y para ti ha sido una lucha muy difícil, entre su enfermedad y la responsabilidad de vuestros protegidos. Deberías pasar un verano alejada de todo eso –le dijo el tío Knox–. Deberías pensar en cuáles son tus verdaderos deseos. Por eso, le dije al cochero que no volviera hasta dentro de un mes.

A Catriona se le escapó un jadeo. Se incorporó en el asiento y preguntó:

–¿Cómo?

–Eres joven, Catriona, tienes toda la vida por delante, y no tienes por qué pasarte toda la vida en la abadía. Ellos pueden sobrevivir perfectamente por sí mismos. Tu madre y tu padre, y tus hermanos, están de acuerdo conmigo.

Así que se habían vuelto a unir para conspirar contra ella. Catriona pensó en todas aquellas pobres mujeres, que al llegar a la abadía, lo miraban todo con los ojos muy abiertos porque era algo opulento en comparación con sus propias vidas. Algunas solo tenían un objeto de valor, un diminuto retrato de un ser querido, o una tetera desconchada, o un trocito de encaje. Las últimas monedas que les quedaban.

«Te van a necesitar, Cat».

Sin embargo, también recordó al duque, con sus ojos negros y su mirada penetrante, y el misterio de su esposa desaparecida. Era lo único que le había llamado la atención en aquellos últimos tiempos.

–Quiero quedarme en Dungotty, es cierto –reconoció–. Pero temo lo que pueda suceder durante mi ausencia. Los ingleses quieren quedarse con Kishorn.

–Sí, ya lo sé. Pero serás más útil aquí que allí. Yo no puedo defender Kishorn sin tu ayuda, hija. Robert Dundas es amigo mío. Es el abogado de la Corona, y llegará a Edimburgo a finales de mes. Viene todos los años en verano para ocuparse de los asuntos de la Corona. Y siempre nos vemos.

Su madre tenía razón. El tío Knox conocía a todo el mundo. Robert Dundas era el más alto asesor legal de la Corona, tanto para los asuntos jurídicos ingleses como para los escoceses.

–Iremos a hacerle una visita y hablaremos de esta confiscación.

Lo que le decía su tío tenía sentido. Las mujeres y sus hijos seguirían en Kishorn a finales de verano, y Rhona cuidaría de ellos. Y, mientras, ella podría ayudar al tío Knox a defender su caso allí. Solo eran uno o dos meses, no iba a abandonarlos a su suerte.

Pensó de nuevo en aquel enigma, Montrose.

–¿Cat?

Catriona miró a su tío. Tenía los mismos ojos que su madre.

–Pero no soportaría un baile, tío. Prométeme que, por mucho que lo pida Chasity, no vas a dar un baile.

El tío Knox se echó a reír.

–Te doy mi palabra, nada de bailes en Dungotty.

–Y prométeme que vas a ayudarme a encontrar una doncella.

Él suspiró y la miró con exasperación, pero también con afecto.

–¿Por qué todas las mujeres a las que quiero tienen que jugar con fuego?

–Yo estoy acostumbrada a las llamas. ¿Me vas a ayudar, tío?

–Si eso te divierte, por supuesto, hija mía. Dios sabe que nunca he podido negarte nada.

Capítulo 9

Después de una larga reunión en Glasgow con los Caballeros de la Ciencia, en la que Hamlin se vio obligado a aprender cuáles eran las complicaciones de erigir un puente sobre un lago, volvió a Blackthorn Hall cubierto de polvo, con la garganta seca y con el deseo de comer algo, darse un baño y acostarse. Sin embargo, al entrar en el vestíbulo, vio algo negro sobre el suelo de mármol blanco. Había una pequeña maleta en el suelo, unos guantes de lana sobre ella y, colgado en el perchero, un abrigo de mujer desgastado.

Hamlin sintió pánico. Pensó lo peor, sobre todo, al oír voces femeninas a distancia.

«Ha vuelto. Por algún motivo incomprensible, ha vuelto».

Stuart salió del salón verde y cerró la puerta sigilosamente. Se dirigió hacia él a buen paso y, al ver su cara, Hamlin se relajó. No parecía que su mayordomo estuviera muy alarmado, y lo estaría si hubiese sucedido lo que él temía.

—¿Qué sucede, Stuart?

—Ha venido una doncella, Excelencia —dijo Stuart, mientras tomaba el sombrero de Hamlin.

—¿Disculpe? —preguntó Hamlin, mientras se quitaba el abrigo—. ¿De dónde?

—De Dungotty, Excelencia.

Hamlin se quedó inmóvil y miró fijamente a su mayordomo. Después, se encaminó rápidamente hacia la habitación del fondo del pasillo. Se sentía ofendido, pero, también, un poco impaciente.

Cuando entró en la sala, vio en primer lugar a Eula, que estaba hablando con una mujer que solo era dos o tres centímetros más alta que ella, de nariz chata y ancha y con los ojos muy separados entre sí. Llevaba un vestido de muselina marrón con dos remiendos muy cuidadosos en diferentes sitios, que él pudiera ver.

Entonces, vio a la señorita Mackenzie. Estaba al otro lado de la habitación con cara de sentirse muy satisfecha de sí misma, sonriendo a Eula y a la mujer con cara de aprobación. Cuando ella se percató de su entrada, le hizo una reverencia elegante.

La otra mujer, también.

Eula estaba saltando de emoción.

—¡Es una doncella!

Hamlin miró a la mujer.

—Buenos días, señora —le dijo. Después, se dio la vuelta y le dijo a Catriona—: ¿Podemos hablar un momento, señorita Mackenzie?

—Por supuesto —dijo ella, alegremente, y se le acercó como si se deslizara, como si fuera una visión salida de un sueño. Se maravilló al verla. ¿Cómo era posible que aquella mujer no sintiera ni el más mínimo temor ante él? Cuando iba a Aberfoyle o a Crieff, la gente cruzaba la calle para no verlo, pero aquella mujer llegada de las Highlands no tenía aquel sentimiento. Por el contrario, parecía que le encantaba desafiarlo a la menor ocasión.

Era exasperante. Y muy alentador, también.

Cuando se detuvo ante él, ella tenía una sonrisa en la mirada.

–¿Excelencia?

–¿Qué es todo esto?

–¿Esto? –preguntó ella, y se giró para mirar a Eula y a la doncella–. Parece que yo estaba en lo cierto, Excelencia. Sus asuntos se han sabido por todos los Trossachs y, cuando me enteré, pensé que podía ayudarlo.

–¿Ah, sí? Es muy noble por su parte, pero yo no le pedí ayuda –dijo él.

–Oh, eso ya lo sé. Es que, algunas veces, no puedo remediarlo.

–¿Esta mujer es, por casualidad, alguna de sus protegidas? –le preguntó él con frialdad.

A ella se le escapó un jadeo de deleite.

–Habría sido maravilloso, ¿verdad? Pero, por desgracia, no es así, Excelencia –dijo ella. Retrocedió unos pasos y se volvió hacia Eula y hacia la mujer–. ¿Puedo presentarle a la señorita Jean Burns, de Glasgow? Ha venido con dos cartas de recomendación. ¿No es así, señorita Burns?

–Sí –dijo la mujer con una voz suave.

–Estaba al servicio de la señora Culpepper de Glasgow.

Hamlin se quedó sin palabras. ¿Qué le ocurría a la señorita Mackenzie? ¿En qué estaba pensando al llevarle aquella mujer a su casa?

–Es usted demasiado presuntuosa –le dijo en voz baja.

–Umm... –murmuró ella–. Tal vez pudiéramos definirlo como «útil».

¡Cuánta frescura!

–He dicho «presuntuosa».

–Buena vecina –replicó ella–. Es imposible que sea de otro modo, porque las cosas se hacen así siempre en las Highlands. Ayudamos a aquellos que no pueden ayudarse a sí mismos.

–¿Está sugiriendo que yo no sé ayudarme a mí mismo? –preguntó él con incredulidad.

–Por supuesto que no –respondió ella, sin un ápice de convencimiento.

La desfachatez de aquella mujer era asombrosa. Volvió a mirar al ratón que le había llevado para que fuera la doncella de Eula.

–Ha servido a una señora –dijo, dubitativamente, observando su ropa desgastada.

–Sí, milord. Casi catorce años.

Tenía un fuerte acento del dialecto de Glasgow.

–¿Y por qué ha dejado su puesto? –le preguntó él.

El ratón pestañeó.

–Es que ella murió, señor. Se atragantó con un hueso de pollo, señor.

–Prefiere que le llamen «Excelencia» –dijo Eula–. Y no quiere que le llamen Montrose. Solo los caballeros pueden llamarlo así, ¿verdad? Yo te enseñaré las cosas que no le gustan –le dijo Eula, confiadamente.

–Gracias, Eula –dijo Hamlin–. Quizá debamos hablar de eso en otro momento, ¿te parece?

–¿Puedo enseñarle mi habitación? –preguntó la niña con entusiasmo.

Hamlin abrió la boca para responder, pero Eula ya estaba caminando hacia la puerta.

–¿Por favor?

Hamlin supo que había sido derrotado.

–Está bien, id –dijo–. Pero aún no he tomado una decisión.

Fue inútil que lo dijera. Eula no le estaba prestando ni la más mínima atención. Tomó al ratón de la mano y se la llevó por el pasillo, parlotando sobre su suite.

La señorita Mackenzie, aquella enredadora, intentó marcharse tras ellas, como si también pudiera ver la habitación de Eula. Sin embargo, Hamlin le puso una mano en el brazo y le dijo:

–No, usted, no.

La señorita Mackenzie miró a las dos mujeres, y dijo:

–¿Quiere que espere en el vestíbulo?

–No –respondió él. Cerró la puerta y se cruzó de brazos, y le preguntó–: ¿Qué demonios cree que está haciendo aquí?

Ella empezó a ruborizarse ligeramente.

–Ya se lo he dicho, quería ayudarle.

–Yo no quería su ayuda, señorita Mackenzie. Si la hubiera necesitado, la habría pedido.

–Ya lo ha dicho. Pero a mí no me importaba si me la pedía o no. Tal vez debiera pedir ayuda más a menudo, ¿no cree? Le vendría bien tener a una amiga como yo, sobre todo, teniendo en cuenta su mala reputación.

Él la fulminó con la mirada.

–¿Nunca le ha dicho nadie que es demasiado descarada?

Ella se echó a reír.

–Pues claro que sí –dijo–. En cuanto a la señorita Burns, tiene muy buenas recomendaciones –añadió, mientras le miraba los labios–. Y es obvio que necesita un trabajo, dado que su anterior señora se ahogó con un hueso de pollo. Vaya. ¿Se imagina una manera peor de encontrarse con el Hacedor?

–Sí, me lo imagino –respondió él en voz baja.

Ella pestañeó, y se ruborizó ligeramente. Sin embargo, no retrocedió, no apartó la mirada de sus ojos, ni de su boca, ni de su pecho.

–La señorita Burns no tiene a nadie en el mundo. Será leal a Eula.

Hamlin apretó los dientes al darse cuenta de que ella le había vencido. La señorita Mackenzie había resuelto el problema para él y para el ratón. No le gustaba la forma en que lo había hecho, pero algo le decía que no lo habría aceptado si ella lo hubiera presentado de forma distinta.

–¿Es competente?

–Muy competente.

Hamlin suspiró. Se apartó del calor que notaba entre ellos. Se acercó a una mesa auxiliar, sirvió dos vasos de whisky y le tendió uno.

Ella miró el vaso y después lo miró a él, y se acercó lentamente para tomarlo.

–Pensaba que no le gustaba el Whisky.

–Mentí –respondió él–. ¿Y usted?

–No –respondió Catriona, y le dio un sorbito al licor.

Hamlin apuró el vaso de un trago.

–De verdad, señorita Mackenzie, no la entiendo. Es demasiado descarada para su propio bien, ¿no le parece?

–Sí.

–¿Y qué quiere de mí? –le preguntó mientras rellenaba su vaso.

–¿Querer? No quiero nada –dijo ella, y dejó la copa sobre la mesa–. Estoy pasando el rato de la mejor manera que sé, eso es todo –respondió.

Empezó a caminar por la habitación y se detuvo un momento debajo del retrato de Glenna. Hamlin lo miró. Llevaba colgado allí tanto tiempo que él ni lo veía. Debería bajarlo y almacenarlo en algún sitio para no verlo más, pero, entonces, Eula le preguntaría adónde había ido

el cuadro y, otra vez, adónde había ido Glenna, y él prefería evitar aquella conversación. Eula era demasiado pequeña para entender la maldad de algunos corazones.

–¿Va a contratarla? –le preguntó la señorita Mackenzie.

Hamlin se dio cuenta de que ella se había movido de nuevo. Lo estaba observando mientras él observaba fijamente el retrato de Glenna.

–¿Me queda otro remedio? –preguntó.

–Uno siempre tiene otro remedio.

–No, no estoy de acuerdo. Pero, de todos modos, sí, la voy a contratar.

–No se arrepentirá –dijo ella, sonriendo.

Él no estaba tan seguro.

–Muy bien, Excelencia, entonces, no le entretengo más –dijo, y le hizo una reverencia.

–Ya me ha ayudado todo lo que podía, ¿no?

Ella se echó a reír.

–Por hoy, sí.

Por hoy. No se imaginaba que otra ayuda tenía reservada para él. Se alejó de la mesa auxiliar y tiró de la campanilla. Se abrió una puerta y entró un lacayo que se inclinó desde la cintura.

–Acompaña a la señorita Mackenzie a la salida –le dijo.

–*Feasgar math* –dijo ella, moviendo los dedos para despedirse, y salió de la estancia.

Hamlin se quedó allí quieto un largo instante después de que ella se marchara. Obviamente, todo era producto de su imaginación, pero casi pudo sentir que se había llevado todo el calor al desaparecer.

Tal y como había sospechado y, posiblemente, esperado, aquella no fue la última vez que vio a la señorita Mackenzie esa semana. Dos días después, llegó un mensajero con una carta. El papel estaba lleno de borrones de tinta, como si hubiera escrito la nota con mucha prisa. La señorita Mackenzie le preguntaba si podía visitar a Eula a finales de semana. La niña le había dicho que lo que más le gustaba del mundo era pintar, y a ella le gustaría mucho presentarle a un amigo, un artista, para que le enseñara algunas cosas.

Mientras Hamlin desayunaba con Eula, bajó la carta y miró a la niña por encima del papel.

–¿Le dijiste a la señorita Mackenzie que lo que más te gusta del mundo es pintar?

Eula asintió con energía.

–Me gusta hacer los colores. ¿Sabías que cuando mezclas el amarillo y el azul te sale el verde?

Él bajó la carta a su regazo.

–Pensaba que lo que más te gustaba del mundo eran las clases de piano. ¿Cuándo ha pasado la pintura al primer puesto?

–No me acuerdo.

–¿No recuerdas nada?

–No.

–¿No, qué?

–No recuerdo nada –respondió ella, imitándolo.

A Hamlin se le escapó una sonrisa. Volvió a subir la carta y la leyó de nuevo, analizando la letra de la señorita Mackenzie.

Aquella mañana, cuando se reunió con Bain, le preguntó qué pensaba del deseo de la señorita Mackenzie de llevar a un pintor a Blackthorn Hall.

Bain no lo pensó demasiado.

–No veo nada de malo en ello.

–Ya nos ha traído a la doncella. ¿Es que vamos a aceptar que nos imponga también a los profesores? –preguntó Hamlin con irritación.

Bain se quedó desconcertado.

–Sí. Se lo recomiendo, Excelencia, puesto que usted debe concentrar su atención en otros asuntos...

–Sí, sí –dijo Hamlin, moviendo la mano antes de que Bain pudiera recordarle lo ocupado que estaba. Dejó la carta en el escritorio y añadió–: Pues, entonces, envía una respuesta afirmativa.

–Por supuesto, Excelencia.

Dos días más tarde, la señorita Mackenzie apareció con un hombre que había recorrido todo el camino desde Stirling. Llevaba un abrigo gastado, un chaleco, una gorra que debía de haber sido digna de un artista alguna vez, pero que ya no lo era, y un maletín de cuero lleno de pinceles colgado del hombro en bandolera. Hamlin se fijó en que tenía las manos manchadas de pintura.

Por supuesto, ella era todo sonrisas y, cuando entró en la habitación, la iluminó.

–¿Puedo presentarle a *monsieur* Kenworth? –preguntó con una reverencia.

–¿Es usted francés? –le preguntó Hamlin al caballero.

–No, Excelencia. Un escocés orgulloso de serlo, como usted, ¿no es así? –respondió el hombre, alzando la barbilla.

–Estaba bromeando –dijo la señorita Mackenzie–. El señor Kenworth me ha dicho que los mejores artistas son los franceses, pero yo le aseguro que él es tan buen pintor como ellos.

Subrayó aquella afirmación con un guiño, como si ella y él compartieran algún secreto. Le había guiñado un ojo, pero tan rápidamente, que él no sabía si había ocurrido de verdad.

Eula estaba entusiasmada, por supuesto. Al final de la clase, Hamlin tuvo que comprarle pinturas y lienzos a *monsieur* Kenworth, además de contratar dos horas de clase a la semana para todo el verano.

–La niña puede dar las clases de paisajes al aire libre mientras haga buen tiempo –había sugerido Kenworth, señalando las puertas abiertas que daban al jardín.

Hamlin murmuró lo que opinaba de los paisajes en general, en voz muy baja, pero asintió, porque no había ningún hombre que pudiera mirar la carita de Eula y creer que podía negarle algo.

Cuando la señorita Mackenzie y el pintor se estaban marchando, ella se fijó en un campo de tiro al arco que había más allá del jardín. Entonces, se produjo una conversación sobre el tiro al arco, y ella lo reprendió por no haber enseñado a Eula a disparar. Y, naturalmente, Eula enseguida tuvo muchísimas ganas de aprender.

–Yo no tengo tiempo para enseñarte, Eula –le dijo–. Y Aubin se ha hecho daño en el codo, ¿no te acuerdas?

Aquel hombre misterioso y lleno de talento se había caído del caballo el domingo anterior, el día libre del servicio. Hamlin sospechaba que volvía a Blackthorn Hall en estado de embriaguez cuando había sufrido el percance.

–¡Un francés! ¡Para el tiro al arco! –exclamó la señorita Mackenzie, y chasqueó la lengua.

–No aguanto más el suspense, señorita Mackenzie. Sin duda, usted conoce a un individuo que necesita el puesto de profesor de tiro –dijo él con ironía.

–¡Un individuo! Le aseguro que yo he traído al señor Kenworth como profesor de pintura para la señorita Guinne porque no tengo el menor talento para ello. Sin embargo, mi padre y mis hermanos han adiestrado a los soldados de las Highlands en el tiro, Excelencia. Le doy mi palabra

de que sé disparar flechas tan certeramente como cualquier hombre.

Él la miró.

–Usted.

–¡Yo!

–¿Con arco? –le preguntó Hamlin con escepticismo.

–¿Hay alguna otra manera de disparar una flecha? ¿Por qué es tan incrédulo? Da la casualidad de que tengo una puntería excelente.

Él soltó un resoplido.

La señorita Mackenzie empezó a ajustarse los guantes como si fuera a marcharse ya con el señor Kenworth.

–Pues, si no me cree, tal vez debiera asistir a la clase usted también.

Aquella mujer nunca lo decepcionaba con su descaro.

–¡Sí, por favor, Excelencia! –exclamó Eula.

Él miró a la señorita Mackenzie. Ella sonrió.

–Solo quiero ayudar –dijo, aunque su sonrisa sugería otra cosa.

El recuerdo de aquella sonrisa lo obsesionó durante todo aquel día y por la noche. Le hacía sentir rabia, furia y deseo, todo a la vez. No recordaba haber sentido nunca tanta curiosidad por una mujer. Antes de casarse, sentía principalmente lujuria y, después de su matrimonio, resentimiento hacia la mujer con la que se había casado.

Seguía sintiendo deseo, pero lo que más destacaba era su interés por cómo funcionaba la bonita cabeza de la señorita Mackenzie, por su forma valiente de abordar la vida. La señorita Mackenzie estaba metiéndosele en la cabeza y en otras regiones del cuerpo, y él no sabía qué hacer al respecto.

Capítulo 10

El sábado por la mañana, Catriona apareció a desayunar con el traje de montar y el arco y las flechas. Llevaba el pelo recogido en una coleta a la espalda, de modo que pudiera ponerse el sombrero adecuado, y botas apropiadas para caminar hasta el campo de tiro de Blackthorn.

Entró en la sala de desayunos. Su tío Knox estaba en su sitio de costumbre, con todos los demás, salvo los Wilke-Smythe y el señor Vasily Orlov, que había llegado a Dungotty a las tres de la mañana. Catriona lo sabía porque estaba tan borracho que se había chocado con la pared justo al lado de su habitación y había soltado unas cuantas palabras en ruso, que debían de ser una retahíla de juramentos.

El tío Knox alzó la vista del periódico y la miró por encima de los anteojos.

–¿Adónde vas esta mañana, cariño?

–A Blackthorn Hall –dijo mientras tomaba un poco de jamón–. Voy a darle una clase de tiro al arco a la pupila del duque.

–No podría tener mejor profesora –dijo él–. Recuerdo que, cuando todavía no eras más alta que una caña, ya acertabas los blancos más pequeños a treinta pasos de distancia.

Aquello llamó la atención de Furness, que también alzó la vista.

–¿Qué blancos?

–Una manzana –dijo Catriona–. Una manzana podrida, pero manzana, al fin y al cabo.

–No me lo creo –dijo Furness mirando al tío Knox.

–Entonces, a lo mejor tenemos que ponerte una manzana podrida en la cabeza y dejar que Catriona te lo demuestre –respondió el tío Knox.

–Yo creía que íbamos a ir a Crieff –dijo Chasity con un mohín–. Allí hay una modista, y necesito urgentemente un vestido nuevo para la pequeña temporada de Londres.

Eso de la pequeña temporada eran unas cuantas fechas del calendario social que se concentraban en torno a una corta sesión parlamentaria del otoño. Todavía faltaban varios meses.

–¿En otro momento? Se lo prometí a la señorita Guinne.

–Ah, así que de veras hay una pupila –dijo la condesa Orlov. Todavía iba en bata, y tenía el pelo oscuro suelto por los hombros–. ¿Y qué más ha averiguado sobre nuestro misterioso duque?

–Pues muy poco, la verdad –respondió Catriona.

La condesa sonrió a Catriona con petulancia.

–Dependemos de usted para que nos resuelva el misterio.

–He visto el retrato de su esposa. ¿Le sirve eso?

–¿De veras? –preguntó Chasity–. ¿Y cómo era? ¿Era tan guapa como dicen?

–Sí, muy guapa. Pelo pelirrojo, ojos verdes muy brillantes, con una mirada de picardía...

–¿Dónde está el retrato? –preguntó Chasity.

El retrato estaba en el salón, y Catriona se preguntó por qué. ¿Acaso la echaba de menos? Ella

había visto que el duque tenía una faceta tierna. Su hermano Rabbie era igual: muy hosco por fuera, pero, por dentro, blando como la mantequilla. ¿Y si el duque era el mismo tipo de hombre? Era evidente que quería mucho a la niña, y eso era una señal de que tenía un corazón lleno de ternura. Tal vez lo que le ocurriera a su mujer era lo contrario de lo que pensaba todo el mundo. Tal vez hubiera sido su esposa la que había terminado con todo.

Sin embargo, eso no tenía sentido para Catriona. ¿Cómo iba a querer una mujer librarse de un marido tan guapo y rico? No, no se lo imaginaba. Debía de haber algo más en aquella historia.

–¿El retrato? En el salón principal. Es tan alto como una de las ventanas. Bueno, tengo que irme –dijo.

Se levantó, se despidió de todos ellos y se encaminó hacia la puerta.

–¡Ten cuidado, Cat! –le gritó su tío Knox–. La última vez que montaste a caballo, casi matas de un susto al pobre señor Bartles cuando pasaste a su lado. Pensó que había venido la Parca a buscar a alguien.

Catriona se echó a reír con ganas mientras salía de la habitación.

Cuando llegó a Blackthorn, se encontró a Eula sentada en los escalones de la entrada del pórtico. Llevaba un abrigo y una gorra, y unas botas muy brillantes. La señorita Jean Burns estaba esperando con ella, envuelta en un chal marrón y con una gorra descolorida.

Eula se puso de pie cuando Catriona desmontó, y la saludó por si acaso no la había visto.

–*Madainn mhath!* –exclamó Catriona–. ¿Estás lista, entonces?

–Sí –dijo Eula.

Catriona miró hacia la puerta. Esperaba que Montrose saliera a saludarla. Tal vez hubiera traspasado los límites al presentarse tantas veces allí. No le sorprendería haberlo hecho, porque sabía que era muy impetuosa y, a pesar de lo que ella sospechara del duque, él no tenía por qué soportar esa impetuosidad. Se lo había dejado bien claro.

–Buenos días, señorita Burns –le dijo a la doncella–. ¿Qué le parece Blackthorn Hall?

–Es una preciosidad, la más bonita que he visto –respondió la señorita Burns–. Debemos esperar al señor Aubin.

Catriona miró a Eula.

–Montrose dice que tiene que llevar nuestras flechas –respondió la niña.

–¿Por qué? –preguntó Catriona–. Nosotras somos chicas fuertes, ¿no? Podemos llevar nuestras flechas.

Eula se encogió de hombros, pero la señorita Burns hizo un gesto negativo.

–No puede ir al campo de tiro sin él, no.

Catriona gruñó.

–Bien, ¿y dónde está?

–Ahí –dijo Eula, y señaló a un hombre que se acercaba caminando con dos aljabas colgadas del hombro.

Era más alto y delgado de lo que ella recordaba, y tenía un aire de seguridad que resultaba excesivo para la tarea de llevar flechas y un pequeño arco. Se detuvo ante ella, se inclinó y dijo:

–Es un placer volver a verla, señorita Mackenzie.

–Lo mismo digo, señor Aubin. ¿Qué tal su codo?

–Ya me estoy recuperando –dijo él. Señaló el camino que rodeaba el lateral de la casa y preguntó–: ¿Vamos ya?

Entonces, volvió a inclinarse y echó a andar con pasos largos y seguros.

Catriona miró a Eula y arrugó la nariz.

–¿Crees que va a interferir?

Eula asintió.

–Es nuestra suerte, querida. Siempre habrá hombres que interfieran. Piensan que saben más solo por ser hombres. ¿No es así, señorita Burns?

–Sí –dijo la señorita Burns. Después, se despidió moviendo la mano alegremente y volvió a entrar en Blackthorn Hall.

Catriona y Eula siguieron a Aubin, que ya iba a varios metros por delante.

–¿Qué quiere decir con eso de que los hombres saben más? –preguntó Eula.

–Bueno, ellos son más fuertes, sí, pero a menudo cometen el error de creer que la fuerza física significa que su mente también es más fuerte. ¿Tú crees eso?

Eula se echó a reír.

–No.

–No puede ser cierto, ¿a que no? –preguntó Catriona–. La cabeza es igual desde un principio, y no importa si es masculina o femenina. Mi difunta tía me dijo una vez que, como somos el sexo débil, tenemos que ser más listas que los hombres para conseguir lo que queremos, ¿sabes? La única manera es utilizar la cabeza, en vez de nuestra fuerza física, para ser como ellos.

Eula arrugó la nariz con desconcierto.

–¿Cómo?

–Por ejemplo, di algo que desees mucho.

–¡Un gato! –exclamó la niña–. Me encantaría tener un gatito para jugar con él. Pero no un gato salvaje, sino uno que pueda entrar en mi habitación.

–Pues, si es lo que quieres, deberías tenerlo.

–Montrose no me lo permite. Dice que los animales tienen que estar fuera, y no dentro de casa.

Por el amor de Dios, si Blackthorn Hall era igual de grande que un pueblecito. ¿Qué le importaría al duque tener un gato?

–Pues no estoy de acuerdo –dijo Catriona–. No sabes cuántos perros tenemos en Balhaire.

–¿En tu casa?

–En nuestra casa. En nuestras camas –susurró Catriona.

Eula dio un jadeo de sorpresa.

–Así que... ¿cómo podemos conseguir tu gato, *leannan*? No puedes pelearte con el duque para conseguirlo, ¿verdad?

Eula negó con la cabeza.

–Entonces, debes ser lista. Debes idear un plan que haga creer a Montrose que ha sido idea suya. Debes ser más lista que el duque.

–No creo que nadie pueda ser más listo que Montrose –dijo Eula.

–Si lo dices otra vez, me tapo los oídos y me pongo a cantar en voz alta. No creas nunca que eres menos que un caballero solo por ser una mujer, Eula. Prométemelo.

Eula lo pensó un momento y, después, asintió.

–Lo prometo.

Llegaron al campo de tiro, donde Aubin había preparado tres blancos de paja cubiertos con tela de saco, con tres círculos concéntricos dibujados sobre la tela. Sin embargo, en el centro de cada una de las dianas había dibujos distintos. En uno de ellos había una figura que parecía un pollo. En el otro, un ciervo. Y, en el tercero, un hombre. Catriona miró bien la última figura.

–¿Quién es ese? –le preguntó a Aubin.

–Un ladrón, señorita –respondió Aubin.

Catriona miró con curiosidad al francés. Él se encogió de hombros con displicencia, les entregó las dos aljabas y los arcos y se retiró a sentarse en un banco. Se puso el ala del sombrero sobre los ojos, como si fuera a dormir una siesta.

–¿Qué hace?

–No puedo ayudar –dijo él–. Por órdenes del duque.

¿Ah, sí? Catriona se dio la vuelta con un pequeño gruñido. El duque no creía que ella pudiera enseñarle a Eula a disparar flechas. Pues, bien, se iba a llevar una sorpresa.

–¿Cómo sabe usted disparar flechas con el arco? –le preguntó Eula con curiosidad mientras veía a Catriona tensar la cuerda.

–Cuando era pequeña, mi padre organizaba concursos de tiro para mis hermanos, para mi hermana y para mí. Yo era la más pequeña, pero ganaba el trofeo con frecuencia. Mi padre decía que tenía un don natural.

–¡Un trofeo! ¿Puedo verlo? –preguntó Eula.

Catriona se echó a reír.

–No era un trofeo de verdad, Eula. Era una vieja jarra de barro que mi padre había denominado trofeo. Y ya no existe, porque, un día, mi hermano Rabbie le disparó por error y el barro se hizo añicos –le explicó ella, riéndose–. Mi padre nos prometió que nos traería un trofeo mejor, pero nunca llegó a hacerlo.

–Yo nunca he ganado un trofeo. Ni antes de llegar a Blackthorn Hall, ni desde que vivo aquí.

–¿Ah, no? –preguntó Catriona–. Entonces, ¿llevas mucho tiempo aquí?

–Sí, mucho –dijo Eula, poniendo los ojos en blanco–. Mi prima decía que aquí los días parecían semanas. ¿Puedo disparar ya una flecha?

Catriona se quedó asombrada al oír aquel comentario. Pensó en hacerle más preguntas a Eula, pero la niña estaba estudiando su arco y quería empezar.

–Bueno, ¿ves cómo mantengo el arco en alto? Así, cuando tiro del brazo hacia atrás, puedo ver la diana sin tener que inclinar la cabeza.

Catriona enseñó a Eula cómo enganchar el extremo final de la flecha en la cuerda del arco, cómo sujetar el arco, cómo tensar la cuerda y, finalmente, a apuntar.

Eula era una buena alumna. Prestaba atención a todo lo que le enseñaba. Sus primeros disparos quedaron bastante lejos del blanco, casi no se alejaron del arco. Sin embargo, Catriona se colocó a su espalda y la ayudó a tirar de la cuerda para que aprendiera hasta qué punto debía llegar, y le mostró la forma suave de liberar la flecha, tal y como se la había enseñado a ella su padre. La flecha salió disparada.

Por fin, con ayuda de Catriona, Eula acertó en uno de los blancos, y gritó de alegría.

–¡Otra vez!

Catriona le dio una flecha y la ayudó a colocarla contra la cuerda. Después, apartó la mano y permitió que fuera la niña quien disparara. En aquella segunda ocasión, falló.

–Bueno, ahora que sabes cómo colocar la flecha, solo tienes que practicar la puntería.

Pasaron de un blanco a otro, y Catriona fue ayudando a la niña y dejándole cada vez más libertad. Cuando llegaron al último de los blancos, recogieron las flechas que habían disparado, las metieron a la aljaba y volvieron a sus puestos.

–¿Te gustaría intentarlo a ti sola? –le preguntó Catriona.

–Sí, por favor –dijo Eula, y sacó una flecha. Tardó unos minutos en colocarla bien contra la

cuerda, porque no dejaba de resbalársele.

–Cuidado –le dijo Catriona.

La niña estaba cansada y ya no tenía paciencia con el juego.

–Estás demasiado cerca –le dijo, quejándose.

Catriona se apartó varios metros.

Eula volvió a intentarlo. En aquella ocasión, sí consiguió adaptar la flecha a la cuerda y subir el arco. Tiró del brazo hacia atrás, pero era difícil para ella; el arco estaba tenso y hacía falta fuerza para mantenerlo tirante. Eula se giró hacia Catriona y abrió la boca como si fuera a decir algo, pero su mirada se desvió más allá de Catriona, y gritó triunfalmente:

–¡Mira lo que he aprendido! ¡Mírame!

Catriona no se giró para ver quién había llegado, porque a Eula le falló el brazo y, sin querer, soltó la flecha en dirección a ella. Casi ni registró lo que había ocurrido, porque cayó de golpe al suelo y sintió que la flecha le silbaba en la oreja.

Se produjo un momento de silencio y asombro. A Catriona le latía el corazón con fuerza solo de pensar en que podía haber recibido un flechazo entre los ojos. Tardó un momento en darse cuenta de que tenía algo pesado encima. Era un brazo que la sujetaba por la cintura y un pecho duro que le apretaba la espalda.

–¡Lo siento! –gritó Eula–. ¡Ha sido sin querer!

–Bueno, ya puedes soltarme, Aubin –dijo Catriona, con la voz temblorosa, y trató de liberarse.

Estaba mareada y le dolía el hombro. Aubin no la soltó, sino que la incorporó e hizo que se sentara en la hierba. Entonces fue cuando ella se dio cuenta de que no era Aubin quien la había salvado de la muerte, sino Montrose.

Él no temblaba. Estaba agachado a su lado, y la miró fijamente a los ojos. Había algo como un zumbido. ¿Era una abeja? No, no, estaba dentro de ella. Estaba en su pecho, cerca del corazón.

Montrose se puso en pie y se sacudió las rodillas. Le tendió la mano a Catriona y tiró de ella con tanta energía que ella dio un bote de puntillas y aterrizó tan cerca del duque que pudo ver los pliegues de su pañuelo blanco del cuello, y unas motas marrones en sus ojos negros.

–¿Está bien? –le preguntó, en voz baja, mientras la miraba de pies a cabeza.

–Creo que sí –respondió ella, todavía sin aliento. Se dio cuenta de que tenía unas hojas en la manga y se apartó para sacudírselas, pero él todavía la tenía agarrada de la mano. Al darse cuenta, la soltó.

Ella se quitó las hojas de la manga y vio una pequeña mancha de sangre.

–Tiene una herida –dijo él.

–No es nada, solo es un rasguño –dijo ella, y lo miró con timidez–. Tengo que darle las gracias. Creo que me ha salvado la vida.

Él hizo un gesto negativo.

–No. Le pido perdón por haberla tirado al suelo, porque la flecha iba muy, muy alejada de usted.

A Catriona le había parecido que le pasaba muy cerca, pero todo había sucedido muy deprisa.

–Supongo que deberíamos dar las gracias por su experta instrucción –dijo él, y enarcó una ceja.

Catriona se dio cuenta de que estaba intentando ser gracioso, y sonrió al ver sus esfuerzos.

–¡Ha sido sin querer! –sollozó Eula, que apareció a su lado después de haber tirado el arco. Se abrazó al duque y escondió la cara en su abrigo–. ¡Ha sido un accidente!

–Ya sé que ha sido sin querer, señorita Guinne. Por favor, no se preocupe –le dijo Catriona, pero Eula sollozó aún más.

–Vamos, vamos –le dijo el duque, mientras le acariciaba la espalda–. Solo ha sido un accidente. No ha habido ningún daño, salvo el que haya podido sufrir el orgullo de Highlander de la señorita Mackenzie, así que no llores más –añadió, y miró a Catriona con una pequeña sonrisa–. A lo mejor deberíamos curarle el arañazo e invitarla a un té, ¿no crees? –sugirió.

Catriona tenía en mente alguna bebida más fuerte para calmarse, pero dijo:

–Sí, gracias.

Volieron a la casa mientras Aubin recogía las aljabas, los arcos y las flechas. Eula seguía llorando, pero Montrose le pasó el brazo por los hombros y la abrazó a su costado.

Seguramente, algunas personas se habrían enfadado con la niña por haber disparado una flecha a un invitado, pero el duque comprendía la angustia de Eula. Aquel hombre le había salvado la vida a ella y estaba consolando a una niña que había cometido un grave error. Un asesino no podía tener aquel corazón. Era imposible, estaba segura.

La intriga que llevaba sintiendo con respecto a él durante aquellos últimos quince días estaba empezando a convertirse en una estima cada vez mayor.

Capítulo 11

Hamlin estaba mortificado por lo que había sucedido y, aún más, por el corte que tenía la señorita Mackenzie en el brazo. La mancha de sangre era muy notable en contraste con su piel blanca. En cuanto entraron en casa, le pidió a Stuart que llevara una jofaina llena de agua y jabón y vendas para curarle la herida del brazo.

—No necesito vendaje —protestó ella.

Sin embargo, Hamlin no le hizo caso. Agradecía haber estado tan cerca como para poder salvarla. Les había mentido a Eula y a la señorita Mackenzie; la flecha le había pasado tan cerca que, por dentro, él aún temblaba. No debería haber permitido que fueran solas, pero estaba empeñado en contener los sentimientos que estaban empezando a adueñarse de él. Al final, después de estar observándolas un buen rato por la ventana, no había podido contenerse y había bajado, gracias a Dios.

Mientras esperaban la jofaina y las vendas, la señorita Mackenzie no podía quedarse quieta y empezó a pasearse por el salón, con el pañuelo de Hamlin apretado contra el brazo. Se detuvo bajo el retrato de Glenna y lo miró.

—Es mi prima —dijo Eula—. Mi padre dijo que me parecía mucho a ella.

Hamlin no había conocido a la madre de Eula, pero la niña no se parecía en nada a Glenna, salvo, quizá, en el color del pelo. Eula lo tenía de color rojizo, y el de Glenna era más bien pelirrojo claro.

—¿Cómo se llama? —preguntó la señorita Mackenzie.

—Prima Glenna —dijo Eula, y miró a Hamlin—. Bueno, no, lady Montrose. Pero ya no está en Blackthorn Hall, ¿sabe? Se marchó.

La señorita Mackenzie se quedó inmóvil, mirando fijamente el retrato. Hamlin no sabía si decir algo para aclarar la situación, pero no lo hizo. Llevaba mucho tiempo sin hablar de aquello con nadie, excepto con Bain, y no sabía cuánto debía contar. Además, hablar de ello le avergonzaba.

—La echo mucho de menos —dijo Eula.

La señorita Mackenzie carraspeó y se alejó del retrato, mirando a todas partes, salvo a él. Hamlin notó la tensión que surgió en la habitación ante la mención de su esposa; la había sentido más veces. ¿Qué pensaba la señorita Mackenzie de los rumores? ¿Los creía? ¿Los ignoraba? ¿Por qué seguía yendo de visita a Blackthorn Hall?

—Yo también echo mucho de menos a mi tía —dijo Catriona—. Sé lo que siente, señorita Guinne. Pero mi pena ha ido aminorándose porque he estado siempre acompañada. ¿Tal vez usted no tiene demasiada compañía?

¿Aquello era una especie de reproche hacia él? Hamlin hacía las cosas lo mejor que podía con Eula. Sufría por la falta de compañeros de juegos y había intentado solventarlo, pero nadie quería llevar a sus hijos a Blackthorn Hall, porque allí había un hombre que seguramente había asesinado

a su esposa. También había buscado por toda Escocia a alguien que pudiera tener parentesco con la niña, pero no había encontrado a nadie.

–No hay más niños en Blackthorn Hall –dijo Eula–. Yo soy la única.

Se abrió la puerta y Stuart la sujetó para que pudiera pasar un sirviente que llevaba una jofaina llena de agua caliente. Detrás llegó otro con unas vendas y un trapo.

–Por favor, siéntese, señorita Mackenzie –dijo Hamlin, señalándole el sofá. Después, les indicó a los sirvientes que dejaran las cosas sobre la mesa.

–¿Llamo a la señora Weaver? –preguntó Stuart.

–No, gracias. Eula y yo podemos atender a nuestra invitada.

Parecía que la señorita Mackenzie no estaba muy segura de eso. Él le señaló el sofá y añadió un «por favor».

Ella pasó a su lado, y su falda le rozó las piernas. Se sentó muy derecha al borde del sofá, como si estuviera preparada para salir corriendo de la habitación si era necesario.

Hamlin se arrodilló a su lado y se dio cuenta de que a ella se le separaban ligeramente los labios y emitía un suspiro de incredulidad. Él le apartó la mano y el pañuelo con el que se estaba tapando la herida, y examinó el corte, que estaba debajo del codo. Debía de haber caído sobre una piedra o la raíz de un árbol. La herida no era muy profunda, pero iba a necesitar una venda.

–Por favor, sujétese la manga del vestido.

Ella se subió la manga y la sujetó, y él mojó el trapo en el agua jabonosa. Le tomó el codo, un codo que era demasiado delicado para aquella mujer, y comenzó a limpiar la herida.

Ella soltó un pequeño silbido de la impresión, y se volvió a mirar a Eula, que estaba sentada a su lado, observando con fascinación la limpieza de la herida.

–Entonces, tal vez no sea necesaria una persona –dijo.

–¿Disculpe? –preguntó Eula, distraídamente.

–Que tal vez no sea necesario que el compañero sea una persona –dijo la señorita Mackenzie.

Eula la miró.

–¿No?

–No.

Hamlin miró a la señorita Mackenzie.

–¿Se refiere a un caballo? –preguntó Eula.

–Bueno, o algo más pequeño que un caballo –respondió la señorita Mackenzie con una carcajada.

Eula puso una cara triste.

–Ojalá tuviera un amigo.

Lo que quería Eula era un gatito, y Hamlin era muy capaz de distinguir cuándo lo estaban coaccionando, por muy sutilmente que fuera, sobre todo cuando una de sus interlocutoras no era la mejor actriz del mundo.

–A lo mejor deberías aficionarte a la lectura –le sugirió a Eula, mientras seguía limpiándole la sangre a la señorita Mackenzie. Tenía el brazo de una bailarina, esbelto y largo–. Tu tutor piensa que te vendría bien leer más –añadió.

Eula lo miró.

–Me obliga a leer los salmos –dijo–. No me gusta leer salmos.

–Bueno, eso es porque no quiere que te conviertas en una pagana –le dijo él.

–Puede que a la señorita Guinne le gustara leer alguna novela –dijo la señorita Mackenzie–. Yo tengo en mente una perfecta para ella. Si el librero de mi tío la encuentra, puedo venir y leerla con

usted –le dijo a la niña.

–Montrose dice que las novelas son frívolas –dijo Eula.

–Su Excelencia –murmuró Montrose.

Hizo que la señorita Mackenzie estirara el brazo y apoyó el dorso de su mano en su muslo, y le ajustó la venda por debajo del codo. Tenía la piel muy suave, y él sentía un cosquilleo en las yemas de los dedos. Empezó a preguntarse qué otras cosas pudieran ser tan suaves y cálidas en ella.

–Discúlpeme, pero no estoy de acuerdo –le dijo la señorita Mackenzie, y apartó la mirada de él–. Nos cuentan cosas del mundo que tal vez nosotros no hayamos visto.

–Pero... ojalá tuviera un amigo –dijo Eula–. Así no tendría que leer nada.

–Sí tendrías que leer –dijo Hamlin.

Había terminado de vendarle el brazo a la señorita Mackenzie y, con cuidado, levantó su mano del muslo y la colocó en el sofá, junto a ella.

Ella miró el vendaje y, después, lo miró a la cara.

–Gracias.

Hamlin se puso en pie. Estaba un poco tembloroso.

–Le pediré a mi tío que me ayude a encontrar el libro –le dijo ella a la niña. Se puso en pie y se estiró la manga como si su mano nunca hubiera descansado en su muslo y sus dedos nunca le hubieran curado la herida–. Verá, *leannan*, leer puede ser muy divertido... si Su Excelencia lo permite.

Volvió la cabeza hacia atrás, por encima de su hombro, para mirarlo. Sus ojos habían recuperado su brillo desafiante.

Hamlin también le lanzó una mirada para transmitirle que no iba a permitir que lo desafiara de ese modo en su propia casa.

–Bueno, ahora que ya le hemos vendado el brazo a la señorita Mackenzie, Eula, dale los buenos días y vuelve con tu doncella, ¿de acuerdo? Tienes la clase de música dentro de una hora.

Eula suspiró. Hamlin enarcó una ceja, y la niña obedeció. Se giró hacia Catriona y le hizo una reverencia.

–Muchas gracias por venir –le dijo, educadamente.

–Gracias por permitirme visitarla –respondió ella.

–Siento haber estado a punto de dispararle –dijo Eula, suavemente.

La señorita Mackenzie sonrió con tanta calidez, que Hamlin notó aquel calor de la cabeza a los pies. Era como de brujería que aquella mujer pudiera cambiar el estado de ánimo de alguien con una sonrisa.

–Ya no pienses más en ello.

–Vamos, Eula –dijo él, y tomó a la niña de la mano para entregársela a Stuart. En la puerta, Eula se dio la vuelta y se despidió de la señorita Mackenzie con la mano.

Cuando Eula se marchó, entró un criado y se llevó la palangana de agua. Y, de repente, la señorita Mackenzie y él se quedaron completamente solos en el salón. Ella se había acercado a una mesa de juego en la que Hamlin tenía empezada una partida de ajedrez.

Se acercó a ella y miró el tablero. Bain y él habían jugado algunas veces, pero la verdad era que, como le sucedía a Eula, él no tenía compañeros adecuados. Aquella batalla de ajedrez la estaba librando consigo mismo. Jugaba por las noches, después de que se acostara Eula.

Cómo habían cambiado las cosas desde Glenna. Antes, aquel salón estaba lleno de invitados cuatro noches a la semana. Él casi se cansaba, hubiera querido pasar una semana entera en calma,

a solas. Pero Glenna detestaba la calma, tenía una necesidad voraz de estar rodeada de gente.

Él debería agradecer la soledad que tenía ahora, pero no era así. Echaba de menos la vida social. Ojalá pudiera tener invitados. Sin embargo, cuando todo el mundo había dejado de aceptar sus invitaciones, él había dejado de enviarlas.

Observó el tablero.

–¿Sabe jugar?

–Por supuesto. Las noches de invierno en Balhaire son muy largas.

–Y... ¿juega bien?

La señorita Mackenzie lo miró con una ceja arqueada.

–Un poco, sí.

Hamlin sonrió y, sin poder evitarlo, le tocó el vendaje del brazo y dibujó una línea hacia su cuello.

–Entonces, deberíamos jugar una partida algún día, ¿no?

–Sí –dijo ella. Se acercó a él mientras él seguía dibujando sus clavículas. Su boca estaba muy cerca, y le brillaban los ojos.

Él movió la mano hacia su oreja y trazó su forma mientras estudiaba sus labios, carnosos, exuberantes, de color rosa oscuro. No podía pensar en otra cosa que en besarla. Se preguntó qué le gustaría más: si acostarse con aquella mujer o estar en su compañía, viendo cómo sus ojos cambiaban con la luz, sintiendo cómo le afectaba la fuerza de su sonrisa. En aquel momento, el impulso de besarla superaba a cualquier pensamiento racional. Necesitaba saber cómo era la sensación de tocar sus labios.

Cómo sería la sensación de notar su cuerpo bajo el suyo.

–Está muy seguro de sí mismo, Excelencia. Tiene un concepto muy alto de sus habilidades en el juego.

–Estoy muy seguro de todas mis habilidades, señorita –murmuró él.

Su lujuria se había despertado y deseaba acariciar más de su piel, sentir los latidos de su corazón bajo los labios. Se imaginó el calor de su cuerpo mientras él se deslizaba dentro de ella. Alzó una mano y le acarició un tirabuzón que se le había caído hasta la clavícula. Después, pasó la mano por su nuca.

Los ojos de la señorita Mackenzie ardían. Se le separaron los labios. Hamlin estaba hipnotizado e iba a besarla, y al cuerno con las consecuencias. Ella se le acercó, y su pecho se rozó contra el de él, y susurró:

–Si tiene intención de hacerlo, Excelencia, entonces... *Diah*, hágalo.

Él acercó su cabeza y le rozó los labios. Fue casi como un sueño. Ella debería haberse negado y haberse retirado, debería haberle advertido que iba a relatarle aquella falta de decoro a su tío. Él se lo merecía.

Pero la señorita Mackenzie no hizo nada de eso. Le invitó a que la besara, y él sintió una enorme excitación. Ella emitió un suave suspiro y se apoyó en él. Posó una mano en su cintura y, la otra, la deslizó por su pecho, hacia arriba.

Hamlin empezó a sentir un fuego por dentro, y supo que no iba a poder sofocarlo. Metió la lengua entre sus labios, y ella le correspondió con la pasión de una mujer que había estado mucho tiempo buscando a su amante. El poder del deseo aumentaba en él rápidamente, y convirtió en cenizas sus pensamientos, y su cuerpo, en roca. No podía pensar en nada ni ver nada, solo a la mujer que tenía ante sí. Era sorprendente, pero también, familiar.

De repente, alzó la cabeza. La miró, le pasó la yema del dedo pulgar por el labio inferior y se

alejó de ella. Atravesó la habitación para alejarse de la tentación y, ya en el otro extremo, se giró hacia ella.

–Le pido perdón.

–¿Por qué?

–¿Que por qué? Por un millón de motivos. La miró. Tenía las mejillas sonrosadas y la respiración acelerada.

–Debería irme –dijo.

Sí, tenía que irse enseguida, antes de que él llevara más lejos las cosas y no hubiera remedio. Le abrió la puerta y ella solo se detuvo un instante para mirarlo al pasar. Tenía los ojos muy brillantes de deseo. Era extraordinario que aquella mujer ni siquiera fingiera que estaba ofendida. Estaba tan excitada como él.

Y eso avivó aún más el fuego que tenía por dentro.

La señorita Mackenzie se marchó, y él se fue directamente a su habitación a buscar alivio de su deseo. Sin embargo, eso no le sirvió para que se desvaneciera el deseo que sentía por ella. Era algo diferente, no era solo físico. Era mucho más que eso.

Aquella noche, Eula y él se sentaron a cenar como si aquel día no hubiera ocurrido nada.

Parecía que Eula estaba agotada después de todo lo que había ocurrido aquel día. Se puso a jugar con la comida del plato. Él le había dicho más de una vez que no lo hiciera y que comiera lo que le ponían delante, pero aquella noche estaba distraído.

–Entonces, ¿te ha gustado la clase de tiro con arco? –le preguntó.

Eula alzó la vista del plato.

–Sí. Me gusta mucho el arco.

–Aubin puede enseñarte, si quieres.

Ella frunció el ceño. En eso se parecía mucho a Glenna. Él dejó el tenedor en su plato, dio un sorbito a la copa de vino, se limpió los labios con la servilleta y miró a Eula.

–Está bien, dime lo que sucede, ¿de acuerdo?

Ella bajó los ojos hacia el plato.

–Nada.

–Vamos, Eula. Siéntate bien y dime qué es lo que te pasa.

Ella se irguió.

–No tengo amigos –dijo–. Me gustaría mucho tener un amigo, un amigo de verdad.

–Creía que sentías estima por la señorita Mackenzie.

–¡Es verdad! –exclamó ella, como si él estuviera empeñado en ser obtuso–. Pero es tan mayor como Glenna.

–Bueno, es cierto que es mayor que tú, pero los amigos pueden ser de cualquier edad, y...

–Se va a marchar –dijo Eula–. Y, entonces, volveré a quedarme sin amigos.

A él se le encogió un poco el corazón. Eula tenía razón; la señorita Mackenzie se iba a marchar, y Eula iba a echarla de menos tanto como había echado de menos a Glenna. Más, quizá, porque la señorita Mackenzie le había prestado mucha más atención que Glenna durante los últimos meses que había pasado en Blackthorn Hall. No era de extrañar que Eula estuviera enfadada. Quería estar acompañada, y no debería verse forzada a vivir sola.

Le irritaba pensar que, a pesar de ser un duque, no pudiera darle a Eula lo que más deseaba y necesitaba.

Al día siguiente, mandó a Bain en busca de un par de cachorritos de gato y, al siguiente, fue a Dunggotty a hacer una invitación formal en nombre de la señorita Eula Guinne, para que todo el

grupo fuera a cenar a Blackthorn Hall el próximo jueves.

Capítulo 12

Catriona no recordaba nada del camino de vuelta a Dungotty, porque lo hizo completamente absorta en sus pensamientos. Resolver el misterio de Montrose, al principio, había sido una distracción, un desafío, pero se había convertido en algo mucho más importante. Había empezado a ver al duque como hombre, no solo como alguien misterioso. Y era un hombre oscuro y atrayente.

Las emociones y los deseos se estaban infiltrando en su imaginación. Notaba los labios del duque sobre los suyos aunque hacía tiempo que se habían separado. Aunque estuviera lejos de Blackthorn Hall, podía saborearlo. No era capaz de controlar sus pensamientos sobre el duque, y se estaba imaginando cosas que no debía imaginar. Aquellos ojos tan negros mirándola mientras se hundía profundamente en su cuerpo.

Aquellas imágenes le cortaron la respiración.

Sin embargo, sabía que esos pensamientos no eran racionales y, menos, inteligentes. La dejaban hambrienta, impotente y desesperada. No era justo que la besara de ese modo, cuando de aquello no podía salir nada más. Y, de todos modos... ¿por qué la había besado?

Llegó a Dungotty justo antes del atardecer. Entró al vestíbulo y le entregó a Rumpel el abrigo, los guantes y el sombrero.

–Señorita, si me lo permite, no he podido evitar fijarme en el vendaje de su brazo –dijo el mayordomo–. ¿Debo llamar a un médico?

–¿Eh? –dijo Catriona, y miró hacia abajo. Se había olvidado del corte del brazo–. No, gracias. Si puedo sobrevivir a que estén a punto de matarme de un flechazo, puedo sobrevivir a una heridita. Por favor, sírveme la cena a la habitación, Rumpel. Ha sido un día muy largo.

El mayordomo le hizo una reverencia y ella subió rápidamente las escaleras. Una vez en su dormitorio, abrió la ventana y se asomó para sentir el aire fresco en la piel. Desde que Montrose le había vendado el brazo, sentía que le ardían la cara y el pecho. Lo veía arrodillado a su lado, curándole el corte con sus manos anchas y cálidas, con suma delicadeza.

Se apartó de la ventana y se acercó al armario para cambiarse el vestido que llevaba y ponerse algo más cómodo. Mientras rebuscaba entre sus cosas, llamaron a la puerta.

–¿Catriona?

Catriona vio que Chasity se había asomado a la habitación.

–¿Sí?

Chasity entró rápidamente y cerró la puerta. Se sentó en la cama de Catriona.

–Cuéntame todo.

Catriona no quería hablar de lo que había sucedido en Blackthorn Hall. Quería atesorarlo en su corazón. Sacó un vestido de seda verde y otro marrón, y observó los dos.

–Han estado a punto de darme un flechazo.

–¿Cómo?

–Que una flecha ha estado a punto de atravesarme la cabeza. La señorita Guinne perdió el control del arco y estuvo a punto de darme con la flecha.

A Chasity se le escapó un jadeo y se puso en pie de golpe.

–No... ¿Cómo conseguiste esquivarla?

–Esa es la parte más interesante de la historia. Montrose apareció de la nada y me tiró al suelo rápidamente –explicó Catriona, y le mostró el brazo vendado como prueba–. Pero yo oí pasar la flecha por encima de mi cabeza.

Chasity volvió a jadear.

–¿Te tiró al suelo?

–Bueno, no es que me tirara. Me hizo agacharme con él.

–No doy crédito –dijo Chasity, con avidez, y se dejó caer sobre la cama, boca arriba–. Me habría creído más fácilmente que fuera él quien trató de clavarte una flecha. Mi madre dice que eres una ingenua si piensas que podrías escapar del mismo destino que su esposa.

Catriona dejó el vestido verde colgado en el armario y pasó detrás del biombo para ponerse el vestido marrón.

–En mi presencia, siempre ha sido muy caballeroso. Además, no creo que sea capaz de hacerle daño a nadie.

Chasity soltó un resoplido.

–¿Y su mujer? A ella le ha sucedido algo, eso está claro.

–La niña la mencionó de pasada.

–¿Y qué dijo?

–Que lady Montrose era su prima, pero que se había ido de Blackthorn Hall y que la echaba de menos. Pero no mostró ni la menor señal de angustia.

Sin embargo, la conversación había suscitado más preguntas para Catriona. ¿Por qué pensaba la prima de Eula que los días eran como semanas en Blackthorn Hall? ¿Qué significaba que se había ido? Si la esposa no estaba muerta, ¿dónde estaba? ¿Por qué había dejado allí a su prima pequeña? ¿Sabía Eula lo que había sido de ella?

Mientras se vestía, alguien llamó a la puerta.

–Es Rumpel, que me trae la cena. ¿Puedes abrirle, Chasity?

–Chasity, querida... Pensaba que iba a encontrarme a mi sobrina –dijo el tío Knox. Su voz llenó la habitación.

Chasity debió de señalarle el biombo, porque su tío se acercó y sobresaltó a Catriona al hablar tan cerca de ella.

–Rumpel me ha comentado que tenías un vendaje en el brazo, querida. ¡Quiero saber qué ha ocurrido!

–No es nada grave, tío –dijo Catriona, riéndose.

–¡Pero ha estado a punto de morir de un flechazo! –exclamó Chasity.

–¿Cómo? ¿Es cierto que el duque te disparó? ¡Rumpel me lo ha contado todo!

–¡No! –gritó Catriona, y se echó a reír por lo absurdo de aquella conversación. Ya vestida, salió del biombo y le presentó la espalda para que le atara el lazo–. Fue la niña, que perdió el control del arco y dejó escapar la flecha. El duque me salvó la vida tirándome al suelo. En la caída, me hice...

–¿Qué ha ocurrido? –gritó la condesa, al entrar en la habitación de Catriona–. ¿El duque de Montrose la ha herido? ¿Cómo se atreve a cenar en nuestra mesa y, después, maltratarla?

–Yo lo desafiaré en duelo en vuestro nombre, señorita –dijo Vasily, que llegó justamente después, e hizo una reverencia, como si estuviera aceptando el encargo de defender su honor.

–¡Por el amor de Dios! –exclamó el tío Knox–. Les diré a todos que no es «nuestra mesa», sino «mi mesa», y, si alguien tiene que retar a alguien a un duelo, yo sería el indicado, pero que, además, todo ha sido un malentendido.

–¿Qué malentendido? –preguntó la recién llegada señora Templeton.

–¡El duque ha intentado matarla! –anunció Vasily.

–¡No! –gritó Catriona. Por fin, consiguió que todo el mundo le prestara atención–. ¡El duque no me ha hecho ningún daño! El duque me salvó de que la flecha me atravesara la cabeza, y tengo una pequeña herida en el brazo a causa de la caída. Eso es todo lo que ha ocurrido hoy.

–Su cena, señorita.

La habitación estaba tan abarrotada que el pobre sirviente no podía entrar.

–¡Dejad que pase! –ordenó el tío Knox.

Entonces, todo el mundo se hizo a un lado para que el sirviente pudiera dejar la bandeja en la mesa. Cuando se marchó, los demás se quedaron mirando a Catriona. Era obvio que no iban a marcharse hasta que se hubieran enterado de todo.

–De acuerdo –dijo, con un suspiro, y les contó lo sucedido con la flecha y su caída al suelo.

Les explicó que habían vuelto rápidamente a Blackthorn Hall para que pudieran curarle el brazo y que, mientras estaban allí, ella se había fijado en el retrato de lady Montrose. Repitió el comentario de Eula y terminó su relato.

–Eso es todo.

–¿Y qué respondió el duque? –preguntó la condesa–. ¿Negó que su esposa ya no estaba en Blackthorn Hall?

–No dijo ni una palabra.

–¿No negó que se hubiera marchado? –preguntó la señora Templeton, mirándola con los ojos entrecerrados, como si sospechara que era cómplice del duque en la desaparición de su esposa.

–Señora, le aseguro que él no dijo ni una palabra.

–No sé qué pensar de todo esto –dijo la condesa–. He conocido muchos hombres extraños, ¿verdad, Vasily?

–Ciertamente, sí.

–Pero nunca había conocido a alguien tan incomprensible como ese duque. Si no mató a su esposa, ¿por qué no lo dice? ¿Cómo es posible que haya desaparecido y nadie sepa qué ha sido de ella? Es obvio que él oculta algo.

–Pues a mí me parece más fácil de entender con cada visita –dijo Catriona, tal vez, en un tono de defensa más vehemente de lo que hubiera querido. Y no se le escapó que la condesa y su primo se lanzaban una mirada.

–Tal vez esas visitas le estén nublando el juicio –dijo la señora Templeton–. ¿Por qué va sola de visita a Blackthorn Hall? ¿Por qué no hace esas visitas en compañía de su tío?

–No siempre coincide el momento –replicó Catriona. Ella conocía al duque mejor que ninguna de aquellas personas, y no tenía por qué aguantar sus burlas. Tomó el cepillo y empezó a peinarse.

–A lo mejor usted piensa que no es un hombre malo, señorita Mackenzie, pero Vasily y yo hemos oído hablar de él en Crieff –dijo la condesa–. La última vez que alguien vio a su esposa con vida fue una noche en que marido y mujer tuvieron una acalorada discusión. Y, desde entonces, nadie ha vuelto a verla.

–¿Y quién se lo ha dicho? –preguntó Catriona con curiosidad.

–El posadero, el señor Brimble. Me lo dijo él, y creo que está en posición de saberlo.

–Dicen que el duque es un jugador empedernido –añadió Vasily–. Tal vez se apostara a su mujer.

Todos miraron al ruso con incredulidad.

–¿Qué ocurre? –preguntó él, abriendo los brazos–. Es posible.

Catriona suspiró.

–Si no les importa, estoy bastante cansada –dijo. No quería seguir escuchando aquella conversación tan absurda.

–Lógicamente –dijo su tío–. ¡Y pensar que has estado a punto de morir!

–No he estado tan cerca –dijo Catriona, pero nadie la estaba escuchando.

–El duque debería tener más cuidado –dijo la señora Templeton con severidad–. Debería ser castigado por sus actos.

–Por última vez, no fue él quien disparó la flecha. Fue la niña –repitió Catriona en voz baja.

–Tal vez el duque le dijo que lo hiciera –dijo Chasity en un tono de amenaza.

Por el amor de Dios, pensó Catriona, si no se marchaban todos en aquel momento, iba a terminar diciendo cosas de las que se arrepentiría al día siguiente. Miró a su tío y le transmitió una súplica.

–Bueno, bueno –dijo él–. Creo que deberíamos dejar descansar a mi sobrina. Vamos, salgamos todos de su habitación.

Hizo que todos salieran por la puerta como si fueran un rebaño de ocas, discutiendo entre ellos sobre la culpabilidad del duque y otras cuantas cosas.

Una vez a solas, el tío Knox se giró hacia Catriona.

–¿Estás bien? Mi hermana no me perdonaría nunca que le ocurriera algo a su hija.

Catriona sonrió.

–Estoy muy bien, tío Knox. Solo estoy cansada.

–¿Puedo hacer algo por ti?

–No. Sí. Sí, tío, por favor. ¿Podrías encontrarme un ejemplar del libro *The Governess*?

Él pestañeó.

–¿El libro para niños de Sarah Fielding?

–Sí, ese mismo.

–Una curiosa elección de lectura, cariño, pero por supuesto que sí. Lo que necesites. Ahora, duerme un poco –dijo su tío, y se marchó.

El tío Knox pensaba que el libro era para ella, y Catriona no lo sacó de su error, porque sospechaba que no le iba a gustar ayudarla a conseguir una nueva excusa para ir a Blackthorn Hall. No para descubrir lo que le había ocurrido a lady Montrose, sino porque tenía el irresistible deseo de sentir de nuevo el contacto del duque contra su piel.

Dos días después, todo el mundo se había reunido en el gabinete de Dungotty, por la tarde, para tomar un té. Rumpel entró rápidamente en la sala, con tanta urgencia que el tío Knox preguntó:

–Por Dios, Rumpel, ¿qué ocurre? ¡Parece que te persigue el demonio!

–El duque de Montrose, milord. Está en la puerta.

A Catriona se le paró el corazón. El tío Knox bajó los pies de la otomana con tanta fuerza que su taza de té tintineó en el plato.

–¡En la puerta! –exclamó, y se puso de pie rápidamente.

–¡Aquí! ¿Sin invitación? –gimió la señora Templeton.

–Hazle pasar, hazle pasar –dijo el tío Knox, haciendo aspavientos.

Catriona no sabía qué hacer con su taza de té. La dejó en la mesilla contigua y se levantó, y se pasó las palmas de las manos por la falda del vestido.

–Siéntese, señorita Mackenzie –le susurró la condesa.

Catriona se sentó.

Un momento después, oyeron los pasos seguros del duque, que se acercaba por el pasillo. Entró después de Rumpel, que anunció:

–El duque de Mont...

–Sí, sí, ya sabemos quién es –dijo el tío Knox–. ¡Excelencia! ¡Nos alegramos de su visita! –exclamó, y le estrechó la mano con energía–. ¿Le apetece un té?

–No, gracias –dijo Montrose. Se agarró las manos a la espalda y paseó la mirada por la habitación, deteniéndose un breve instante en Catriona–. He venido en nombre de la señorita Eula Guinne, mi pupila. Me gustaría invitarles a usted y a su grupo de amigos a cenar a Blackthorn Hall el jueves que viene, a las siete.

A Catriona se le aceleró el corazón. Miró a sus compañeros, que tenían diferentes expresiones, desde la sorpresa a la confusión.

–¿A todos? –preguntó el tío Knox.

–Yo, no –dijo lord Furness, que no se había molestado en levantarse de su sitio, el mejor de toda la sala, junto al ventanal–. Vuelvo a Inglaterra el miércoles.

«Pues buen viaje», pensó Catriona.

Montrose ignoró a Furness. Volvió a mirarla a ella, y dijo:

–Sí, a todos ustedes, si les complace.

Nadie dijo nada. El tío Knox miró con expectación a sus invitados.

Montrose bajó la cabeza.

–Tal vez necesiten tiempo para pensar en sus planes –dijo, y alzó la cabeza nuevamente–. ¿Podrían enviarme su respuesta por medio de un mensajero?

–Sí, por supuesto –dijo el tío Knox–. Muchísimas gracias, Excelencia.

–Es un honor –dijo lady Orlov.

Él asintió. Miró a Catriona una vez más. Ella miró con impotencia a su tío, pidiéndole en silencio que dijera algo más para darle ánimos al duque.

Él tío Knox debió de leerle el pensamiento, porque añadió rápidamente:

–Le enviaremos la respuesta mañana mismo, Excelencia. Estamos un poco desorganizados con los planes de viaje y cosas por el estilo.

–Por supuesto.

–¿Seguro que no le apetece tomar un té?

–No, muchas gracias. Tengo que irme –dijo Montrose. Le lanzó una última mirada a Catriona, algo que seguro no pasó desapercibido para nadie, y que a ella le produjo calidez por todo el cuerpo–. Buenos días –añadió el duque. Después, se dio la vuelta y salió por la puerta.

Nadie dijo ni una palabra hasta que oyeron que se cerraba la puerta principal y sus pasos se alejaban. Entonces, Catriona se levantó de un salto y corrió hacia la ventana para ver cómo se alejaba a caballo.

–Vaya, qué inesperado –dijo la señora Templeton–. Gracias, Norwood, por no aceptar en nuestro nombre. A mí no me gustaría ir a cenar a su casa.

–¿Y por qué no? –preguntó la condesa Orlov.

–Obviamente, por su reputación.

–La invitación era de la señorita Eula Guinne –dijo el tío Knox–. Me imagino que, como Catriona y Chasity son las más jóvenes de todo el grupo, a él le gustaría que ellas fueran las acompañantes de su joven pupila. Pero, claro, no podía hacer la invitación solo para ellas, tenía que incluirnos a todos.

–Nosotros no vamos a ir –dijo el padre de Chasity con firmeza.

Chasity dio un jadeo.

–¿Qué? ¡Yo quiero ir, papá! Catriona sí va a ir, ¿a que sí, Catriona?

–Yo... eh... Sí, yo sí voy a ir –dijo ella. Notó que le ardían las mejillas, como si acabara de admitir delante de todo el mundo que la había besado.

–¿No ha estado ya tiempo suficiente en Blackthorn Hall? –le preguntó la señora Templeton con malicia.

–Señora Templeton, le agradezco que muestre esa preocupación por el paradero de mi sobrina, pero es una mujer adulta y, si quiere ir a cenar a Blackthorn Hall, entonces, debería hacerlo.

La señora Templeton enrojeció.

–¿Vas a ir tú, tío Knox? –le preguntó Catriona.

–Por desgracia, ya tenía planes –dijo el tío Knox.

–Por favor, papá –dijo Chasity en un tono de súplica–. No es el duque el que nos está invitando, sino la señorita Guinne. Estoy segura de que el duque ni siquiera estará presente –añadió, y miró a Catriona para que lo confirmara. Catriona se estremeció.

–Me parece una abominación que invite a alguien a cenar, teniendo en cuenta su historia. ¿Qué opinas tú, querida? –le preguntó a su mujer.

–Pues yo diría que no veo nada de malo –respondió la señora Wilke-Smythe.

–¿Que no ves nada de malo? Tú piensas que ese hombre es un asesino. ¿O es que se te había olvidado? ¿Y vas a enviar a nuestra única hija a su casa?

–Pero nosotros estaríamos con ella, y la señorita Mackenzie, también. Y no olvides que es el duque.

Lord Furness soltó un jadeo.

–¡Señora! ¿Acaso tiene en mente una alianza matrimonial entre su hija y ese hombre despreciable, solo por su título?

–La señorita Mackenzie piensa que es inocente y, tal vez, yo también. Y no tenemos otras perspectivas para nuestra hija en este momento.

–¡Mamá! –exclamó Chasity con vergüenza y horror.

Su marido miró a los demás para que apoyaran su postura, pero no encontró ningún apoyo, así que suspiró.

–Lo pensaré.

–Papá...

–He dicho que lo pensaré, Chasity, y tendrás que conformarte con eso por ahora. Tenía planes más elevados para ti que casarte con un duque asesino.

Catriona tuvo que tragar saliva para no responder.

–Bueno, pero nadie me ha preguntado a mí, y yo también querría ir a la cena –dijo la condesa–. ¿Y tú, Vasily?

–El conde y yo ya teníamos un compromiso anterior en un antro de juego, lo cual es mucho más satisfactorio que sentarse toda la noche en una mesa mientras las damas parlotean.

–Entonces, decidido –dijo el tío Knox–. Los Wilke-Smythe, la condesa Orlov y la señorita

Mackenzie asistirán encantados a la cena ofrecida por la señorita Eula Guinne. ¿Quieren que escriba la respuesta?

El señor Wilke-Smythe suspiró, derrotado.

—Yo la enviaré, tío —dijo Catriona, porque necesitaba una excusa para salir de aquella habitación y poder pensar con calma en Montrose. En cómo la había mirado. En el hecho de que hubiera ido hasta allí para hacer la invitación en persona, en vez de enviar un mensajero. Y le gustaría poder pensar en paz.

Y estuvo pensando durante toda la tarde, después de haber enviado la respuesta. Sin embargo, cuando se metió en la cama, aquella noche, tenía un nudo en el estómago. Estaba pensando también en otra cosa: en la idea de que Chasity Wilke-Smythe fuera presentada ante él como una candidata adecuada para el matrimonio. Eso no le gustaba en absoluto. Sus sentimientos hacia el duque habían cambiado mucho, y sí que era algo en lo que no quería pensar.

Capítulo 13

El jueves amaneció cubierto y gris. Hamlin había ido a trabajar en el cobertizo del jardín, y no le gustaba que hubiera tanta humedad en el aire. Eso quería decir que iba a llover mucho. Llevaba lloviendo toda la semana; el lago y la fuente estaban rebosantes.

Igual que él, que también se sentía hinchado y rebosante, con una desesperada necesidad de liberación.

Había leído más de una vez la carta que había llegado de Dungotty. La había escrito la señorita Mackenzie, y tenía los mismos borrones y tachones que había visto en la última nota que ella le había enviado. Le hacía sonreír el hecho de que aquella mujer no fuera capaz de escribir con limpieza.

Para Su Excelencia, el honorable duque de Montrose.

Gracias por su invitación a cenar con la señorita Eula Guinne el jueves por la noche. Por desgracia, lord Norwood y el señor Orlov deben atender a un compromiso previo en un salón de juegos, porque el hecho de cumplir con la palabra dada define el carácter de una persona. Si el Señor es misericordioso con nosotros, lord Furness habrá vuelto a Londres un día antes, y lady Templeton sufrirá una tremenda jaqueca cuando llegue la hora de salir.

Hamlin se había reído.

Los Wilke-Smythe, la condesa Orlov y yo misma estaremos encantados de ir a cenar con doña Eula. Estamos deseándolo.

Atentamente,

CM

Él también lo estaba deseando.

Había supervisado todos los detalles de la cena de aquella noche. Una oca asada, espárragos de la huerta de su finca, arroz de la India. Intentó imaginarse cómo iba a ser aquella velada, con mucha conversación y mucho vino. No le maravillaba la idea de tener que charlar con la pareja inglesa, y no quería ser objeto de la atención de su hija, ni de la de la condesa. Lo que deseaba era poder compartir un momento a solas con la señorita Mackenzie. Se decía que iba a disculparse por su grosero comportamiento.

Sin embargo, el demonio que llevaba dentro sabía que solo esperaba darle otro beso.

Por la tarde empezó a llover suavemente. Estuvo trabajando en su despacho y se dio cuenta de que no había visto a Eula en todo el día, algo extraño, porque la niña siempre andaba cerca. Claro que, teniendo un par de gatitos nuevos para distraerla, era lógico que no se acercara a su

despacho.

Fue a verla y la encontró sentada ante su tocador. La señorita Burns le estaba rizando el pelo para la velada. Hamlin tenía que admitir que, a pesar de que la mujer tenía un marcado acento que a veces no permitía entender lo que decía, era una estupenda doncella. Eula había mejorado mucho su aspecto desde que la señorita Burns se ocupaba de sus vestidos y sus peinados.

Eula tenía la cabeza agachada y estaba jugando con uno de los dos gatitos, que estaba en su regazo. El otro, sin duda, aparecería en cualquier momento, se le acercaría como un rayo y le atacaría un zapato.

–Tienes que estar en el salón rojo a las siete, querida –le dijo.

Ella alzó la cara, y Hamlin se quedó asombrado con su aspecto. Tenía las mejillas muy rojas y los ojos brillantes de fiebre.

–¿Sabes cuál es este? –le preguntó, sujetando al gatito con ambas manos.

–No –dijo él.

Se acercó a la silla, se agachó a su lado y le puso la mano en la frente. Estaba ardiendo.

–Este es Perry. Walter se ha ido a cazar ratones.

–Walter no es más grande que un ratón –murmuró él, y miró a la señorita Burns–. Tiene fiebre.

–Sí, Excelencia. Pero no ha querido acostarse.

–Pues tiene que hacerlo. Prepárela para que se acueste.

–¡No quiero irme a la cama! –exclamó Eula–. ¡Tenemos una fiesta!

–Tú, no, querida mía. Tienes muchísima fiebre.

–¡No!

Eula salió corriendo y se escapó de la señorita Burns. Sin embargo, Hamlin la atrapó con facilidad.

–Vamos, hazme caso, cariño. ¿Te encuentras tan bien como para estar toda la noche oyendo charlar a los adultos?

–Sí –dijo ella, débilmente. Sin embargo, lloriqueó con desesperación.

–¿Y quieres contagiarle la fiebre a todos nuestros invitados?

Ella gruñó y cabeceó.

Él se agachó ante ella y le apartó el pelo de los ojos.

–Traeré a la señorita Mackenzie a que te vea, ¿de acuerdo? Puedes enseñarle tus gatitos. Pero estás demasiado enferma para una fiesta, y tienes que acostarte.

Eula bajó la cabeza y asintió. Ni siquiera tenía energía para mantener una discusión.

–Quería tener una fiesta –dijo mientras se le caían las lágrimas.

–Ya lo sé –dijo él. Le dio un beso en la frente, que estaba ardiendo, la tomó en brazos y la llevó a su cama.

Eula se había puesto muy contenta desde que tenía los gatitos, y él tenía que agradecerse a la señorita Mackenzie, que había ayudado a la niña a conseguirlos. Y también estaba muy contenta por el hecho de tener invitados. Él sabía que se sentía sola y que no se divertía demasiado, pero no esperaba que se pusiera tan alegre por aquella fiesta. Desde que habían recibido la respuesta afirmativa de Dunggotty, la niña estaba emocionada.

–Hacía mil años que no teníamos invitados –había dicho, mientras giraba sobre un pie y hacía flotar la falda del vestido en mitad de su despacho–. Vamos a sacar la mejor vajilla de porcelana, ¿a que sí? La prima Glenna lo hacía.

–Sí –dijo él.

–Y la cristalería, Montrose.

–Sí, la cristalería, también.

Después, ella le había preguntado por la cubertería de plata, y si la mesa la iban a servir Stuart y un lacayo, o si se iba a servir de la misma forma en la que ellos comían y cenaban a menudo, lo cual, aparentemente, no estaba a la altura de sus exigencias para una cena formal. Hamlin la había animado a que hablara de aquellos asuntos directamente con Stuart, pero parecía que ella prefería hablar con él.

Cuando aquella velada hubiera pasado, iba a sentirse muy aliviado de no tener que responder a más preguntas.

Recogió a los gatitos y los puso en una caja de madera a los pies de la cama de Eula, mientras la señorita Burns ayudaba a la niña a desvestirse. Cuando salió de la habitación, Eula estaba tendida de costado, acariciando a los gatitos con cara de tristeza.

Él empezó a arreglarse para la cena. Estaba consternado por la enfermedad de Eula. Aquella velada era para ella. Además, le preocupaba el estado de la niña, y se preguntó si no debería llamar al médico.

También pensó en enviar un mensaje a Dungotty diciendo que se había cancelado la fiesta. Sin embargo, deseaba con todas sus fuerzas volver a ver a la señorita Mackenzie y averiguar si el calor que había sentido en el pecho era algo real, si ella era tan guapa como la recordaba, si no se había imaginado las estrellas que brillaban en sus ojos.

Envió a uno de los sirvientes a buscar a Bain. Su secretario tenía muy buen criterio para la ropa.

El señor Bain había estado fuera todo el día, y todavía estaba un poco despeinado por el viento cuando llegó para elegir un chaleco dorado y un pañuelo blanco para Hamlin. El frac todavía estaba en el galán de noche, y Bain empezó a cepillarlo.

–A propósito, Excelencia, he oído que MacLaren sigue teniendo sus dudas acerca de si debe recomendarlo a Caithness –dijo mientras seguía cepillando la chaqueta.

–¿Por qué?

–Piensa que la historia de su matrimonio puede suponer un impedimento.

Hamlin comenzó a girar el sello que llevaba en el dedo y a rumiar lo que acababa de decirle Bain.

–Sin embargo, Argyll lo ha defendido –añadió Bain.

Hamlin miró a su secretario.

–Él piensa que a las mujeres hay que tratarlas con firmeza, porque si se les permite seguir los dictados de su instinto, inferior al de los hombres, después será necesario aplicar correctivos. Él cree que es mejor tener mano dura desde el principio que ser benevolente y dar lugar a confusiones.

El fin de su matrimonio no había tenido nada que ver con su firmeza o su benevolencia y, mucho menos, con el hecho de tener mano dura. Él jamás le había levantado la mano a su mujer, ni se había planteado hacerlo.

Bain tomó la chaqueta y se la ofreció para que se la pusiera.

–Gracias –le dijo Hamlin. Se miró al espejo, y se preguntó–: ¿Quién está con Argyll y quién está con MacLaren?

Bain le quitó una mota de polvo imaginaria del hombro.

–La mayoría están con Argyll, pero todavía hay uno o dos que siguen con MacLaren –dijo, y retrocedió un par de pasos para observar el aspecto general de Hamlin–. Todavía tenemos tiempo –añadió mientras le estiraba un puño de la camisa.

Todavía tenían tiempo para conseguir todos los votos; eso era lo que quería decir Bain. Sin embargo, en realidad, no quedaba más de un mes para la votación.

Antes de bajar al salón, Hamlin entró a la habitación de Eula. La señorita Burns le dijo que no había querido cenar nada, pero que estaba durmiendo tranquila y que los dos gatitos negros estaban acurrucados contra su espalda.

Había empezado a llover con fuerza, y las gotas de lluvia repiqueteaban en los ventanales de la escalera. Hamlin entró al comedor para echar un vistazo a la mesa, aunque no habría sido necesario, puesto que Stuart era impecable a la hora de organizar el recibimiento a los invitados. Hamlin tenía la impresión de que su mayordomo estaba deseando aquella cena tanto como Eula.

Fue al salón y se sirvió un brandy.

Stuart entró para atizar el fuego de la chimenea.

–El tiempo ha empeorado mucho, Excelencia –anunció.

Hamlin se preguntó si iba a ir alguien. Supuso que, si aquel diluvio les hubiera impedido ponerse en camino, al menos habrían enviado ya un mensajero para avisar.

Fue una espera interminable. Hamlin se tomó el brandy e intentó leer. Cuando pasaron las siete, pensó que iba a pasarse otra noche más jugando al ajedrez consigo mismo. Sin embargo, percibió un alboroto cerca de la puerta principal de la casa y se dirigió al vestíbulo.

Mientras recorría el pasillo, oyó la lluvia torrencial y notó el viento que atravesaba las puertas abiertas, oyó la voz de Stuart y una voz femenina. Y, cuando entró al vestíbulo, vio únicamente a la señorita Mackenzie. Tras ella había un carruaje que se alejaba del pórtico de la entrada.

–*Feasgar math* –dijo ella, mientras hacía una reverencia. Como siempre, tenía los ojos brillantes de alegría. ¿O acaso él quería verlo así?–. Le pido perdón por mi retraso, Excelencia. Los caballos no querían salir.

–No se preocupe en absoluto.

–Debo de tener un aspecto terrible, ¿no? –preguntó, mientras se quitaba la capa.

–No, en absoluto –respondió él. De hecho, estaba tan guapa, que él estuvo a punto de olvidarse de preguntar por los demás–. Disculpe, pero ¿ha venido sola?

–Sí –dijo ella, mientras le entregaba la capa a Stuart–. Entonces, ¿los demás no han venido? Yo he ido a Crieff hoy, y quedamos en que nos veríamos todos aquí. Perdón, señor –le dijo a Stuart–. ¿Le importaría que sacara una cosa del bolsillo de mi capa?

Entonces, sacó un libro pequeño atado con una cinta, y dijo:

–Resulta que en la librería de Crieff tenían exactamente lo que yo estaba buscando. Es un regalo para la señorita Guinne.

Su sonrisa se le estaba clavando a Hamlin en el pecho, y estaba echando raíces. Llevaba un vestido de seda rosa y verde con pequeñas rosas blancas bordadas. Las mangas estaban rematadas con encaje blanco. Llevaba el pelo recogido en la parte alta de la cabeza, adornado con perlas, y le caía una cascada de rizos por la espalda y alrededor de la cara. Estaba tan bella, que él se quedó sin palabras por un momento. Se le llenó la cabeza de imágenes de aquel precioso vestido separándose de su cuerpo, poco a poco.

–Es un libro –dijo ella, y se inclinó para ver alrededor de él–. ¿Ha bajado?

–No –respondió él, saliendo de su ensimismamiento–. Eula se ha puesto enferma.

–¿Enferma? *Mi Diah*, espero que no sea nada grave.

–No lo sé –dijo Hamlin con el ceño fruncido–. Tiene fiebre.

–¿Puedo verla? Por favor –dijo Catriona–. Le he traído un regalo, y me gustaría ver cómo está.

Él asintió.

–Se pondría muy contenta.

Acompañó a la señorita Mackenzie a la habitación de Eula, llamó suavemente a la puerta y abrió. La señorita Burns estaba sentada en su silla, cosiendo a la luz de una vela. Se puso en pie e hizo una reverencia.

–Buenas noches, señorita Burns –susurró la señorita Mackenzie–. ¿Cómo está la niña?

–Tiene un poco de tos –dijo la señorita Burns.

La señorita Mackenzie se acercó a la cama de Eula.

–No se acerque mucho, señorita Mackenzie –le dijo Hamlin, y la siguió. Él se inclinó sobre Eula y le puso una mano en la frente.

La señorita Mackenzie se puso de rodillas junto a la cama de Eula y le acarició la mejilla.

–Señorita Mackenzie –dijo Eula en tono somnoliento.

La señorita Mackenzie dio un suave jadeo y tomó uno de los gatitos.

–¿Qué es esto? –preguntó–. ¡Tiene un gatito!

–Tengo dos –dijo Eula–. Pero a Walter no le gusta que le vean. Este es Perry.

–Walter está aquí –dijo la señorita Mackenzie, y pasó el brazo por encima de Eula para tomar un segundo gatito negro. Los dos empezaron a maullar–. Ay, qué bonitos son. Van a ser muy buenos amigos suyos.

Eula asintió. Se incorporó apoyándose en un codo.

–¿Eso es para mí? –preguntó al ver el libro.

–Sí –dijo la señorita Mackenzie mientras Hamlin tomaba al gatito de sus brazos. Ella le ofreció el libro a Eula–. He ido a Crieff a buscarlo, porque sabía que iba a gustarle mucho. Se llama *The Governess*; o *The Little Female Academy*, y lo ha escrito la señorita Sarah Fielding. Trata de un internado para niñas como usted.

La señorita Mackenzie le entregó el paquete y, sin titubear, Eula desató la cinta y abrió el libro.

–¡Gracias!

–Quizá debieras dejar el libro para mañana, Eula –dijo Hamlin, y le acarició la cabeza. Le dolía verla enferma, con los ojos apagados a causa de la fiebre–. Tienes que descansar.

–Sí, señorita Guinne –le dijo la señorita Mackenzie–. Prométame que esperará hasta mañana para leerlo.

–Umm –dijo Eula, pero agarró el libro contra su pecho mientras se dejaba caer nuevamente sobre la almohada y cerraba los ojos. La señorita Mackenzie le acarició una mano y se puso en pie.

–¿Cree que debo llamar al médico? –susurró Hamlin.

La señorita Mackenzie negó con la cabeza.

–Tiene un resfriado, nada más –dijo, y se giró hacia la señorita Burns–. Si se despierta, dele una manzanilla para que le calme el estómago. Y, si tiene hambre, pida un caldo de pollo, rosas y cereales para ella.

La señorita Burns asintió.

Hamlin abrió la puerta del pasillo y la señorita Mackenzie salió. Él se giró hacia la doncella.

–Si empeora, avíseme –le dijo.

Acompañó a la señorita Mackenzie de vuelta al comedor.

–Tiene usted algunos conocimientos médicos, ¿verdad? –le preguntó, mientras bajaban por la escalera.

–Solo lo que he aprendido en la abadía. Siempre hay algún niño enfermo, pero las mujeres conocen muchos remedios –respondió la señorita Mackenzie, y lo miró–. Está preocupado por

ella, ¿verdad? Creo que no hay nada que temer. Los niños se recuperan enseguida. Estará persiguiendo a los gatitos dentro de uno o dos días.

Hamlin rezó porque fuese cierto.

Cuando llegaron al salón, Hamlin se dio cuenta de que ya eran casi las ocho y no había llegado nadie más. Le hizo una señal a uno de los lacayos para que sirviera el vino. Necesitaba algo que lo distrajera de aquella mujer y su esbelto cuello. Se acercó a una ventana y se quedó mirando la lluvia, que caía a raudales.

–Qué tiempo tan espantoso –dijo la señorita Mackenzie a su espalda–. Espero que el cochero no tenga ningún problema. He estado en Crieff más tiempo del que pensaba.

–Blackthorn no está tan lejos de Dungotty –le aseguró él.

La señorita Mackenzie se reunió con él junto a la ventana. Se apoyó en el alféizar y miró hacia la carretera. Hamlin estaba observando su figura llena de deliciosas curvas. Deseaba tanto acariciarla, que sentía picor en las manos.

–Deberían haber llegado ya –dijo ella.

Si él pudiera elegir, preferiría que se retrasaran una semana.

Cayó un trueno, seguido por una ráfaga de lluvia torrencial. La señorita Mackenzie se sobresaltó y se apartó de la ventana. Miró a Hamlin con los ojos muy abiertos.

–Nunca había visto una tormenta tan fuerte.

–Blackthorn Hall lleva más de cien años en pie –le dijo él para calmarla–. No vamos a salir flotando.

Ella sonrió con azoramiento, y él le tocó ligeramente el brazo.

–No tenga miedo.

Ella lo miró a los ojos.

–No creo que pudiera estar más tranquila.

Él quiso responder, decirle que también estaba tranquilo, que ella le daba serenidad. Sin embargo, llamaron con fuerza a la puerta principal, y no tuvo oportunidad de hacerlo.

La señorita Mackenzie se sobresaltó.

–¡Vaya! –exclamó con la mano sobre el corazón–. Por lo menos, han venido, y parece que quieren hacer una entrada triunfal, ¿no?

Hamlin no creía que aquellos golpes en la puerta fueran cosa de los Wilke-Smythe.

–Si me disculpa –le dijo.

Sus sospechas se confirmaron. No eran los Wilke-Smythe, sino un hombre diminuto con el abrigo lleno de barro.

–Le pido disculpas, Excelencia. Traigo un mensaje urgente de lord Norwood.

Se metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó un sobre empapado.

Hamlin leyó la carta y volvió a plegarla cuidadosamente.

–Gracias –le dijo al mensajero. Después, se volvió hacia Stuart–. Que le sirvan la cena y lo instalen en un cuarto. Será nuestro huésped esta noche.

–Gracias, Excelencia –dijo el hombre, con alivio por no tener que volver a cabalgar en medio de aquella tormenta.

Sin embargo, era él quien tendría que darle las gracias. Estaba muy contento de no tener que pasar la velada con la familia inglesa y la condesa rusa. Iba a ser una noche perfecta y privada, un sueño hecho realidad.

Cuando volvió al salón, la señorita Mackenzie se giró con expectación.

–¿Han venido?

–No –dijo él–. Esto es de su tío.

La señorita Mackenzie leyó la carta. Su tío Knox explicaba que el río se había desbordado y las carreteras estaban inundadas, y no era posible el paso en algunas zonas. No podían ponerse en camino. Por ello, lord Norwood enviaba sus disculpas y le pedía a Hamlin que le diera refugio a su adorada sobrina en Blackthorn Hall aquella noche. Lamentaba la molestia, pero no era seguro que ella volviera a casa en aquellas condiciones.

–Oh, vaya –dijo la señorita Mackenzie, cuando leyó la carta, y lo miró–. ¿Qué voy a hacer?

–Lo que pide su tío, ¿no? Salir con esta tormenta no sería seguro. Y, por supuesto, es bienvenida aquí.

Ella miró el salón.

–Pero... no hay nadie más.

¿Acaso él había malinterpretado por completo el significado del beso que se habían dado? Pensaba que ella tendría tantas ganas como él de que estuvieran a solas.

–¿Me tiene miedo? –preguntó él. Estaba dispuesto a explicarle que no tenía nada que temer de él, que los rumores no eran ciertos ni por asomo.

Sin embargo, la señorita Mackenzie se echó a reír.

–¿Miedo de usted? No, Excelencia, claro que no. Solo me preguntaba si tenía tiempo para jugar al ajedrez, después de todo –respondió con una sonrisa de picardía.

Al verla, él también sonrió.

–Por supuesto, señorita, podemos jugar una partida. ¿Quiere que cenemos ya? Aubin se ha esforzado mucho, y no querría herir sus sentimientos. Ya se va a lamentar de que el grupo haya quedado reducido a dos.

Ella se echó a reír.

–Sí. Tengo mucha hambre.

Él le ofreció el brazo, y la señorita Mackenzie puso su mano en él, con ligereza, como si no pesara más que una pluma. Hamlin se imaginó a sí mismo acompañándola a la mesa todas las noches. Su mente funcionaba a toda velocidad repensando la velada que había imaginado. Tenía lo que quería: a aquella mujer para él solo. Aunque hacía una semana había pensado que era demasiado atrevida, aquella noche pensaba que era la mejor compañía que podía tener, y quería que ella sintiera lo mismo.

Esperaba que su deseo se cumpliera, pero temía que los secretos que lo acosaban fueran la causa de que tropezara y tuviera que ver cómo Catriona Mackenzie se alejaba de él.

Capítulo 14

La cena fue espléndida. Catriona nunca había comido nada tan delicioso. El asado de oca era succulento y los espárragos la sorprendieron. Y, de postre, una tarta exquisita.

El comedor de Blackthorn Hall no era tan grande como el de Norwood Park. Era una sala íntima y cálida, y el fuego de la chimenea amortiguaba el ruido de la lluvia que golpeaba las ventanas.

Los demás servicios de la mesa fueron retirados, y ellos permanecieron sentados en un extremo, charlando mientras Stuart y un criado los atendían a la perfección. Mientras cenaban, hablaron sobre la enfermedad de la señorita Guinne y de las enfermedades que ellos habían padecido durante su infancia. Montrose le aseguró que él nunca había tenido un catarro.

–¡Imposible! –exclamó ella.

–Completamente posible.

–Podría ser posible si no tiene hermanos. ¿Es hijo único?

–Tengo un hermano menor, el vizconde Brownglen. Pero, como yo era el heredero, si él se ponía enfermo, nos separaban.

–Ah. Yo tengo tres hermanos y una hermana y, si uno de nosotros se ponía enfermo, se lo contagiaba a todos los demás –dijo ella–. En la buhardilla de Balhaire hay una habitación larga y estrecha, y allí dormíamos los cinco para no contagiar al resto del castillo. Todavía la utilizamos, porque tengo muchos sobrinos y sobrinas.

–Parece que su infancia fue algo idílico –dijo él.

–Pues sí. Pero fue antes de la rebelión, claro. Nosotros siempre hemos estado muy unidos. ¿Cómo fue su infancia, Excelencia? ¿Fue idílica también?

Él miró pensativamente su plato e hizo un gesto negativo.

–No. Mi madre murió cuando Charles y yo éramos pequeños, y mi padre era muy severo. Además, nunca estaba en casa y nos dejó al cuidado de amas de llaves y tutores.

–Oh –dijo ella. Sintió lástima por él; su familia estaba muy unida, siempre lo había estado. Especialmente, en tiempos de la fallida revolución jacobita de 1745–. Lo siento.

Él sonrió con timidez.

–Gracias, pero, que yo sepa, las cosas son así para las familias de los duques. El duque debe engendrar un heredero obligatorio y algunos sustitutos, y los deja en la casa ducal para que sean educados del modo adecuado.

Ella lo sabía también, puesto que así se había criado su madre.

–¿Su padre murió hace mucho tiempo?

–Trece años.

No dijo nada más, y ella no insistió. Tuvo la impresión de que no tenía muy buenos recuerdos de él, y cambió el tema de conversación por los caballos.

Cuando terminaron la tarta, Catriona se apoyó en el respaldo de la silla y se puso la mano sobre el estómago.

–Todo estaba delicioso, Excelencia. En la próxima oportunidad que tenga, debo hacerle un cumplido a Aubin. Nunca se me habría ocurrido que alguien como él pudiera hacer una comida como esta, ¿verdad?

Montrose se echó a reír.

–Llegó a Blackthorn Hall diciendo que cocinaba muy bien. Yo le respondí que tenía que demostrarlo. Y le obligué a demostrarlo durante una semana entera, hasta que me pidió una respuesta.

Catriona se rio.

–¿Y qué hacemos ahora, Excelencia? –le preguntó–. ¿Demostramos nuestra maestría al ajedrez?

–Nada me gustaría más.

Caminaron hacia el salón, atravesando el ancho vestíbulo. Catriona se detuvo a mirar los cuadros y los jarrones que había en las consolas, bajo los apliques, y Montrose fue contándole la historia de las piezas.

Un sirviente se había adelantado y había colocado la mesa de juego delante de la chimenea. El fuego les proporcionaba una luz suave, y los candelabros añadían brillo al ambiente.

Montrose le ofreció un asiento a Catriona y, mientras ella se sentaba, le rozó el brazo ligeramente. Fue como si hubiera tocado el fuego.

Se sentó frente a ella y empezó a colocar las piezas en el tablero. El sirviente permaneció al otro lado de la sala, mirando hacia un punto muy por encima de sus cabezas. Sin embargo, en cuanto Montrose elevó el dedo índice, el hombre se les acercó para servirles vino.

–Gracias, Adam, eso es todo por ahora –le dijo el duque–. Dile a Stuart que me gustaría que prepararan la habitación de invitados para la señorita Mackenzie.

–Sí, Excelencia.

El sirviente se marchó y los dejó a solas.

Un trueno resonó e hizo vibrar los cristales de las ventanas, y ella se sobresaltó.

–Espero que todo vaya bien en Dungotty –murmuró.

–Según recuerdo, usted quería marcharse de Dungotty después de pasar allí quince días, antes que tener que enfrentarse a un verano lleno de bailes –dijo él, mirándola con cara de diversión.

–Qué buena memoria tiene, Excelencia –respondió ella, riéndose–. Mi tío se empeñó en que me quedara más tiempo. Necesita que le ayude a impedir que confisquen la abadía.

–Qué abadía más curiosa es esa –dijo él mientras terminaba de colocar las piezas.

Sí, la abadía. De repente, Catriona se dio cuenta de que llevaba dos días sin pensar en ella.

–Usted tampoco lo aprueba, ¿a que no? No me sorprende. Los caballeros de su alcurnia casi nunca lo hacen.

–¿Qué significa eso de «los caballeros de su alcurnia»? ¿Se refiere a los duques? Pues se equivoca, señorita Mackenzie. Da la casualidad de que pienso que su dedicación a la abadía es una muestra extraordinaria de coraje y compasión.

Ella se quedó sorprendida. ¿Le estaba tomando el pelo? ¿Estaba riéndose de lo que hacía? Sin embargo, él se quedó mirándola fijamente, y en su semblante no había desdén, sino interés.

–¿Lo dice en serio? –le preguntó con incredulidad.

–Sí, lo digo en serio.

El deseo que sentía por él comenzó a arder de nuevo en su pecho. Ella siempre recibía muestras de condena por su obra en la abadía, pero aquel duque misterioso acababa de decir que le parecía

una muestra extraordinaria de coraje y compasión. Lo miró sin disimulo, y tuvo la sensación de que el aire crujía a su alrededor. Se quedó fascinada con el brillo de la luz en su rostro y con sus ojos oscuros.

–Gracias –dijo cuando recordó que debía responder–. Ojalá su buena opinión fuera compartida por los demás.

–Supongo que hay gente que no quiere ver al tipo de gente a quien usted acoge en la abadía, señorita Mackenzie. Pero debe creer que hay hombres buenos que no quieren que los menos afortunados tengan que vagar por el mundo sin un refugio. Sobre todo, las mujeres y los niños huérfanos de padre, ¿no?

–Sí, esa es exactamente la cuestión. ¿Adónde irían, si no tuvieran la abadía? Tendrían que vender su cuerpo o morir en la calle, y sus hijos se convertirían en carteristas.

–Lo entiendo. Es usted muy apasionada por su causa.

Sí, sentía pasión por la abadía y por la gente que había encontrado refugio y calor allí.

–Sí, soy apasionada por todo lo que me interesa –dijo. Y, sin darse cuenta, miró sus labios.

Se hizo un silencio después de aquella afirmación. Montrose sostuvo su mirada y, lentamente, dejó escapar un suspiro. Entre ellos había algo ardiente, un fuego, una tormenta. Algo. Catriona no recordaba haber sentido nunca una energía igual entre otra persona y ella.

–Yo también me apasiono por muchas cosas –dijo él–. Por eso quiero ocupar un escaño en la Cámara de los Lores.

–¿Para ayudar a las mujeres y los niños?

–Para ayudar a toda Escocia. Hay mucha gente necesitada. Pero va más allá. Si no nos preocupamos por nosotros mismos, si no miramos al futuro, siempre estaremos supeditados a Inglaterra, que nos tratará como a mequetrefes.

–Sí –dijo ella, maravillada. Sus convicciones casi nunca coincidían con las de otras personas. Todo el mundo decía que era demasiado atrevida, que quería demasiadas cosas.

Él la miró de arriba abajo.

–Y, como usted, soy apasionado en muchas cosas –le dijo en voz baja.

La calidez fue extendiéndose por su cuerpo, hacia su pecho y su vientre, porque la mirada de Montrose era muy fuerte y estaba llena de calor. A Catriona se le aceleró el pulso. Temió que no iba a ser capaz de escapar de aquella pasión.

–¿Le toca mover pieza a usted? –le preguntó, refiriéndose al tablero.

–No, el movimiento siempre ha sido suyo.

El calor saltó por encima de la mesa y aterrizó en su vientre. Catriona tragó saliva para contener el entusiasmo que le habían causado sus palabras. Él la estaba estudiando atentamente, mirando hacia su interior a través de su piel y su carne. Y ella sentía agudamente su presencia que llenaba toda la estancia. Tomó la copa de vino para calmarse los nervios, pero estaba casi vacía. ¿Ya se lo había bebido todo?

Decidió cuál iba a ser su movimiento de apertura, y lo hizo.

Él sonrió.

–El gambito de dama. Esa es una elección peligrosa, señorita.

–Sí –dijo ella, y apuró su vino.

Él se echó a reír. Movié un caballo y quitó uno de los peones de Catriona del tablero.

–¿Sabe qué es lo que me resulta curioso?

¿El hecho de que ella estuviera hirviendo en su asiento? ¿Que casi no pudiera ver el tablero de ajedrez porque estaba tan centrada en él? Cabeceó.

Él sonrió. Cabía la posibilidad de que ella hubiera tomado demasiado vino, pero Montrose le parecía el hombre más guapo que había visto en la vida. Cuando sonreía se convertía en un hombre totalmente distinto. Dejaba de ser el oscuro duque, y pasaba a ser el duque guapo.

—Me parece extraño que le hayan permitido tener sus propios ideales y forma de vida. Normalmente, una mujer de su posición ya llevaría mucho tiempo casada. Pero usted, la hija de un poderoso noble de las Highlands, está soltera y sin hijos.

De repente, ella se quedó fría. «¿Tú también, Bruto?», pensó con decepción.

—Otra vez —murmuró.

—¿Disculpe?

—A usted, y a toda Escocia, les resulta extraño que yo no me haya casado. Pobrecita Catriona Mackenzie, dicen. Se ha quedado para vestir santos.

—Yo no he dicho tal cosa.

—Pero lo piensa, ¿no?

—Yo...

—Pues lo he intentado —dijo ella—. Dios sabe que lo he intentado.

—Entiendo. Yo no...

—No, no lo entiende, Excelencia. Seguramente, ha vivido una vida privilegiada y ha tenido muchas candidatas desesperadas por conocerlo y conseguir una proposición de matrimonio de usted. No es posible que se haga una idea de cómo fueron las cosas cuando llegué a la edad de contraer matrimonio. Todos empezaron a decir que yo era igual que Griselda, que no escucharía a ningún hombre. Y, bueno, es cierto que era muy independiente, pero no era igual que mi tía Zelda. Ella nunca quiso casarse, pero yo sí. Quería tener lo que tenían mis hermanos y mi hermana, tener hijos y llevarlos a casa de mi padre, y compartir momentos en familia. Pero, cuando llegué a la mayoría de edad, se produjo la rebelión y la mitad de los hombres se fueron a luchar contra el rey, y los otros huyeron, y los que se quedaron, bueno, eran... eran...

No sabía cómo eran, pero no eran para ella.

—Lo intenté, pero han pasado los años, y ahora ya soy demasiado mayor.

—¿Demasiado mayor! —exclamó él, y se echó a reír—. Todavía es muy joven.

—No, no. Hace dos años, cuando tenía treinta y un años, mi madre intentó arreglarme un matrimonio con un barón inglés. Sin embargo, cuando su familia descubrió cuál era mi edad, se inquietaron. ¿Y si era demasiado mayor como para tener hijos? ¿Y si no podía darles un heredero? Eso era lo único que les importaba. Yo solo era un útero, y todo el mundo sabe que las mujeres son más fértiles con diez años menos que yo.

De repente, el duque le tomó la mano por encima de la mesa.

—Lo siento. No quería ponerla triste. Siento mucho que haya sufrido eso.

Ella volvió a cabecear.

Entonces, Montrose le besó el dorso de la mano. A ella se le olvidó seguir despotricando y volvió a sentir todo aquel calor. No había nada más que tuviera importancia. No estaba casada, nunca iba a casarse, y estaba allí, con aquel hombre que le provocaba un deseo voraz.

—Le pido disculpas si le he hecho pensar que me estaba quejando —le dijo—. Solo quería explicar que intenté casarme, pero no lo conseguí. Pero soy afortunada, de todos modos, porque vivo la vida como quiero vivirla. Mi tía me enseñó que eso es posible incluso para la hija de un hombre poderoso. Y también tengo la suerte de que mi familia me apoya.

Él le acarició la mano con el dedo pulgar. Aunque fue un gesto muy pequeño, a ella le resultó casi erótico. Tragó saliva, y dijo:

–Lo justo es que, como usted me ha preguntado cosas de mi vida, yo pudiera hacerle algunas preguntas sobre la suya, ¿no?

–De acuerdo. ¿Qué quiere saber?

Era el momento de la verdad. Catriona se irguió en el asiento, lo agarró de la mano y lo miró a los ojos.

–¿Qué le ocurrió a su esposa, Excelencia?

Montrose ni siquiera se estremeció. No pareció que le enfureciera la pregunta. Era como si estuviera pensando muy bien lo que iba a decir.

–La gente habla mucho de mis asuntos, pero no saben nada. Le advertí que no hiciera caso de los chismorreos.

Ella no dijo nada, sino que esperó a que él continuara.

–¿Cree que yo le hice algo? –le preguntó le duque.

–No. No, no lo creo. Nunca lo he creído.

Él la observó atentamente.

–Mi esposa no sufrió ningún daño –dijo él por fin–. Pero ya no está aquí.

Catriona pensó rápidamente en todas las cosas que podía significar aquella frase. ¿Adónde había ido? ¿Había muerto? ¿Se había suicidado? ¿Podría ser ese el motivo de tanto secretismo?

–Yo intenté hacerla feliz, pero fue imposible –dijo él.

Catriona se quedó expectante. El contacto con su mano le transmitía una corriente cálida por todo el brazo mientras trataba de pensar en qué podía haber hecho infeliz a la duquesa.

–Lo cierto es que yo deseo lo mismo que usted. Llevo mucho tiempo deseándolo –continuó el duque–. Quería una familia y una vida feliz. Pero eso no fue suficiente para ella –declaró Montrose, y tragó saliva, como si no pudiera asimilar la verdad.

Catriona estaba asombrada. ¿Era eso lo que había sucedido? ¿Que ella no lo quería? Sabía que, casi con toda probabilidad, había sido un matrimonio arreglado, de conveniencia, pero le parecía imposible que un hombre guapo y bueno como aquel no hubiera sido suficiente para la duquesa.

–Y, como usted, hace mucho tiempo que lo acepté. Quizá hubiera podido hacer más, o quizá hice demasiado. No sé por qué fueron así las cosas, pero ya lo he aceptado.

Ella tampoco lo sabía, pero también lo había aceptado. De repente, se inclinó hacia delante sobre el tablero de ajedrez y tiró algunas piezas, hasta que su cara quedó a pocos centímetros de la de él.

–No la conozco, pero creo que la culpa fue de la duquesa, no suya, Excelencia.

Él esbozó una sonrisa triste y tomó su barbilla con una mano.

–Me temo que sí lo fue. Pero le doy las gracias, señorita Mackenzie, por creer en mí. Aunque está sola en ello.

–Llámeme Catriona –le pidió ella, y se acercó para besarlo, con atrevimiento, sin pensarlo dos veces.

Él la agarró de los hombros y se puso de pie, e hizo que ella también se levantara para poder tomarla entre sus brazos.

La miró con ternura y con un brillo de reverencia en los ojos. Le acarició la mejilla, la sien y la frente.

–Me has vuelto loco de deseo, ¿lo sabías? –le preguntó con la voz enronquecida–. Estos últimos días solo he podido pensar en ti.

–A mí me pasaba lo mismo –respondió ella con la voz entrecortada.

Él inclinó la cabeza y la besó.

–Pero no te voy a deshonrar, Catriona. Eso, nunca.

Su nombre fue un susurro celestial en los labios de él, y ella se deleitó con aquel momento. Estaba segura de que nunca había deseado tanto a un hombre. Se lo había contado todo, y él no la había rechazado. La deseaba. Y ella deseaba cosas a las que no tenía derecho: notar su peso sobre el cuerpo, sentir cómo se movía en su interior, sentir el calor de su respiración sobre el pecho.

Él le pasó la mano por la cintura para sujetarla, y ella se dio cuenta de que el deseo que sentía por aquel duque oscuro la había debilitado. ¿Quién era ella en aquel momento? Había conseguido dominar sus deseos más lascivos durante treinta y tres años, pero estaba al borde de un precipicio. El hecho de que estuviera dispuesta a sacrificar su castidad por aquel hombre le daba la medida de lo enorme que era su deseo por él.

Hamlin le acarició la mejilla y el pelo.

–¿Qué voy a hacer contigo, entonces? –murmuró.

–Haz conmigo lo que quieras –respondió ella con sinceridad, y tomó su cara entre las manos–. Haz conmigo lo que yo quiero. Dijiste que yo era siempre la que daba el paso.

Él cabeceó.

–Esto no es correcto...

–Para mí no existe lo correcto. ¿Es que no has oído todo lo que te he contado? Te dije la verdad, Montrose. Lo he intentado. Pero ya tengo treinta y tres años, y no volveré a tener esta oportunidad.

Entonces, él la besó y la tomó de la mano.

–Espera –le dijo, cuando llegaron a la puerta.

La abrió y miró por el pasillo. Después, la llevó hacia su habitación por un tramo de escaleras que ella no había visto aquella noche. Llegaron a un pasillo ancho, iluminado con velas. Él aceleró el paso hasta el punto de que ella tuvo que correr para poder seguirlo. Se sentía como si volviera a tener quince años y estuviera escabulléndose otra vez de Balhaire para ir a besarse con Egan MacDonald. Por una parte, tenía ganas de reírse como si fuera una niña traviesa. Por otra, quería dar gritos de alarma.

Pero quería que sucediera lo que iba a suceder después.

Al final del pasillo, él abrió una puerta e hizo que ella pasara a la habitación. Era un dormitorio con una cama enorme en el centro. El dosel tenía una tela de brocado que hacía juego con los cortinajes. Cerca del ventanal había una mesa con butacas tapizadas y, delante de la chimenea, un sofá. Las paredes estaban vacías, aparte de unos cuantos retratos de personas que parecían de otro tiempo y un gran retrato, espléndido, de un hombre montado en su caballo y un perro en una cañada.

Aquella era su habitación. Era masculina y estaba decorada con colores oscuros y vibrantes. Antes de que ella pudiera asimilarlo del todo, el duque le puso un dedo sobre los labios y se marchó a una habitación contigua. Ella miró hacia abajo y vio que estaba pisando una gruesa alfombra de color burdeos.

Tenía el corazón acelerado y la respiración entrecortada. Oyó que se abría una puerta en algún lugar y que el duque decía algo en voz baja. Por fin, él volvió.

Cerró la puerta del dormitorio y se quedó allí, mirándola con asombro, como si no pudiera creerse que estaba allí. Catriona no sabía qué hacer.

–Excelencia, yo...

–Hamlin –dijo él. Entonces, la atrajo hacia sí y le dio un beso en la mejilla–. Llámame Hamlin.

Ella sintió muchas emociones a la vez.

—Hamlin —susurró—. Hamlin.

Entonces, él empezó a besarla, al principio, con suavidad, por las mejillas y los ojos. Después, se deslizó hasta su oreja y le mordisqueó con delicadeza el lóbulo. Entonces, su lengua se convirtió rápidamente en una llama que lamió y sedujo a Catriona hasta que ella no pudo soportarlo. Hamlin dejó un rastro de fuego por su cuello, un calor que se extendió por todo su cuerpo.

Él alzó la cabeza y la miró a los ojos mientras comenzaba a desatar los lazos que sujetaban el petillo del vestido. Ella se quedó inmóvil, callada, observando cuánto se deleitaba el duque con aquel pequeño acto. Él le bajó las hombreras del vestido y lo deslizó por su cuerpo hacia el suelo. Catriona quedó en enaguas.

Comenzó a desabrocharle el chaleco a Hamlin, y vio que sus ojos eran como dos lagos oscuros y profundos que la devoraban mientras, al mismo tiempo, él iba quitándole el resto de las prendas del vestido, hasta que llegó a su camisa. Entonces, Hamlin se detuvo, como si tuviera miedo de continuar. Se tiró con impaciencia del pañuelo del cuello para quitárselo a toda prisa, y se liberó también de la chaqueta y el chaleco, sin dejar de mirarla, observando su cuerpo a través de la fina tela de la camisa.

Catriona estaba ansiosa, pero también estaba llena de anhelo. Quería sentir las caricias de sus manos. Se había hundido en un pozo de lujuria incontrolable.

Se sacó la camisa por la cabeza y la arrojó a un lado. A Hamlin se le cortó la respiración. Pasó la mirada por su cuerpo desnudo y, sin poder contenerse, le rodeó la cintura con un brazo y tomó uno de sus pechos con la palma de la mano. Volvió a besarla y Catriona se sintió invadida por su calor y comenzó a recorrer aquel sensual camino del placer.

Él la tomó en brazos y se la llevó a la cama. Empezó a explorar su cuerpo con ambas manos, deslizándolas por sus pechos, por sus piernas, por sus caderas. Y ella, mientras lo besaba, acariciaba los planos y las curvas de su físico masculino y bello.

Él alzó la cabeza con la mirada llena de deseo.

—¿Sabes lo perfecta que eres, Catriona? Eres la personificación del deseo.

Ella suspiró con deleite, le apartó el pelo de la frente y se dejó llevar por el placer de sentir sus caricias en el pecho. Le acarició la cara y le besó los labios con ternura.

Mientras descendía por su cuerpo, a Hamlin se le entrecortó la respiración. Le besó el interior de los muslos y, por fin, se movió hacia el centro de su cuerpo.

Catriona jadeó al notar la explosiva sensación que le provocó su lengua, y tuvo que agarrarse a sus hombros con desesperación mientras él le proporcionaba todo aquel placer. Se estaba desmoronando poco a poco. Entonces, él se irguió sobre ella y atrapó uno de sus pezones entre los labios. Se colocó entre sus piernas, con firmeza. Catriona notó su miembro endurecido contra el muslo, y él entró lentamente en su cuerpo, empujando con delicadeza. Ella empezó a flotar en todas aquellas sensaciones eróticas, con la respiración entrecortada. Y, cuando él entró por completo en ella, notó un efímero dolor que desapareció en un instante.

Se apretó contra él mientras se movían, y le besó el hombro, la garganta, el pecho, mientras luchaba contra la corriente que la llevaba hacia el éxtasis. Todo era surrealista, demasiado placentero como para renunciar tan pronto a ello. Pero, al final, no pudo evitar que su hambre explotara y se convirtiera en una lluvia de luz radiante.

Él se estaba moviendo más rápidamente mientras le besaba la boca y el pelo. Al final, con un gruñido de éxtasis, salió de su cuerpo y tuvo un orgasmo sobre su vientre.

Las sensaciones, y el afecto que sentía por él, que le parecía de otro mundo, la dejaron

tambaleándose, tratando de recuperar el aliento. Se preguntó cómo era posible que algo tan carnal podía provocar un sentimiento tan bueno, tan perfecto.

Cuando él recuperó el ritmo normal de la respiración, se tendió sobre el colchón, de costado, y la agarró con fuerza de la mano.

—Ah, Catriona —susurró.

Hamlin.

Ella apoyó la cabeza en su hombro mientras él le acariciaba el pelo, y le besó el pecho con delicadeza. Entonces, se sentó y comenzó a quitarse las horquillas del pelo, y dejó que la melena le cayera por la espalda. Él agarró los mechones con el puño e hizo que volviera a tenderse a su lado. La tomó entre sus brazos y susurró:

—¿Dónde has estado?

Había estado esperando.

Había estado esperando a que llegara exactamente aquello.

Capítulo 15

Mientras estaban bajo las sábanas de la cama de Hamlin, jugaron a un juego tonto que se inventó Catriona. Uno de ellos elegía un tema, el otro respondía y elegía otro tema. Pasatiempo favorito. Postre favorito. Libro favorito. Lugar favorito. Perro favorito.

Hamlin nunca se había sentido tan bien. Nunca, ni siquiera durante los ocho años que había durado su matrimonio de conveniencia con Glenna. Aunque mantuvieran relaciones sexuales, dormían en habitaciones separadas por insistencia de Glenna.

Él no se imaginaba que el afecto entre dos personas pudiera ser tan romántico. No se imaginaba que pudiera sentirse tan enamorado. Y, ahora que le había ocurrido, no sabía qué hacer. Lo único que sabía era que no quería levantarse de aquella cama. Quería quedarse allí, con Catriona, riéndose como niños y teniéndose el uno al otro para siempre.

Sin embargo, a medida que iba transcurriendo la noche y se acercaba la mañana, fue tomando conciencia de cuál era la realidad. Tenía que trasladar a Catriona al cuarto de invitados antes de que nadie los viera ni sospechara lo que había ocurrido. Aquel último año había perdido a muchos de sus sirvientes. Solo los más leales habían permanecido a su servicio y, por lo tanto, había muchas personas nuevas en la casa, personas en las que todavía no confiaba. No quería que hubiera más rumores ni maledicencia sobre él.

Se había consumido la segunda vela cuando rodeó a Catriona por el estómago y la estrechó contra su pecho. Deslizó la mano entre sus piernas y le besó la nuca.

–Tengo que acompañarte a la habitación de invitados...

–No quiero irme –respondió ella. Se giró y quedó frente a él.

–Yo tampoco quiero que te vayas. Pero no voy a permitir que haya más chismorreos. Si nos descubren, sería un desastre para los dos.

Ella sonrió y le acarició los labios con un dedo.

–Me estás protegiendo –dijo con deleite.

–Sí.

Por supuesto que la estaba protegiendo. Aunque era muy difícil; no podía mirar su preciosa cara ni sentir su pelo dorado en la piel sin desear acariciarla y hacer el amor de nuevo con ella. Gimió de agonía por tener que separarse y la tendió boca arriba, y se puso sobre su cuerpo. Estaba muy excitado de nuevo, sentía un apetito feroz, y comenzó a besarle todo el cuerpo. Cuando, por fin, entró en ella, se tomó su tiempo y dio embestidas largas, llenas de paciencia, para alargar aquella experiencia lo más posible, hasta que ya no pudieran soportarlo. El poder de su deseo, no obstante, los consumió rápidamente. Llegaron a un éxtasis que fue como una oleada violenta y los aplastó.

Hamlin estaba sin aliento. La besó con ternura, y le dijo:

–Tienes mi corazón, Catriona. Pero tenemos que irnos, ¿de acuerdo?

Apartó las sábanas y se levantó. Se puso una camisa y un pantalón, recogió toda la ropa de Catriona y a ella la envolvió en una manta y le besó la frente.

–Mandaré a la señorita Burns más tarde a tu habitación para que te ayude a vestirme.

Con toda su ropa en una mano y el otro brazo sobre sus hombros, llevó a Catriona por el pasillo hasta la habitación de invitados. La besó y le abrió la puerta. Ella pasó al dormitorio.

–Péinate –le dijo él, en broma, y pasó los dedos entre sus tirabuzones.

Ella se echó a reír, le dio un beso en la nariz y cerró la puerta.

Cuando volvió a su habitación, Hamlin se dejó caer sobre la cama con agotamiento.

Parecía que acababa de cerrar los ojos cuando apareció un sirviente para despertarlo. Era el viejo Gregory, un anciano señor que llevaba muchos años al servicio de Hamlin. Caminaba arrastrando los pies, pero era el más leal de sus empleados.

Hamlin se vistió y, cuando salía del dormitorio, dijo:

–Hay que lavar las sábanas, Gregory. Debo de haberme cortado al afeitarme y he sangrado un poco.

–Muy bien, Excelencia –dijo Gregory, y caminó lentamente hacia la cama.

Hamlin fue al dormitorio de Eula. La señora Weaver había sustituido a la señorita Burns. Eula estaba durmiendo. Respiraba con dificultad.

–¿Cómo está? –preguntó él, mientras posaba una mano en su mejilla.

–Creo que está mejor. Antes ha tomado un poco de caldo.

Los gatitos estaban caminando alrededor de su cama, maullando de hambre. Él suspiró y dijo:

–Ocúpese también de los gatitos, señorita Weaver. Si no lo hace, Eula nos matará.

–Sí, Excelencia.

Hamlin bajó a la sala de desayuno. Había dejado de llover, gracias a Dios, pero el día era húmedo y frío.

Catriona bajó un cuarto de hora después. Entró en el comedor con una sonrisa resplandeciente. Se había cepillado el pelo y se había hecho una coleta.

–*Mdainn mhath!* –dijo, alegremente–. Espero que no le importe, Excelencia, pero he ido a ver a la señorita Guinne. Creo que ya le ha bajado la fiebre.

–Sí, a mí también me lo ha parecido. Por favor, siéntese –dijo él, señalando la mesa.

Catriona se sentó y tomó un pedazo de pan.

–Por favor, discúlpeme, pero estoy hambrienta esta mañana tan bonita –dijo, y miró a Stuart–. Estoy muy feliz de que haya dejado de llover.

–Disculpe, Excelencia.

Hamlin no se había dado cuenta de que Gregory había entrado en el comedor, porque estaba mirando fijamente a Catriona. El anciano llevaba una bandeja de plata y, sobre ella, uno de los zapatos de Catriona.

–He encontrado el zapato de una señora, Excelencia.

Hamlin se quedó inmóvil. No se atrevió a mirar a Stuart ni al sirviente.

–Ah, sí, es mío –dijo Catriona con despreocupación–. Tengo la mala costumbre de quitarme los zapatos, y ayer lo hice junto a la mesa de juego. Pensaba que había recogido los dos.

–Pero el zapato...

–Gracias, Gregory. Puedes ponerlo ahí –dijo Hamlin, señalando la puerta vagamente–. La señorita Mackenzie lo recogerá después de desayunar.

Catriona miró al anciano Gregory, que se había quedado confuso, a Stuart, que estaba muy serio, y al sirviente, que no se atrevía a mirar a nadie.

–Espero que pueda perdonar mis malos modales. He bajado descalza a desayunar.

–No se preocupe –respondió Hamlin–. Stuart, por favor, sirve huevos revueltos y jamón a nuestra invitada.

Stuart asintió y se acercó a la mesa auxiliar. Hamlin miró a Catriona. Los dos estaban a punto de echarse a reír.

Estuvieron charlando hasta que llegó Bain. Entonces, los dos se pusieron serios. Hamlin le presentó a Catriona a su secretario, y Bain se sentó con cautela, como si supiera que estaba interrumpiendo un momento privado. Dijo que tenía cosas que tratar con el duque. Habían llegado cartas. Y, aunque él trató de mantener una conversación sobre temas generales, tenía la sensación de que se notaba demasiado que no deseaba contar con la presencia de Bain. Era obvio que quería estar a solas con Catriona en Blackthorn Hall. Pero la gente contratada para que el ducado de Montrose siguiera funcionando como debía cumplió con su deber.

Estaban terminando de desayunar cuando se oyó acercarse un carruaje por la carretera. Bain se levantó y se acercó a la ventana.

–Creo que es de Dungotty –dijo.

Hamlin sintió pánico al pensar que iban a terminar aquellas pocas horas de felicidad. ¿Cómo iba a volver a su vida solitaria?

–¡Dungotty! –exclamó Catriona con sorpresa.

–Yo me ocupo de recibirlos –dijo Bain. Le echó una mirada a Hamlin y salió.

Stuart recogió la mesa. Cuando el mayordomo se dio la vuelta, Hamlin le tomó la mano a Catriona y se inclinó hacia ella.

–En la curva del río hay unas ruinas –susurró–. Se puede llegar solo a pie o a caballo. Está adentrándose en el bosque, a unos seis kilómetros, ¿de acuerdo? Nos vemos allí mañana, a las dos y media.

Le soltó la mano cuando Stuart se giró de nuevo hacia ellos con un plato para Catriona.

Se oyó una conversación en el vestíbulo y, con una sonrisa tensa, Hamlin dijo:

–Voy a ir a ver quién ha venido.

Se puso en pie y rodeó la mesa para ayudarla a hacer lo mismo, pero, en aquel momento, se abrió la puerta del comedor y entró el conde de Norwood, seguido por el señor Bain.

–¡Buenos días, buenos días! –dijo el conde en voz alta, como si esperara encontrarse a docenas de personas y no solo a cuatro.

–¡Tío Knox! –exclamó Catriona.

–Le pido disculpas, Excelencia, por venir tan tarde a recoger a mi sobrina –dijo, con educación, aunque solo eran las nueve y media–. Ha sido a causa del mal estado de las carreteras.

–No debería haberse arriesgado tanto –le dijo Hamlin–. Yo habría hecho llegar a su sobrina a casa sana y salva.

–Por supuesto, pero no podía dejarle ese deber a usted, señor. Ya ha sido bastante hospitalario. ¿Cómo lo has pasado, querida? –le preguntó a Catriona.

–Muy bien –dijo ella–. El duque ha sido un anfitrión perfecto. Jugamos al ajedrez para pasar la velada.

–Espero que no le dieras una paliza demasiado grande. ¿Y la niña? –preguntó el tío Knox, mirando a su alrededor–. ¿Qué tal lo pasó?

–Por desgracia, se puso enferma –respondió Catriona.

–Oh, vaya –dijo Norwood, y se giró hacia Hamlin–. Espero que no sea nada grave.

–Creo que no.

–Bueno, pues entonces, Catriona, querida, deberíamos marcharnos y dejar a esta buena gente ocuparse de sus asuntos y atender a la niña, ¿no te parece? ¿Tienes aquí todas tus cosas?

–Yo... eh... –Catriona se echó a reír con azoramiento–. No tengo uno de los zapatos.

–¿Disculpa?

–He bajado a desayunar descalza. Voy a por los dos zapatos, ¿de acuerdo? –añadió, rápidamente, antes de que su tío pudiera hacerle más preguntas.

Se puso de pie rápidamente y salió del comedor tomando, a su paso, el zapato que había perdido en medio de la noche.

Norwood se quedó mirando un instante la puerta por la que había salido Catriona y, después, se volvió hacia Hamlin.

–Vaya tormenta la de anoche, ¿verdad? Granizo y truenos... Parecía que el tejado iba a salir volando.

–Sí.

–Pero, por lo que veo, a pesar de todo pasaron una buena velada, ¿no es así? –preguntó Norwood con frialdad.

Hamlin pestañeó. Claramente, Norwood sospechaba algo, aunque no supiera qué decir.

–La señorita Mackenzie tiene el don de hacer que una velada pase muy rápido, milord –dijo Bain. Hamlin casi había olvidado que su secretario estaba allí–. Espero no hablar por hablar, pero creo que el duque y yo disfrutamos mucho de su compañía.

Hamlin miró a Bain, pero su secretario tenía la vista fija en la ventana.

–Sí, bueno, mi sobrina es una joven muy especial –dijo Norwood, mirando a Hamlin–. No quiero quitarle más tiempo, Excelencia. Quiero disculparme nuevamente por nuestra ausencia de anoche, Excelencia.

–No se preocupe, no es necesario que se disculpe.

Norwood asintió con sequedad y miró hacia la puerta. Estaba claro que quería marcharse enseguida.

Esperaron en un silencio incómodo hasta que Catriona apareció de nuevo, con la respiración entrecortada por las prisas, pero con los dos zapatos puestos.

–Gracias, Excelencia, por la estupenda velada de ayer –dijo–. Fue muy amable al atenderme.

–El placer es mío –dijo él, e hizo una reverencia.

Norwood le ofreció el brazo a su sobrina.

–¿Nos vamos? Tal vez tardemos un poco en llegar a Dungotty, tal y como están las carreteras.

Ella tomó su brazo y sonrió nuevamente a Hamlin. Después, se despidió de Bain.

Hamlin los siguió sin saber qué decir, sin saber cómo transmitirle a Catriona lo mucho que sentía tener que separarse de ella.

En el vestíbulo, Stuart le entregó la capa a Catriona. Ella se la abrochó al cuello y, cuando estuvo preparada para salir, dijo:

–Espero que la señorita Guinne se recupere pronto.

–Sí, se va a recuperar gracias a sus indicaciones. Tiene que venir a visitarla para asegurarse de que está completamente curada.

–Sí, por supuesto que vendremos a visitar a la señorita Guinne –dijo Norwood, mientras empujaba suavemente a Catriona hacia la puerta. Cuando habían bajado la mitad de los escalones, Hamlin la llamó.

–Señorita Mackenzie, ha olvidado su sombrero.

–¡Oh! –exclamó ella. Se tocó la cabeza y subió hasta el pórtico para recogerlo.

–Mañana –le susurró él.

–Sí –respondió ella, y le guiñó un ojo.

Después, tomó el sombrero y bajó apresuradamente para reunirse con su tío. Subieron al carruaje y se marcharon. Hamlin se dio la vuelta y vio a Stuart y a Bain en el vestíbulo. Ellos lo estaban observando con una expresión de astucia. Hamlin supo cómo disimular sus sentimientos; no había vivido tanto tiempo con Glenna sin aprender a ocultarlos.

–¿Qué tenemos que hacer? –le preguntó a Bain.

–Atender la correspondencia, Excelencia.

–Muy bien. Entonces, vayamos a mi estudio.

Echó a andar con decisión por delante de su secretario, aunque se sentía extraño, vacío. No solo porque Catriona se hubiera marchado, sino porque, con su ausencia, se le planteaba la duda de qué hacer con ella. ¿Podría convertirla en su amante? No. Sus sentimientos eran demasiado intensos como para eso. ¿Y casarse con ella? Eso le causaría problemas en su intento de conseguir un escaño en la Cámara de los Lores; en primer lugar, por su abadía y, en segundo, porque muchos de los parlamentarios escoceses no verían con buenos ojos que fuera una Highlander. Se habían puesto en marcha enormes engranajes que funcionaban lentamente para llevarlo a su escaño, y Hamlin no sabía cómo detenerlos, ni si debía hacerlo.

Lo que sí sabía era que nunca había sentido aquello por una mujer.

No iba a perder aquella emoción. Ni por el parlamento, ni por ninguna otra cosa.

Capítulo 16

Durante el trayecto hacia Dungotty, el tío Knox no dejó de mirar a Catriona. Ella fue parlotando sobre su velada en Blackthorn para no permitirle hablar. Aquella era una táctica que había aprendido hacía mucho tiempo, y charló sobre Eula, sobre su fiebre y sobre los consejos que les había dado para cuidar a la niña. También habló sobre los gatitos y describió la cena con todo detalle, plato por plato, y le narró cómo había sido la partida de ajedrez. Cuando llegaron a Dungotty, por fin, tomó aire.

–¿Dónde has dormido? –le preguntó su tío, después de todo.

Si pensaba que ella le iba a confesar que había dormido con el duque, estaba loco.

–En una habitación de invitados. Estaba decorada con colores azules y blancos, y era preciosa. Si yo fuera a pasar mucho más tiempo en Dungotty, le pediría a mi tío preferido que me decorara la habitación con esos colores.

–Yo soy tu único tío.

–De todos modos, se lo pediría –respondió ella, y le dio un suave golpecito en el brazo–. Bueno, y ¿cómo pasasteis vosotros la noche en Dungotty? La tormenta fue espantosa, y seguro que estabais asustados.

–No, estuvimos bien, pero muy preocupados por ti, querida.

–¿Por mí? El duque me dijo que Blackthorn Hall llevaba en pie más de cien años y que no iba a salir flotando por culpa de esa tormenta.

–Umm... –murmuró su tío, y se puso a mirar por la ventana del carruaje. Estaba apagado, cosa extraña en él.

Cuando el coche se detuvo delante de la casa, se abrió la puerta principal y todos los invitados salieron a recibirla.

–¡Catriona! ¡Estás bien! –exclamó Chasity–. ¿Qué ocurrió? ¿Has pasado mucho miedo?

–¿Miedo? No –respondió ella mientras se dirigía a la entrada, dejándolos atrás–. De hecho, me alegré de estar allí, porque la señorita Guinne se había puesto enferma, y me pasé casi todo el rato con ella –dijo. Al instante, se dio cuenta de que era una versión muy diferente a la que le había dado a su tío, y se estremeció. Se le daba muy mal mentir.

–¿La niña está enferma? –preguntó Chasity.

–Sí, tenía fiebre. Creo que solo es un catarro, porque esta mañana estaba mejor, pero anoche me asusté un poco al verla.

Chasity se había quedado alarmada, pero la condesa miró a Catriona con los ojos entrecerrados.

–Entonces, ¿estaba usted a solas con el conde asesino y una niña enferma en esa gran casa? –le preguntó mientras la seguía hasta el salón.

–No –respondió Catriona–. Había cientos de sirvientes, y estaba también su secretario. Y el

hombre de Dungotty.

–Le dije al conde que debería haber insistido en que ese hombre la trajera a casa inmediatamente –dijo la señora Templeton–. Los sirvientes van a hablar de usted, y no van a hablar bien, señorita Mackenzie. La gente va a sacar muchas conclusiones.

Aquello molestó a Catriona, pero se rio, y respondió:

–No me importa si lo hacen. ¿Acaso piensa que nadie habla mal de mí ahora, o que nadie ha sacado conclusiones negativas del hecho de que nadie me haya propuesto matrimonio? –dijo, y se encogió de hombros–. ¿Qué importa otro chismorreó?

La señora Templeton se quedó horrorizada, y miró a Catriona y a su tío Knox con la boca abierta.

–¡Es usted una filisteo, señorita Mackenzie! –exclamó.

–¡Señora Templeton! –dijo el tío Knox con severidad–. ¿Cómo se atreve a hablarle así a mi sobrina?

La mujer miró a su alrededor con incredulidad. Después, se dio la vuelta y salió airadamente de la habitación.

Lady Orlov se echó a reír en voz baja.

–Debería haberse marchado a su bendita Inglaterra con lord Furness.

–No debería haber venido –dijo Vasily. Iba vestido para salir; llevaba las botas perfectamente pulidas y el abrigo recién planchado–. Me alegro de que haya vuelto sana y salva con nosotros, señorita Mackenzie, pero, si me disculpa, tengo que acudir a una cita de juego –dijo.

Hizo chocar los tacones de las botas, se inclinó ante ella y salió por la puerta.

Los señores Wilke-Smythe, después de comprobar que Catriona estaba bien, salieron del salón.

–Yo tengo que encargarme de algunos asuntos –le dijo su tío. Se inclinó y le dio un beso en la coronilla–. Me alegro mucho de que estés a salvo en casa, que es tu sitio –le dijo y se fue.

Así pues, Catriona se quedó a solas con lady Orlov y con Chasity. La muchacha aprovechó para interrogarla.

–Tengo que saber todo lo que ha pasado –le dijo–. ¿Averiguaste algo sobre su mujer?

–No –dijo Catriona–, pero me dijo que ya no estaba allí.

–¿Qué no estaba? ¿Y no le preguntaste qué significa eso?

Catriona se dejó caer en el sofá y negó con la cabeza. Quería darse un baño y cambiarse de ropa, y dormir, sí, para poder soñar con lo que le había ocurrido durante aquellas veinticuatro horas.

–Pero... ¿qué significa que no está? –insistió Chasity.

–Pues yo diría que significa que no está –dijo lady Orlov–. ¿Por qué tenemos que insistir en este engaño? Si estuviéramos en Rusia y este hombre hubiera sido acusado de matar a su esposa, ya lo habrían ahorcado.

–¿Qué? ¿Usted piensa que deberían colgarlo? –preguntó Chasity–. ¡Pero si es duque!

–Lo que quiero decir, querida niña, es que es obvio que no mató a su esposa, porque sigue vivo, y no veo la utilidad de seguir dándole vueltas a ese tema.

–Estoy de acuerdo –dijo Catriona.

–Pero es que es duque –repitió Chasity–. Mi padre dice que un duque puede comportarse como quiera sin tener que hacer frente a las consecuencias.

Lady Orlov musitó algo en ruso.

–Bueno, creo que me voy a ir a descansar –dijo Catriona, y se puso en pie.

Por desgracia, las dos mujeres se levantaron también, y la siguieron, discutiendo sobre los

privilegios que de verdad tenía un duque escocés.

Catriona no las escuchó. Estaba más pendiente de disfrutar de la visión de Hamlin que tenía grabada a fuego en la mente. Eso era lo único que quería: pensar en Hamlin.

Al día siguiente hacía sol y una buena temperatura, y la única señal de la tormenta era que el río bajaba muy caudaloso. Catriona desayunó con Vasily y jugó al whist con los Wilke-Smythe, esperando a que llegara el momento. Poco después de comer, se vistió para salir a montar a caballo. Su tío la oyó caminar por el pasillo y salió de su despacho.

—¿Vas a montar?

—Sí —dijo ella—. Llevo demasiado tiempo aquí metida. Necesito tomar el aire.

—Ya entiendo. ¿Y dónde vas a ir a montar?

¿Qué le ocurría? Su tío nunca se había preocupado lo más mínimo de adónde iba a montar a caballo.

—Bueno... a ningún sitio en concreto.

Él la miró fijamente, y ella se preguntó si se había dado cuenta de que se llevaba un traje de montar nuevo.

—Ha llegado una carta de tu hermana Vivienne —le dijo él.

—¿De Vivienne? —preguntó Catriona con alegría.

Su tío le hizo un gesto para que entrara al despacho, y le entregó la carta.

Catriona rompió el sello con avidez y comenzó a leer. Vivienne le contaba cómo iban las cosas en Balhaire. Sus hijos mayores, Maira y Bruce, estaban de camino a Francia para visitar a un viejo amigo del marido de Vivienne, el señor Leclair. El padre de Catriona había tenido difteria, pero ya estaba recuperado. Uno de los perros de la casa había muerto repentinamente mientras estaba durmiendo junto a la chimenea.

Vivienne también le contaba que el señor Stephen Whitson había vuelto a visitarlos para hacer entrega del decreto real de confiscación de Kishorn, firmado por el abogado de Su Majestad. La abadía debería estar vacía a finales de año. *Papá piensa que no debemos perder tiempo y empezar a buscar una solución adecuada para cada uno de ellos*, escribía su hermana.

—Oh, no —susurró Catriona y miró a su tío—. Papá quiere encontrar sitios para las mujeres y los niños de Kishorn. Va a permitir que confisquen la abadía. Tío Knox, ¿qué vamos a hacer?

—¿Los términos son los de siempre?

—Sí. Debemos desalojar la abadía a finales de año.

Él asintió y miró pensativamente por la ventana.

—Después de que llegaras, pregunté por los planes del abogado de Su Majestad. ¿Qué dijo? Creo recordar que dijo que iba a venir a Edimburgo, y que le gustaría conocer Dungotty. ¿No fue eso? —murmuró mientras removía algunos papeles de su escritorio—. Ah, aquí está —dijo y tomó una carta.

Catriona sonrió.

—¿Existe alguien a quien tú no conozcas, tío?

—Seguro que sí, por acá y por allá. Pero yo me he ocupado de conocer a todo el mundo durante mi vida. No conociste a mi padre, pero, si lo hubieras conocido, lo entenderías. Bueno, te propongo que visitemos cuanto antes al señor Dundas, para preguntarle qué se puede hacer y, de paso, organizar una visita a Dungotty.

—Gracias, tío Knox —dijo ella. Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

–A lo mejor deberías ir a montar a caballo acompañada de alguien –le sugirió su tío–. ¿Sabe montar la señorita Wilke-Smythe?

–Chasity me ha dicho que no le gustan los caballos y que solo estaría dispuesta a montar si llegara un visitante guapo y ensillara un caballo para ella. Y, de todos modos, prefiero ir sola. Así, nadie me dice que tenga cuidado.

Su tío suspiró con cansancio.

–¿No puedo convencerte?

Qué cosa tan extraña. Su tío Knox siempre la había animado a que fuera independiente.

–¿Por qué quieres convencerme, tío?

–Catriona –dijo él y la tomó de la mano–. ¿Puedo hablarte con franqueza?

No. Ella no quería que le hablara con franqueza, porque no iba a ser nada bueno.

–Eh...

Él le hizo un gesto para que se sentara.

–Querida, tú siempre has ocupado un lugar muy especial en mi corazón. Lo sabes, ¿verdad?

–Por supuesto.

–Siempre he adorado tu forma de ser, desde que eras niña. La he admirado y protegido en todo lo posible.

Ella se echó a reír con nerviosismo.

–Yo no habría podido tener un tío mejor –convino.

–Sospecho que has empezado a sentir algo por Montrose...

–¿Qué? No, tío...

–Y, si es cierto, no te voy a condenar. El amor aparece cuando uno menos lo espera y, a veces, en el momento menos conveniente. Sé que esto es cierto porque a mí me ocurrió hace años, antes de que tú nacieras. Zelda y yo...

Catriona se puso en pie de golpe.

–¿Qué?

–Tuvimos una aventura apasionada, aunque breve –dijo él, y se le empañaron los ojos al recordar–. Por desgracia, y por muchos motivos, no podía ser.

Catriona se quedó asombrada.

–¿Lo sabe mi madre?

–No estoy seguro, pero me imagino que sí lo sospecha. Tu padre sí lo sabe –añadió con un resoplido–. Fue él quien le puso fin.

–*Mi Diah* –susurró Catriona y se posó las manos en las mejillas.

–Arran entendió que no iba a terminar bien, y que Zelda sería la más perjudicada. Yo no estaba de acuerdo con él, pero, mirando atrás, ahora sé que tenía razón. Zelda nunca habría sido feliz en Inglaterra, y yo no habría podido ser feliz en Escocia. Y, cuanto más hubiera durado lo nuestro, más difícil habría sido romperlo sin hacernos daño.

–¿Es que la querías? –preguntó Catriona en un susurro.

–Oh, claro que la quería. Pero no del modo que tú piensas... Creo que los dos estuvimos de acuerdo en que era algo como un encaprichamiento... Y eso me lleva hasta ti, querida –le dijo su tío, y le apretó suavemente la mano–. Hazme caso, Catriona. Me temo que tú estás recorriendo un camino muy parecido. El duque puede decir cosas que te parezcan encantadoras, incluso que parezcan promesas. Pero hay dos cosas que quiero que tengas en cuenta: la primera, que no sabemos a ciencia cierta lo que le ocurrió a la esposa de ese hombre. Diga lo que diga, nadie lo sabe, y para los diabólicos no es difícil mentir.

–¡Tío Knox!

–Y, en segundo lugar, y esto te lo digo con todo mi amor, él nunca podría hacerte una proposición de matrimonio.

A Catriona se le hizo un nudo en la garganta. Ni siquiera había pensado en ello, pero, al oírsele decir a su tío, se indignó. No pudo decírselo, porque se había quedado sin habla.

–No tiene nada que ver contigo, ¿lo entiendes? Montrose necesita a una mujer distinta a ti para llevarla del brazo en Londres. Habría demasiadas preguntas sobre una muchacha de las Highlands, y sobre la abadía. Por no mencionar los rumores que relacionan a tus hermanos con el contrabando, y la traición de mi padre. Bueno, voy a decir que la lista es larga, y lo dejaré así.

Ella se quedó mirándolo con la boca abierta.

–Oh, cariño, te he hecho daño –dijo su tío, y estuvo a punto de acariciarle la mejilla.

Catriona se apartó.

–No digo todo esto para herirte, querida. Lo digo para que puedas comparar tus expectativas con la realidad. Quiero ser sincero contigo, como lo fue tu padre conmigo. Aunque para mí fue doloroso oír lo que me dijo, fue lo mejor. Tu tía estaría de acuerdo.

Ella cabeceó y se puso en pie.

–¡Catriona!

–Sí, te entiendo, tío.

Se dirigió hacia la puerta, casi ciegamente, con la cabeza dándole vueltas.

Su tío se frotó la frente y exhaló un suspiro de cansancio.

–Por favor, cariño, ten cuidado. Por tu corazón y por tu virtud.

Ah, sí, su dichosa virtud. ¿De qué le servía la virtud a ella? Y ¿de qué le servía el corazón, si lo tenía para ella solamente? Salió por la puerta y se dirigió al establo.

No estaba enfadada con su tío; en realidad, agradecía su sinceridad. Sin embargo, estaba furiosa con su destino. Su lugar de nacimiento, los actos de su familia y el hecho de que hubiera intentado ayudar a mujeres menos afortunadas que ella eran los motivos por los que resultaba inaceptable para ser la esposa de un duque.

¿Qué esperaba?

Nada.

Nada en absoluto.

Sus expectativas se habían estropeado tanto con el paso de los años, que ya casi nunca esperaba nada. Y, ciertamente, no sabía qué esperaba cuando Hamlin la había besado, ni tampoco cuando había hecho el amor con él.

Esperó a que le ensillaran un caballo y echó a cabalgar por la pradera.

Debería preguntarse qué esperaba ahora. ¿Acaso no tenía ya ninguna expectativa? Debería pensar en eso, una vez que se habían entregado el uno al otro. ¿Había llegado a pensar, por un momento, que podrían tener un futuro en común? ¿O solo estaba engañándose a sí misma al pensar que únicamente quería vivir la experiencia?

No quería hacerse todas aquellas preguntas. Solo quería pensar en lo feliz que había sido aquellos dos últimos días. Solo quería sentir el viento en el pelo y el sol en la piel.

Hamlin no le había hecho ninguna promesa, y ella no le había pedido nada. Se había dejado llevar por las sensaciones y por el entusiasmo que le había producido la adoración, sus sentimientos profundos por él. Entendía que el tío Knox le hiciera advertencias, pero, en aquel momento de su vida, prefería ignorarlas.

Prefería tener aquella experiencia con Hamlin.

Por fin, llegó a las ruinas de la curva del río. Eran los restos de una muralla que rodeaba una vieja torre derruida. En medio de un patio había un enorme tejo, tan alto, que cubría la mitad de la torre. Vio un caballo negro amarrado bajo unos árboles, más allá del muro, y guio a su caballo colina arriba hasta que llegó a la muralla. Entonces, desmontó y se acercó a lo que fuera una ventana, o una puerta.

Hamlin estaba allí, de espaldas a ella.

–Hamlin.

Él se giró. En su rostro aparecieron muchas emociones, pero la que más destacó fue el alivio, pensó ella. La felicidad. Y una estima verdadera por ella.

Al ver todo aquello, a Catriona se le hinchó el corazón, y corrió hacia él. Hamlin la besó apasionadamente.

–Catriona, gracias a Dios –murmuró–. Gracias a Dios que has venido.

Por supuesto que había ido. Nada habría podido impedirselo.

Capítulo 17

Cuando Hamlin le había pedido a Aubin que preparara comida para un picnic, algo que pudiera portar a caballo, el cocinero se había quedado mirándolo con incredulidad.

–*Oui* –dijo, lentamente, como si pensara que Hamlin se había vuelto loco–. ¿Para usted y para *le petit porcelet*? –le preguntó, refiriéndose con afecto a Eula.

–No, solo para mí.

–Ah –le dijo Aubin, y fijó la vista en la mesa de madera donde estaba cortando zanahorias, como si quisiera evitar la mirada directa de Hamlin–. *Oui*, Excelencia. Enseguida.

¿Era tan difícil creer que un hombre quisiera ir de excursión al río y hacer un alto para comer algo? Pues parecía que sí, porque Bain lo estaba esperando en el vestíbulo con una expresión de impaciencia.

–¿Me permite preguntarle cuándo va a volver, Excelencia? –le preguntó su secretario.

–No lo sé.

–Pero tiene una reunión con el duque de Argyll.

–¿Qué reunión?

–La que le mencioné ayer, después de que se hubiera marchado su invitada. El duque quiere hablar con usted sobre la votación.

Hamlin no lo recordaba, pero era lógico, porque estaba pensando en Catriona y en la maravillosa noche que habían pasado juntos. Estaba pensando en lo fuerte que se había hecho el vínculo entre ellos, y recordando el sonido de su risa, que se le había alojado en algún lugar del corazón.

–¿Cuándo es esa reunión? –preguntó.

–El viernes por la mañana, en Crieff, Excelencia. Deberíamos hablar de sus objetivos –dijo él mientras Hamlin se ponía el sombrero y los guantes de montar.

En aquel preciso instante apareció Aubin con un paquete envuelto con un trapo de algodón.

–Su comida, Excelencia.

Hamlin tomó el paquete.

–Bien, gracias –le dijo.

No estaba ciego, y se dio cuenta de cómo se miraban Aubin y Bain. De repente, tuvo muchas ganas de alejarse de Blackthorn Hall, de la gente que pensaba que él tenía que comportarse de cierto modo por quién era, y de las cosas que le habían ocurrido. Estaba cansado de fingir.

–Informa a la señorita Guinne que cenaré con ella –le dijo a Stuart. Después, se volvió hacia Aubin–. Tomaremos algo ligero, Aubin. Ella todavía tiene el estómago delicado.

Aubin inclinó la cabeza y asintió.

Después, se dirigió a Bain.

–Hablaremos de la reunión con Argyll cuando vuelva.

Salió de la casa y bajó los escalones del pórtico. Había un mozo esperándolo con su caballo ensillado.

Llegó enseguida a las ruinas, porque cabalgó como si estuvieran persiguiéndolo unos soldados ingleses. Una vez allí, empezó a preocuparse. ¿Y si ella no acudía a la cita? ¿Y si había cambiado de opinión sobre él una vez pasadas las primeras horas juntos, o por influencia de su tío que, claramente, sospechaba que había ocurrido algo? ¿Y si la habían enviado de vuelta a las Highlands? Entonces, él tendría que retomar su vida como si no hubiera ocurrido nada, tendría que olvidar lo más increíble que le había sucedido, y tendría que contener aquel deseo insoportable de volver a estar con ella.

Sin embargo, al oír el ruido de unos pasos y el suave sonido de su voz, se había dado la vuelta y la había visto con su sonrisa, tan resplandeciente como siempre, con los ojos llenos de afecto.

Se acercó a ella y la besó hasta que, riéndose, ella le pidió que tuviera piedad.

Hamlin tomó una manta de la bolsa de la montura y la colocó bajo el tejo. Después, sacó la comida.

—¿Has preparado un picnic! —exclamó Catriona con deleite.

—Lo he intentado —dijo él con azoramiento—. Por desgracia, no tenemos vino. Me daba miedo pedírselo a Aubin.

Catriona se echó a reír.

Se sentaron uno junto al otro y comenzaron a comer queso, nueces e higos.

—¿Cómo estás? —le preguntó él—. ¿Estás bien?

—Sí, muy bien. ¿Y tú?

—Muy bien —dijo él y le acarició la mano—. ¿Te has arrepentido, Catriona?

Ella lo miró con sorpresa.

—¡No! ¿Por qué? ¿Te has arrepentido tú?

—No, nunca —respondió él—. Solo he tenido pensamientos indecentes —dijo él y le dio un beso en la sien.

Ella se rio de nuevo.

—¿Qué tal está Eula?

—Mucho mejor. Quiere levantarse, pero el médico no se lo ha recomendado. Así que está leyendo el libro que le regalaste, y quejándose de que no puede hacer nada, y deseando hablar contigo.

—Entonces, ¿puedo ir a verla? Tal vez pudiera ir con la señorita Wilke-Smythe.

Hamlin pensó en la joven inglesa y en toda la atención que le dirigía.

—¿No te agrada Chasity?

—Preferiría que fueras sola. Quiero estar contigo, Catriona.

Ella sonrió con pesar.

—Tú sabes que eso no puede ser. Si visito a la señorita Guinne yo sola, habrá muchas habladurías, más de las que hay ya por el hecho de que haya pasado la noche en tu casa.

—Sí, tienes razón —dijo él y le apretó la mano. Se imaginó que a Nichol Bain le daría un ataque si ella iba sola a la casa.

—Pero, entonces, ¿cuándo voy a verte? —le preguntó Catriona—. ¿Está mal que lo desee? ¿Estoy pidiendo mucho?

—No, no —dijo él. Después, suspiró—. Pensaré en algo. Ten paciencia conmigo, por favor. No es fácil para un hombre de mi posición...

—¿Dejar que lo vean con una mujer como yo? —preguntó ella ante su vacilación.

–No, no quería decir eso –respondió él, negando con la cabeza. Sin embargo, no era del todo cierto. Pensó en lo que diría Bain si, de repente, él comenzaba a verse abiertamente con la señorita Mackenzie de Balhaire–. Quiero decir que no me resulta fácil estar alejado de ti –se corrigió y le dio un beso.

Sin embargo, Catriona lo empujó hacia atrás y lo miró con seriedad. Después, se puso en pie y se alejó unos cuantos pasos.

Hamlin la siguió.

–¿Qué he dicho?

–Nada. No has dicho nada. Pero tampoco es necesario que lo digas. Sé cuál es la verdad, Hamlin. No soy una ingenua.

–¿Qué verdad?

–No me arrepiento de ni un solo instante que haya pasado contigo. Pero sé que soy una desventaja para tu causa, y tú eres una desventaja para mi reputación. No somos... la mejor persona el uno para el otro.

Por desgracia, lo que había dicho era cierto. Se volvió hacia él, esperando que respondiera algo. O, tal vez, que lo negara. O que le ofreciera más de lo que podía ofrecerle.

–¿No vas a decir nada? –le espetó.

–¿Qué quieres que diga? ¿Quieres que lo niegue y diga que todo es perfecto?

A ella se le hundieron los hombros.

–No, pero esperaba que...

–Catriona, escúchame –le dijo él, y dio un paso hacia ella–. Lo nuestro es... precario, en este momento. No tengo muchas posibilidades de conseguir un escaño en la Cámara de los Lores, y tengo que ser irreprochable.

–¿Y los rumores que corren sobre tu esposa?

–Sobre todo, teniendo en cuenta esos rumores –respondió él con calma.

La conciencia le gritaba que terminara aquello con Catriona, pero su egoísmo ahogó aquellos gritos. Quería seguir con su aventura por su propio deleite. Era un motivo deplorable.

–¿Qué pasa? –le preguntó ella.

Hamlin alzó la vista.

–Esto te perjudica. Lo sé, pero no soy capaz de pronunciar las palabras que debería pronunciar.

–¿Qué palabras?

–Las palabras para terminar contigo aquí y ahora. Tú te mereces algo mejor que esto, Catriona, pero no puedo pronunciar esas palabras, porque la estima que siento por ti es muy profunda, y parece que es mucho más fuerte que mi conciencia.

Catriona suspiró.

–Sé muy bien que hay que guardar las apariencias, lo sé. Pero... ¿no te has dado cuenta de que no me importa lo que digan de mí, Hamlin?

–Pero... debe importarte...

–¿Por qué? Ya te he dicho que tengo treinta y tres años, y la gente ya no puede decir muchas cosas de mí. Mi familia no me va a repudiar. La sociedad de las Highlands no me va a dar la espalda. Hace mucho tiempo, cuando me uní a la causa de Zelda, di al traste con mis posibilidades de casarme. ¿Qué más van a decir sobre mí? Tú eres el que debe preocuparse. Pero... ¿qué vamos a hacer ahora? Yo quiero seguir viéndote, Hamlin. Quiero estar contigo. No me importa que tengamos que escondernos.

En aquel momento, a Hamlin dejó de importarle su escaño en la Cámara de los Lores, o su

aislamiento de la sociedad, o cualquier otra cosa que no fuera ella. Le tomó la cara con ambas manos y dijo:

–Encontraremos la forma, ¿de acuerdo? Podemos reunirnos aquí un tiempo. Hace buen tiempo y estas ruinas están apartadas. Aquí casi nunca viene nadie.

–¿Aquí? –preguntó Catriona mirando a su alrededor.

Entonces, Hamlin la abrazó y le besó el cuello mientras movía una mano por sus costillas, hasta su pecho.

–Sí, aquí.

–De acuerdo, estoy empezando a verle el atractivo a este sitio –murmuró ella bajo sus labios.

Durante el resto de la tarde, olvidaron todas sus preocupaciones por lo que estaba sucediendo entre ellos, y por dónde y cómo iba a continuar.

Volvieron a verse cuatro veces en las ruinas aquella semana. Eso fue suficiente para que los residentes de Dungotty empezaran a preguntarse por qué Catriona salía a montar a caballo tan a menudo. Ella se lo contó a Hamlin una tarde; estaban tendidos en una manta, bajo las ramas del tejo. Estaba empezando a nublarse, y el día se estaba volviendo gris. Iba a llover, y eso significaba que no podrían verse en las ruinas.

–Chasity está enfadada conmigo –dijo Catriona, mientras jugaba distraídamente con el bajo de la camisa de Hamlin–. No tiene a nadie con quien entretenerse, salvo a la condesa, y ellas dos discuten por la más nimia tontería. Vasily siente una enorme curiosidad y quiere saber adónde voy a cabalgar, y me ha amenazado con seguirme.

Hamlin la miró alarmado.

–No te preocupes, ese pobre hombre no puede seguirme a caballo. Le encanta pavonearse a lomos de un caballo, paseándose de un sitio a otro. Pero es un mal jinete.

–No me gusta que te cuestionen –dijo él con gravedad.

–Se aburren. La mayor parte del tiempo no tienen ninguna distracción. La señora Templeton vuelve mañana a Inglaterra. Ha dicho que su hija le ha enviado una carta porque la necesita, pero, en realidad, creo que ha perdido toda esperanza de atrapar a mi tío y que se convierta en su próximo marido. Se ha rendido. Esta noche hay una cena en su honor, para despedirla.

Hamlin sonrió y le besó la coronilla.

–¿Y tú? –le preguntó, girándose entre sus brazos para verle la cara–. ¿Qué ha dicho Stuart de tus frecuentes ausencias?

–Stuart es todo un profesional –respondió Hamlin–. El que verdaderamente está disgustado es mi secretario. Me ha acusado de desatender mis deberes.

A Catriona se le escapó un jadeo.

–¡No!

Hamlin se echó a reír.

–Pues tiene razón, Catriona. Pero yo no voy a renunciar a estas tardes, ni por él, ni por nadie. Además de Eula, son lo más emocionante de mi vida.

Ella se rio.

–Después de Eula, lo mío, también.

Pasaron aquellas horas del verano conociéndose, físicamente, emocionalmente. Hamlin disfrutaba mucho con Catriona. Era una mujer con una conversación interesante, con ideas y sentido del humor. También se deleitaba haciendo el amor con ella, aunque fuera en aquellas

ruinas. Pero no era solo el aspecto físico lo que le atraía. Era ella.

Ella era la compañera de su corazón.

¿Quién iba a pensar que un hombre de su posición, con todos sus privilegios, con tanta experiencia, con su título, su riqueza y sus posesiones, iba a pasar la semana más gloriosa de su vida con una mujer de las Highlands en mitad de unas ruinas?

Y, sin embargo, no habría cambiado ni un solo momento.

No lo sabía aún, pero pronto iba a entender, aunque fuera demasiado tarde, que se había permitido a sí mismo vivir en un mundo fantástico en aquella colina, en aquellas ruinas.

Capítulo 18

El sábado llegó a Dungotty un mensaje de Blackthorn. La señorita Guinne se había recuperado de su enfermedad y deseaba darle a la señorita Mackenzie las gracias en persona por el libro que le había regalado. Si era del agrado de la señorita Mackenzie, a la señorita Guinne le encantaría recibirla a ella y a sus amigos el lunes por la tarde para tomar el té.

–¿Qué amigos? –preguntó Chasity con avidez-. ¿Los nombra en la carta?

–No –dijo Catriona-. Así que supongo que eres tú, ¿no?

–¡Sí! –exclamó Chasity con euforia.

–¿Y yo? –preguntó la condesa Orlov-. ¿Yo no soy amiga suya?

–Sí, claro –dijo Catriona, aunque no sentía verdadero afecto por la condesa, como el que sentía por Chasity.

–Mamá, tú también debes venir –sugirió Chasity.

«*Diah*», pensó Catriona. No quería que asistiera todo Dungotty. Miró a la madre de Chasity, que estaba bordando, y dijo:

–Señora Wilke-Smythe, ¿querría acompañarnos?

–Bueno... supongo que sí, si Chasity quiere ir. A su padre no le gustaría que fuera sola.

–No iría sola –le dijo Catriona.

–Quiero decir, sin la presencia de una acompañante adecuada –dijo la señora Wilke-Smythe, en un tono de condescendencia que a Catriona no le gustó nada.

–¡Yo soy condesa! –exclamó lady Orlov con altivez-. Soy una acompañante muy adecuada. ¿Acaso piensa que solo sus compatriotas pueden salvaguardar la preciosa virtud de su hija?

–No creo que quisiera ofender, señora –dijo el tío Knox, desde el rincón de la sala donde estaba leyendo.

–Por supuesto que no –dijo la señora Wilke-Smythe.

–Y, sin embargo, ha sonado como si esa fuera su intención –añadió el tío Knox, y sonrió, mirándolas por encima de sus anteojos.

–¡Ajá! –exclamó triunfalmente la condesa.

–Si me lo permiten, sugiero que vayan de visita Chasity y Catriona. Son las más jóvenes y la mejor compañía para la señorita Guinne. Ellas son quienes aceptarán la invitación –dijo el tío Knox. Y, antes de que la madre de Chasity pudiera protestar, elevó ambas manos, y añadió–: Enviaré a uno de mis hombres para que se asegure de que su hija está vigilada y no se vea comprometida en ningún caso, de manera que usted no tenga que exigirle al duque que se case con ella. Da la casualidad de que ese hombre me cae bien. Me encontré con él hace dos días en Crieff, y me preguntó por todos ustedes. Además, me pidió que los saludara y dijo que le gustaría invitarnos a todos a cenar.

Catriona contuvo una sonrisa. Hamlin le había contado su encuentro con el tío Knox en el

pueblo, pero lo que el tío Knox no dijo fue que era él quien había sugerido aquella cena.

–Yo no sabía qué decir –le contó Hamlin, riéndose–. Me hizo una invitación para cenar en Dungotty, pero, antes de que yo pudiera decir una palabra, le dio la vuelta a la tortilla y dijo que, aunque sería un gran honor recibirme de nuevo en su casa, había tantos invitados inquietos en Dungotty que tal vez estuvieran más cómodos en Blackthorn Hall, donde las estancias son superiores, y que esperaba a que le mandara un mensaje indicándole la fecha más adecuada.

Catriona se había echado a reír con agrado.

–Creo que mi tío se ha cansado de sus invitados –le había dicho a Hamlin.

–¿Te parece bien que le envíe ya una respuesta? –le preguntó Catriona a su tío en aquel momento.

–Gracias, cariño, pero ya escribiré yo en nombre de todos nosotros –respondió el tío Knox, mirándola fijamente.

Su tío no había vuelto a decirle nada sobre Hamlin, pero la vigilaba como un halcón. Siempre sabía cuándo había salido. Catriona también sabía que había llegado otra carta de su madre, y había visto un sobre dirigido a ella en la bandeja que Rumpel utilizaba para llevar a mandar el correo. Se imaginaba el contenido de aquellas cartas y temía el momento de volver a Balhaire.

Era curioso, pero, desde su ilícita aventura, no había vuelto a pensar en Balhaire ni en la abadía. Sus pensamientos estaban centrados en los asuntos del corazón. Sin embargo, eso no significaba que se hiciera ilusiones. Sabía que iba a volver a casa, posiblemente, más pronto que tarde. Se preocupaba por la abadía y por sus protegidas. Vivienne había vuelto a escribirle y le había contado que un trío de hombres se había acercado a la abadía para echar un vistazo. No sabía quiénes eran ni por qué habían ido, pero era una clara señal de que la necesitaban en casa. La necesitaban para continuar con la obra de Zelda.

Al pensar en Balhaire y en la abadía, se sentía culpable. Tenía el corazón dividido en dos. Una de las mitades ocupada por un hombre que hacía que sintiera una enorme felicidad y la otra ocupada por las Highlands y por la gente a la que más quería. Algunas veces no podía conciliar el sueño por las noches. La cabeza le decía que era hora de volver a casa, pero su corazón se negaba a escuchar. Cuando salía el sol, solo podía pensar en ver otra vez a Hamlin, en estar entre sus brazos y sentir sus labios contra la piel. Era imposible resistirse a tanto deseo.

Estaba dividida entre la mujer que había sido hasta aquel momento y la mujer en la que se estaba convirtiendo. No sabía cuál era la verdadera.

No lo sabía. Por primera vez en muchos años, no podía decir con seguridad quién era.

El lunes por la tarde, Chasity y Catriona llegaron a Blackthorn Hall a tomar el té. Stuart las recibió en la entrada y las llevó a una habitación soleada con vistas al jardín. La puerta doble de la terraza estaba abierta de par en par y permitía admirar el paisaje, los rosales cuajados de flores, la fuente. Eula, que ya estaba muy recuperada y tenía muy buen color en las mejillas, les hizo una reverencia.

–Gracias por venir –dijo, como si lo hubiera ensayado.

–Muchas gracias por invitarnos –le dijo Catriona–. Te presento a la señorita Chasity Wilke-Smythe.

Eula ya estaba mirando a Chasity con asombro. Chasity era muy rubia, muy blanca, y parecía un angelito.

–Buenas tardes, señorita Guinne.

–¿Quieren pasar? –preguntó Eula, y les indicó la pequeña habitación con un gesto del brazo. Oh, sí, había estado ensayando su debut como anfitriona.

También estaba impaciente por demostrar su habilidad a la hora de servir el té, y estaba a punto de comenzar, cuando Hamlin entró en la habitación. Catriona y Chasity se pusieron de pie e hicieron una reverencia.

–Excelencia –dijo Chasity con solemnidad.

Catriona sonrió.

–Excelencia –dijo con algo de picardía.

–Buenas tardes, señoritas. Estamos muy contentos de que hayan venido a tomar el té.

–Voy a servir el té ahora –dijo Eula en un tono de advertencia, como si duque debiera quedarse donde estaba.

–Por supuesto –dijo él, y le hizo un gesto para que continuara.

Ella sirvió cuatro tazas de té cuidadosamente. Después, tomó un plato de porcelana en el que había pedazos cuadrados de bizcocho.

–¿Les apetece un poco de bizcocho? Lo ha hecho Aubin. Es nuestro cocinero, y mi profesor de equitación, y es de Francia.

–Oh –dijo Chasity, y le guiñó un ojo a Catriona–. Es francés.

Las dos tomaron un pedazo de bizcocho. Hamlin hizo un gesto negativo.

–Me gusta su pelo –le dijo Eula a Chasity antes de tomar su taza.

Chasity se tocó la melena suavemente.

–Gracias. A mí también me gusta el suyo. Tiene un color precioso.

–Sí, es muy bonito –dijo Eula–. Me lo peina la señorita Burns. Es mi doncella. La encontró la señorita Mackenzie.

–Sí, ya me lo había contado –dijo Chasity y miró a Catriona.

–Le estamos muy agradecidos por habernos presentado a la señorita Burns –dijo Hamlin–. Ha sido de gran ayuda para nosotros, ¿verdad, Eula?

–Sí. Lo sabe todo sobre peluquería, sobre los vestidos que hay que ponerse, y sabe coser. Es de Glasgow.

–¿Sí? –preguntó Chasity.

De repente, salió un gatito de debajo del sofá, atacó el zapato de Chasity y se escapó corriendo de la habitación. Estuvo a punto de chocar con Stuart, que entraba en aquel momento.

–Es mi gatito Perry –dijo Eula–. Tengo otro que se llama Walter, pero no le gusta salir.

Stuart se inclinó sobre el hombro de Hamlin y le susurró algo al oído. Hamlin se quedó confuso y dejó su taza sobre la mesa.

–Perdona, Eula. Señoritas, si me disculpan...

Entonces, salió de la habitación, seguido por Stuart.

–¿Dónde está Walter? –preguntó Chasity.

–Puede que esté en el jardín. Le encanta tomar el sol –dijo la niña, y miró hacia las puertas abiertas.

–Yo tuve un gato –dijo Chasity, y comenzó a contarle a Eula la historia del señor Bigotes. Catriona no estaba interesada en las peripecias del minino, que había muerto hacía mucho tiempo. Se puso en pie y se acercó a las puertas del jardín para echar un vistazo.

Cuando Chasity terminó de hablar de su gato, Eula dijo:

–Aubin me ha dicho que el té viene desde la India. Me enseñó en un mapa dónde está la India, y está muy lejos de Escocia.

–Sí –dijo Chasity.

–¿Le gustaría ver el cuadro que estoy pintando? Está en el jardín.

–Sí, por favor.

Eula apareció en la puerta junto a la que estaba Catriona, y le dio la mano para llevarla al exterior. En medio del jardín había un caballete, un taburete y un lienzo.

–La he pintado yo –dijo Eula, señalando la rosa–. Me enseñó el señor Kenworth. Me ha dicho que está muy bien.

El señor Kenworth tenía razón, estaba muy bien. Se veía con claridad que era obra de una niña, pero también era evidente que Eula tenía talento para el arte.

–Lo único que hay que hacer es mirar las líneas –dijo Eula. Sin embargo, durante su larga explicación sobre cómo se creaba el arte, se oyó una voz por una de las ventanas abiertas de la casa. Había un hombre que hablaba muy alto y, aunque no era posible discernir lo que decía, sí se notaba que estaba enfadado.

Catriona y Chasity se miraron. Catriona se preguntó si Chasity se había dado cuenta de que aquella voz era la de Hamlin.

–El señor Kenworth dice que algún día mis cuadros estarán colgados en el salón. Y yo sé dónde, porque Montrose ha descolgado el retrato de mi prima y ha quedado un lugar vacío.

–¿Qué retrato? –preguntó Chasity.

–El de mi prima Glenna. Era su mujer.

La voz se elevó de nuevo. Parecía que Montrose había proferido una maldición.

–¿No creéis que deberíamos entrar ya? –preguntó Catriona.

–¿Quién está gritando? –preguntó Chasity.

–Montrose –dijo Eula–. Algunas veces se enfada.

¿Se enfadaba? Ella nunca había visto ni el menor signo de malhumor en él.

Chasity le puso una mano en el brazo a Catriona y la apretó suavemente. Después, preguntó:

–¿Grita el duque a menudo, señorita Guinne?

Eula frunció el ceño, como si estuviera pensando, y negó con la cabeza.

–Pues, en realidad, no. Nunca grita. Es muy callado.

Chasity dejó caer la mano.

–Oh.

–Pero le gritó una vez a mi prima –dijo Eula mientras volvían a entrar en la salita junto al jardín.

A Catriona se le aceleró el pulso. No quería oír aquello. No quería oír ni una sola palabra negativa sobre él. Y no quería que Chasity la oyera, tampoco.

–¿Servimos más té? Y también me gustaría tomar un poco más de ese delicioso bizcocho.

–Disculpe, señorita Guinne, pero ¿ha dicho que el duque le gritó a su prima, lady Montrose?

–Sí –dijo Eula como si no tuviera nada de raro.

–¿Y por qué motivo?

–No lo sé –dijo la niña, encogiéndose de hombros–. Ella también gritaba. Yo estaba al otro lado del pasillo y oí los gritos.

–¿Tomamos un poco de bizcocho? –preguntó Catriona, pero Chasity le lanzó una mirada.

–Creo que no queda –dijo Eula, mirando el plato–. La señorita Wilke-Smythe se lo ha comido todo.

–No, no me lo he comido todo –dijo Chasity–. Señorita Guinne, ¿nunca le preguntó a su prima el porqué de los gritos? –inquirió.

–Chasity –dijo Catriona, en voz baja. ¿En qué momento se había convertido en una interrogadora?

–No –dijo Eula y se sentó–. Ella se marchó al día siguiente, y no volvió.

–¿No volvió! –exclamó Chasity–. ¿Por qué...?

–¿Chasity! ¿Qué te parece este té? –preguntó Catriona.

–¿El qué? –preguntó Chasity, distraída por aquel cambio de tema.

De repente, Eula dio un jadeo.

–¿Miren! ¡Ahí está Walter!

Se levantó de un salto y fue en busca del gatito.

Chasity aprovechó la oportunidad para agarrar del brazo a Catriona.

–¿Has oído lo que ha dicho la niña?

–Sí, lo he oído –respondió Catriona, tirando del brazo para zafarse–. Déjalo ya, Chasity. No es más que una cría.

–Pero ¿a nadie se le ha ocurrido preguntarle por el paradero de su prima?

Catriona no respondió, porque Eula había vuelto con ellas y tenía en brazos a un gatito negro exactamente igual al que había atacado el zapato de Chasity.

–Les presento a Walter. Sale de noche, pero de día casi nunca.

–Vaya, ¡es precioso! –exclamó Chasity.

Tomó al gatito y se lo puso en el regazo. Comenzó a acariciarlo.

–Señorita Guinne, perdóneme, pero se me ha olvidado. ¿Adónde fue su prima?

–¿Umm? –murmuró Eula, y dejó de mirar fascinada al gatito–. No lo sé. Montrose dice que ya no está aquí y que no va a volver nunca.

Chasity jadeó y miró a Catriona con los ojos abiertos como platos. Por suerte, no pareció que Eula se diera cuenta, porque se había inclinado sobre Chasity para recoger al gatito. Sin embargo, Walter no quería estar allí y arañó a la niña. Ella lo soltó. El gatito salió corriendo hacia el pasillo y desapareció.

–¿No tiene más cuadros que enseñarnos? –preguntó Catriona, alegremente, antes de que Chasity pudiera retomar su interrogatorio.

–Sí. He terminado uno, y Montrose ha dejado que lo colgaran en el comedor. ¿Quieren verlo?

–Por supuesto que sí –dijo Catriona. Se puso en pie, tomó a Eula de la mano y la llevó hacia la puerta para terminar con las preguntas de Chasity.

Iban caminando por el pasillo cuando sonó una campanilla a cierta distancia. Un momento después, Stuart las adelantó apresuradamente.

–El comedor está aquí –dijo Eula, y entró en la estancia–. ¡Voy a buscar una vela! –exclamó.

Catriona y Chasity se quedaron esperando y, desde su sitio, tenían una buena vista del vestíbulo. Apareció un hombre con el abrigo arrugado y un sombrero estropeado, como si se le hubiera caído en la carretera. Llevaba un bolso colgado del hombro. Mientras Stuart le entregaba los guantes, apareció Hamlin. Se quedó inmóvil, con las piernas separadas, cruzado de brazos, y observó al hombre hasta que se marchó.

–¿Ya la tengo! –dijo Eula. De repente, comenzó a brillar una luz en el comedor.

–Oh, vaya –murmuró Chasity, y entró en el comedor.

Sin embargo, Catriona titubeó. Solo fue un momento, pero lo suficiente para que Hamlin la viera al volver la cabeza. Tenía la mandíbula apretada y el ceño fruncido. El duque oscuro. No la saludó; se giró y volvió a desaparecer.

Catriona esbozó una sonrisa forzada y entró en el comedor para ver el mejor cuadro que había

pintado hasta aquel momento. Era una taza de té con su plato.

–Me gustan los colores –dijo Chasity.

Mientras observaban la pintura, Catriona no podía dejar de pensar en Hamlin. ¿Por qué estaba tan contrariado?

Cuando, por fin, Stuart llegó e informó a Eula de que era hora de vestirse para la cena, Catriona y Chasity se excusaron y se pusieron camino a Dungotty. Hamlin no salió a despedirlas.

–¿Y bien? –preguntó Chasity, en cuanto estuvieron a solas en el carruaje–. ¿Qué piensas?

–¿De qué?

–Por el amor de Dios, Catriona, sabes muy bien a qué me refiero. Creo que el duque lo hizo. Y creo que esa niña tiene la clave del misterio.

Chasity lo creía de verdad, porque lo anunció en cuanto entraron en Dungotty. Habían llegado justo para la cena y, mientras comían, la muchacha narró con detalle la visita, incluyendo los gritos y la noticia de que los duques habían discutido la noche anterior a la desaparición de la duquesa.

–¿Qué piensan ustedes? –les preguntó a los demás, cuando terminó su explicación.

–Creo que le ha hecho algo –dijo lady Orlov–. La posadera dijo que allí también habían discutido.

–¿Por qué siempre acusamos a ese hombre? –preguntó Vasily–. Puede que ella le hiciera algo a él.

–¿Y qué iba a hacerle ella? –preguntó el señor Wilke-Smythe, con un resoplido–. Él sigue viviendo en un castillo, sigue siendo duque. Las mujeres no tienen poder ni autoridad en este mundo, señor. Si ella le hubiera hecho algo, la habrían colgado de un árbol en la plaza del pueblo.

Nadie disintió. Catriona quería defender a Hamlin, pero eso solo habría servido para causar especulaciones sobre ella.

–Sé que la niña dice la verdad –insistió lady Orlov–. Da la casualidad de que he hablado con una mujer que estuvo al servicio del duque. Vasily y yo la conocimos un día, en Crieff. Nos dijo que aquella noche se oyó la pelea por toda la casa y que, después, nadie volvió a ver a la duquesa. Él reunió a todos los sirvientes al día siguiente y les dijo que lady Montrose había dejado Blackthorn Hall. Les pidió que recogieran todas sus cosas y las enviara Dios sabe dónde. Nadie sabe por qué desapareció la duquesa, ni cómo.

Miró a Catriona con malicia y le preguntó:

–¿Sigue creyendo que es inocente, señorita Mackenzie?

Catriona se enfureció.

–Pues sí. Connigo ha sido muy amable.

–Vaya, vaya –dijo Vasily–. Viéndola ahora, cualquiera diría que se ha encaprichado con el duque, señorita Mackenzie.

–¡No! –protestó ella.

Y se dio cuenta de que, con aquella respuesta, acababa de delatarse, porque ella siempre se reía de las ofensas y de las palabras con doble sentido. Al no hacerlo en aquella ocasión, a todo el mundo iba a parecerle extraño.

–¿Lo ven? –preguntó Vasily al resto de los presentes–. Lo defiende.

–No lo defiende a él –dijo ella–. Defiendo mi opinión.

Sin embargo, ya era demasiado tarde.

–¡Es verdad! –exclamó Chasity con los ojos muy abiertos–. ¡Sientes estima por él!

Catriona sintió pánico. Miró a su tío Knox, pero él tenía la vista fija en su taza.

–No siento estima por él –dijo ella como si fuera una idea absurda–. ¿Cómo iba a sentirla? Apenas lo conozco.

Nadie parecía convencido.

Catriona sintió pánico de nuevo.

–Muy bien, habéis descubierto mi secreto. Estoy encandilada.

Todos dieron un jadeo. Incluso el tío Knox alzó la vista.

Catriona soltó una risa forzada, pero volvió a tomar las riendas de la situación.

–¿Es que no les parece normal? –preguntó con ligereza–. Es muy guapo, ¿no? Por eso me tiene encandilada. Pero no siento afecto por él. Apenas lo conozco.

–Pues me alegro mucho de que sea así, cariño, y de que solo estés encandilada. Porque he recibido la respuesta del abogado de Su Majestad. Nos vamos a Edimburgo la semana que viene.

De repente, Catriona notó la cena como una piedra en el estómago.

–¿De veras? ¡Es maravilloso, tío Knox! –exclamó, con un entusiasmo fingido. Solo podía pensar en que aquella noticia significaba que iba acercándose el final de su estancia en Dungotty.

–Sí, creo que va a estar muy bien ver algo que no sea Dungotty y el bosque durante unos días. Tal vez, así olvides ese encandilamiento.

–Ah, sí –dijo Catriona y tomó su copa de vino–. Considéralo olvidado. Hace mucho tiempo que no voy a Edimburgo, y no se me ocurre nada más apetecible.

La conversación se centró en Edimburgo, y Catriona fingió que estaba encantada con el cambio de tema. Intervino a menudo e hizo muchas preguntas a su tío.

Sin embargo, solo podía pensar en que necesitaba ver a Hamlin de nuevo. Quería saber lo que había pasado, sí, pero, sobre todo, necesitaba verlo y acariciarlo, ver cómo le brillaban los ojos al mirarla. Al pensar en que no iba a poder ser, el nudo que tenía en el estómago se hacía cada vez más duro.

Así pues, era cierto... No estaba encandilada, sino enamorada.

Capítulo 19

Hamlin estaba en el tejado del cobertizo del jardinero arreglando las tejas.

–No es necesario, Excelencia –le dijo su carpintero con nerviosismo–. Ya lo hemos reparado, Excelencia.

–Pero, de todos modos, tengo que revisarlo, ¿no, señor Watson?

Hamlin clavó un clavo en otra de las tejas, que ya estaba asegurada. Si no tenía cuidado, iba a clavetear demasiado la madera, y la partiría en dos. Cuando llegó a la conclusión de que estaba estropeando un trabajo bien hecho, se rindió. Bajó de la escalera, miró a su alrededor y preguntó a sus hombres:

–¿Qué otra cosa hay que reparar, entonces?

Después de una conversación algo frenética, el señor Watson mencionó que en el invernadero había una ventana cuyo marco había que reemplazar.

–Pues vamos a hacerlo.

La inquietud de Hamlin tenía que ver con un desafortunado giro de los acontecimientos, que le había obligado a pedirle a Bain que se encargara de que le fuera entregado un mensaje a Catriona.

Bain lo había mirado como si nunca lo hubiera visto en su vida, como si no tuviera ni idea de quién era.

–¿Qué ocurre? –le había preguntado él con enfado–. ¿Hay algún motivo que le impida hacer lo que estoy pidiendo?

–No, Excelencia –dijo Bain, y tomó la nota cuidadosamente plegada que le entregó el duque. Sin embargo, lo miró fijamente.

–¿Qué? –le preguntó Hamlin.

–Tenemos una reunión para tratar el asunto del banco con lord Perth, Caithness y el señor MacLaren, ¿lo recuerda?

–¿Y qué pasa con esa reunión?

–Teniendo en cuenta lo que ha ocurrido estos últimos días, sugiero que nos preparemos para cualquier tema que pudiera surgir.

–¿Acaso no es eso lo que hacemos siempre?

Claramente, Bain quería pedirle que acabara con aquella peligrosa aventura sentimental. Sin embargo, en aquella ocasión su secretario se guardó su opinión.

–Me ocuparé de que entreguen el mensaje, Excelencia –dijo, con sequedad, y se marchó.

Hamlin sabía que no estaba siendo razonable, pero no le importaba. Hacía dos días que había ido a visitarlo su abogado, y esa visita le había obligado a volver a pensar en Glenna y en los peores momentos de su vida, y a olvidar los mejores.

Por supuesto, Glenna no había muerto, tal y como pensaba todo el mundo. Estaba viva y coleando y vivía muy cerca. Ya era humillante que se hubiera marchado de Blackthorn Hall con su

amante, y que hubieran tenido que divorciarse a expensas suyas. Y, ahora, volvía a su vida como si fuera un fantasma, para seguir mortificándolo.

Su matrimonio estaba condenado desde el principio, aunque él hubiera estado tan ciego como para no verlo. Era un matrimonio de conveniencia. Él sabía que las cosas iban a ser así desde que tenía uso de razón. Un ducado prosperaba con una unión marital ventajosa. Después de compartir unas cuantas cenas y paseos con Glenna, que parecía contenta en su compañía, el matrimonio había sido aprobado. Su padre le había tomado cariño a Glenna.

–Es una joya –había dicho–. Una gran adquisición para la familia Graham, ¿no te parece?

A Hamlin le gustaba Glenna y supuso que, cuando se hubieran casado, le gustaría aún más. Sin embargo, Glenna había empezado a quejarse desde el primer momento.

Él se alegraba de que su padre no hubiera vivido lo suficiente para conocer la infidelidad de su nuera. No hubo herederos, y Glenna no era ninguna joya. Él había soportado aquel matrimonio durante ocho años, haciendo todo lo posible por contentar a su esposa, pero no había forma de conseguirlo. Intentó ignorarla, pero ella no se lo permitió.

En apariencia, parecía que su hogar era feliz. Glenna era alegre y animada, una excelente anfitriona que reía a menudo y que cumplía con sus labores caritativas tal y como se esperaba de una duquesa. Sin embargo, dentro de las paredes de la casa ducal, era una mujer infeliz y desesperada que solo podía fijarse en sus muchas incompatibilidades. Según ella, él no la entendía, no comprendía su carácter. Solo era una persona que ocupaba su lecho de vez en cuando, pero de quien no podía conseguir un verdadero amor.

Hamlin no había comprendido nunca esa incompatibilidad. En su opinión, ella no había llegado a conocerlo lo suficientemente bien como para sacar esas conclusiones. No obstante, la quería en ciertos aspectos. Y confiaba en ella, hasta cierto punto.

Nunca hubiera sospechado que iba a serle infiel.

Eso era lo que más le ofuscaba: él había seguido con sus asuntos como un tonto, intentando vivir como si todo fuera bien, intentando alternativamente aplacarla o ausentarse, pero creyendo todo el tiempo que Glenna iba a cumplir sus votos matrimoniales. Incluso había pensado que, al final, ella aceptaría la situación y podrían tener un matrimonio feliz. Tal vez tuvieran un hijo y ella empezara a tomarle cariño a su marido. Tal vez era demasiado joven cuando se habían casado y solo necesitaba tiempo para madurar y adaptarse. Y había confiado en ella.

Ahora, por su culpa, a él le costaba confiar en los demás.

Glenna había acabado por admitir que su aventura ya duraba mucho tiempo. El hombre que le había robado el corazón era alguien desconocido para él. Era un comerciante que, según ella, algún día sería tan rico como Hamlin. Además, Glenna había declarado que sentía por él emociones tan intensas que nunca podría sentir algo parecido por él.

No pudo impedir que se marchara. Ni con amenazas ni con recriminaciones consiguió convencerla de que renunciara a aquella supuesta historia de amor que estaba viviendo. Ah, sí, era un amor apasionado y absoluto, le había gritado ella. Aquel hombre desconocido y Glenna estaban locamente enamorados y nadie les había obligado a casarse. Iban a ser felices, algo que ella nunca había sido con Hamlin.

–Yo nunca quise casarme contigo –le gritó ella.

–Entonces, ¿por qué accediste a hacerlo? –bramó él.

–¿Y qué otra elección tenía?

A él le parecía que siempre había un millón de posibilidades. Cualquier cosa, antes que casarse con él si le había parecido que eran tan incompatibles.

–¿Y qué pasa con Eula? –le había preguntado él–. Tú eres la única familia que tiene en el mundo.

–No puedo llevarme a la niña –le había dicho Glenna al instante y sin el menor escrúpulo.

Aquello había provocado otra airada discusión. Sin embargo, al final, el abandono de Glenna había sido inevitable. Su esposa se había marchado con su amante y se habían instalado en una casa en Edimburgo, donde, seguramente, él tenía su negocio.

Había sido lord Perth quien le había recomendado que mantuviera aquel desagradable asunto en secreto. En aquel tiempo ya corrían muchos rumores sobre el paradero de la bella lady Montrose. Sin embargo, Perth le recordó a Hamlin que, si deseaba ocupar un escaño en la Cámara de los Lores, era mejor que sus posibles votantes no supieran que su mujer le había sido infiel y que él le había concedido el divorcio, a pesar de que le hubiera humillado.

–Naturalmente, tenías que hacerlo –le había dicho el duque, bondadosamente–. Sin embargo, un aristócrata acepta con facilidad el hecho de alejar a una esposa problemática, pero no entendería que un hombre tan poderoso como tú se haya dejado engañar por su mujer. Eso debilita tu posición.

Hamlin se había quedado asombrado al escuchar que era aceptable deshacerse de una esposa, pero no era aceptable que una esposa fuera la que se deshiciera de su marido, porque a ese hombre se le consideraba un débil.

A él le había parecido bien la sugerencia, porque no estaba deseando, precisamente, hacer público su divorcio. Se sentía mortificado y avergonzado por haber fracasado tan estrepitosamente en el matrimonio. Además, no entendía por completo aquel fracaso. Aparte de existir, no comprendía cuál de sus actos era tan censurable como para merecer el desprecio de Glenna. Así pues, había seguido el consejo de Perth y, cada vez que alguien le preguntaba por lady Montrose, respondía de forma vaga. Decía que ya no estaba allí, y dejaba así las cosas. Su título de duque le permitía dirigir así las conversaciones. Nadie, salvo Eula, osaba cuestionarlo.

Así que Hamlin no había dicho nada en absoluto.

Pero tenía que haberse dado cuenta de que los rumores cobrarían vida propia y se volverían en un asunto muy oscuro. Se culpaba por no haberlo previsto, pero, en aquella época, se sentía hundido, desconfiaba de todo y todos, y su actitud esquiva e inquietante había alimentado las habladurías. Sin embargo, no había podido evitarlo.

En aquel mundo gris era donde había irrumpido Catriona Mackenzie, y le había llevado la felicidad que se le había escapado siempre. Lo había transportado a un lugar más elevado. Catriona significaba la alegría para él, y lo que sentía por ella se intensificaba a cada minuto. No había pensado adónde podrían llevarle aquellos sentimientos, solamente quería disfrutar de aquella alegría durante un tiempo.

Pero, entonces, había recibido la visita de su abogado, Dundy. Él era una de las pocas personas que conocía la verdad sobre su mujer.

–Ha venido a verme lady Montrose –le dijo a Hamlin, durante aquella visita inesperada a Blackthorn Hall.

–No hay ninguna lady Montrose –respondió él con sequedad.

–Le pido perdón, Excelencia, por supuesto que no –dijo el abogado, inclinando la cabeza para hacer un gesto de disculpa.

–¿Qué quería?

–Dinero. Le expliqué que yo no podía satisfacer su petición sin pedirle permiso a usted. Estaba llorando. Parece ser que su benefactor la ha abandonado.

–Su benefactor –dijo Hamlin con desdén.

–Ya no es esa gran señora, Excelencia. Tenía un aspecto ajado.

¿Y por qué pensaba Dundy que a él le importaba el aspecto que tuviera?

–Debería haberla echado. Y ¿por qué ha venido hasta aquí para contarme todo esto, cuando sabe que voy a rechazar su petición?

Dundy carraspeó.

–Yo no la rechacé, Excelencia.

De repente, Hamlin se había quedado frío.

Dundy se irguió en el asiento.

–Ella sabe que su divorcio no se ha hecho público.

–No me importa.

–También sabe que quiere usted conseguir un escaño en la Cámara de los Lores.

Hamlin se había dado cuenta de lo que quería decir su abogado, y sintió una punzada en el estómago.

–Le sugerí que pidiera ayuda a su familia.

Hamlin apartó la mirada.

–La única familia que tiene es una niña de diez años –murmuró.

–Sí, eso me dijo –respondió Dundy–. Por ese motivo, me pareció prudente darle un poco de dinero hasta que ella sepa lo que puede hacer.

–¿Cómo dice?

–Le entregué una pequeña cantidad, Excelencia. Cincuenta libras.

Hamlin se levantó de golpe de su silla.

–¿Qué derecho tenía usted a disponer de mi dinero?

–Ninguno –respondió Dundy con calma–. Pero pensé que debía proteger su privacidad hasta que tuviera la oportunidad de hablar con usted, Excelencia. Temí que hiciera público todo el asunto del divorcio y manchara su buen nombre.

Hamlin se quedó mirándolo mientras intentaba entender la situación. Él le había dado a Glenna todo lo que quería y, de todos modos, ella seguía queriendo hacerle daño.

–Creo que el asunto está zanjado –dijo Dundy–. Aparentemente, quedó conforme con la cantidad y, además, pensaba que iba a poder solucionar sus diferencias con el caballero.

–No es ningún caballero. ¿Preguntó ella por Eula?

Dundy carraspeó.

–No.

Hamlin cerró los ojos y soltó una imprecación. Glenna Guinne Graham era la peor persona que él había conocido.

Habían pasado dos días desde aquella visita de su abogado, y había conseguido calmarse un poco. Lo que necesitaba era estar con Catriona. Necesitaba que ella le recordara lo que tenía ahora para olvidar el doloroso pasado.

Trató de convencerse de que solo tenía que sobrevivir hasta el día de la votación, que se celebraría a las dos semanas. Después, no le importaría para nada lo que hiciera Glenna. Si quería, que le contara al mundo entero que se habían divorciado. Él la denunciaría si era necesario, y tendría que soportar las repercusiones, pero no iba a permitir que ella lo convirtiera en un rehén.

Así pues, le había pedido a Bain que le entregara el mensaje a Catriona, y Bain lo había mirado como si estuviera mal de la cabeza. Había tenido ganas de preguntarle a su secretario qué

esperaba de él. Era un hombre muy rico, por el amor de Dios, y no podía reprimir siempre sus deseos, de igual modo que Bain tampoco podía hacerlo.

El miércoles, Catriona llegó a Blackthorn Hall en compañía de la gente que él le había indicado en su nota. Catriona guiaba la calesa, algo que no le sorprendió. Sin embargo, la modista y su ayudante estaban un poco asombrados cuando bajaron del vehículo.

Hamlin ni siquiera se fijó en ellos. No podía apartar la mirada de Catriona. Tuvo ganas de abrazarla y esconder la cara en su cuello, pero tuvo que agarrarse las manos a la espalda, y bajó la cabeza.

—*Madainn mhath!* —exclamó ella, alegremente—. Excelencia, permítame presentarle a la señora Fraser y a su ayudante, el señor Carver. Han traído algunas muestras de tejidos, y estoy segura de que a la señorita Guinne le encantarán.

—¿Es para mí? —preguntó Eula con deleite.

—Sí, para ti —le dijo Hamlin, y le acarició el pelo—. Creo que has crecido treinta centímetros.

—¿De verdad? —preguntó la niña, y se puso una mano sobre la cabeza como si pudiera notar lo que había crecido.

—Le pedí a la señorita Mackenzie que nos ayudara a encontrar a alguien que te vistiera como es debido.

—Será un honor, Excelencia —dijo la señora Fraser, e hizo una reverencia—. ¿Cuántos vestidos querría encargar?

Hamlin miró a Catriona, que se tocó la sien con cuatro dedos, como si estuviera pensando en algo muy importante.

—Cuatro. Uno para las veladas nocturnas y tres de diario —dijo él rápidamente.

—Muy bien. Si le parece bien, Excelencia, empezaremos tomando medidas y, después, podemos elegir las telas.

—Muy bien. Para eso no me necesitarán —dijo él. Hizo un gesto hacia la puerta principal donde esperaba un criado—. Adam les mostrará una habitación para empezar a trabajar, ¿de acuerdo?

—Gracias —dijo la señora Fraser, y su ayudante y ella recogieron sus cosas y subieron las escaleras de la entrada después del criado.

Eula se agarró a la mano de Catriona y subió saltando tras ellos. Sin embargo, en el vestíbulo, antes de que Catriona y Eula desaparecieran, Hamlin dijo:

—Disculpe, señorita Mackenzie. Su tío se dejó olvidado un bastón la última vez que vino de visita. Creo que lo tiene Stuart. Tal vez quiera recogerlo antes de marcharse, ¿no es así?

—¡Su bastón! —dijo Catriona, y se echó a reír, mirándolo con los ojos muy brillantes—. Sí, lo ha estado buscando por todas partes, y se pondrá muy contento por recuperarlo. Gracias, Excelencia.

Él asintió y tuvo que contener la sonrisa al ver su actuación.

—Ah. Recuerdo que Stuart va a salir de Blackthorn Hall dentro de media hora. Tiene que ir al pueblo.

—Entonces, iré a pedirle el bastón en cuanto todos estemos instalados en la habitación de pruebas. Gracias.

Él se mordió la lengua para no sonreír y se encaminó en la dirección contraria. Pasó al otro lado de las escaleras y se ocultó. Bain había salido, y él mismo se había ocupado de enviar a Stuart a llevar pan y jamón al pobre señor Bartles que, a la mañana siguiente, ya no se acordaría de quién lo había visitado.

Después de una espera de un cuarto de hora, que fue interminable para él, Catriona salió de la habitación y vio a Hamlin acechando entre las sombras de la escalera. Miró a su alrededor y se

acercó a él de puntillas. Rápidamente, él le rodeó la cintura con un brazo y la llevó por un estrecho pasillo.

–¿Adónde vamos? –preguntó Catriona, riéndose en voz baja.

–Shh –murmuró él.

Subieron por la escalera de servicio y salieron a un pasillo oscuro. Él la llevó hasta el final y abrió la puerta de la última habitación a la derecha. Allí hacía frío, estaba oscuro y olía a moho. No había velas, y la chimenea no estaba encendida. Los muebles estaban cubiertos con sábanas. Él le soltó la mano a Catriona para poder abrir una de las ventanas, solo lo suficiente para poder ver algo.

–¿Qué es esta habitación? –preguntó ella.

–Era el salón de mi abuela. Lleva sin usarse muchos años.

–Ah –dijo Catriona, y lo miró con curiosidad.

Él se echó a reír.

–No siento ningún cariño especial por esta habitación, si es lo que has pensado. Es que Blackthorn Hall es tan grande que no se pueden usar todas las estancias.

–Vaya problema tan grande para un duque –dijo Catriona.

Él se rio, volvió a tomarla de la mano e hizo que girara para apoyarla en la pared. De repente, el deseo se apoderó de él.

–¿Un bastón? –preguntó Catriona y se echó a reír.

Hamlin la besó y descendió por su cuerpo, dejando un rastro con los labios en su cuerpo fragante y cálido. Levantó la falda de su vestido para poder acariciarle la pierna por encima de la media. Ella dio un jadeo apasionado y se estrechó contra él, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó.

Al instante, Hamlin se endureció y se colocó entre sus piernas mientras se desabrochaba el pantalón. Ambos estaban frenéticos el uno por el otro, y su unión fue un placer y una locura, como si la furia de sus movimientos no fuera suficiente. Cuando quedaron saciados, se dejaron caer sobre la alfombra. Catriona se rio de una manera muy contagiosa y, al instante, Hamlin también se estaba riendo.

Ella rodó, se tendió boca abajo y se apoyó en un codo para poder mirarlo. Le acarició la barbilla con un dedo.

–Entonces, ¿qué te pasó? –le preguntó, mientras empezaba a aflojarle el pañuelo del cuello–. Pensé que no iba a saber de ti.

–He estado ocupado –dijo él.

–La última vez que te vi estabas angustiado.

–No era nada, no te preocupes –dijo él, vagamente. No quería que aquel día tuviera cabida en aquella habitación. En aquel momento, no.

–¿Seguro?

–Catriona –dijo Hamlin.

De repente, se irguió y la tendió de nuevo boca arriba, y la besó con ternura.

–No preguntes más, por favor.

Ella lo apartó un poco de sí y lo miró a los ojos, como si estuviera buscando una explicación. Sin embargo, sonrió y dijo:

–Entonces, la próxima vez no me hagas esperar tanto.

Sonrió, y Hamlin hizo lo mismo. Rodó por el suelo y la colocó sobre su cuerpo.

–Mis más sinceras disculpas, señorita –gruñó, y la besó, aunque en aquella ocasión lo hizo con

un poco menos de urgencia y un poco más de significado.

Capítulo 20

Durante los días siguientes, el tiempo fue muy bueno, y Catriona y Hamlin pudieron reunirse en las ruinas, al sol. El mirto perfumaba el aire y los pájaros cantaban por encima de ellos. Aquella era su parcela privada en el cielo.

Vivían cada momento del presente, sin hablar del pasado ni del futuro. En aquellas ruinas, eso carecía de importancia. Lo que le importaba a Catriona era el ahora, los momentos de pasión y la gloriosa sensación de estar enamorada.

Sí, estaba enamorada. Reconocía todas las señales de otros momentos de su vida. Cuando era joven, su hermana Vivienne se había enamorado locamente de un primo lejano, Marcas Mackenzie, y se había casado con él. Catriona recordaba cómo había envidiado el estado de ensoñación de su hermana, su sonrisa beatífica que le transmitía luminosidad y bondad a todo el mundo. Vivienne, con la felicidad, había alcanzado también la serenidad.

Aunque fuera tan joven, Catriona había entendido lo que sentía Vivienne. Sin embargo, con el paso de los años había aprendido que la felicidad de su hermana no era tan fácil de encontrar como ella había creído. Catriona la deseaba, soñaba con ella. Y allí, por fin, la había conseguido.

Pensaba constantemente en Hamlin, esperaba con impaciencia el siguiente momento que pudiera compartir con él, y nunca se sentía tan feliz como cuando estaban juntos.

Y esperaba que Hamlin sintiera lo mismo por ella. Creía que Hamlin sentía lo mismo por ella.

El tío Knox envió una invitación a Hamlin para que fuera a cenar a Dungotty para despedirse de la condesa y de su primo. Vasily encontraba aquella campiña bucólica un poco tediosa para sus gustos. Era jugador, y había convencido a su prima de que era hora de marcharse a otro sitio. Iban a Londres, donde la condesa tenía un amigo muy querido en cuya casa podían alojarse una temporada.

—¿No tienen una casa propia? —le había preguntado Chasity a Catriona en voz muy baja.

Catriona se preguntaba lo mismo.

Poco después de que lady Orlov y Vasily anunciaran su marcha, el señor Wilke-Smythe informó al tío Knox y a Catriona de que su familia y él volverían a Londres coincidiendo con el momento en que ellos se pusieran en camino a Edimburgo.

—Mi esposa desea encargarle a una modista el vestuario para la temporada social, y supongo que será un gasto gravoso —dijo. Claramente no estaba muy contento con la perspectiva.

Hamlin había aceptado la invitación del tío Knox y, cuando llegó, hizo gala del mismo talante que la primera vez que acudió a Dungotty. Saludó cordialmente a Catriona y rechazó el ofrecimiento de tomar un Whisky. Estuvo reservado durante la cena, escuchando la charla, y respondió a las preguntas que le hacían sin extenderse demasiado. Catriona lo miraba de reojo cada vez que podía, pero Hamlin era un maestro para disimular sus pensamientos y atenciones. Nadie de aquella mesa hubiera adivinado lo que estaba pasando entre ellos.

Un poco más tarde, cuando habían pasado al salón para escuchar otra interpretación musical por parte de las Wilke-Smythe, Hamlin le acarició la mano a escondidas con el dedo meñique, para que supiera que estaba allí. Fue una caricia casi imperceptible, pero le provocó una corriente eléctrica que recorrió todas sus venas.

Era asfixiante estar tan reprimidos por las normas y prohibiciones de la sociedad. Catriona deseaba con todas sus fuerzas que todo el mundo supiera lo que sentía por Hamlin, pero sabía que eso dañaría su reputación y también la de ella.

Por otra parte, el hecho de tener aquel secreto también era delicioso y emocionante. Pensó en cómo la acariciaba Hamlin, en lo reverente y apasionado que era su deseo por ella. Se imaginó que las personas de aquella habitación se desmayarían con espanto si lo supieran, y tuvo que contener una sonrisa.

Cuando las Wilke-Smythe terminaron de tocar, el señor Wilke-Smythe ofreció un brandy a Hamlin y le preguntó:

—¿Qué opina de la votación, Excelencia? ¿Cree que va a conseguir su escaño en la Cámara de los Lores?

Catriona se quedó asombrada por aquella muestra de interés del señor Wilke-Smythe. Tuvo la sensación de que estaba empezando a estimar a Hamlin, y temió que esperara conseguir una oferta de matrimonio para Chasity. Tal vez pensara que su hija podía ser una perfecta duquesa de Escocia, y que pasaría por alto los rumores que decían que había asesinado a su mujer.

—Parece prometedor, sí —dijo Hamlin.

Eso era, exactamente, lo que estaba sucediendo. Durante la cena, había estado tan desesperada por captar alguna mirada de Hamlin que no se había fijado demasiado en lo atenta que estaba Chasity con él. La muchacha había intentado trabar conversación con él en más de una ocasión, pero, por Dios Santo, Chasity era una ingenua si pensaba que iba a interesar al duque mencionando unos guantes que había encontrado en Crieff y que quería comprarse a toda costa. Hamlin prefería hablar de cosas más importantes, como la regulación bancaria que, según le había explicado a ella, podía resultar perjudicial para Escocia. O sobre el hecho de que los comerciantes escoceses tuvieran libertad para hacer negocios con quien quisieran, algo que ella también entendía, porque su familia se había visto obligada a hacer contrabando antes de la rebelión. O de lo importante que era para la economía de Escocia abrir más mercados para la lana y la carne de vacuno.

A Hamlin no le importaba nada un par de guantes.

La pobre Chasity no sabía nada de aquellas cosas, pero Catriona, sí. Su familia llevaba muchos años hablando y discutiendo sobre los asuntos nacionales. Cuando una tenía un padre que era el responsable de todo un clan, se enteraba de cuáles eran los obstáculos que tenía que superar ese clan, y esos problemas eran siempre económicos. Además, su padre siempre había tratado a sus hijas igual que a sus hijos, incluyéndolas en todas las conversaciones. Catriona entendía perfectamente a Hamlin. Entendía que una causa podía convertirse en lo más importante para una persona. Ella era la que podía convertirse en una compañera y una ayuda para él, no Chasity.

De repente, recordó que ella tenía también una causa, que había gente que necesitaba su ayuda, más de doce mujeres que habitaban en la abadía de Kishorn. ¿Sería posible hacer las dos cosas? No, no creía. Decidió olvidarlo por aquella noche.

Cuando Hamlin se marchó, Catriona acompañó a su tío para despedirlo en la entrada. Hamlin le dedicó una sonrisa, le tomó la mano y se inclinó ante ella. Le besó delicadamente el dorso de la mano y se detuvo en su piel. Cuando alzó la cabeza, ella notó una corriente de calor entre ellos.

–Gracias por venir, Excelencia –le dijo, sonriendo.

–Ha sido un placer. Me gustaría devolverles su hospitalidad, si me lo permiten –dijo, mientras le soltaba la mano lentamente–. Quisiera invitarlos a todos a una cena el viernes, en Blackthorn Hall.

–Si el tiempo lo permite, acudiremos encantados –dijo el tío Knox con una suave carcajada–. Gracias, Excelencia.

–Buenas noches, señorita Mackenzie. Lord Nor-wood.

–Buenas noches –dijo el tío Knox. Le rodeó la cintura a Catriona con un brazo y la estrechó contra su costado.

Los dos observaron a Hamlin mientras bajaba los escalones y subía a su carruaje. El cochero puso en marcha a los caballos y el coche se alejó.

Catriona se giró hacia su tío. Él suspiró y la tomó de la barbilla.

–Vamos, recupera la compostura antes de volver con nuestros invitados, cariño. Tienes una sonrisa tan brillante que van a pensar que ha pasado un cometa por el cielo nocturno.

Dios Santo, ¿tan evidente era? Rápidamente, Catriona se pasó los dedos por las mejillas como si así pudiera borrar el calor que sentía en ellas. Estaba delatándose. Bueno, ¿y qué? Estaba convencida de que nada en el mundo podría estropear su alegría.

Dos días antes de su viaje a Edimburgo, Catriona y Chasity tomaron la calesa y fueron a Crieff. Chasity quería comprarse los guantes de cuero y convenció a Catriona de que ella también debería hacerlo.

–Has desgastado tus guantes de tanto montar a caballo. Y te están saliendo pecas, Catriona –le dijo, reprendiéndola.

–Sí –dijo Catriona. Sin que pudiera evitarlo, se le escapó una risita.

En la carretera desde Dungotty al pueblo, se cruzaron con un jinete solitario que venía en dirección opuesta.

–¿Quién será? –preguntó Chasity.

El jinete se quitó el sombrero y lo movió hacia ellas, como si les estuviera indicando su deseo de que pararan.

Catriona tiró de las riendas y los caballos se detuvieron.

–Buenos días, buenos días –dijo, e inclinó la cabeza, dejando a la vista su calva.

Se irguió, volvió a ponerse el sombrero y sonrió. Llevaba el abrigo lleno de polvo del camino y las botas llenas de barro, como si hubiera caminado por las zonas pantanosas.

–¿Serían tan amables de indicarme el camino a Blackthorn Hall? Estoy un poco perdido.

–Esta es la carretera hacia Dungotty –respondió Catriona–. La carretera hacia Blackthorn Hall está hacia allá. Se ha pasado un kilómetro y medio, más o menos.

El hombre se giró en la montura y miró hacia atrás.

–¿A un kilómetro y medio, dice?

–Sí, señor. Busque un seto de tejos.

–Vaya, vaya, Charles, hemos venido demasiado lejos –le dijo a su caballo, mientras se daban la vuelta–. ¡Gracias! –añadió, y se despidió agitando la mano mientras volvía sobre sus pasos.

–¿Cómo es posible que se haya pasado la salida a Blackthorn Hall, si es muy visible? –preguntó Catriona.

–¿Y qué irá a hacer un hombre así a Blackthorn Hall? –preguntó Chasity mientras Catriona

ponía en marcha a los caballos nuevamente.

–No tengo la menor idea –dijo Catriona. Tenía miedo de pensarlo.

El hombre debió de encontrar la salida a Blackthorn Hall, porque, cuando ellas pasaron por delante, no lo vieron. Y cuando llegaron a Crieff se habían olvidado por completo de él.

Catriona no volvió a acordarse hasta el día siguiente, cuando el secretario de Hamlin apareció en Dungotty. Catriona sospechaba que el señor Bain era un hombre indescifrable. Lo que pensara de ella, o de cualquier otra persona, no lo dejaba entrever. Sin embargo, la miraba con perspicacia, como si conociera sus secretos.

Le hizo una reverencia al tío Knox y, después, con las manos agarradas a la espalda, dijo:

–Le pido disculpas, milord, pero Su Excelencia el duque de Montrose lamenta mucho tener que cancelar la cena de esta noche en Blackthorn Hall. Ha recibido una noticia y tiene que marcharse.

–¿Marcharse? –preguntó Catriona antes de poder contenerse.

–Qué lástima –dijo el tío Knox–. Estábamos deseando que llegara el momento de la fiesta. Espero que no haya ocurrido nada desafortunado, ¿no?

–No, que yo sepa, milord.

–Pues transmítale nuestros saludos al duque. Gracias por venir hasta aquí para avisarnos –dijo el tío Knox, y le hizo una señal a Rumpel para que lo acompañara a la salida.

El señor Bain se dio la vuelta, pero Catriona balbuceó:

–¿Y no hay ninguna nota?

Él se giró lentamente hacia ella y la atravesó con la mirada de sus ojos verdes.

–No, señorita. Me pidió que viniera a darles el mensaje en persona.

–Ah, por supuesto –dijo ella con pesar.

Estaba pensando demasiado. Era lógico que no le enviara a ella una nota a través de su secretario. Se la enviaría con un mozo o un mensajero. Sin embargo, estaba segura de que se la mandaría. Él sabía que ella se iba a marchar a Edimburgo muy pronto y no iba a dejar que se alejara sin enviarle noticias.

–Sinceramente, me siento aliviado –dijo el tío Knox, después de que Bain se marchara–. Ya tenemos suficiente lío con tanta gente yéndose de la casa a la vez.

¿Qué le habría sucedido a Hamlin para que tuviera que enviar a su secretario y no pudiera informarles él mismo?

Ni aquella tarde, ni aquella noche, llegó la nota.

Entonces, llegaría al día siguiente. Catriona no pudo evitar la angustia por su repentina desaparición. Necesitaba verlo y enterarse de qué había ocurrido.

Fue un alivio que aparecieran la modista y su ayudante, la señora Fraser y el señor Carver, al día siguiente, en Dungotty. La señora Fraser tenía un vestido para Eula.

–Le pido disculpas, señorita Mackenzie –dijo la modista, mientras el señor Carver extendía el vestido en el sofá.

–No tiene por qué –dijo Catriona.

–Tengo que ir a probárselo a la niña hoy, y pensé... Bueno, si no le importa, quisiera pedirle que le echara un vistazo. Nunca había hecho un vestido por encargo de un duque.

El vestido era muy bonito, de color crema, adornado con unos lacitos de color rosa que a Eula le iban a encantar.

–¿Le parece apropiado para la señorita Guinne? –preguntó la modista, ansiosamente.

–Es maravilloso, señora Fraser. No había visto un vestido tan bonito –respondió Catriona con sinceridad.

La mujer se ruborizó y le indicó a su ayudante que lo envolviera de nuevo.

–Muchísimas gracias, señorita Mackenzie. Estoy un poco nerviosa por tener que llevárselo.

Catriona aprovechó la oportunidad.

–¿Le gustaría que la acompañara? –le preguntó–. No me importaría, si así se siente más tranquila.

La señora Fraser y su ayudante se miraron.

–¿Le importaría mucho? –preguntó la modista.

Catriona sonrió.

–Voy por mi abrigo.

Stuart los recibió en Blackthorn Hall y los llevó a la habitación con vistas al jardín. Allí, Eula estaba recibiendo una clase de pintura del señor Kenworth. Al ver quién había llegado, la niña dejó el pincel y atravesó la habitación entusiasmada por ver su nuevo vestido.

Después de varias exclamaciones de emoción por el vestido, el señor Kenworth se dio cuenta de que la clase había terminado y se despidió. La señora Fraser se llevó a Eula a otra habitación para probarle el vestido. La niña reapareció un momento después. Extendió los brazos y se giró para admirar el vuelo de la falda.

–Es bonito, ¿verdad, señorita Mackenzie?

–Sí, precioso –dijo Catriona–. Pero estate quieta un momento para que el señor Carver pueda trabajar –añadió, mientras el ayudante de la modista se agachaba para tomarle la medida del bajo.

Eula se quedó inmóvil mientras la señora Fraser y el señor Carver revisaban el vestido y lo retocaban.

–¿No te gustaría que lo viera el duque? –preguntó Catriona.

–Sí, me encantaría, pero no está.

–Ah. ¿Dónde está?

–Se ha ido, pero no sé dónde –dijo Eula–. Yo me quedo con Aubin y con la señorita Burns hasta que él vuelva.

–¿Y cuándo volverá?

Por algún motivo, la señora Fraser alzó la vista y miró a Catriona.

Catriona se ruborizó. Se inclinó hacia el lienzo que estaba en el caballete, como si estudiara la técnica de Eula.

–Lo pregunto porque él querrá dar su aprobación a los vestidos, ¿no?

–Dijo que, si a la señorita Burns le gustaban, a él, también.

Entonces... ¿cuánto tiempo iba a estar fuera? ¿Cómo había podido marcharse sin decir una palabra? ¿Y quién era aquel hombre extraño con quien se habían cruzado en la carretera? Catriona estaba muerta de curiosidad y también se sentía humillada. ¿Cómo se atrevía Hamlin a marcharse sin decirle ni una palabra, como si ella no se mereciera ni la más mínima consideración?

Cuando volvió a Dungotty estaba llena de dudas. Además, el tío Knox se había enfadado con ella por marcharse sin avisar. Él había organizado una cena de despedida para los Wilke-Smythe, y Catriona llegaba tarde. Tuvo que vestirse y arreglarse apresuradamente.

Aquella noche apenas durmió pensando en todo lo que estaba ocurriendo. Al día siguiente, los Wilke-Smythe se marcharon a primera hora. Chasity se despidió de ella entre lágrimas, y su padre le prometió a Catriona que la invitaría a Inglaterra. El tío Knox y ella salieron poco después, Catriona estaba triste y no quería charlar, así que fingió que le dolía la cabeza por los baches que había en la carretera hacia Edimburgo.

Cuando llegaron, fueron recibidos en casa del marqués de Tweeddale, en Canongate. El padre

del marqués había sido íntimo amigo del tío Knox. El marqués, que era mucho más joven que lord Norwood, no dejó de mirar a Catriona como si quisiera lamerla de la cabeza a los pies. La marquesa la saludó con frialdad, como si quisiera ponerla en un espeto y asarla a fuego lento.

–Les pido disculpas –dijo Catriona–. Tengo un dolor de cabeza espantoso por culpa de los baches del camino.

–Es por tanto bote, eso, seguro –dijo el tío Knox.

–Pues entonces, está claro que debe retirarse –dijo lady Tweeddale, e hizo un aspaviento para llamar al mayordomo–. Acompañe a la señorita Mackenzie a su habitación y que le lleven un caldo y unas compresas –le ordenó. Después, se volvió de nuevo hacia Catriona–: Tal vez se haya recuperado mañana por la mañana, señorita Mackenzie.

–Gracias.

Catriona debería haberse sentido insultada por el hecho de que la despidieran de aquel modo, pero en realidad lo único que sintió al poder alejarse de los Tweeddale fue alivio. Por desgracia, aquella noche tampoco pudo dormir, y estuvo dando vueltas de un lado a otro por el colchón lleno de bultos de su cama. Se levantó al amanecer, se arregló, se vistió y bajó las escaleras para dar un paseo y relajarse.

El mayordomo, el señor Hume, estaba en el vestíbulo, y se dirigió a ella.

–Señorita Mackenzie, si me lo permite... –dijo, mientras le abría la puerta–. No se dirija demasiado al norte, por favor. Ha habido algunos altercados cerca de la iglesia y del asilo para pobres. Lo mejor es que no se aleje de Canongate.

Catriona asintió, pero estaba distraída y no prestó atención a la dirección que tomaba. Al final de Canongate estaba el castillo de Edimburgo. Al otro lado, el palacio de Holyrood. Absorta en sus pensamientos, siguió paseando hasta que llegó a una parte de la ciudad donde las viviendas eran humildes y pequeñas, pegadas unas a otras. Había coladas secándose al aire libre y los niños corrían con las gallinas. Había perros sueltos y algún cerdo en la calle. Giró sobre sí misma, buscando el castillo con la mirada. Cuando encontró las torres, suspiró de alivio y comenzó a caminar en dirección a ellas. Sin embargo, a medio camino por aquel barrio, vio a un hombre salir de una de las casas. Era alto e iba muy bien vestido, de pelo negro.

Catriona se detuvo en seco con un nudo en la garganta. Hamlin estaba en la puerta de aquella casa. No lo entendía. ¿Qué hacía allí? Si había ido a Edimburgo, ¿por qué no se lo había dicho? ¿Por qué estaba en aquella casa, y no en una residencia más lujosa de Canongate? Y... ¿por qué estaba en Edimburgo, si sabía que ella también iba a ir allí? Dio un paso hacia delante para abordarlo, pero, antes de que lo consiguiera, una mujer salió de la casa, y a ella se le paró el corazón.

Conocía a aquella mujer pelirroja. Su retrato había estado colgado en el salón de Blackthorn Hall hasta hacía muy poco tiempo. Llevaba un vestido gastado y desvaído, pero no cabía duda de que era lady Montrose.

A Catriona se le cayó el alma a los pies. De repente, se sintió avergonzada, humillada y furiosa. Quería ir a esconderse a algún rincón, pero estaba en mitad de la calle. No podía encaminarse hacia el castillo de Edimburgo porque tendría que pasar por delante de él y de su mujer que, por supuesto, no estaba muerta, sino viva y coleando y allí mismo. Así pues, se dio la vuelta y comenzó a correr ciegamente por la carretera. Chocó con una mujer que llevaba una cesta, y la señora se puso a gritarle.

Aquello no tenía sentido. Él le había dicho que su mujer se había marchado. Que no estaba allí. Y... ¿qué había pensado ella que podía significar eso? ¿Que estaba realmente muerta? ¿Que él no

conseguía establecer comunicación con su esposa? *Oh, Diah...* ¿seguía siendo su esposa? ¿Había cometido ella el imperdonable pecado del adulterio? ¿Qué había hecho él? ¿Expulsar a su esposa de su casa? Y, si estaba viva, ¿por qué no había negado él los rumores de su muerte?

La cabeza le daba vueltas y tenía el estómago encogido, pero lo peor de todo era el dolor que sentía en el corazón.

Capítulo 21

Hamlin volvió a Blackthorn Hall con un estado de ánimo mejor del que tenía cuando se había puesto en camino a Edimburgo, pero no quería responder a ninguna pregunta. Y resultó que eso iba a ser imposible, porque Nichol Bain lo estaba esperando. Hamlin lo vio paseándose por el vestíbulo cuando bajó de su caballo y entró en casa.

–Bienvenido, Excelencia –dijo su secretario, con calma, mientras él le entregaba su bolsa y el resto de sus cosas a Stuart.

–Bain –dijo él. Después, le ordenó al mayordomo–: Lleva un vaso de cerveza a mi estudio, ¿de acuerdo? El más grande que encuentres, y lleno hasta el borde.

–Sí, Excelencia –dijo Stuart.

Bain lo siguió por el pasillo, aunque no hubiera recibido indicación alguna para que lo hiciera. Cuando llegaron al despacho, Hamlin se dejó caer en la butaca de su escritorio con un suspiro de cansancio. Bain se quedó de pie, esperando con ansiedad. Hamlin no dijo nada, y el secretario también suspiró.

–Entonces, ¿voy a tener que rogarle que me dé las noticias?

–Me parece un poco sorprendente la libertad que se toma para hablar con un duque, Bain –respondió Hamlin con irritación.

Bain no pestañeó. Sostuvo la mirada de Hamlin y esperó.

–Muy bien. La encontré.

–¿Y?

–Su amante la ha abandonado y está desesperada. Quiere chantajearme con un montón de amenazas, pero no he aceptado.

Bain se quedó inmóvil un momento. Después, miró con angustia a su alrededor, como si no supiera qué responder.

–Tenemos que contenerla –dijo–. El escaño...

–Señor Bain, no sé si me ha entendido, así que se lo voy a repetir con más claridad: no estoy dispuesto a soportar el chantaje de esa mujer, ni siquiera por conseguir el escaño.

En aquel momento, Stuart llamó a la puerta y entró con una jarra de cerveza. Sirvió cerveza en un vaso y se lo entregó a Hamlin. Después, miró a Bain, pero el secretario hizo un gesto negativo.

Cuando Stuart se marchó, Bain puso las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia delante.

–Entiendo su ira, Excelencia, de veras. Pero hemos trabajado mucho para conseguir esto.

–Pues parece que no estábamos destinados a conseguirlo –respondió Hamlin, y le dio un buen trago a su cerveza.

–¿Tengo su permiso para... arreglar la situación?

Hamlin soltó un resoplido de desprecio.

–¿Y cómo piensa hacerlo, muchacho? –le preguntó Hamlin. Apuró la cerveza y dejó el vaso

vacío en el escritorio, haciéndole un gesto a Bain con la cabeza para que se lo rellenara—. Es usted afortunado, señor Bain, ¿lo sabía? No está obligado a casarse y a tener un heredero para un ducado. Es usted libre. Puede buscar la felicidad donde quiera y disfrutar de la vida. Yo, sin embargo, estoy obligado a llevar esta carga sobre mis hombros.

—Puede parecerle eso, Excelencia, pero todos debemos soportar una carga u otra. ¿Tengo su permiso? —insistió Bain con terquedad.

Hamlin movió la mano vagamente.

—Haga lo que quiera, pero, por mi honor, no voy a darle dinero a esa mujer para que me deje en paz.

—Entonces, perderá el escaño. Después de todo lo que ha hecho, no lo va a conseguir.

Hamlin se encogió de hombros.

—Ya he dicho que no era mi destino conseguirlo.

—Esto puede remediarse —dijo Bain.

—Si a usted le divierte remediarlo, por favor, hágalo —respondió Hamlin, secamente.

—¡Montrose!

Eula entró corriendo por la puerta y fue directamente a su escritorio.

Hamlin sonrió. Se puso en pie, la tomó en brazos y la estrechó con fuerza.

—¡Me estás abrazando! —exclamó ella, riéndose—. ¡Nunca me abrazas!

—Eso es porque casi nunca estamos lejos el uno del otro, ¿no? Te he echado de menos, Eula.

—¿Sabes qué? Mis vestidos están casi terminados. ¿Quieres ver mi cuadro de la tetera? El señor Kenworth dice que tengo mucho talento.

Él sonrió y le dio un beso en la mejilla. Después, la dejó en el suelo.

—Después de cenar, ¿de acuerdo? Ahora, ve a terminar la clase y, después, me enseñas el cuadro.

—Sí, de acuerdo.

Ella también le dio un beso en la mejilla, y eso fue una sorpresa para Hamlin. Claramente, no era el único que sufría la falta de afecto. Ella echó a correr y, al pasar hacia la puerta, le clavó suavemente el dedo en el estómago a Bain. Normalmente, él sonreía y ponía los ojos en blanco, pero, en aquella ocasión, casi ni se dio cuenta de lo que ocurría. Estaba mirando fijamente a Hamlin.

Cuando el mensajero de Glenna había llegado a Blackthorn Hall para comunicarle su chantaje, Hamlin había sentido ira en nombre de Eula. ¿Cuánto le había pagado Glenna a aquel idiota para que le llevara el mensaje? Hamlin le había preguntado dónde estaba ella, pero el hombre le había dicho que no se acordaba. Y él había salido para Edimburgo aquella misma tarde, lleno de indignación.

Ni siquiera su abogado sabía exactamente dónde vivía Glenna, pero él tenía sus hombres, y había encontrado a su antigua mujer. Vivía en una casa diminuta, pero era muy orgullosa, y le había dicho que le gustaba estar allí.

En medio de su discusión, él le había preguntado a Glenna cómo podía ser tan insensible con respecto a la niña.

—Es la hija de tu prima, tu única familia. ¿Cómo has podido darle así la espalda?

—Yo casi no conocía a mi prima, y mucho menos a su hija —respondió Glenna—. Además, esa niña está mucho mejor cuidada en Blackthorn Hall. Yo no podría encargarme tan bien de ella. En realidad, es injusto, porque la que necesita que la cuiden soy yo.

Él se había quedado sin palabras con aquella muestra de egoísmo. Glenna no era una buena

persona. No era capaz de sentir compasión por nadie, salvo por sí misma.

–¿Qué es lo que quieres? –le había preguntado con curiosidad por saber hasta dónde llegaría con tal de atormentarlo.

–Cinco mil libras –respondió ella sin vacilar ni un instante.

Su audacia era increíble.

–No –le había dicho él, rotundamente.

–Cinco mil libras y te dejaré en paz, Hamlin. ¿No es eso lo que quieres?

–Sí, es lo que quiero –dijo él–. Lo deseo tanto, que no puedo ni explicártelo. Pero sé que no terminarías ahí, Glenna. Volverías por más. Pero no me intimidas con tus exigencias.

Salió de la casa asqueado, sin saber por qué había ido, qué había pensado que iba a conseguir tratando de razonar con una persona tan mala.

Sin embargo, Glenna estaba desesperada, y había salido tras él a la calle.

–Te vas a arrepentir, Hamlin. Todo el mundo se va a enterar de que fuiste engañado por tu esposa. Perderás tu precioso escaño en la Cámara de los Lores.

–Haz lo que quieras –le había dicho él con frialdad–. Me importa un bledo.

–Iré a la votación –había respondido ella–. ¡Y me encargaré de que todo el mundo sepa qué clase de hombre eres!

Él se quitó el sombrero y dijo:

–Adiós, Glenna.

Se dio la vuelta para alejarse, y ella le dijo, a la espalda:

–Te odio.

Hamlin se había echado a reír. Si había algo que sabía perfectamente de Glenna, era que lo odiaba.

Volvió a su casa de Edimburgo muy agitado. Aquella noche había bebido y se había regodeado en la pena que sentía por sí mismo, pero, a la mañana siguiente, se había levantado mejor. Se había resignado a perder el escaño en la Cámara de los Lores, pero era un gran golpe para él; se había imaginado que podía lograr muchas cosas, que aquello le daría un verdadero propósito a su vida.

Sin embargo, una vez que había asumido que no habría forma de salvaguardar su reputación si ella empezaba a hablar, ya no le importó nada en absoluto lo que hiciera Glenna.

Aquella noche, Hamlin cenó con Eula y se dio cuenta de que el parloteo de la niña era como un bálsamo de curación para la vieja herida que Glenna había vuelto a abrir. La miró mientras ella le contaba sus noticias con gran animación, y se preguntó cómo era posible que él hubiera pensado, alguna vez, que era una carga. Se alegraba de no haber encontrado a ningún pariente lejano que pudiera llevársela. Y se alegraba de haberla tenido a su lado para poder soportar mejor el último año malo de su vida.

–El señor Kenworth dice que tengo mucho talento para la pintura –dijo ella como si fuera un hecho objetivo.

–No tengo ninguna duda.

–¿Y te gusta mi vestido? –le preguntó la niña, y extendió los brazos para mostrárselo, aunque estaba sentada en una silla, a la mesa.

–Sí, es precioso, Eula. Tú eres preciosa.

Ella asintió con satisfacción, y volvió a tomar el tenedor.

–Creo que voy a ser pintora, no arquera.

–El mundo se alegrará de que lo seas.

Ella volvió a sonreír.

–Aubin dice que, si quiero disparar con el arco, él me llevará lejos de los hombres y los animales.

–Un hombre sabio.

–¿Crees que a la señorita Mackenzie le importará que no practique más con el arco, entonces?

–Creo que le agradará tu decisión de ser pintora. La próxima vez que venga, tienes que preguntárselo a ella, ¿de acuerdo?

–Sí, pero creo que no va a volver durante una temporada. Se fue a Edimburgo, ¿no te acuerdas?

Demonios, lo había olvidado. Sintió una punzada de remordimiento por no haberla avisado de que se marchaba. Seguramente, se habría preguntado qué había sido de él durante aquellos cuatro días. Sin embargo, el intento de chantaje de Glenna lo había enfurecido tanto, que no había podido pensar con claridad.

–¿Adónde fuiste? –le preguntó Eula.

Hamlin la miró.

–No importa.

Ella miró su plato.

–A mí me gustaría ir a Edimburgo alguna vez. Mi prima me prometió que me llevaría.

–¿Sí? –le preguntó Hamlin con curiosidad–. ¿Cuándo te prometió eso?

–Me lo prometió antes de irse. Dijo que allí iba a tener una casa nueva y que, cuando estuviera instalada, yo iba a ir a vivir con ella y con su amigo.

Aquello dejó a Hamlin asombrado. Se quedó mirando a Eula con incredulidad.

–¿Y por qué no me lo habías contado antes?

Eula se encogió de hombros y empezó a mover la comida por su plato. Evitó mirar a Hamlin a los ojos.

–Tenía miedo.

–¿Le tenías miedo a tu prima?

–No, a ella, no, a ti.

Hamlin palideció. Le tomó la barbilla y la obligó a que lo mirara. Ella nunca había demostrado que le tuviera el más mínimo temor.

–¿Me tenías miedo a mí?

–Tenía miedo de que me obligaras a irme con ella y con su amigo –dijo la niña, suavemente.

De repente, él sintió una calidez en las venas.

–Eula, nena –le dijo. La tomó de la mano y se la apretó–. Estás aquí, en Blackthorn Hall, conmigo. ¿De acuerdo? Y aquí es donde te vas a quedar.

Ella lo miró.

–¿Para siempre?

–Sí, para siempre, ¿entendido? Nadie va a poder alejarte de mí.

Entonces, ella sonrió lentamente, y se irguió.

–¿Podemos invitar a la señorita Mackenzie a tomar el té cuando vuelva de Edimburgo?

Él le soltó la mano.

–Sí. Le diré a Stuart que se entere de cuándo vuelve y le enviaremos una invitación.

Eula tomó el tenedor y pinchó una patata. Parecía que había recuperado el apetito de repente.

Así pues, todo el mundo tenía secretos. Se preguntó qué habría visto la niña y por qué había empezado a temer que la enviara con Glenna. Y sintió aún más rechazo por su antigua esposa. Eula era de su sangre... ¿cómo era posible que Glenna no sintiera ni el más mínimo cariño por ella?

Dos días después, Stuart le informó de que lord Norwood y su sobrina habían vuelto a Dungotty el día anterior. Entonces, mandaron una invitación a la señorita Mackenzie para tomar el té con la señorita Guinne la tarde siguiente. La contestación llegó rápidamente.

Por favor, agradézcale a la señorita Guinne su amable invitación, pero estoy muy ocupada con los preparativos de mi vuelta a Balhaire y no puedo acudir. CM

Además de que aquella nota era muy fría, Hamlin se quedó anonadado al leer las palabras «mi vuelta a Balhaire».

Aquella misma tarde, Hamlin fue a caballo a Dungotty. Al llegar, el mayordomo le informó de que lord Norwood se había ido a Crieff para aprovechar el buen día, y que no volvería hasta la hora de cenar.

–Entonces, me gustaría hablar con la señorita Mackenzie, si es posible –dijo él.

Aunque el mayordomo se quedó un poco indeciso, finalmente tomó sus guantes y su sombrero y lo acompañó hasta un pequeño salón. Después, fue en busca de Catriona.

Hamlin la oyó caminar por el pasillo. Daba grandes zancadas, y hacía ruido, como si estuviera haciendo una marcha militar. Él, que había esperado ver su sonrisa resplandeciente o escuchar un grito de deleite, no recibió aquellas muestras de alegría.

Hamlin sonrió.

Ella frunció el ceño.

–Estás enfadada –le dijo él con desconcierto–. Lo siento, debería haberte avisado de que me iba, pero surgió un asunto importante de repente y...

–¿Crees que estoy enfadada porque te fueras? –le preguntó Catriona y se echó a reír secamente.

–Pues... sí.

–Es cierto que estuvo mal por tu parte irte sin decir nada, pero eso sí te lo habría perdonado.

–Entonces... ¿qué te ocurre? ¿De verdad vas a volver a Balhaire?

–¿Y qué pasa si vuelvo? ¿Es que te importa?

–¡Pues claro que me importa! –exclamó él, asombrado–. Catriona, yo...

De repente, ella se acercó a él y le golpeó el pecho con las palmas de las manos, con tanta fuerza, que él dio un paso atrás. Entonces, Hamlin se dio cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas de furia. La agarró por los brazos antes de que ella pudiera golpearlo de nuevo.

–Dios mío, Catriona, ¿por qué estás tan enfadada?

–Te vi –susurró ella, y se liberó de sus manos.

–¿Que me viste? ¿Dónde?

–Ella no ha muerto, Hamlin. ¡Está muy viva! La vi en Edimburgo, tan guapa como en el retrato del salón. ¡Y tú estabas con ella!

Él no daba crédito a lo que estaba oyendo. ¿Cómo era posible que los hubiera visto Catriona?

–¿Me seguiste?

–¿Qué? ¿Cómo iba a seguirte? ¡Si ni siquiera sabía que te habías ido! –gritó ella con frustración.

Hamlin miró la puerta, que estaba abierta, y se acercó rápidamente a cerrarla. Después, volvió a mirar a Catriona.

–No es lo que crees, Catriona.

–Ya. ¿Y qué es, Hamlin? ¡La echaste! ¡Reconócelo! La echaste como si fuera una basura. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué permitiste que todo el mundo pensara que la habías matado? ¿Y por qué dejaste que yo pensara que...?

Se atragantó con un sollozo.

Hamlin trató de abrazarla, pero ella lo apartó de un manotazo y le dio la espalda.

–Yo no la abandoné –dijo él con tanta calma como le fue posible. Sin embargo, el corazón le golpeaba el pecho con tanta fuerza que casi no le permitía respirar–. Intenté por todos los medios que se quedara en Blackthorn Hall, Catriona. Pero lo cierto es que fue ella quien me abandonó. Su amante y ella...

Catriona se giró con los ojos muy abiertos.

–¿Qué?

Él se encogió de hombros.

–Te dije la verdad, ¿no? Lady Montrose nunca fue feliz en su matrimonio, y buscó la felicidad en otro lugar.

Ella siguió mirándolo fijamente. Se había quedado anonadada.

–Me divorcié de ella por petición suya.

–Divorcio –susurró –. ¿Te divorciaste de ella?

–Sí. Ella me lo suplicó. No iba a poder conseguir el divorcio por sí misma.

–¿Lo sabe Eula?

Él suspiró. Aquello era más complicado.

–No todo. No lo sabe nadie, excepto tres personas.

–Pero... ¿por qué? ¿Por qué fingiste todo eso, y no dijiste la verdad?

–Por el maldito escaño.

–No lo entiendo.

Él pensó un instante cómo podría explicárselo.

–El duque de Perth era el mejor amigo de mi padre, y yo siempre le he pedido consejo. Él me dijo que los hombres entenderían que hubiera echado a una esposa difícil, pero que me despreciarían si se enteraban de que mi esposa me había sido infiel. Y yo sabía que era cierto.

Catriona miró al suelo y, después, al techo. Se puso las manos en las caderas y se mordió el labio inferior. Después, sin decir nada, se acercó a una consola y sirvió dos whiskys. Le entregó un vaso.

–Entonces, será mejor que me lo cuentes todo.

Y él lo hizo. Se sentaron en el sofá, y él le habló de la infelicidad de Glenna, algo que solo le había contado después de casarse.

–Sí, claro –dijo Catriona–. Mejor casarse con un duque que tener que quererlo.

–Supongo –dijo él.

Hacía mucho tiempo que había aceptado el engaño. Le explicó a Catriona que nunca había encontrado la manera de hacerla feliz y que, cuando había llegado Eula, la responsabilidad de cuidar a la única hija de su prima había sido una molestia para ella. Que, al final, ella lo había abandonado y le había rogado que la liberara. Él se había divorciado porque ya no quería tener nada que ver con Glenna.

–Qué difícil y triste tuvo que ser todo para ti –dijo Catriona, suavemente.

Sí, fue difícil. Le dijo a Catriona que había ido a pedir consejo al viejo duque y que había seguido sus instrucciones.

–Fue fácil. Yo quería conseguir el escaño, y nadie me preguntaba nada. No tuve que dar

explicaciones sobre lo que había sucedido, y eso era de mi agrado. Sin embargo, nunca pensé que los rumores fueran a convertirse en unas acusaciones tan monstruosas contra mí.

–¿Y por qué no me lo dijiste? Yo no te habría juzgado.

Él la miró a la cara y, al ver su expresión solemne, se arrepintió de no habérselo contado todo.

–Sí, ahora sé que no me habrías juzgado. Fui egoísta. Cuando estaba contigo, Catriona, no pensaba en ella. No quería pensar en ella, y no me parecía imperativo.

–¿Y cuándo te habría parecido imperativo?

–No lo sé. Lo único que me importa ahora es lo feliz que me has hecho estas últimas semanas, *leannan*. Todo ha sido una alegría, un placer que nunca me habría imaginado. No se me ocurrió que ella pudiera volver a mi vida e intentar extorsionarme. Me pidió dinero y me dijo que, si no se lo daba, le contaría la verdad a todo el mundo.

–¿Y qué vas a hacer?

Él se encogió de hombros y le dio un beso en la frente.

–Nada. Puede decir lo que quiera. Nada de lo que diga va a poder ser tan dañino como los rumores que ya existían.

–Pero... ¿y el escaño? La votación es dentro de una semana.

–Es solo un escaño –dijo él–. A mí, lo único que me importa eres tú.

Catriona lo observó atentamente durante un instante. Después, lo empujó hasta que él quedó tendido boca arriba en el sofá.

–No me importa esa mujer –susurró, y se levantó la falda del vestido para poder sentarse a horcajadas sobre su regazo. Tomó su cara con ambas manos y lo besó.

Hamlin gruñó. La tomó por los hombros y la empujó hacia atrás.

–No, aquí, no. Puede venir alguien.

–No van a venir –dijo ella, y le besó los ojos, las mejillas, la boca.

Él volvió a gruñir, porque no podía contener el deseo.

–Esto es una locura.

–Siempre fue una locura, *mo chridhe* –murmuró ella.

Ella nunca le había dedicado una expresión de afecto. Él no sabía gaélico, salvo algunas frases, pero creyó que le había llamado «corazón mío». Era su corazón. Siempre había pensado que nunca llegaría a conocer aquel nivel de emoción y, cuando Catriona comenzó a moverse contra su cuerpo, seduciéndolo y endureciéndolo, notó que algo protestaba en su mente. Ella le había llamado «su corazón», y él...era débil, eso era. Demasiado débil.

–No te marches a Balhaire –le pidió–. Todavía, no.

–No hables de eso ahora –susurró ella, y le mordió un labio. Entonces, alzó las caderas y, con su ayuda, hizo que él se deslizara dentro de su cuerpo.

Hamlin no habló de ello. No pensó en ello. Estaba completamente perdido.

Capítulo 22

Durante los dos días siguientes, Catriona pasó con Hamlin todo el tiempo que pudo. Se reunió con él en las ruinas, donde él acudió con sus perros. Estuvieron riéndose al verlos jugar con un palo e hicieron el amor bajo el tejo, y Catriona se sintió feliz, saciada, enamorada.

No podía pensar en nada, salvo en estar con él. Y, por las noches, cuando estaba sola en su cama, se levantaba el velo de su fantasía y no podía dormir. Veía pasar su vida, flotando, en una serie de imágenes.

Se preguntó cuándo habría considerado él que era imperativo hablarle de su divorcio. En realidad, él no le había respondido a esa pregunta, y ella estaba enfadada y triste porque Hamlin le hubiera ocultado la verdad. Desde el principio, sabía que su aventura era algo temporal, que pertenecía a un verano que no iba a olvidar nunca y que él no le debía ninguna explicación. Sin embargo, sus sentimientos eran muy profundos. Tal vez debería haber insistido para que él le dijera cuándo iba a contarle que había estado casado, pero ¿de qué habría servido? ¿Acaso no le habían advertido que de aquello no podía salir nada más? ¿Acaso pensaba que Hamlin iba a poner en peligro su reputación o su escaño en la Cámara de los Lores por ella? También sabía que tenía que volver a Balhaire, y pronto, porque le había prometido a Zelda que iba a ocuparse de la abadía. Y, después de su viaje a Edimburgo, su vuelta se había vuelto más necesaria que nunca.

Su entrevista con el abogado de Su Majestad no había sido favorable. Después de escuchar el motivo de su visita, el hombre había hecho un gesto negativo incluso antes de que el tío Knox pudiera hacer la petición en su nombre. Ella le había explicado a Hamlin, aquella tarde, mientras estaban en las ruinas, que el abogado les había dicho que no había buena voluntad hacia Escocia por parte de Londres. Que las tierras en las que se encontraba la abadía serían utilizadas como pasto para las ovejas, y que había muchos nobles ingleses que tenían ese propósito.

—¿Y no puede hacerse nada? —preguntó Hamlin.

—Nos prometió que le hablaría al rey de nuestro caso, pero que creía que no serviría de nada. Pero sí nos concedió seis meses más para desalojar la abadía. Me aconsejó que me preparara para lo peor.

Hamlin se quedó callado, y Catriona pensó que debía de opinar lo mismo que su tío Knox. Cuando ella le había pedido su opinión, durante el trayecto de vuelta a Dungotty, su tío le había dicho:

—Creo que el corazón de Zelda siempre fue más grande que práctico. Mantener la abadía siempre fue un esfuerzo ímprobo, ¿no?

—Entonces, tú piensas que debería renunciar a ello —le había dicho ella, con tristeza.

Su tío le había dado unos golpecitos en la rodilla.

—Creo que no es sostenible.

Catriona se había quedado muy decepcionada al oír aquella respuesta, pero, en cierto modo,

sabía que tenía razón. La abadía estaba en mal estado y dependían de la caridad de los demás. El edificio estaba tan aislado y alejado que las mujeres y los niños estaban apartados de la sociedad y no tenían la oportunidad de conseguir un empleo con el que ganarse la vida. Vivir allí no era una verdadera solución para aquellas mujeres.

–Entonces, ¿qué piensas hacer? –le preguntó Hamlin, después de que ella le contara lo que había dicho el abogado de Su Majestad.

–El tío Knox piensa que, si presiono al abogado, le causaría problemas a mi familia, pero ¿qué será de las mujeres y los niños? No sé adónde van a ir, ni qué van a hacer.

Hamlin no tenía respuesta para ella. Se quedó mirando la lejanía, como si estuviera pensando en sus preguntas.

–Llevo demasiado tiempo lejos.

Hamlin no dijo nada.

Había llegado a Dungotty hacía dos meses y, si finalmente estaban obligados a ceder las tierras a la Corona, tenían mucho trabajo por hacer. Ella tendría que encontrar un lugar para todas las mujeres y los niños. No podía quedarse para siempre en Dungotty; el tío Knox había anunciado que quería volver a Inglaterra antes del otoño. Catriona había estado posponiendo lo inevitable, pero a Hamlin y a ella se les acababa el tiempo para estar juntos.

Quería aprovechar hasta el último momento de aquella extraordinaria experiencia y grabarla a fuego en su corazón. Le dolía pensar en que tendría que separarse de él. Sí, su tío se lo había advertido desde el principio, pero Catriona había permitido que se le llenara el alma de amor por el duque. No había podido evitarlo.

Sin embargo, no iba a pensar en eso. Aquel día, no. Ni al día siguiente. Ya tendría el resto de su vida para lamentarlo.

Hamlin había invitado a Catriona y a su tío a cenar en Blackthorn Hall una vez más.

–Si no conseguimos cenar juntos en Blackthorn Hall a la tercera, me voy a creer que está maldito –dijo con una sonrisa.

La noche de la cena, Catriona se puso su mejor vestido, un traje de seda azul con bordados verdes de hojas y ramas, con una enagua blanca con el mismo motivo bordado. Llegaron a Blackthorn Hall en la calesa y fueron recibidos por dos lacayos con librea. Eula había estrenado su vestido formal y estaba en la puerta, porque estaba demasiado entusiasmada como para esperar a sus invitados en el salón, como habría hecho una gran señora.

La señorita Burns había puesto muy guapa a la pequeña. Le había hecho un moño elevado y se lo había adornado con lacitos rosas a juego con los que tenía el vestido. Eula hizo una reverencia muy pronunciada y abrió los brazos.

–Son muy bienvenidos –dijo con solemnidad.

–Es un gran honor –respondió Catriona con la misma solemnidad.

Eula se echó a reír.

–He aprendido un baile nuevo –dijo mientras seguían a Stuart hacia el salón–. Aubin puede tocar el pianoforte mientras yo bailo. Montrose me ha dicho que puedo.

–Además de todo lo que sabe hacer Aubin, ¿también sabe tocar el pianoforte? –preguntó Catriona, sorprendida.

–Aubin puede hacer todo lo que quiera –dijo Eula–. Quiero casarme con él cuando sea mayor de edad.

–Bueno, no hablemos del matrimonio todavía –dijo Hamlin cuando entraban al salón.

Estaba en pie, junto a la chimenea, y, para sorpresa de Catriona, se había puesto un tartán con la chaqueta formal. Ella se detuvo a admirarlo. Nunca había visto un hombre a quien le sentara tan bien la falda escocesa, y se le aceleró un poco el corazón.

–Excelencia, es usted todo un escocés –dijo su tío.

–Sí –dijo Hamlin, sonriendo–. Es en honor de nuestra invitada de las Highlands –dijo él mirando a Catriona.

Ella no podía quererlo más.

–Se me ocurrió a mí –dijo Eula mientras caminaba lentamente alrededor del duque–. Aubin dice que todo el mundo sabe que los regimientos escoceses las llevan, y Montrose...

–Su Excelencia –la corrigió Hamlin.

–Su Excelencia tenía una en el armario.

–Cualquiera podría preguntarse qué estaba haciendo una niña en el armario de un caballero –dijo Hamlin, pero sonrió a Eula con tanto afecto que Catriona se dio cuenta de una cosa: él quería a Eula. Lo vio en cómo la miraba y le sonreía. Lo hacía del mismo modo que la miraba y le sonreía a ella.

Hamlin la quería.

Cenaron un guiso de cordero y chirivías, tan perfecto y delicioso, que el tío Knox preguntó si podía repetir. Gracias a la atención de Stuart, el vino fue abundante, y los cuatro se rieron como si fueran viejos amigos. Brindaron por Hamlin, que iba a someterse a la votación de la Cámara de los Lores a la semana siguiente. El tío Knox les contó la historia de cuando había tenido que huir de los soldados del rey, de joven, y se había escondido en un cobertizo que albergaba una familia de cerdos. Se rieron hasta que les dolió el estómago.

Catriona se imaginaba a Hamlin en la mesa con su familia, en Balhaire. O allí, rodeados de niños, de la familia que ella siempre había deseado. Nunca lo había visto tan relajado, ni había visto a Eula tan animada y alegre. Estaba pensando en lo perfecta que había sido aquella cena, cuando se oyó un alboroto.

–¿Qué ocurre? –preguntó Eula.

–No lo sé, querida –dijo Hamlin y sirvió más vino.

Un momento después, apareció un criado. Cuando abrió las puertas del salón, se oyó una voz masculina y otra femenina.

–Excelencia, se requiere su presencia –dijo el criado.

Hamlin lo miró con aprensión.

–¿Me disculpan? –preguntó a sus invitados. Después, se puso en pie y se marchó con el criado.

Catriona miró a Eula. La niña, que siempre estaba deseosa de tener visitas, estaba mirando fijamente su plato. Después, miró al tío Knox. Él la conocía muy bien, casi mejor que nadie, y sabía lo que estaba pensando.

–Quédate aquí –le dijo con severidad–. No es asunto tuyo.

Catriona no se quedó. Se puso de pie.

–¡No! –gritó Eula, de repente, y trató de tomarla de la mano–. Quédate aquí, Catriona. Por favor.

Al ver su reacción, Catriona se alarmó de verdad. Salió al pasillo y se dio cuenta de que sus peores temores se habían hecho realidad. Catriona se quedó asombrada, porque quien estaba creando el escándalo en el vestíbulo era la antigua lady Montrose. Catriona sintió la presencia del tío Knox a la espalda, y notó que Eula se apoyaba en su costado. Los tres se quedaron mirando a

la gente que había en la entrada: Hamlin, el señor Bain, un anciano caballero con un abrigo y un sombrero y una mujer pelirroja.

Lady Montrose tenía las mejillas sonrosadas y una sonrisa brillante. Los sirvientes de Blackthorn Hall acudían de todas partes y abrazaban a la antigua señora por indicación suya. Les hablaba como si fueran viejos amigos que, por fin, habían podido reunirse con ella.

—¡Cuánto me alegro de volver a Blackthorn Hall! —exclamó alegremente—. No debería haberme marchado. Tienen que perdonarme, todos ustedes.

El tío Knox le puso la mano en el hombro a Catriona.

Lady Montrose se giró y los vio en el pasillo. Al ver a Eula, soltó un grito de alegría, se agachó y abrió los brazos.

—¡Eula, cariño!

Eula se encogió contra el costado de Catriona.

Lady Montrose se echó a reír.

—No seas tímida, niña. Ven a darle un beso a tu prima, ¿no?

—Déjala en paz —le advirtió Hamlin.

Lady Montrose le lanzó una mirada fulminante que hizo que Catriona se estremeciera. Miró a Hamlin, y él la miró a ella. Estaba pálido. Catriona no entendía lo que estaba ocurriendo, y quería entenderlo, pero su tío Knox la tomó de la mano.

—Excelencia —dijo—, vamos a marcharnos. Tiene invitados inesperados, y no queremos molestar.

—Ustedes no molestan, milord —dijo Hamlin con la voz ronca.

—De todos modos —dijo el tío Knox, y tomó a Catriona del codo. La obligó a soltarle la mano a Eula y la empujó suavemente hacia delante.

Catriona miró al señor Bain. ¿Había sido él quien había hecho aquello? Él le devolvió la mirada sin vacilar, pero ella no supo descifrar lo que pensaba. Su expresión no transmitía nada en absoluto.

—Por favor, no deben interrumpir su cena por mí —dijo lady Montrose—. He venido sin anunciarme.

—¿Por qué has venido? —preguntó Hamlin.

—Tal vez debiéramos reunirnos en su despacho, Excelencia —dijo el anciano—. Hay mucho de lo que hablar.

Hamlin miró glacialmente al señor, pero dijo:

—Si me permite, lord Perth, me gustaría presentarles a lord Norwood y a su sobrina, la señorita Mackenzie.

Catriona estaba tan horrorizada, que ni siquiera recordó que tenía que hacer una reverencia. El tío Knox se adelantó con ella y respondió en su nombre. La mujer, que en aquel momento le estaba dando un abrazo a la señora Weaver, no le fue presentada.

—Stuart —preguntó lady Montrose mientras se desataba la capa—, ¿hay algo que pueda cenar? Llevo viajando todo el día y estoy muerta de hambre. Y un poco de vino, Stuart. Eula, querida, ¿no quieres acompañarme?

Hamlin miró torvamente al señor Bain. Al instante, el señor Bain tomó del brazo a lady Montrose y la llevó en dirección opuesta al comedor. Lord Perth miró a Hamlin mientras los seguía, con una expresión inquisitiva.

—Ahora voy —dijo en voz baja.

Después, se giró hacia Eula y le hizo un gesto para que se le acercara. La niña corrió hacia él y se abrazó a su cintura. Hamlin se agachó junto a ella, la abrazó y le susurró algo al oído. Cuando

se puso en pie de nuevo, se la entregó a la señorita Burns, que acababa de llegar.

Entonces, Hamlin miró a Catriona.

–Te pido perdón, Catriona –le dijo–. No esperaba esto...

–No, por supuesto que no –dijo el tío Knox–. Lo entendemos, ¿verdad, Catriona, cariño?

No, ella no lo entendía. Sentía tanta confusión y tanto dolor, que no entendía por qué la mujer de la que se había divorciado Hamlin había regresado a Blackthorn Hall como si fuera la reina del lugar.

De repente, Hamlin le tomó una mano, se inclinó y le besó los nudillos sin preocuparse del tío Knox, que, a su vez, se alejó y fingió que examinaba un cuadro.

–Te enviaré un mensaje en cuanto pueda, ¿de acuerdo? –le dijo él a Catriona, y le dio un beso en la mejilla.

Después, se dirigió hacia su tío.

–Muchas gracias, milord.

El tío Knox se giró al instante hacia ellos, tomó a Catriona de la muñeca y tiró de ella hacia sí, para poder rodearla con un brazo y mantenerla cerca.

–Gracias, Excelencia, por esta velada tan deliciosa.

Hamlin asintió. Después, con las manos agarradas a la espalda, los acompañó a la salida y se quedó mirándolos hasta que un criado cerró la puerta.

En la calesa, el tío Knox cerró la cortina para ocultarlos del cochero, y se apoyó en el respaldo del asiento.

–¿Qué demonios ha ocurrido esta noche? –inquirió.

–Era su esposa –dijo Catriona.

–Entonces, está viva.

Catriona sonrió con amargura.

–Sí, viva y coleando. Ella... se echó un amante y lo abandonó, y él se divorció de ella.

–Bueno, supongo que eso es un poco mejor que el asesinato, pero no puede estar muy contento con su regreso. ¿Por qué habrá vuelto ahora? Seguro que tiene algo que ver con la votación.

Catriona no lo sabía y, en aquel momento, no le importaba. Tenía una presión insoportable en el pecho y casi no podía respirar. No se había imaginado cómo iba a terminar su amor, pero nunca habría pensado que iba a ser así. No pudo evitar que se le cayeran las lágrimas. Intentó no echarse a llorar, pero le dolía demasiado el corazón.

–Oh, mi amor –dijo el tío Knox y la abrazó–. Mi pobrecita niña –murmuró.

Catriona escondió la cara en su abrigo y rompió en sollozos.

Capítulo 23

Hamlin se había quedado lívido. ¿Cómo se atrevía Bain a llevar a Glenna allí? ¿Y cómo se había atrevido Perth a secundarlo? Cuando llegó al despacho, cerró la puerta con furia. Glenna se sobresaltó y miró nerviosamente a Perth y a Bain. Sin embargo, los hombres le devolvieron la mirada con determinación.

–¿Es esto cosa suya? –le preguntó Hamlin a Bain, señalando a Glenna.

–Me dio permiso para arreglar la situación, Excelencia –dijo Bain.

–¡Esto es un chantaje!

–A mí me apetece menos que a ti esta situación –dijo Glenna con soberbia, como si ella fuera una de las partes perjudicadas–. ¿Es que piensas que quería volver a este mausoleo? ¿Y por qué vas así vestido, como si vivieras en una cueva de las Highlands?

–Si me permiten –intervino Perth. Se sentó con dificultad en una butaca de cuero y añadió–: Ya no soy un joven que pueda estar de pie durante horas. Bueno, veamos... Lady Montrose...

–No es lady Montrose –dijo Hamlin.

Glenna puso los ojos en blanco.

–Es cierto –admitió Perth–. La antigua señora de Graham está en una situación difícil, Excelencia. No tiene ni un penique, ¿verdad?

–Eso no es cierto –le dijo Hamlin–. Consiguí sacarle cincuenta libras a mi abogado.

–Se las di a Charlie –dijo ella.

Al oír la mención de su amante, a Hamlin se le heló la sangre en las venas.

–Pero no fue suficiente. Ya te dije que no era suficiente. Ahora ha tenido que marcharse a Glasgow para buscar trabajo, y yo...

–Señora Graham –dijo Perth con sequedad.

Ella apretó los labios y se sentó al borde de la silla, junto a Perth, con la cabeza baja, como si fuera una niña desobediente.

Lord Perth miró a Hamlin.

–Su antigua esposa y yo hemos llegado a un acuerdo. A cambio de su colaboración, yo le daré una bonita cantidad de dinero para ella y para... ¿Charlie, no es así?

Hamlin se quedó boquiabierto.

–¿Cómo? No, Excelencia, no es necesario que haga eso.

–Sí lo es, Montrose. Quiero verlo en la Cámara de los Loes. La vuelta de su esposa acabará con los rumores sobre usted. Como es lógico, la gente pensará que tuvieron una crisis matrimonial y que se han reconciliado. Cuando se celebre la votación, usted puede marcharse a Londres, y ella podrá marcharse donde quiera con mil libras en el bolsillo. En ese momento, podrá decir lo que quiera con respecto a la disolución de su matrimonio. La señora Graham no va a contradecir su versión; ella no querría ver a su amante acusado de infidelidad y secuestro, ni vivir sin dinero.

Hamlin no podía creer lo que estaba oyendo. Los miró a los tres; a su vez, ellos lo estaban mirando como si fuera lo más razonable que podían hacer.

–No –dijo él con indignación.

–Por el amor de Dios, Hamlin –dijo Glenna, quejumbrosamente–. He dicho que voy a hacer lo que tenga que hacer. ¿Qué más quieres?

–¿Que qué quiero? –preguntó él–. Quiero volver al día que te conocí y comenzar de nuevo. No estoy dispuesto a fingir. No voy a dar una versión falsa de los hechos. ¡No voy a fingir que nos hemos reconciliado!

–Excelencia –intervino Bain–. ¿Podría decir algo?

Hamlin se giró hacia su secretario. O, más bien, su antiguo secretario.

–¿Qué?

–En privado, si no le importa, Excelencia –dijo Bain, y le hizo un gesto hacia la entrada de la habitación.

–¿Qué es esto? –preguntó Glenna, mirándolos–. ¿Qué secretos vais a compartir?

–Señora Graham, creo que le iría mejor si mantuviera la boca cerrada.

Hamlin caminó al otro extremo de la habitación, y Bain lo siguió con calma. Una vez alejados, Hamlin dijo:

–Me ha decepcionado, Nichol. Confié en usted, y me ha traicionado.

–Lo entiendo.

–¿De veras? Pues entienda esto también: ya no me sirve de nada.

–Excelencia, me habría sorprendido que tomara una decisión distinta. Sin embargo, tenemos un acuerdo que pienso cumplir hasta la votación. ¿Me permite hablar de esto?

Hamlin asintió con impaciencia para que hablara.

–Usted siente un gran afecto por la señorita Mackenzie.

A Hamlin se le encogió el corazón.

–Esto no es asunto suyo –le dijo con ira.

–No –dijo Bain–, pero los demás lo han notado también. ¿No podría ayudarla más si obtuviera una posición prominente en Londres?

Hamlin lo fulminó con la mirada. Catriona no tenía nada que ver con la Cámara de los Lores, y a él no le importaba que los demás lo hubieran notado o no.

–Estoy pensando en la abadía de Kishorn.

–¿Cómo sabe eso?

–En Crieff se comentan muchas cosas, ¿sabe? Los invitados ingleses y rusos de lord Norwood no eran buenos guardando secretos. Entiendo que la señorita Mackenzie defiende apasionadamente a las mujeres que viven en la abadía, y creo que usted podría soportar durante unos días a su antigua esposa si eso sirve para ayudar a la señorita Mackenzie en un futuro.

Hamlin señaló con un dedo a la cara a Bain.

–No se meta en eso –le advirtió–. Y aléjese de la señorita Mackenzie.

–No tengo intención de acercarme a ella, Excelencia. Pero creo que usted puede ayudar más a sus amigas de la abadía si está en la Cámara de los Lores. En cambio, no podría ayudarla en absoluto si cayera en desgracia.

–¿En desgracia? –preguntó Hamlin con espanto.

Bain se encogió de hombros.

–No me gusta tener que decir esto, pero, si la antigua señora Graham empieza a decir lo que quiera, usted caerá en desgracia y tendrá que vivir en soledad. Además, es muy posible que su

romance con la señorita Mackenzie salga a la luz.

–¿Me está amenazando, Bain?

–No, Excelencia, en absoluto. Pero la señora Graham la ha visto. Eula la ha visto muchas veces en Blackthorn Hall. Y otras personas. Si se prendiera la mecha de un nuevo rumor, se extendería como la pólvora.

Hamlin estaba anonadado. Estaba lleno de rabia y sabía que lo que le había dicho Bain era posible. Pero... ¿fingir?

–¿Acaso no sabe ya, a estas alturas, Bain, que soy un hombre honesto?

–Sí, Excelencia, por supuesto. Nadie lo culparía a usted de lo ocurrido, y la señora Graham está dispuesta a admitir su culpa. Los votantes lo considerarán a usted un hombre noble, un hombre que no ha dicho ni una mala palabra de su esposa cuando tenía muchos motivos para hacerlo. En concreto, MacLaren va a sentirse conmovido.

–Quítese de mi vista –le espetó Hamlin–, antes de que lo estrangule.

Bain asintió y volvió con los demás.

Hamlin apretó los puños y respiró profundamente. Necesitaba aclararse la cabeza para pensar. Sin embargo, una de las cosas que le había dicho Bain no dejaba de resonarle en los oídos: «Vivir en soledad». Había encontrado la felicidad después de muchos años y no quería perderla.

Pero tampoco quería que Catriona corriera el peligro de caer en desgracia.

Se dio la vuelta y se encaminó hacia ellos.

Perth lo observó atentamente. Glenna estaba mirando al suelo. Y Bain, naturalmente, estaba tras ellos, con una expresión de serenidad.

Él podría decirles a los tres que se fueran al infierno, pero Bain tenía razón; si lo hacía, el mundo entero se volvería contra él; Glenna iba a asegurarse de conseguirlo. ¿Y Eula? Cualquier cosa que él hiciera podía afectar a la niña. No veía buenas opciones para Eula, tampoco, salvo si seguía el camino que le había recomendado Bain. Debía fingir que se había reconciliado con Glenna hasta después de la votación. Para guardar las apariencias. Y para conservar el hogar que había construido con Eula y Catriona.

Catriona. ¿Qué demonios iba a decirle a ella? Bain tenía razón: él podría ayudarla a salvar la abadía si conseguía formar parte de la Cámara de los Lores; o, por lo menos, podría ayudarla a realojar a sus protegidas.

Hamlin apretó los puños y dijo:

–Tengo dos condiciones.

–¿Cuáles son? –preguntó Perth.

–Eula Guinne se quedará conmigo –respondió él mirando a Glenna.

Glenna soltó un resoplido.

–¿Eso es todo? Sí, por supuesto. Yo no tengo sitio para ella.

–¿Y la segunda condición? –preguntó el anciano.

–En cuanto me marche a Edimburgo para la votación, ella tendrá que salir de aquí –dijo Hamlin, mirando a Glenna.

–Será un placer –dijo ella, y se puso en pie–. Bien, entonces, ¿hay algo de comer? Tengo un dolor de cabeza horrible.

Salió de la biblioteca como si todavía viviera allí, como si todavía fuera la duquesa.

A Hamlin se le revolvió el estómago. Pensó en Eula, en cómo se iba a tomar la niña la noticia. Pensó en Catriona. Catriona, Catriona...

Desde el principio, él sabía que su historia de amor no podría ser. Sin embargo, no sabía que el

final sería tan doloroso...

Capítulo 24

Muy pronto se supo la noticia de que lady Montrose había vuelto, y todo el mundo estaba muy contento.

–Es una verdadera señora –le dijo el mozo a Catriona, cuando la acompañaba al establo para prepararle una montura.

Casualmente, ella había oído al mozo y a otro sirviente hablando de ello. Y aquel mozo era quien había llevado el carruaje en el que el tío Knox y ella habían ido a Blackthorn Hall a cenar aquella noche y, por supuesto, se había enterado del regreso de la duquesa.

–¿Interrumpo algo? –preguntó secamente, al ver que ninguno de los dos se daba cuenta de su presencia.

–En absoluto, señorita Mackenzie –dijo el mozo–. ¿Se ha enterado de que lady Montrose ha vuelto?

Oh, sí. Se había enterado.

No importaba que la antigua mujer de Hamlin hubiera confesado ante todo el mundo que se había marchado por voluntad propia y que su querido marido, el duque, había sido benevolente durante todo aquel tiempo tan difícil. Catriona solo oía palabras de felicidad por la vuelta de la mujer, sana y salva.

La señora MacLaren le contó a Catriona toda la historia entre tazas de té una tarde. Su marido y ella visitaron Dungotty para darles la noticia, porque no sabían que Catriona y su tío ya estaban al corriente de todo.

–Tenía razón, señorita Mackenzie. El duque no le había tocado ni un pelo de la cabeza. ¡Qué horror que todos creyéramos eso de él!

Y qué curioso que estuviera dispuesta a reconocerlo tan rápidamente.

–Es extraordinario. No sabe qué sorpresa me llevé al ver a la duquesa entrando en el salón de la posada. Iba en compañía de mi querida amiga, la señora MacGill, y las dos hablaban como si no hubiera pasado más de un año desde que se ausentó. La duquesa me saludó con muchísima amabilidad y me preguntó por mi marido y mi hermana, que murió hace unos meses, y me dijo que lamentaba mucho no haber estado en Blackthorn Hall para darme el pésame. Parecía que quería decir más cosas, ¿verdad, querido? –le preguntó a su marido–. Y, naturalmente, la invitamos a que se sentara con nosotros.

–Y, naturalmente, ella lo hizo encantada, ¿a que sí? –preguntó Catriona con ironía.

–¡Por supuesto que sí! Bueno, claro, usted no conoce a la señora MacGill, pero no es de las que se contiene a la hora de hacer preguntas...

–Es una cotilla, eso es lo que es –dijo el señor MacLaren–. Mete las narices en todas partes.

–La señora MacGill le preguntó a la duquesa, sin el menor titubeo, dónde había estado todo este tiempo. Y, señorita Mackenzie, no se va a creer lo que dijo.

–Tal vez, sí –dijo el tío Knox, aunque los MacLaren ni siquiera lo oyeron.

–Fue muy sincera, y nos dijo que había sido todo culpa suya. Aceptó la proposición de matrimonio del duque cuando era muy joven, y no lo pensó bien. No sabía lo que era de verdad un matrimonio, y...

–Y la señora MacGill la interrumpió, bastante groseramente, en mi opinión, y le preguntó que qué tenía que saber, si iba a ser duquesa.

–Entonces, la duquesa respondió que no sabía si se había perdido algo al casarse a una edad tan temprana. Que, aunque el duque y ella eran perfectamente compatibles, el suyo no había sido un matrimonio por amor, y se preguntaba si se había perdido la oportunidad de sentir ese amor. ¿Entiende?

–Yo no lo entiendo en absoluto –dijo el señor MacLaren.

–Pues es obvio. Los duques y los aristócratas en general casi nunca se casan por amor. Se casan por conveniencia, para obtener más contactos. La gestión de un ducado es muy importante para sus herederos. El duque tenía que casarse con una mujer que tuviera buenas relaciones en sociedad, y eso era algo que los Guinne tenían antes de que ocurriera la tragedia de su muerte.

Catriona palideció. Dejó el té en la mesa; se había mareado.

–¿Eso fue lo que dijo la duquesa? –preguntó el tío Knox con desagrado–. ¿Que, como no se había casado por amor, tenía que intentarlo de nuevo?

–Hizo partícipe a su marido de esas dudas y, aunque él no estaba de acuerdo con su decisión de separarse y vivir con libertad, respetó sus votos matrimoniales. Naturalmente, ella se dio cuenta enseguida de todo lo que había dejado atrás, y volvió a Blackthorn Hall en busca de perdón.

–Bueno –prosiguió el señor MacLaren–. La bruja de MacGill le preguntó sin rodeos que qué iba a hacer su marido, ahora que ella había vuelto.

–Y la duquesa se mostró muy arrepentida, la pobrecita.

«La pobrecita». Catriona tuvo que morderse la lengua para no decir lo que pensaba.

–Dijo que no sabía lo que iba a pasar, si él iba a aceptarla en casa o iba a echarla, pero que pensaba luchar todos los días para ganarse su perdón. En mi opinión, la duquesa es admirable por aceptar la responsabilidad de sus actos, ¿no? Todos cometemos errores. El matrimonio puede llegar a ser muy difícil.

–Pues, en mi opinión, aquí el admirable es el duque. Ahora le tengo un gran respeto. Ha soportado todas las cosas horribles que se decían de él y ha mantenido la cabeza alta. No es posible encontrar un hombre mejor.

–Pues creáis que él tenía algo que ver con la desaparición de su esposa, ¿o se te ha olvidado? –le preguntó el tío Knox.

–¿Perdón? –preguntó el señor MacLaren dando un respingo–. ¿Yo dije eso? Bueno, pues está claro que me equivoqué. Ayer mismo le dije a Caithness que no iba a encontrar un hombre mejor para la Cámara de los Lores, y que votara a su favor.

–Esta es una gran historia de amor –dijo la señora MacLaren–. Pero creo que usted lo supo durante todo el tiempo, ¿verdad, señorita Mackenzie?

–¿Yo?

–Usted no creyó nunca que el duque fuera un asesino.

–No, pero yo... tampoco pensé en esto –dijo Catriona.

Cuánto deseaba que se marcharan ya los MacLaren. No quería seguir oyendo sus alabanzas a los duques de Montrose. ¡Ella ya no era la duquesa!

–Creo que nadie podía imaginárselo –dijo la señora MacLaren–. Pero ahí están, juntos de

nuevo. ¡Y yo espero que encuentren la forma de recuperar la felicidad! Sería una bendición que tuvieran un heredero.

–Yo creo que ir a vivir a Londres será bueno para los dos –dijo su esposo–. Es una ciudad espléndida para que rehagan su vida juntos, ¿no?

–Bueno, lo cierto es que todo el mundo lo espera. Es increíble la cantidad de carruajes que pasan de camino a Blackthorn Hall para hacer una visita. Nos hemos cruzado con dos coches solo viniendo hacia acá, ¿verdad, querido?

–Sí, es cierto.

Catriona sentía un gran calor en la cara. En todo el cuerpo. Tuvo que contenerse para no tirar de los lazos del corsé. No había vuelto a hablar con Hamlin desde aquella horrible noche. Por lo menos, ya entendía el motivo, gracias a los MacLaren: Hamlin no había podido librarse de aquella debacle. Entendía que las apariencias fueran tan importantes para él en aquellos momentos, porque sabía a qué se estaba enfrentando.

–Bueno, pues supongo que nosotros también deberíamos ir a visitarlo, ¿no crees, Catriona? –le preguntó el tío Knox.

Aquella pregunta la inquietó.

–Para desearle buena suerte a la pareja antes de irnos de Dungotty.

–¿Irse? –gritó la señora MacLaren–. ¡No, no podéis iros!

–Sí, es necesario –dijo el tío Knox, y se levantó. De ese modo, puso fin a aquel interminable té–. Cat desea volver a Balhaire, y yo, a Inglaterra, antes de que comience el otoño –afirmó. Le tendió la mano a la señora MacLaren, y ella se vio obligada a dejar su taza de té y levantarse–. No os imagináis todo lo que nos queda por hacer para preparar la marcha, pero os agradezco muchísimo que nos hayáis traído esta noticia tan extraordinaria. Iremos de visita a Blackthorn Hall.

–Pero... nos veremos antes de que os vayáis, ¿no? –le preguntó el señor MacLaren al tío Knox, mientras iban hacia la puerta, que Rumpel había abierto de par en par.

–Por supuesto –dijo el tío Knox, y salió al vestíbulo con ellos.

Cuando se marcharon, el tío Knox volvió al salón y abrazó a Catriona.

–No te desesperes, cariño.

–No –respondió ella.

Había pasado de la desesperación al entumecimiento. Le pidió que la disculpara y se fue a la cama sin cenar, con una compresa en la frente. Pero no tenía remedio; aquel dolor suyo era incurable.

A la mañana siguiente, el tío Knox se fue a Stirling para ocuparse de algunos asuntos.

–Ven conmigo –le dijo.

Catriona negó con la cabeza. Ni siquiera se había arreglado el pelo, porque no tenía ánimo para hacerlo.

–Tenías razón, tío. Aquí hay mucho que hacer.

Él suspiró con resignación y le dio un beso en la frente.

–Voy a estar fuera todo el día.

–No te preocupes, yo estaré bien –dijo ella, y señaló los rollos de telas que habían comprado en Crieff. Todas aquellas telas eran para las señoras de la abadía de Kishorn. Catriona también le había comprado algunos patrones a la señora Fraser–. Tengo que meter muchas cosas en el

equipaje.

Era cierto que había mucho trabajo, pero, en cuanto se marchó el tío Knox, Catriona le dejó la tarea a Rumpel. Estaba muy inquieta y no conseguía pensar con claridad, porque tenía la mente ocupada en Hamlin.

Pidió que le ensillaran un caballo. Quería dar un paseo para aclararse la cabeza, y también quería ir a las ruinas por última vez. Cuando llegó, una hora más tarde, ató al caballo y entró por uno de los arcos que había en el muro, caminó hasta el centro del espacio y miró el tejo. Qué extraño que aquel verano hubiera comenzado en unas ruinas y hubiera terminado en otras. Era una profecía terrible que todo lo que ella quería, Kishorn, la memoria de su tía, Hamlin... todo aquello acabara en ruinas.

Agitó la cabeza, se abrazó por el estómago y se agachó para intentar contener las náuseas. Estaba tan desesperada que pensó que iba a desmayarse.

–Catriona.

Alzó la cabeza y vio a Hamlin, que se agachaba para ayudarla. Tenía una expresión oscura, pero no de ira, sino de deseo. Se abrazaron y comenzaron a besarse.

–¿Estabas aquí solo? ¿O sabías que iba a venir? –preguntó ella sin aliento.

–Sí, claro que estoy solo. No lo sabía. Pero he venido todas las tardes, con la esperanza de verte.

Catriona le acarició la mejilla y el pelo.

–Pero yo pensaba que...

–Dios mío, cuánto te he echado de menos –dijo él, y la besó con dureza, como si pensara que no iba a volver a verla.

Catriona lo empujó.

–No deberías estar aquí. Si nos descubren...

–¿Y qué? No me importa, Catriona. Que todo el mundo sepa lo que siento por ti.

–¡No digas eso! –le suplicó ella.

Sin embargo, él la llevó hasta el tejo e hizo que apoyara la espalda en el tronco. Allí la sujetó, mirándola con avidez, con anhelo, y seduciéndola con su mirada llena de lujuria.

–Ha terminado, Hamlin –dijo ella–. Tenemos que aceptar la realidad...

–No me digas lo que tengo que aceptar –dijo él, le besó el pecho, y mordió la curva de uno de sus senos–. No se ha terminado nada, Catriona. Nada.

Entonces, la agarró por las muñecas y se las sujetó por encima de la cabeza, contra el tronco del árbol. Se había estrechado contra ella y Catriona sentía todas las formas de su cuerpo, los músculos y su erección. Su mano y su boca estaban por todas partes, acelerándole el corazón, haciendo que le hirviera la sangre y su cuerpo se excitara. Catriona cerró los ojos e intentó respirar.

Él apretó su erección contra ella mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja y comenzó a desabrocharse el pantalón. Ella se subió las enaguas y notó que los pantalones que llevaba para montar se le bajaban por las piernas, hasta los tobillos.

Hamlin deslizó la mano entre sus piernas e introdujo los dedos en su cuerpo, y ella jadeó de placer. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el tronco del tejo mientras él movía los dedos en su interior.

–Estoy perdida. No quiero alargar la agonía de separarme de ti, pero no puedo parar.

Él se apretó contra ella y volvió a besarla, pero, en aquella ocasión, el beso fue tierno y dulce, y el infierno de deseo que sentían se convirtió en una sed primitiva.

Se rindió por completo a él. La sangre le corrió violentamente por las venas cuando él le desabrochó el corsé y atrapó uno de sus pechos con la mano y la boca. Catriona se entregó por completo a las caricias de sus dedos y a su cuerpo, moviéndose acompasadamente con él y avanzando hacia el éxtasis.

Se abandonó a aquella pasión salvaje hasta que llegaron al orgasmo y ambos cayeron al suelo, agotados, Catriona, sobre Hamlin.

A Hamlin se le había deshecho la coleta y tenía el pelo suelto. La abrazó, con los ojos cerrados, y Catriona posó la cabeza en su pecho.

–No voy a volver con ella –le dijo él–. Eso lo sabías, ¿no?

Catriona tragó saliva.

–Sí, pero tienes que estar con ella, por el momento.

Hamlin se incorporó y la tomó por los hombros.

–Te quiero, Catriona. ¿Lo sabes? ¿Lo sientes? Te quiero.

Aquella declaración que ella tanto había deseado sonó casi desesperada.

–Y yo te quiero a ti, Hamlin –respondió ella con los ojos llenos de lágrimas–. No puedo expresar cuánto. Pero esto no puede ser, y los dos lo sabíamos desde el principio. Yo creo que por eso nunca habíamos hablado de ello.

–Yo no sabía nada de eso.

–Sí, sí lo sabías. Siempre supiste que tenías que ir a Londres. Y yo siempre supe que tenía que volver a Balhaire, a la abadía de Kishorn. Vivíamos cada día como si fuera el último que íbamos a compartir, porque los dos sabíamos que llegaría el final...

–Soy duque, Catriona, y puedo hacer lo que me plazca.

Ella le acarició los labios con los dedos, y lo besó.

–Ninguno de los dos puede hacer lo que le plazca, Hamlin.

Él la soltó bruscamente y se puso de pie. Caminó hasta uno de los muros derruidos y se detuvo allí, observando por un hueco el valle verde y exuberante que se extendía a las faldas de la colina. Catriona lo siguió. Le rodeó la cintura con los brazos y posó la mejilla en su espalda.

–Prométeme que no me vas a olvidar.

–Por el amor de Dios, Catriona, yo nunca podría olvidarte –dijo él y se giró para poder abrazarla–. Nunca he querido a nadie como te quiero a ti. Nunca había sentido tanta felicidad.

Ella trató de contener las lágrimas.

–Yo tampoco –susurró–. Te quiero con toda el alma.

Él puso los dedos bajo su mentón y la obligó a mirarlo.

–¿Cuándo te marchas?

–Dentro de dos días.

–El día antes de que yo me vaya a Edimburgo para la votación, entonces. ¿Vas a venir a ver a Eula antes de irte?

Catriona no sabía si iba a soportar ir de nuevo a Blackthorn Hall, pero pensó en la niña y asintió.

–¿Qué vas a hacer cuando se haya celebrado la votación? –le preguntó en voz baja.

Él hizo un gesto negativo con la cabeza y apartó la vista.

–No es mi mujer. No va a vivir como si lo fuera.

Aquello debería haber tranquilizado a Catriona, pero no fue así. Solo sirvió para que sintiera más tristeza.

–Te quiero –dijo con la voz entrecortada–. Me has dado los mejores días de mi vida.

–Y tú me dejas hechizado –dijo él–. El amor que siento por ti no acabará nunca, Catriona. Nunca.

Ella pensó que eso iba a ser lo más difícil de todo. Sería una agonía saber que había un hombre en el mundo que la quería, y saber, también, que era el único hombre al que no podía tener.

Capítulo 25

El día siguiente fue una tortura para Hamlin. Tenía roto el corazón, pero debía recibir visitantes, porque la votación se acercaba. Era terrible estar en una sala mientras Glenna fingía que estaba arrepentida y que lamentaba mucho su mal comportamiento, cuando solo podía pensar en Catriona y en sus momentos bajo el tejo. Estaba tan bella con el pelo suelto, desmadejado, y los ojos brillantes de placer...

Él tenía que aparentar que era un hombre comedido, cosa que era cierta hacía unas semanas. Sin embargo, su resentimiento hacia Glenna era tan fuerte que estaba impaciente por perderla de vista para siempre.

Sin embargo, Glenna era muy atrevida y no sentía ningún remordimiento. Había encargado tres vestidos, sabiendo que él no iba a decir ni una palabra antes de la votación. No tenía el más mínimo interés por Eula. Aunque toleraba la presencia de la niña, no le prestaba atención. Y él se había dado cuenta de que Eula llevaba una semana sin pintar. Estaba siempre en su habitación, con los gatitos y la señorita Burns. Hamlin no sabía hasta qué punto estaba influyendo en la niña aquel giro de los acontecimientos, pero sí sabía que su melancolía era culpa de Glenna. De eso estaba bien seguro.

Dos días antes de que Hamlin se marchara a Edimburgo, Glenna fue a verlo a su despacho y anunció que iba a ir con él a Londres después de la votación.

Hamlin alzó la vista de la correspondencia que estaba leyendo.

—¿Disculpa?

Antes de que ella pudiera responder, Stuart entró en el despacho.

—Excelencia, han venido de visita lord Norwood y su sobrina.

«Gracias a Dios».

Hamlin se levantó de su butaca.

—Acompáñalos al salón, por favor —dijo, y rodeó el escritorio—. No vas a venir conmigo a Londres, Glenna. Para entonces ya te habrás marchado de Blackthorn Hall.

—Pero yo no he estado nunca en Londres.

¿Se había vuelto loca? ¿Qué le importaba eso a él?

—Me da igual.

—¿Por qué tienes tanta prisa? ¿Quién es ese tal Nor-wood?

Él la ignoró y salió del despacho.

—¿Es la mujer con la que estabas cenando cuando yo volví? —inquirió ella—. ¿Por eso corres como si fueras un muchacho?

Él se detuvo y la miró.

—Te aconsejo que pidas una tisana y te calmes.

—¡Estoy hablando contigo! —explotó ella con furia—. Sea quien sea, puede esperar.

–No tenemos nada de lo que hablar –dijo Hamlin y siguió caminando hacia la puerta.

–Eres idiota, Hamlin. ¡Estoy embarazada!

Al oír aquella noticia, él se detuvo y se giró. La fulminó con la mirada. ¿Quién era aquella mujer? No podía ser la mujer con la que se había casado... Él tenía que haber notado antes su completa falta de compasión y de carácter.

Glenna se echó a llorar.

–No quería decírtelo así, pero no me has dado otra opción. No escuchas.

–Pues parece que vas a tener que volver corriendo con Charlie en cuanto llegue el momento, ¿no?

–De eso se trata, Hamlin. Charlie se ha ido –dijo ella, temblorosamente.

–Eso es problema tuyo, Glenna, no mío.

Hamlin salió del despacho y echó a andar por el pasillo hacia Catriona.

–¡También es problema tuyo, Hamlin! –gritó Glenna a su espalda.

Él no le prestó atención. Siguió caminando y, al ver a Catriona en el salón, agachada junto a Eula, sonrió casi sin darse cuenta. Norwood estaba junto a la ventana.

–Buenas tardes –dijo.

–Excelencia –respondió lord Norwood y se inclinó ligeramente.

Catriona se puso de pie e hizo una reverencia.

–¿Cómo está, Excelencia? –le preguntó y su sonrisa iluminó toda la estancia.

–¡No vas a ignorarme!

Hamlin se sobresaltó al oír el grito de Glenna, que lo había seguido hasta allí. Hizo aparición con la cara llena de lágrimas.

–Señorita, vaya a su habitación –le dijo él con severidad.

–¡No! No voy a permitir que me trates tan mal, Hamlin. ¿Qué voy a hacer? ¿Es que no tienes corazón y me vas a echar de casa cuando estoy encinta?

A Catriona se le escapó un jadeo y Eula gritó:

–¡No!

–Dios Santo –murmuró Norwood.

–Por el amor de Dios, vete –dijo Hamlin de nuevo.

Sin embargo, Glenna era muy terca y no se movió.

–No voy a permitirte que me trates mal.

–Disculpe, Excelencia –dijo Catriona-. ¿Me permite que saque a Eula de la habitación?

Ella tenía a la niña tomada de la mano, y Eula, la pobre, estaba observando a su prima con los ojos llenos de lágrimas.

–Por favor –dijo él.

Catriona rodeó a Eula con un brazo y la llevó, con calma, hacia la puerta. Se detuvo con ella en el pasillo, se inclinó y le susurró algo al oído. Después, la abrazó y la envió a su habitación.

–Volveremos a visitarlo en otra ocasión –dijo Norwood. Ya casi estaba en la puerta.

–Por favor, milord –dijo Hamlin, alzando una mano-. Por favor, quédense.

–No creo que...

–Sí, sí, quédense –dijo Glenna con ira-. ¡Así serán testigos de su crueldad! No tengo adónde ir, y él lo sabe. ¡Nadie me va a acoger con un hijo en el vientre! ¡Nadie me cederá una habitación, y todos hablarán de mí! Pero, si me quedo contigo, creerán que es hijo tuyo. No tengo más familia que tú, Hamlin.

–¡Yo no soy familia tuya! –le rugió él-. ¡Tú te aseguraste de ello!

–¿Me permiten? –dijo Catriona en voz alta.

Hamlin se dio cuenta de que estaba nerviosa, y no era de extrañar, porque Glenna parecía una loca.

–Catriona, no te molestes –le dijo Hamlin.

–¡Catriona! –exclamó Glenna–. ¿Acaso estás tan familiarizado con esta mujer como para llamarla por su nombre de pila?

–Disculpe, señora Graham –dijo Norwood–, pero no creo que sea prudente empezar esa batalla en este momento.

–Conozco un buen lugar para ella –dijo Catriona–. Sé adónde podría ir.

Hamlin se quedó mirándola con desconcierto. ¿De qué estaba hablando?

–No –le dijo–. Esto es un asunto privado, y tú no tienes por qué molestarte...

–Puede ir a la abadía de Kishorn –dijo ella.

–¡Ja! A un convento de monjas... –dijo Glenna con petulancia.

–No es un convento –dijo Catriona con la voz temblorosa–. Es un lugar donde las mujeres como usted son bienvenidas y bien cuidadas. Un lugar donde usted podría encontrar consuelo.

–No necesito su consuelo. Nunca había oído hablar de esa abadía, y no voy a ir.

–¿Y qué otra alternativa tiene? –inquirió lord Nor-wood.

Glenna abrió la boca como si fuera a decir algo, pero no tenía respuestas. Miró a Hamlin, como si esperara que él fuera su salvador.

Pero Hamlin no iba a salvarla. Caminó hasta ella, le tomó una mano y la sujetó con las suyas.

–No te confundas, Glenna. Estoy dispuesto a renunciar al escaño de la Cámara de los Lores sin pensarlo dos veces. Estaría dispuesto a renunciar a Blackthorn Hall, si fuera necesario. No puedes amenazarme, y no voy a hacerme cargo de tu hijo. Te han ofrecido un lugar donde tendrías refugio y cuidados. Puedes aceptar la amabilidad y la bondad que te han ofrecido, o puedes hacer amenazas y sufrir las consecuencias. Te marcharás de Blackthorn Hall de un modo u otro, pero tú puedes elegir cómo –le explicó. Después, la soltó.

A Glenna empezó a temblarle el labio inferior. De repente, se tapó la cara con las manos y sollozó.

Hamlin suspiró y la ayudó a llegar a un sofá. Se giró hacia Catriona.

–Gracias. No tienes por qué hacer esto.

–Está bien, iré –dijo Glenna entre lágrimas–. Sería capaz de ir al fin del mundo con tal de salir de aquí. Y de alejarme de ti –le dijo a Hamlin con una mirada fulminante–. ¿Cómo llego a esa... abadía?

Catriona estaba muy pálida.

–Yo voy allí mañana. Si quiere, puede venir conmigo.

–¿Con usted? –preguntó Glenna, y empezó a llorar de nuevo–. Me han abandonado, y ahora voy a tener que exiliarme solo por cometer el pecado de seguir los dictados de mi corazón.

Catriona se giró hacia su tío.

–¿Nos vamos, entonces? –le preguntó, suavemente.

Norwood asintió. Hamlin los acompañó hacia la puerta, pero Glenna preguntó:

–Hamlin, ¿de veras vas a ser tan cruel?

La capacidad de Glenna para sentir lástima por sí misma era algo asombroso.

–Te cuidé durante mucho tiempo, Glenna. Deberías dar gracias a Dios de que no te dejara abandonada en las calles de Edimburgo, embarazada, como ha hecho tu amante.

Le dio la espalda y acompañó a Catriona y a Nor-wood a la salida.

En el vestíbulo, Norwood se detuvo a recoger los guantes y el sombrero de manos de Stuart, y Catriona se mantuvo en silencio. Estaba horrorizada. No quedaba nada de su sonrisa resplandeciente. Su expresión era de tristeza.

Hamlin detestaba que fuera así. Y detestaba ser el causante de aquella tristeza.

–Catriona –le dijo, suavemente–. No tienes por qué hacer esto. Y menos por mí.

–Ya está hecho –respondió ella con cansancio.

–Está hecho –dijo Norwood–. Además, su antigua esposa y usted no pueden elegir en esta situación. Agradézcale a mi sobrina su incomparable generosidad y sepa que nunca conocerá a una persona mejor.

Norwood no esperó su respuesta y se dirigió a la salida.

–Lo sé –dijo Hamlin–. Que Dios me ayude, ya lo sé –repitió. Tenía un nudo en la garganta, y le ardían los ojos–. Has hecho esto por mí, Catriona, pero has hecho demasiado.

Ella negó con la cabeza y se enjugó una lágrima.

–He hecho lo que hizo Zelda por muchas mujeres. Tu... señora Graham no tiene adónde ir –le dijo, y miró a la calle, donde estaba esperándola su tío.

–Voy a pasar el resto de mi vida compensándote como te mereces, ¿entendido?

–No te he pedido nada, Hamlin.

–Por Dios, Catriona... Mírame, por favor. ¿Qué voy a hacer cuando te hayas alejado de mí?

–¿Y yo? ¿Qué voy a hacer yo? Ahora tengo que irme. Mi tío está esperando.

Él no podía dejar que se fuera así. La abrazó y la besó. Ella se derrumbó contra él un instante, como si no pudiera soportar el peso de la decepción, pero, al instante, se había marchado. Había desaparecido.

Nunca olvidaría todo lo que había hecho por él. Le había dado la felicidad que ansiaba, y acababa de salvarlo de un escándalo. Y, a cambio, él iba a entregarle a su antigua esposa, que estaba embarazada de su amante.

No podía perdonárselo a sí mismo. Siempre iba a estar en deuda con ella.

Pero tampoco iba a aceptar su ayuda sin consecuencias. Catriona se merecía mucho más que eso. Se lo merecía todo. Todavía no sabía cómo iba a conseguirlo, pero estaba decidido a que Catriona no se arrepintiera de haberlo conocido.

Estaba decidido a que no lo olvidara.

Capítulo 26

Durante el largo viaje a Balhaire, Catriona se preguntó más de una vez cómo había podido soportar Hamlin a su esposa. Glenna Guinne Graham era, posiblemente, la peor persona que ella hubiera conocido.

Era fácil despreciar a Glenna por lo que había hecho para arruinar aquellos últimos días con Hamlin. Era más fácil, aún, despreciarla por el hecho de que se quejara de todo, absolutamente de todo. El carruaje no le gustaba. Las posadas en las que descansaban no eran lo más adecuado. La comida era despreciable. No entendía cómo podía viajar alguien sin doncella. Se negaba a ayudar hasta en la más nimia de las tareas, y ni siquiera estaba dispuesta a cargar con su bolso de mano. Cuando Catriona la informó de que, cuando llegara a la abadía, iba a tener que ponerse a trabajar, Glenna se echó a reír y dijo:

–Eso es absurdo.

Durante las horas que pasaron juntas en el coche, Glenna hizo muchas preguntas. Sentía curiosidad por la abadía. Obligó a Catriona a contarle la historia de cómo se había fundado el refugio y de las mujeres que vivían allí. Se burló de todo y declaró que era indecente, y se puso a criticar a aquellas mujeres que, como ella, se habían visto atrapadas en una situación insostenible.

–No son muy diferentes a usted –le dijo Catriona, conteniendo su rabia.

–¡A mí! –exclamó Glenna con alarma–. Yo soy una duquesa. Me han abandonado y expulsado de mi casa.

–Ah. ¿No se expulsó usted misma? –replicó Catriona.

–¡No sabe lo que he tenido que soportar! –gimió Glenna, y empezó a despotricar sobre su falta de compatibilidad con Hamlin. Después de sus muchas explicaciones, quedó claro que aquella falta de compatibilidad era culpa de Hamlin, porque él era demasiado callado y le gustaban demasiado los libros, o algo por el estilo.

Sin embargo, Charlie era un hombre muy guapo, comentó Glenna, y le guiñó un ojo a Catriona, además de esbozar una sonrisita.

–Él y yo sí que éramos compatibles –dijo con las mejillas sonrosadas.

Diah, aquella mujer la ponía enferma.

Catriona no habló mucho mientras Glenna cantaba las alabanzas a su amante, describía cómo era su vida con él y enumeraba sus muchas expectativas. Sin embargo, el último día de viaje, Glenna se levantó de mal humor y pasó mucho tiempo mirando a Catriona torvamente.

Al final, Catriona no lo soportó más.

–¿Qué ocurre? ¿Por qué me mira de ese modo?

–Lo quiere usted.

–¿A quién?

–A mi marido –dijo Glenna.

Catriona suspiró y se cruzó de brazos.

–No puedo querer a su marido, señora, porque usted no tiene marido.

–Sí, claro, ya no es mi marido, pero estuve casada con él durante ocho años interminables, y usted lo quiere.

Catriona no dijo nada.

De repente, Glenna sonrió.

–No se va a casar con usted, si es lo que cree. Usted no será la duquesa.

Catriona se echó a reír.

–Nunca lo he pensado.

–¿De veras? ¿Ni un poco? Bueno, pues él nunca podrá casarse con usted por este asunto de la abadía, porque quiere estar en la Cámara de los Lores. Los nobles no se relacionan con las personas equivocadas, ¿sabe?

–Entonces, en su opinión, ¿yo soy una persona con la que no se debe tratar?

–¡Es una Highlander! –exclamó Glenna como si fuera lo mismo que ser una leprosa–. Los ingleses piensan que los Highlanders son animales salvajes.

Catriona sonrió con sarcasmo.

–Si quiere disgustarme, se va a llevar una decepción. No puede decir nada que no haya oído ya. Glenna se quedó sorprendida.

–No quería ofenderla, Catriona, sino advertirle.

Sus palabras de advertencia eran bastante ofensivas.

Por fin, a media tarde, divisaron las torres de Balhaire en la lejanía, por encima de las copas de los árboles. A Catriona se le llenó el corazón de afecto. Estaba feliz de haber vuelto a casa. Estaba impaciente por entrar al gran salón, por ver a su familia y a los perros. Tenía el corazón roto, pero, si había algún lugar en el mundo donde pudiera curárselo, era en Balhaire. Cuando tomaron la curva que ascendía hacia lo alto de la colina, Glenna arrugó la nariz.

–¡Es horrible! Es medieval. ¿Hay caballeros dentro? ¿Van a echarnos aceite hirviendo cuando crucemos el puente levadizo? –preguntó y se estremeció–. No sé cómo puede vivir la gente entre tantas piedras.

Catriona la miró.

–*Mi Diah*, ¿cómo puede ser tan horrible?

–¡Horrible? –preguntó Glenna–. No soy horrible, sino sincera. Ojalá hubiera más gente como yo.

–Pues yo me alegro de que no la haya.

En cuanto el coche se detuvo, Catriona bajó al suelo de un salto y echó a correr hacia la entrada de la torre principal.

Su mayordomo, Frang, estaba en la puerta, esperándola.

–*Fàilte*, señorita Catriona!

–Gracias, Frang –dijo ella, y le apretó el brazo al pasar. Después, siguió corriendo hacia el salón.

Estaba vacío. La chimenea no estaba encendida. Se giró bruscamente y estuvo a punto de chocar con Frang.

–¿Dónde están? ¿Y mi familia?

–En el despacho de su padre.

Corrió por el estrecho pasillo y entró de golpe en el despacho. Su madre dio un grito.

–¡Cat, cariño!

Y abrazó a su hija.

Catriona escondió la cara en el hombro de su madre. Oyó los golpecitos del bastón de su padre, y cómo arrastraba la pierna enferma. Un momento después, sintió también su abrazo.

–Estamos tan contentos de tenerte en casa, hija –le dijo él.

–Y yo estoy tan contenta de haber vuelto –respondió Catriona con la voz entrecortada de emoción–. Nunca había sentido tanta felicidad por estar en Balhaire.

–Cariño –le dijo su madre y tomó la barbilla de su hija para obligarla a que la mirara–. ¿Qué te ocurre?

Catriona cabeceó. «Todo. En mi vida todo va mal».

–He tenido un viaje muy duro.

–Disculpen, pero ¿nadie me va a saludar a mí?

Catriona cerró los ojos y dio un gruñido. Glenna la había seguido hasta el despacho y había entrado. Estaba mirando a su alrededor.

–¿No hay ningún sirviente que me atienda? –preguntó en tono de acusación.

Los padres de Catriona miraron boquiabiertos a la recién llegada.

No pareció que Glenna se diera cuenta. Dio un chasquido con la lengua y le dijo a Catriona:

–Qué grosería, no presentarme como es debido, Catriona. Soy lady Montrose.

–Es la antigua lady Montrose –dijo Catriona, y suspiró cansadamente.

–¿Por qué tiene esa cara de afligida? –inquirió Glenna–. Soy yo la que ha sufrido. ¿Es que nadie me va a ofrecer un vaso de agua, ni un asiento? Me duele la espalda después de este horrible viaje.

Los padres de Catriona miraron a su hija con confusión. Ella quería explicarles la situación, pero, al ver que Glenna iba al sofá y se acomodaba en él, se sintió incapaz de decir una palabra. Se le llenaron los ojos de lágrimas y tragó saliva para no echarse a llorar. Y dijo:

–Ha sido un viaje muy largo.

La madre de Catriona era una anfitriona experta. Al instante, vio que su hija estaba consternada, y tomó las riendas de la situación. Acompañó a Glenna a una de las habitaciones de invitados y le envió la comida. También le envió una acompañante con la que podría hablar libremente todo el tiempo que quisiera: la doncella Fiona Garrison, una muchacha que estaba casi sorda y que se sentía contenta bordando mientras Glenna seguía expresando todas sus quejas.

Después, pidió que le prepararan un baño a Catriona. Cuando Catriona se hubo bañado, peinado y puesto un vestido limpio, bajó al salón, donde la estaba esperando su familia. Todos estaban impacientes por saludarla y conocer sus noticias. Era la medicina que necesitaba: el amor de los suyos.

Su hermano Cailean y su mujer, Daisy, estaban en Balhaire, y Cailean la abrazó con fuerza.

–Me alegro de que hayas vuelto a tu casa –le dijo–. Es el lugar al que perteneces.

Ella ya no sabía si era el lugar al que pertenecía o no. No sabía cuál era ese lugar.

Sus hermanos Aulay y Rabbie le tomaron el pelo por todo el sol que había tomado aquel verano, y estuvieron intentando calcular las horas que habría pasado montando a caballo. Sus sobrinos y sobrinas también estaban presentes, y todos querían saber si el tío Knox les había mandado algo. Por supuesto que sí. Todos recibieron una moneda de una corona.

Vivienne estaba muy aliviada de verla.

–No sabes cuánto te hemos echado de menos –dijo su hermana en voz baja–. Ha habido un gran

escándalo en la familia de mi marido...

Catriona no oyó su explicación, porque otro de los hombres del clan hizo que se girara para abrazarla.

–Sí, te hemos echado de menos, niña –le dijo, sonriendo de oreja a oreja.

Llegó más gente a saludarla, y el aroma del cochinito asado le hizo la boca agua.

Durante la cena, Catriona puso al corriente a su familia de todo lo que había hablado con el abogado de Su Majestad, pero ellos ya sabían prácticamente todo, porque el tío Knox le había enviado una carta a su padre con antelación.

Catriona se preguntó qué más les habría contado su tío. Pero, si sabían algo de Hamlin, ninguno dijo nada, y Catriona sintió mucho agradecimiento por ello. No estaba preparada para hablar de él. No podía hablar de él sin desmoronarse. Cuando estuviera más calmada, se lo contaría a su madre y a su hermana. Sin embargo, aquella noche solo quería estar de nuevo con su familia, sintiéndose segura, querida y adorada.

Ni siquiera Glenna pudo estropearle la bienvenida familiar. Apareció en el salón antes de que se sirviera la cena, quejándose de que nadie la hubiera avisado para bajar. Se molestó por no ser invitada a cenar en el estrado, con la familia, y por tener que sentarse con su acompañante sorda. Lottie, la esposa de Aulay, se compadeció de ella y se sentó un rato a su lado. Sin embargo, ni siquiera ella, que tenía la paciencia del santo Job, pudo soportarlo demasiado tiempo, y terminó por volver al estrado. Tenía los ojos abiertos como platos.

–Es terrible –dijo en un tono de asombro.

–No te preocupes –dijo Catriona–. Mañana mismo, a primera hora, se marcha a la abadía.

Lottie alzó su jarra de cerveza y le hizo un brindis a Catriona.

–Gracias a Dios.

A la mañana siguiente, después de haber dormido bien en su propia cama, el ánimo de Catriona había mejorado mucho. Y mejoró aún más cuando entró en la habitación de Glenna y descorrió las cortinas de golpe para que entrara la luz a raudales.

Glenna soltó un aullido.

–Vamos, vamos, levántate –le dijo Catriona–. Todavía tenemos que ir en barco hasta tu refugio definitivo.

–¿Mi qué? –preguntó Glenna.

Catriona sonrió dulcemente.

–La abadía de Kishorn.

–Bien –respondió Glenna con petulancia–. No me gusta nada este castillo frío. Hay muchas corrientes de aire y huele a moho, y suenan ruidos muy raros por la noche –dijo, y estiró los brazos por encima de la cabeza–. ¿Me van a traer el desayuno, entonces?

Catriona puso los ojos en blanco y salió para preparar el trayecto en barco hasta la abadía.

Cuando Glenna vio Kishorn por primera vez, se quedó consternada. Observó boquiabierta los edificios medio derruidos, como si no lo entendiera.

Catriona subió alegremente los escalones hasta la abadía. Rhona MacFarlane fue la primera en salir a darle un abrazo.

–¡Qué contenta estoy de que haya vuelto! Venga a ver a las demás.

–Ahora mismo –dijo Catriona–. Pero, primero, permíteme que te presente a Glenna Guinne Graham. Ha venido para quedarse en la abadía.

–*Fàilte!* –exclamó Rhona, y abrió los brazos hacia Glenna.

Glenna la miró como si estuviera cubierta de estiércol.

Rhona bajó los brazos.

–Glenna está encinta –dijo Catriona.

–¡Cómo te atreves! –protestó Glenna.

–Y no tiene adónde ir –prosiguió Catriona–. Así que ha venido aquí en busca de refugio, ¿verdad, Glenna?

Glenna suspiró.

–Sí, es cierto.

–Pues le damos la bienvenida –dijo Rhona, y rodeó con un brazo a Glenna, ignorando sus esfuerzos por zafarse–. Tengo una habitación con vistas al lago perfecta para ti.

Caminaron por las ruinas, entre las gallinas que correteaban y las vacas que pastaban por allí, y entre las mujeres y los niños que trabajaban. Las mujeres saludaron a Glenna con gestos de la cabeza, y a Catriona, con gritos de alegría.

Glenna no dejaba de observar el camino que tenía por delante. Parecía que estaba un poco asustada.

La habitación que le mostró Rhona era sencilla. Había una cama pequeña, un buró con una palangana y una ventana con vistas al lago.

–¿Esto va a ser mi habitación? –preguntó Glenna mirando a su alrededor–. Es muy pequeña. ¿No hay nada más grande?

–No, nada más grande. Es un sitio seguro para ti, Glenna –le recordó Catriona.

Glenna se sentó en la cama. Después, se tendió en ella, se colocó de costado y les dio la espalda a Rhona y a ella. Catriona estuvo a punto de reprenderla por ser tan grosera, pero Rhona agitó la cabeza y la sacó de la habitación.

–Te pido perdón, Rhona –dijo Catriona–. Es una niña mimada.

–No se preocupe, señorita Catriona. No es la primera que se siente infeliz con lo que le ha deparado la vida. Venga, vamos a tomar un té. ¡Tengo noticias!

–Sí –dijo Catriona–. Yo también.

Fueron a la sala común, y varias de las mujeres se reunieron con ellas. Una empezó a preparar el té, otra a cortar bizcocho. Se sentaron alrededor de una mesa rústica que había hecho Rabbie.

–Me temo que tengo malas noticias –dijo Catriona, y se estremeció al ver sus caras. Tenían una expresión esperanzada–. Mi tío Knox, el conde de Norwood, me consiguió una audiencia con el abogado de Su Majestad.

–Ah, sí –dijo Rhona–. Eso ya lo sabíamos.

–¿Lo sabíais? ¿Cómo?

–Lady Mackenzie vino a contárnoslo.

Catriona las miró. No parecía que estuvieran muy hundidas por la noticia.

–Así que sabéis que tenemos un poco de tiempo, pero que, seguramente, no podremos quedarnos en la abadía.

Las mujeres asintieron.

–Pero... ¿entendéis lo que significa eso?

–Sí –dijo Rhona alegremente. Al ver el desconcierto de Catriona, se levantó y fue hacia ella para apretarle la mano–. Tenemos un buen plan, señorita Mackenzie.

–¿Qué plan?

–¡Vamos a dedicarnos a tejer! –le contó una de las mujeres, que tenía un embarazo muy

avanzado.

Catriona se quedó confusa.

—¿A tejer?

—Sí, es cierto —dijo Rhona con alegría—. ¿No se lo han contado? Fue idea de la esposa de Aulay. Nos dijo que su padre había decidido un día que su clan iba a producir lino, pero que, aunque compró los telares, no obtuvo el lino. No le salieron las cosas como había pensado, al pobre.

Catriona había oído contar muchas cosas sobre el difunto padre de Lottie, y no le sorprendió que se hubiera propuesto hacer telas de lino sin el lino.

—No lo entiendo.

—Eso le dio la idea y, teniendo en cuenta la cantidad de ovejas que hay por aquí, y la cantidad de lana que hay en Balhaire, se preguntó por qué no íbamos a hilarla y a tejer con ella. ¿Por qué no hacer aquí los tejidos de lana, en vez de enviar la lana fuera? Lottie Mackenzie es una muchacha muy lista.

Catriona cabeceó.

—Pero... ¿cómo vamos a hacerlo? No sabemos nada de tejer.

—No, pero los MacGregor sí hacen algunos tejidos, y el capitán Mackenzie fue a hablar con ellos. Parece que no es difícil y, cuando uno tiene las ruecas y los telares, es más fácil aún. El señor Rabbie Mackenzie dijo que podía hacer ruecas y telares si tenía unos planos, y los MacGregor se los han dado. Así que... ¡vamos a ser tejedoras!

Las mujeres la miraron con cara de entusiasmo. Estaban contentas con el plan, y Catriona tuvo que admitir que era muy bueno. Así podrían tener un trabajo remunerado, obtener ganancias de la venta de un producto. Catriona se dio cuenta de que ella no había sido imprescindible para tomar aquella determinación. Su familia le había prometido que cuidarían de la abadía durante su ausencia y, además, habían diseñado su futuro sin ella.

—Pero... ¿dónde vais a vivir?

—En Auchenard —dijo una de ellas—. Hasta que encontremos otro lugar, claro. Lord Chatwick ha dicho que está muy contento de que podamos vivir allí, porque él casi nunca va.

Auchenard era una vieja casa de caza de la familia, el lugar en el que habían forjado su amor Daisy y Cailean. Aquella casa pertenecía al hijo que Daisy había tenido en su primer matrimonio, Ellis, lord Chatwick, y estaba vacía la mayoría del tiempo. Catriona se preguntó por qué no se les habría ocurrido aquella idea a Zelda y a ella.

Rhona y las demás le explicaron los detalles de su plan aquella tarde. Parecía que lo habían pensado todo muy bien y, con la familia de Catriona para ayudar en lo posible, estaba claro que... bueno, que no la necesitaban.

La abadía de Kishorn ya no la necesitaba.

Cuando llegó el momento de volver a Balhaire, Catriona caminó lentamente por las ruinas. Se detuvo y miró a su alrededor. Durante más de un año, había dedicado todo su tiempo a aquella abadía y a sus ocupantes. Era casi imposible pensar que todo iba a desaparecer, y que aquellas mujeres, que le habían dado un propósito en la vida, hubieran encontrado su propia voz y su propio camino. Eso era lo que quería que tuvieran, ¿no? Sí, era lo cierto. Y, sin embargo, no pudo evitar sentir algo de tristeza por el hecho de que todo hubiera ocurrido sin ella.

Rhona se acercó y se puso a caminar a su lado, hablándole de los telares, de los tejidos de lana, sin darse cuenta de la tristeza de Catriona. Cuando llegaron a la salida, Rhona dijo:

—Ah, aquí viene el mozo que la va a llevar por el lago. ¡Oh, casi se me olvida! —exclamó Rhona—. Un momento, señorita Catriona.

Salió corriendo hacia la parte habitable de la abadía y volvió al poco rato, con un papel doblado.

—Casi se me olvida. Esto es para usted. Prometí que no se lo daría hasta que estuviera decidido el destino de la abadía.

Catriona vio la carta y reconoció la escritura de su tía Zelda. Se le escapó un jadeo... Zelda le había dejado una carta, después de todo, y la tomó con una punzada de dolor. Sonrió a Rhona con gratitud.

—Gracias. Pensaba que...

Rhona sonrió con empatía. Si había alguien que entendía lo que había significado Zelda para ella, esa era Rhona, porque para aquella mujer, su tía había sido algo muy parecido.

—Vendrá a ver qué tal está la señora Graham, ¿verdad?

Catriona miró hacia la abadía. ¿Qué quedaba allí para ella?

—Voy a estar aquí hasta el final, Rhona.

Rhona la abrazó con fuerza y se despidió de ella. Catriona bajó los escalones que llevaban a la orilla del lago.

Durante la vuelta a Balhaire, Catriona fue leyendo la carta que le había escrito Zelda.

Mi querida Catriona, mi niña. Has sido lo más parecido a una hija para mí, como si te hubiera dado yo la vida. Mi mayor deseo era transmitirte todo lo que sé, pero, mientras estoy aquí, en mi lecho de muerte, pensando en mi vida, sé que hay una última enseñanza que debo dejarte: no puedes vivir lamentándote de nada, leannan. Has tenido la suerte de poder vivir una vida privilegiada, y debes regocijarte por ello, y amarla. No puedes mirar al pasado. No puedes llorar por cómo pudieron ser las cosas, porque no hay nada predeterminado. Tampoco te preocupes por el futuro, porque no hay nada escrito. No te dejes herir por las malas lenguas. Yo no habría podido vivir mi vida como lo he hecho, con muchos amores y muchas decepciones, y muchas alegrías, si hubiera mirado siempre atrás o me hubiera preocupado por las habladurías o por lo que me deparaba el futuro.

Mis días se acaban, y no siento pena por la vida que he vivido. Ahora voy a empezar el siguiente y asombroso camino. Sé que te pondrás muy triste cuando la abadía llegue a su fin, y sospecho que lucharás contra ello. Espero que tú también vivas sin lamentarte, que no mires atrás, que mires hacia delante a la espera de la siguiente cosa asombrosa que pueda suceder. Y, por encima de todo, no hagas caso de lo que digan los demás. Esa es la verdadera libertad de espíritu. Mo chridhe, cuánta alegría me has dado.

Tu tía, que te adora,

Zelda.

Catriona releyó la carta dos veces. Después, la plegó y se la guardó en el bolsillo. Quería tanto a Zelda... pero ella no era Zelda.

No podía evitar recordar aquel verano que había pasado con Hamlin, y lamentaba que hubiera terminado. Era muy doloroso quererlo tanto y haber perdido su amor. Y deseaba poder estar con Zelda, poder preguntarle cómo había superado la pérdida del tío Knox. Ojalá pudiera preguntarle cómo había podido creer que aún quedaban cosas asombrosas por vivir, después de una pérdida como esa.

Para ella, lo mejor de su vida había sucedido bajo un tejo.

Y, ahora que la abadía iba a dejar de existir, ya no le quedaba nada. No tenía nada que pudiera darle alegría, nada que esperar.

Capítulo 27

Había pasado una quincena desde que Catriona había vuelto a Balhaire. Tres semanas y media desde que había salido de Dungotty. Veintidós días desde que había visto a Hamlin por última vez. Y cada día que pasaba la dejaba sin aliento un poco más que el anterior. A veces era como si no pudiera respirar bien, como si hubieran dejado de funcionarle los pulmones.

Se concentró en la tarea de aprender a tejer la lana. De hecho, acababa de llegar de la isla de Skye. Su cuñada Bernadette y ella habían ido a visitar a su querida amiga Lizzie MacDonald y al hermano de Lizzie, Ivor MacDonald. Ivor había intentado cortejarla en varios momentos de la vida. Ahora tenía un negocio de exportación de tejidos y, cuando no estaba ruborizándose mientras le enseñaba los rollos de tela, estaba explicándole cómo debía comercializarlos.

Ivor MacDonald era un buen hombre, sí. Pero no era el duque.

Catriona y Bernie habían llegado a la costa y estaban recogiendo sus cosas cuando Bernie se fijó en que había un barco en la cala.

—¿Quién habrá venido? —preguntó con curiosidad.

Catriona se giró a mirar el barco. No lo conocía, y llevaba bandera británica.

—No lo sé. ¿Vamos a investigar?

—No, yo no —dijo Bernie—. ¡Me muero de hambre! El bizcocho de Lizzie estaba muy malo. Parece que lo hace con barro.

Catriona se echó a reír.

—Y lo peor es que cree que cocina muy bien.

Bernie se estremeció. Después, se rio.

—Nos vemos en el salón, ¿de acuerdo?

Catriona se despidió de ella con la mano y se puso en camino hacia la cala. Cuando llegó a la parte más alta del camino, vio a un hombre ascendiendo por la ladera. Aunque todavía no estaba muy cerca, habría reconocido el pelo color caoba en cualquier sitio. Era el señor Bain. Y ella lo culpaba de la aparición de Glenna en su vida.

Se quedó allí, en jarras, mientras él subía por el camino.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Hola, *feasgar math*, señorita Mackenzie.

Ella lo miró con asombro.

—¿Habla gaélico?

Él sonrió como si tuviera un secreto.

—He venido a acompañar a su tío, lord Norwood.

—¿A mi tío? ¡Pero si no sabíamos que venía! ¿Y por qué viene usted con él?

—Ahora trabajo en su casa, señorita.

—*An diabhal toirt leis thu!* —exclamó ella sin pensarlo.

—No, el diablo no me va a llevar hoy —dijo él con una sonrisa de picardía.

Catriona se había quedado horrorizada al saber que el señor Bain trabajaba para su tío y que hablaba gaélico. ¿Qué más ocultaba aquel hombre?

—¿Dónde está mi tío? —preguntó.

El señor Bain se dio la vuelta, y ella pudo ver a su tío Knox subiendo la ladera con dificultad, profiriendo maldiciones a cada paso.

—¡Tío! —exclamó ella, con alegría, y dejó al señor Bain atrás—. ¡No te esperábamos!

—Sí, cariño, eso ya lo sé. Por amor de Dios, ¿es que no hay nadie que pueda ayudar a un viejo a subir esta dichosa ladera?

—Si quiere, milord, pediré que le envíen una litera —dijo el señor Bain.

—Ni hablar —dijo Catriona con desdén—. Ya lo ayudo yo —añadió.

Le pasó un brazo a su tío por los hombros y lo acompañó mientras caminaban hacia arriba.

—¿Qué sorpresa más grande, tío Knox. ¿Te ha pedido mamá que vinieras?

—No. He venido porque tengo noticias muy importantes, y he pensado que lo mejor era venir a darlas en persona. Y para ver a mi hermana antes de hacerme tan viejo que no pueda hacer este viaje tan difícil.

—¿Qué noticias?

Él se detuvo para recuperar el aliento.

—De acuerdo —dijo—. Te lo voy a contar, porque tú eres la primera que tiene que saberlo. Se celebró la votación, y Montrose se ha convertido en un miembro más de la Cámara de los Lores.

Ella pestañeó.

—¿No tienes nada que decir? —le preguntó su tío.

—No. No me sorprende, ¿sabes? Pero podías haber enviado una carta. No creo que hayas venido hasta aquí para decirme solo esto.

—No, claro que no. He venido a contarte cómo consiguió convertirse en miembro del Parlamento.

—Por la votación.

—Sí, claro. Pero hubo bastante escándalo antes de que se celebrara. Montrose se negó a someterse a la votación si no le permitían antes aclararles unas cuantas cosas a los electores.

—¿Qué cosas? —preguntó Catriona, frunciendo el ceño.

—En primer lugar, contó la verdad sobre su primera esposa. Les dijo que había sufrido su infidelidad y que ella lo había dejado plantado y al cuidado de su pupila. Y explicó que había vuelto a casa embarazada de otro hombre.

Catriona dio un jadeo y se quedó mirando a su tío Knox con la boca abierta.

—¡No es posible! ¡No te creo!

—Pues es cierto. Yo lo vi con mis propios ojos.

—¿Tú fuiste a la votación?

—Bueno —dijo él, encogiéndose de hombros—. Tenía un negocio con el señor Bain. Pero eso no importa. Sé que Montrose dijo todo eso —añadió con una sonrisa de satisfacción—. Y siguió hablando. Explicó que, de no haber sido por la existencia de la abadía de Kishorn, se habría visto obligado a acoger a la adúltera y a su hijo bastardo, porque era lo único decente que podía hacer. Y que, si le daban su voto, lucharía por toda Escocia, por los débiles y por los privilegiados, y que, si eso representaba un problema para ellos, no debían darle su voto.

Catriona se tapó la boca con una mano.

El tío Knox posó una mano en su brazo.

–Pero lo votaron, Cat. Todos. Todos, salvo Caithness, que, según tengo entendido, se sintió un poco engañado por MacLaren. Pero, de todos modos, Montrose ganó por un estrecho margen, y ahora se irá a Londres.

Catriona se echó a reír de alegría, y sintió un gran amor por Hamlin. Ojalá pudiera decirle lo orgullosa que estaba de él.

–Gracias, tío Knox. Gracias por venir hasta aquí para contármelo. Me has hecho muy feliz con esta noticia.

Catriona abrazó a su tío.

–¿Crees que he venido hasta aquí solo para decirte esto? –le preguntó él y se echó a reír–. No, hija mía. He venido porque tengo un recado del propio duque de Montrose.

–¿Qué recado?

–Bueno, es que no creo que ningún hombre pudiera encontrar Balhaire sin contar con un buen guía. Estáis en medio de las Highlands.

Catriona tardó un instante en entender lo que le había dicho su tío. Entonces, se echó a temblar y lo agarró de ambos brazos.

–¿Qué quieres decir, tío? ¿Es que ha venido? –le preguntó con la voz entrecortada por la esperanza.

El tío Knox señaló hacia la cala.

Catriona dio un jadeo. Se levantó las faldas y salió corriendo camino abajo.

–¡No te rompas un tobillo, cariño! –le gritó el tío Knox.

Catriona no le hizo caso. Bajó volando hasta la arena de la playa, y siguió corriendo hasta que le ardió el pecho y no pudo tomar aire en los pulmones. En la playa no había nadie, pero un pequeño bote se acercaba a la orilla desde el barco.

De repente, alguien se puso en pie. Catriona no podía creerlo. Era Hamlin. Había ido a Balhaire.

Hamlin había ido a Balhaire.

La emoción que sintió fue abrumadora. Cayó de rodillas e intentó respirar a pesar del absoluto asombro y la incredulidad. Creía que no iba a volver a verlo, que nunca podría volver a ver al amor de su vida.

Hamlin saltó del bote y el agua le cubrió hasta los muslos. Corrió chapoteando hacia ella, y Catriona se puso en pie y avanzó hacia la orilla.

–Dios mío, Catriona –dijo él y la abrazó. Escondió la cara en su pelo y le susurró–: Dios mío, pensaba que no iba a poder volver a abrazarte.

Catriona no podía respirar.

–Has venido por mí –dijo.

–Pues claro, amor mío. Después de todo lo que hiciste por mí, ¿cómo iba a poder separarme de ti? ¿Cómo iba a vivir un momento más sin ti?

Entonces, la besó. No miró atrás. No se preocupó de quién pudiera verlos. No se preocupó de quién pudiera hablar. Estaba esperando la próxima cosa asombrosa que pudiera suceder.

Catriona también lo besó. Le clavó las uñas en los brazos, como si temiera perderlo.

Por fin, Hamlin interrumpió el beso. Le acarició la mejilla y, acto seguido, se arrodilló ante ella.

–¿Qué estás haciendo?

–¿No es obvio? Te estoy pidiendo que seas mi esposa, Catriona Mackenzie. Ven a Londres a trabajar conmigo, a mi lado. Sé mi amor, mi amante, la madre de mis hijos.

Para ella, fue como estar de repente en mitad de un sueño. ¿Cómo era posible haber pasado de la desesperación a aquella felicidad?

Hamlin se tomó su silencio como una muestra de vacilación.

–Tienes razón, querida. No habíamos hablado nunca de esto. Había demasiadas cosas que vivir a cada momento, ¿verdad?

Ella estaba tan abrumada, tenía el corazón tan lleno, que cayó de rodillas ante él.

–¿No vas a decir nada? –le preguntó Hamlin.

–No puedo respirar –dijo ella–. No he podido respirar bien desde la última vez que te vi.

–Entonces, respira ahora. Ya estoy aquí. He venido por ti y no me voy a marchar sin ti. Di que sí, Catriona.

–Sí –susurró ella–. Mil veces sí.

Él se echó a reír. Volvió a abrazarla y los dos cayeron sobre la arena. Y, por primera vez desde hacía varias semanas, Catriona pudo respirar de nuevo.

Epílogo

Cuando Catriona apareció con un hombre desconocido a quien presentó alegremente como su prometido, en Balhaire hubo un alboroto comprensible. El tío Knox intervino para aclarar la situación. Había guardado el secreto de Catriona, no le había contado a su madre lo ocurrido aquel verano, pero ahora estaba más que feliz de poder narrarlo todo con unos cuantos adornos y unos cuantos sucesos que Catriona estaba segura de que no habían sucedido.

Hamlin terminó la historia pidiéndole la mano de Catriona a su padre.

Su familia estaba asombrada. No dejaban de mirar a Hamlin como si fuera una aparición. Y era lógico; su hija, su hermana, su sobrina, a quien ya consideraban una solterona, había conquistado a un duque. Y no a un simple duque, sino a un duque que era miembro de la Cámara de los Lores y que compartía su sentido de la justicia.

—¡Es como si fueras a casarte con Zelda! —exclamó Rabbie, maravillado.

Catriona iba a casarse con el mejor hombre que había conocido en toda su vida, lo cual era decir mucho, porque los otros hombres maravillosos que conocía estaban reunidos en el gran salón familiar, celebrando con ella su alegría. Solo faltaban Eula y la señorita Burns, que estaban esperando las noticias pacientemente en Blackthorn Hall, y que se reunirían con ellos en Londres.

—¿En Londres? —exclamó Vivienne—. ¡Yo no puedo quedarme sin ti aquí, Catriona!

—Sí puedes —dijo Marcas, y le dio un beso en la mejilla—. Deja que Catriona tenga la misma felicidad que nosotros, ¿eh?

Dado que Hamlin debía estar en Londres antes de un mes para la temporada social de otoño y el tío Knox quería volver a Inglaterra, decidieron celebrar una boda rápida a la manera escocesa, que tuvo lugar en Balhaire, a finales de aquella semana. Y, una semana después, Catriona se marchó a Londres en barco, con su marido.

Todo sucedió tan rápidamente, que ella no conseguía salir de su asombro. Se alojaron en la casa londinense del tío Knox hasta que Hamlin encontrara una residencia adecuada para ellos. Mientras él iba ocupándose de sus nuevos deberes, ella empezó a conocer los suyos. Se había convertido en duquesa, en señora de una gran casa ducal, y se tomó en serio aquella responsabilidad.

Había más sorpresas. Al mes, Catriona se dio cuenta de que estaba embarazada, y sintió una gran felicidad. Parecía que, después de todo, no era tan mayor para tener un hijo, y los dos sintieron una gran alegría.

Sin embargo, no todo fue de color de rosa. Cuando empezó a circular la verdad sobre el primer matrimonio de Hamlin por el distrito de Mayfair, la gente susurraba a espaldas del duque, un hombre divorciado que había vuelto a casarse con una Highlander.

—No hagas caso de las habladorías —le dijo Catriona a Hamlin, una noche, para consolarlo—. La verdadera libertad es no preocuparse por lo que dicen los demás.

Él se echó a reír y la abrazó.

—¿Cómo es que eres tan sabia? La única opinión que me importa es la tuya, *leannan*.

Lo que no sabían los chismosos era que Hamlin le había devuelto a Glenna su hogar familiar y su dote. No era un hombre cruel, y sabía que ella tendría que cuidar de un niño. Aquello había sido una sugerencia de Bain, hecha antes de abandonar el puesto al servicio de Hamlin.

Sin embargo, curiosamente, Catriona y Hamlin recibieron una carta de la madre de Catriona. En ella, lady Mackenzie les decía que Glenna no deseaba marcharse de Auchendar todavía. Quería ayudar a las mujeres a fundar el negocio de los tejidos. Por muy imposible que pareciera, había encontrado amigas en la abadía de Kishorn.

—¿Cómo es posible? —le preguntó Catriona a Hamlin—. Es la mujer más desagradable que he conocido.

—Puede que su hijo la haya suavizado. No lo sé. Pero espero que sea una vocación verdadera, por su bien y por el del niño.

Eula floreció en Londres. Tenía amiguitas, otras niñas a las que invitaba a tomar el té y que paseaban con ella por Grosvenor Square y con las que hablaba en susurros sobre los niños que las seguían disimuladamente por la plaza.

Hamlin se dedicó en cuerpo y alma al trabajo y empezó a defender reformas en las leyes para los pobres. Acudía a largas reuniones con los demás parlamentarios y los ministros para remediar la falta de homogeneidad en la legislación de los diferentes distritos.

Sin embargo, y por mucho trabajo que tuviera, siguió siendo un marido cariñoso y atento, y Catriona estaba maravillada. Tantos años lamentando no estar casada, y solo había tenido que esperar un poco para encontrar al marido idóneo.

Ella se adaptó poco a poco a la vida en Londres. Las damas de la alta sociedad la miraban con fascinación y desdén a partes iguales por ser una Highlander, pero, a medida que ella se esforzó por hacerse un hueco en su círculo social, todos empezaron a tomarle estima. No le faltaban amigas, aunque ninguna era tan íntima como su hermana y su prima.

Poco antes de que Catriona tuviera que empezar su reposo antes del parto, recibió la visita del tío Knox, que llegó sin su nuevo agente, el señor Bain.

—¿Por qué lo tienes a tu servicio? —le preguntó Catriona—. Tiene que haber otros candidatos.

El tío Knox se echó a reír.

—¿No vas a perdonarle nunca? En mi opinión, si él no hubiera llevado a la señora Graham a Blackthorn Hall, tú no estarías viviendo en esta preciosa casa con un niño en el vientre.

Catriona alzó la nariz. Seguramente, su tío tenía razón.

—Bueno, y ¿dónde está?

—Lo he mandado a Balhaire. Creo que la sobrina de Marcas Mackenzie está metida en un lío y necesita ayuda.

Catriona había recibido muchas cartas de casa, en las que Vivienne se quejaba amargamente de la sobrina de Marcas. Catriona no sabía en qué consistía el escándalo, pero sí sabía que estaba causando problemas.

Su madre también la escribía muy a menudo y le daba noticias de la abadía y del nuevo y próspero negocio de las tejedoras de Auchendar. Las mujeres que quedaban estaban muy felices con su trabajo. Algunas se habían marchado en busca de una mayor vida social y ganancias más altas.

A medida que se acercaba la fecha del parto de Catriona, las habladurías sobre Hamlin fueron desvaneciéndose. Había llegado de nuevo el verano, y su embarazo estaba tan avanzado que apenas podía moverse. Le decían que su vientre era enorme, y, durante todo el día, se sentía como

si el niño le diera patadas en varias partes del estómago.

–Voy a tener un caballo –decía.

La noche que Catriona rompió aguas hubo una terrible tormenta en Londres. Afortunadamente, Hamlin estaba en casa aquel día. Avisaron a una partera y comenzó una noche difícil y agotadora. Catriona pensaba que no iba a sobrevivir, pero, cuando salió el sol a la mañana siguiente y las gotas de lluvia empezaron a secarse en los tejados y en el parque, el misterio del embarazo de Catriona se reveló para todos. Dio a luz a dos gemelos sanos que tenían los mismos ojos y el mismo pelo que su padre.

Ella estaba feliz. Y, al ver a Hamlin con sus hijos recién nacidos en brazos, con los ojos llenos de lágrimas, pensó en las palabras de Zelda: *No mires atrás, sino hacia delante, hacia la próxima cosa asombrosa que pueda suceder.*

Cuando había leído aquella carta, creía que lo más asombroso había quedado atrás. Sin embargo, al ver a su familia en aquel momento, al sentir tanto amor, supo que estaba impaciente porque sucediera la próxima cosa asombrosa.

Nota de la autora

En el siglo XVIII, las leyes relativas al divorcio eran distintas en Inglaterra y en Escocia. En Inglaterra era necesario contar con la autorización del Parlamento para poder divorciarse. En Escocia, cualquier hombre o mujer podía divorciarse si era abandonado, motivo que el duque de Montrose quería alegar para su divorcio.

En Inglaterra, se suponía que un matrimonio debía celebrarse en una iglesia, y después de haber hecho públicas las amonestaciones por si alguien tenía alguna objeción. Además, un matrimonio no era aceptado como tal si no lo oficiaba un clérigo. En Escocia, por el contrario, había matrimonios civiles y religiosos, e incluso matrimonios irregulares que se basaban simplemente en el consentimiento de los dos contrayentes, que podían casarse en presencia de un testigo. Por este motivo, las fugas a Gretna Green, que estaba situado junto a la frontera inglesa, se hicieron muy populares si alguna pareja inglesa o galesa no era mayor de edad o tenía prisa.

Hamlin y Catriona tenían prisa.

Glosario

Hace veinte años, durante uno de mis primeros viajes a Escocia, compré un libro llamado *Everyday Gaelic* (Gaélico cotidiano), de Morag MacNeill, además de algunos textos lingüísticos y un diccionario gaélico-inglés. Lo que aprendí con esas adquisiciones es que el gaélico escocés no es para usarlo de manera cotidiana. No sé si es posible que alguien que no tenga el gaélico como lengua materna consiga dominar el idioma, porque es muy difícil. Sin embargo, eso no ha sido impedimento para que yo utilice términos y frases en gaélico escocés en mis escritos, como si fuera una experta. Aunque he intentado ser rigurosa con la gramática y el género, no soy ninguna experta. Así pues, por favor, tómense mi uso de estas expresiones en gaélico con el escepticismo que merecen. Y pronuncien las palabras como consideren oportuno, porque yo tampoco sé pronunciarlas. Pido disculpas a todos los hablantes del gaélico escocés.

Francés:

Le petite porcelet: Parecido a decir «cerdito», una expresión de cariño para un niño.

Gaélico escocés:

Airson gràdh Dhè: Por el amor de Dios

An diabhal toirt leis thu: Vete al demonio

Bòidheach: Bello

Criosd: Cristo

Diah/Mi Diah: Dios, Dios mío

Fàilte/Fàilte dhachlaigh: Bienvenido, bienvenido a casa

Fèille: Fiesta, festival

Feasgar math: Buenas tardes

Leannan: Cariño

Madainn mhath: Buenos días

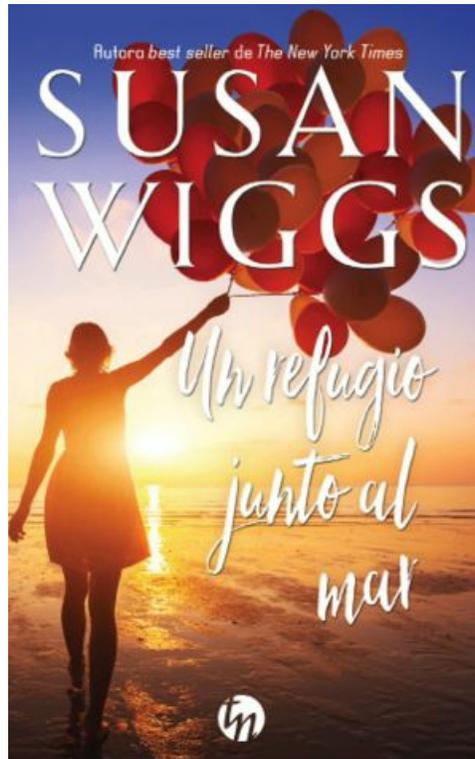
M'eudail: Querido mío, amor mío

Mo chridhe: Mi corazón

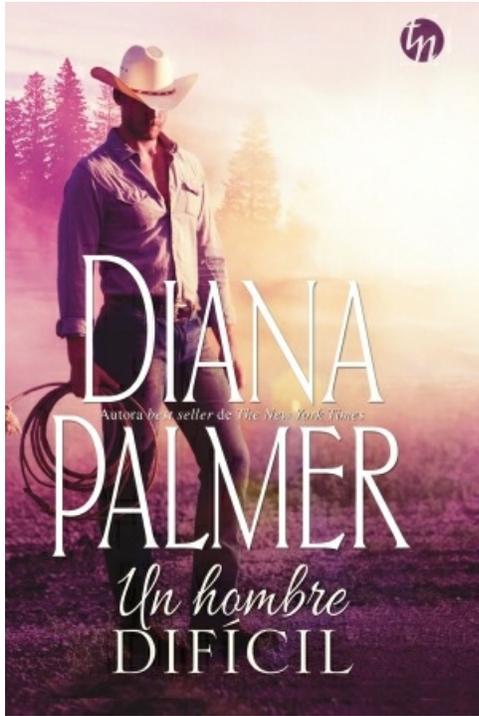
Nighean: Hija

Sassenach: Extranjero, utilizado sobre todo para indicar la procedencia inglesa

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Un hombre difícil

Palmer, Diana
9788413075334
288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".The Romance Reader"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e^{lit}



Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

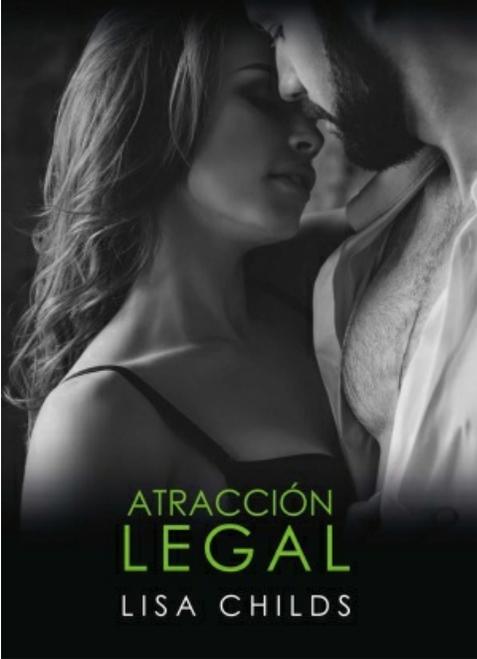
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL

LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

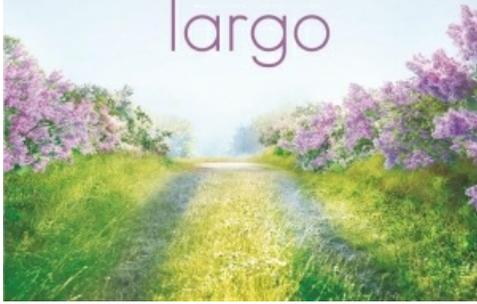
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora *best seller* de *The New York Times*

SHERRYL WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl
9788413075235
368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)